

Cross the Ages[©]

Hechizo de datos

Cross the Ages[©] - Temporada 2

EL LEGADO DE TUMUL

Llueve, obviamente, es lo más adecuado para un día de entierro. Sin embargo, la lluvia no está compuesta de gotas de agua, sino de partículas terrosas, de arena en suspensión. El cielo no es gris sino ocre, las nubes barnizadas de una escala de marrones honran la variedad de rocas que conforman las montañas de Acongua.

Así ocurre porque hoy un Primus de la Tierra es inhumado. Tumul ha muerto.

Muchos oficiales han venido a rendirle un último homenaje: Primus y arkhontes en su totalidad, todos los dinastas alineados en filas tras Creuso de Acongua y su rostro marmóreo, los potentados de los principales gremios, algunos jods del alto escalafón del ejército y decenas de quams que representan a la burguesía arkhante.

Y por supuesto Solis.

La Malkah está sola, un poco adelantada al areópago de magos y nobles. Inmaculado a pesar del polvo ambiental, su vestido blanco contrasta con los colores oxidados de las Tierras estriadas, el dominio de las gentes de esquisto. Con las manos unidas en su regazo, observa la masa anónima al otro lado de la ceremonia. Solis no sabe si Tumul habría sonreído o se habría sentido ofendido por que su entierro reúna a toda la sociedad arkhante, pero sus restos separen a la élite de la plebe. Lo que tiene claro, sin embargo, es que él se habría sentido mucho más conmovido por la presencia de

estos miles de extraños que vinieron a mostrarle su respeto que por el de los oficiales, muchos de los cuales pretenden sobre todo ser vistos.

El público observa en silencio a los taumaturgos, iniciados y pilares mezclados, preparando los restos de su difunto maestro en ese extraño ritual que caracteriza al arkhano de la Tierra.

Se podría pensar que Tumul aún vive. Su cuerpo momificado —fosilizado, más exactamente— va vestido con su atuendo cotidiano, con cuerdas tejidas con piedras y los pies desnudos como de costumbre. La única prueba tangible de su muerte es la ausencia del globo rocoso que gravitaba noche y día sobre su cabeza. La famosa roca, abandonada por la magia de su maestro, ahora está incrustada en el acantilado de esquisto que domina la ceremonia.

El cuerpo pasa de brazo en brazo, como si Tumul estuviera abrazando a cada uno de los taumaturgos para decir un último adiós antes de un viaje muy largo. La tradición puede parecer macabra, pero Solis la encuentra conmovedora de fraternidad.

Chloris sostiene un momento a Tumul en sus brazos y le dirige una última mirada antes de pasárselo a Elbée, con los rasgos petrificados a medio camino entre la cólera y la tristeza, quien se lo confía a Cildore, más pequeño que el difunto y por tanto no demasiado grande.

Al poco tiempo, solo quedan Hannibal y Aurèle por estrechar al Primus antes de su inhumación. Cildore se encuentra involuntariamente en el papel de elegir cuál de los discípulos saludará a su maestro en último lugar. Este honor corresponde al futuro Primus, todavía no designado oficialmente pero sí fuertemente anticipado, es la tradición. Desafortunadamente, Tumul no tuvo tiempo suficiente -o fuerza de voluntad- para dejar claras sus intenciones, y

aunque es obvio que su sucesor será uno de los dos, nadie sabe quién de entre Hannibal y Aurèle será consagrado.

Ser el último en presentar sus respetos a Tumul sería un símbolo fuerte. Por ello, ninguno de los pretendientes está dispuesto a ceder dicho privilegio al otro.

Un momento de vacilación se cierne sobre la ceremonia, que suspende su curso, como petrificada. Si bien era fraternal, el ritual amenaza con convertirse en fraticida.

Todo ello mortifica a Solis, todo es culpa suya. Por partida doble.

Ella mantuvo la rivalidad entre Hannibal y Aurèle.

Y no supo detener a Tumul antes de que se consumiese en sus tentativas de restaurar el ciclo del prana.

Solis recuerda lo devastado que estaba Tumul a su regreso de Acongua, después del ritual de los pilares de la Tierra que le valió a Aurèle y a Hannibal sus escarificaciones. Fue hace tres ciclos de Balor, la pequeña luna oscura –lo que para ella supuso una eternidad.

«Los gusanos de las rocas están enfermos, le había explicado. ¡Moribundos!», había añadido, febril, porque no la encontraba suficientemente inquieta. Sus palabras sonaban como un seísmo.

Solis comprendió inmediatamente la urgencia de la situación. Mucho más que los otros Primus, que se habían reunido muchas veces en torno a Tumul para discutirlo pero pasaron más tiempo negando el problema que determinando su verdadera magnitud. En su defensa, no es fácil admitir que la fuente de su poder se está agotando, sobre todo en ausencia de una solución que llevar a cabo.

Los Primus habían regresado a sus territorios en busca de elementos que confirmaran -o desmintieran- las conclusiones de Tumul. Solis, por su parte, ya estaba convencida, por lo que puso a disposición de Tumul todos los medios que podía

ofrecer el Trono, incluso más. Era absolutamente necesario determinar el origen de la degeneración del prana, indispensable antes de la reactivación de su ciclo natural por parte de los Legendarios de la Tierra. Por su rigor y su discreción, sin mencionar su inamovible fidelidad, Tumul era el indicado para llevar a cabo estas investigaciones. Si Solis hubiera sabido que se dejaría la salud en ello...

Tumul se entregó sin reparos, acumulando hechizos agotadores, se obligaba a hacer jornadas ininterrumpidas de lectura, como Solis nunca había hecho, incluso cuando huía de la cruel indiferencia de su padre. Consumió docenas de colmillos de gusano en rituales interminables, utilizó sus propias reservas de prana hasta esquilmarlas, continuó sus esfuerzos hasta hacer estériles sus cantos internos. Ha recorrido sin descanso Arkhante en busca de pistas y soluciones, hasta el punto de hacer sangrar sus pies descalzos, tan duros como el granito. Literalmente dio su vida para desentrañar la situación.

Todo para nada, o casi.

La información clave, la única certeza que Tumul ha descubierto, es que el empobrecimiento del prana no es reciente. Las consecuencias se dejan sentir a día de hoy, pero el proceso está en marcha desde hace veinte años. Desde la Guerra de los Héroes.

A decir verdad, es imposible fechar con precisión el comienzo de esta decadencia, pero su proximidad temporal con el conflicto entre Arkhante y Mantris no puede deberse al azar. Un suceso –la destrucción de un sitio o el uso de una tecnología mantresa, o incluso la creación de la Muralla de osamentas, como Tumul se planteó alguna vez– desencadenó la degeneración del prana, que desde entonces se ha degradado lentamente hasta mostrar los signos de agotamiento actuales.

El indicador es importante, desafortunadamente no ofrece ninguna explicación, y mucho menos un remedio. Sin embargo, con ese primer éxito, Tumul acrecentó aún más sus esfuerzos. Recorrió incansablemente la frontera arkhante con la Fisura en busca de ese acontecimiento que lo habría desencadenado todo.

Gracias a sus informes regulares, Solis pudo seguir su periplo a distancia. Muy al sur, la desembocadura del Thamür, el segundo río más grande de Arkhante, antaño fértil en limo negro y transformado en ciénaga pantanosa. El bosque primario de Orcunion, donde observó los mismos hundimientos de dolinas que notificó Syläë, engullendo árboles enteros desde las raíces hasta la cima. Las cumbres de Acongua, en el centro de la espina dorsal del mundo, donde describía en términos desgarradores el retroceso de los glaciares, fenómeno imposible de detectar viviendo de forma cotidiana en las montañas, pero hecho evidente cuando se observa la cordillera desde una larga distancia. El desierto de Massada, muy al norte, que roe la Muralla, reduce partes enteras de la muralla a un simple amontonamiento de huesos entrelazados de espinos marchitos, tan muertos como los esqueletos que supuestamente han de mantener juntos.

Ser testigo de la lenta agonía del mundo es quizá lo que ha acabado con Tumul, más que sus incansables esfuerzos. Esa es en todo caso la convicción de Solis, y su mayor culpa: aunque sintió que sus fuerzas disminuían, no trató de hacerle renunciar, tal era el precio de la importancia de su búsqueda. Una decisión digna de una reina, pero imperdonable de parte de una amiga.

Tumul no estaba solo en esa prueba. Aunque su periplo le hizo descuidar en gran medida el arkhano de la Tierra, tuvo la sabiduría de dejarse acompañar por sus discípulos. Hannibal y Aurèle lo acompañaron alternativamente en sus

peregrinaciones, lo que le permitió evaluar su tenacidad y sus habilidades –una prueba que el Primus quería que fuera individual, de ahí que nunca los recibiese al mismo tiempo.

Fue entonces cuando Solis cometió su segundo error culpable.

Fue ella la que detectó la anomalía. A medida que se multiplicaban los rituales para regenerar el prana, seguido en cada arkhano por un Tumul cada vez más preocupado, ella notó que los resultados eran significativamente mejores cuando Aurèle estaba presente. ¿Por qué? He ahí el misterio suplementario, pero los informes eran categóricos.

¿Debió Solis haberse callado este descubrimiento? Tal vez. Sin embargo, una vez más, optó por priorizar a Arkhante en lugar de a sus amigos.

Una vez que Solis compartió sus hallazgos, Tumul inventó cada vez más explicaciones que justificaban la presencia de Aurèle a su lado, y Solis encontró nuevas excusas para retener a Hannibal en Neftis. Es difícil saber si el irrecordable acabó sospechando algo, pero al coloso no lo engañaron.

A causa de ella, la animadversión entre los dos discípulos no ha dejado de crecer. Solis hubiera preferido que abandonaran su querella de una vez por todas, pero la Tierra es un arkhano que entierra y tritura; las explosiones están más reservadas al Fuego.

Y ahora los pretendientes han elegido el funeral de su maestro para mostrar sus discrepancias a la luz del día. Ignorando todas las últimas voluntades del Primus, privado del menor aviso por parte de Hannibal y Aurèle que, indiferentes, se mantienen a la misma distancia de él, Cildore no sabe qué hacer con sus restos, prolongando hasta el ridículo su abrazo con la momia fosilizada.

Todo, en esta escena trágica, nace de las decisiones de Solis. Decisiones conscientes, voluntarias, reflexionadas, pero cuyas

consecuencias son crueles de asumir. Si se mantiene, marmórea y sola, al frente de la delegación oficial, no es por dignidad. No. En realidad, con el corazón en la boca y las lágrimas rebosando, trata de no desmoronarse ante ese espectáculo que ha orquestado.

Un funeral se supone que ha de rendir homenaje al difunto. Nada de lo que ocurre ante sus ojos es a imagen de Tumul, que nació en una modesta familia de las gentes de esquisto, esa roca de la que heredó cualidades: la erudición del esquisto arcilloso que se puede tallar en una barra de tiza negra, la protección de la pizarra de la que se hacen las tejas, la generosidad y la modestia de esta piedra que se encuentra en abundancia, la experiencia sólidamente acumulada como las capas de esta roca sedimentaria.

En una oración muda, Solis le pide perdón.

Mientras los oficiales aprietan los labios ante lo que lentamente se convierte en una ofensa al difunto Primus, el pueblo de Acongua, todos los clanes, comienzan a pisotear el suelo. Lo que, al principio, parece no ser más que la expresión de una impaciencia exagerada, se revela como perfectamente sincronizado. Adultos, niños y ancianos golpean con el pie derecho, martillando un ritmo que mantiene el mismo pulso bajo, pero aumenta su potencia de forma constante.

Poco a poco, la tierra se convierte en tambor, mientras que las vibraciones pasan del estremecimiento a la sacudida y luego al temblor, hasta el punto de que uno podría creer que los gusanos de roca se han autoinvitado a la ceremonia. La lluvia de polvo que había caído vuelve hacia el cielo; el acantilado que domina las Tierras estriadas, un apilamiento de capas coloreadas y quebradizas, vierte lágrimas de grava; el suelo rocoso tiembla ante ese vibrante homenaje popular.

De latir, su corazón se había detenido. Aunque privada de

su Primus, la Tierra se reanimó lentamente bajo el impulso de la gente de esquisto, de la de granito, de la de arcilla y todas las demás. Bajo sus pasos renace el latido silencioso que retumba en las entrañas de la tierra: el pulso del mundo.

Hannibal es golpeado de lleno por esta vibración.

A su alrededor se despliegan las ondas sísmicas que revelan las riquezas del suelo: las grutas donde estalactitas y estalagmitas se besan para formar pilares dignos de un templo, los hilos de oro y plata que se entremezclan con los túneles excavados por los gusanos de roca, el núcleo burbujeante de magma y las vastas capas freáticas que se codean en la paz de la Tierra en lugar de destruirse unas a otras... Cada elemento revelado no es más que unidad e interdependencia.

A través de él se despliega entonces su vergüenza, profunda. Su comportamiento indigno destila en su alma un desprecio ácido del que no se zafará así como así. Se imagina como Primus aunque es indigno de tantas bellezas subterráneas, se pretende discípulo cuando rechaza el último abrazo de su mentor... ¡Las estalactitas y las estalagmitas, el oro y la plata, el magma y el agua freática no se baten para ganar terreno! El eco con su situación se convierte en un desprendimiento brutal. Con la fuerza de una roca que lo aplasta con todo su peso, Hannibal descubre que no es el gran hombre que imaginaba ser.

Para mayor alivio de Cildore, agarra los restos de Tumul, que mantiene al alcance de su mano para dirigirle una mirada torpe, la de un hijo que sabe haber decepcionado a su padre. Luego lo aprieta contra su pecho para hacerle llegar un mensaje de ultratumba: pide perdón, se compromete a ser mejor, jura servir al arkhano y preservar su legado... tantos compromisos que graba a cincel en el mármol de su memoria.

Conmovido, atravesado por líneas de falla que laceran su conciencia y remodelan su yo interior —unos celos mal metabolizados, un temor a perder el lugar que se había esculpido, la tristeza del adulto que de repente se descubre huérfano—, entierra y comprime esos oscuros pensamientos para no conservar más que el respeto y la gratitud que siente por Tumul, transformando así el carbón de sus humores en un brillante diamante de promesas.

Después pasa con deferencia el cuerpo a Aurèle.

Es deja patente que no sabe qué hacer con él.

Después de un abrazo a contramano, forzado, el gladiador se encuentra saturado con una carga de la que trata de deshacerse. Hannibal se sorprende por el contraste: Aurèle es el superdotado del arkhanos, el novicio propulsado a pilar, elegido por Tumul como compañero en su último viaje... pero ignora todos los usos sagrados de la Tierra.

Podría aprovecharse de la situación, humillar a Aurèle en público. La idea brota, pero no arraiga, arrancada por sus nuevas convicciones. Sería indigno de él. Indigno de Tumul, sobre todo.

Guía al gladiador al pie del acantilado estriado y, sosteniendo cada uno un brazo del fallecido, lo sientan juntos, ceremoniosamente, sobre un afloramiento que parece un taburete. Tumul ahora descansa bajo el globo que una vez levitó sobre él, y que ahora está clavado en la pared sagrada, como una bala de cañón cuya trayectoria habría detenido el peñasco.

Los dos discípulos retroceden, mientras nobles y magos, con Solis a la cabeza, se acercan y forman un semicírculo detrás de ellos.

Hannibal duda por un momento, antes de dirigirse a Aurèle, a quien hace un gesto para que lo siga. Juntos, con los labios cerrados, inician un sonido gutural, un aria sin palabras

que hace vibrar el torso más que las cuerdas vocales. Un canto sordo, enterrado, profundo.

El abejorro de la Tierra.

Primero con modestia y deferencia, luego con intensidad catártica, centenares de voces se unen al canto donde se confunden anónimos y oficiales, y pronto es un infrasonido que resuena en poderosos ecos contra el acantilado. La melopea aumenta, rica en tonalidades inquietantes y sutiles, y parecería que todas las rocas de las montañas de Acongua se han puesto a vibrar al unísono: yesos, basaltos, calizas, jaspes, sílex, granitos, mármoles, rocas coloridas de cobre, de hierro, de plata, de estaño, de platino y de tantos otros tesoros desconocidos enterrados bajo tierra.

Inspirado por esta conmovedora llamada, el alma de Tumul viene a designar a su sucesor, de acuerdo con la tradición arraigada en el arkhano de la Tierra desde la fundación del colegio mágico.

Aunque permanece engarzado en el acantilado, el globo rocoso se mueve y gira una última vez, se escinde y se recompone en un pergamino de fibras de piedra.

Aparecen letras.

1.2

Cuando Hannibal ve aparecer la A en primer lugar, lo sabe. Aurèle ha acompañado al difunto casi a lo largo de la frontera con la Fisura, y fue el último en rendirle homenaje. Tumul decidió apostar por Aurèle, el talentoso e intuitivo, en lugar de por él, el trabajador incansable que no ha sido tocado por la gracia del genio. Una elección de ruptura, inesperada para la Tierra, pero seguramente necesaria en vista de los problemas que experimenta el prana.

Curiosamente, es alivio lo que predomina. No lo ha desmerecido, se ha mostrado sólido y fiel hacia el arkhano y su Primus, devoto de la Tierra. No tiene nada que reprocharse, nadie podrá negar su implicación. Si la carga de las responsabilidades recae sobre otro que no sea él, es porque Tumul es sabio, no porque no fuera digno del título supremo.

La letra L aparece a continuación.

Finalmente, podrá permanecer con Solis, apoyarla en la consolidación de su reinado, conservar su papel de protector de la Malkah. Como Primus, Aurèle tendrá que ausentarse a menudo de Neftis, y durante largos períodos. Hannibal le servirá de enlace, será la palabra de la Tierra junto al Trono esculpido; le hará disfrutar de su experiencia, de su conocimiento de los bastidores del poder, de su proximidad con Solis. La tierra resurgirá engrandecida, más fuerte.

Sí, al final es positivo que Aurèle sea elegido Primus.

HANNIBAL

Tal es la inscripción final que aparece en relieve en el globo rocoso.

Los centenares de rostros de la muchedumbre se vuelven

hacia él y lo miran, como túmulos sobre la ladera de una montaña. Hannibal se estremece un instante ante aquellas miradas que se encomiendan a él, que se apoyan sobre sus hombros como un edificio sobre su piedra angular. Su rostro pasa entonces de la sorpresa de un suelo quebradizo a la seguridad de una roca.

Tumul ha elegido a su sucesor, ante los otros cuatro Primus, los siete dinastas, las docenas de taumaturgos y los cientos de gentes de la montaña. Y, sobre todo, frente a la Malkah.

Ha sido designado Primus, de forma incontestable e incontestada.

Si Aurèle lo hubiera sido en su lugar no habría sabido qué hacer, una vez más. Hannibal conoce las costumbres. Si bien imaginaba que el arkhano necesitaba de sangre nueva, un enfoque innovador, se da cuenta de lo grave de su error: la Tierra es la base sobre la que descansan todas las demás magias, la piedra angular en la que se basan... el origen del prana, y por lo tanto la primera de las magias.

Por eso Tumul lo ha preferido antes que a Aurèle.

Atrapado por la revelación, impactado por la importancia de su misión, se acerca al globo y pone su mano sobre él. Susurra un conjuro, hunde los dedos en la roca y la moldea como un panadero su masa. El resultado es una pequeña bola no más grande que una nuez que sostiene con la punta de los dedos. La deja caer en la palma de su mano y la mira con atención, de espaldas a la audiencia silenciosa.

Luego, se golpea violentamente la cara a la altura de la ceja izquierda.

La bola de piedra golpea el globo ocular que estalla en un repugnante ruido húmedo. El líquido cristalino brota bajo la palma presionada contra la cara, se adhiere a los dedos separados y lo tiñe de sangre.

Hannibal no emite la más mínima queja, ni siquiera un gruñido. Sin embargo, el dolor viaja a lo largo del nervio óptico, trepana su cráneo como el taladro de un cantero. Su párpado magullado late frenéticamente alrededor del cuerpo extraño, áspero y terriblemente seco. Busca rechazarlo, prefiere ser tuerto que heterocromo, un ojo mineral y el otro humano.

Con la mano presionada contra su arco ciliar, espera con paciencia a que su cuerpo acepte su decisión, domando las coces del dolor. Necesita un momento interminable de suplicio que cubre su frente con un sudor de sufrimiento. Sus escarificaciones están tan calientes de fiebre que podría rascarse hasta sangrar.

Termina por meter en vereda a sus sentidos. Extiende cautelosamente la mano, fuerza su visión y entrecierra los ojos.

Y, de repente, ve.

Las formas, el relieve, los colores, todo lo que el ojo humano capta a diario. Pero a la vez, a otro nivel, como una realidad adicional, la pulsación de los infrasonidos, las resonancias subterráneas, la arquitectura sedimentaria tan legible y evocadora como una partitura musical, los ecos de los más mínimos movimientos de la multitud que lo rodea, cada grano de polvo suspendido en el aire, el brillo vibratorio de cientos de gusanos de roca reunidos bajo el macizo.

Un nuevo mundo aparece ante él. Más precisamente, descubre el mundo tal como debería habersele aparecido hace mucho tiempo.

Se vuelve hacia la multitud con su arco ciliar colonizado por surcos pedregosos que le cierran la ceja y se deslizan hacia su pómulo. Se yergue orgulloso ante los testigos de su elevación. Entre esos cientos de miradas de admiración o de asombro, solo hay una que cuenta.

Se cruza finalmente con la de Solis.

Que sostiene la mano de Aurèle.

Con su ojo natural, Hannibal ve cuanto tiene de espontáneo el gesto. Exuda benevolencia, empatía, el deseo de consolar ante una decepción repentina.

Con su ojo de piedra, percibe las microvibraciones que rodean a la pareja como círculos en el agua. El latido veloz del corazón de Solis late como contraste a la rabia de Aurèle, que apenas se contiene –un taumaturgo digno de ese nombre lo conseguiría, más todavía un aspirante al título de Primus. El desfase entre uno y otro es escandaloso: Solis no es más que una petición hacia un Aurèle que no se interesa más que por sí mismo.

¿Por qué no ve que Aurèle es tan egoísta como peligroso? Imaginarlo como un bailarín de salón lleno de elegancia es olvidar que ha eviscerado a su oponente en el Appologium. Presentarlo como un héroe arkhante es negar que es un traidor irrecordable. ¿Cómo puede Solis engañarse hasta ese punto? Él es tuerto, pero ella es ciega.

Como ciego se vuelve Hannibal entonces frente a los homenajes que le rinden. Los Primus son los primeros en felicitarlo, Sarash más efusivamente que los demás. Luego llega el turno de los dinastas y otros nobles, que son seguidos por las gentes de granito, su clan y todos los demás representantes de Acongua.

Peor tiene que esperar hasta comulgar con los taumaturgos, sus hermanos de arkhamo que a partir de ahora dirige, para ser consciente de que finalmente ha sucedido a Tumul. Es su nombre el que quedará grabado en el fresco del Crisol, y sus hazañas bien podrían completar el bajorrelieve de bronce que traza la historia de la Tierra.

Aurèle se aparta, solo a la sombra del acantilado. Observa todo eso desde lejos, ya no le preocupa. Sin embargo, su

deber es felicitar al nuevo Primus. Salvo porque Hannibal no es *su* Primus. Tumul ha elegido a alguien que no era él, mientras él permaneció a su lado durante una luna, compartiendo su día a día durante su viaje a la frontera de la Fisura.

Aurèle hizo todo lo que Tumul le exigió y, sin embargo, en el momento de la elección, el antiguo Primus se negó a darle un voto de confianza. El gladiador no es capaz de asumirlo, no después de haberlo esperado tanto. Durante su reciente viaje, ¿no ha mostrado acaso una y otra vez el alcance del progreso conseguido desde que lo escarificaron? Tumul estaba impresionado, como aquella vez, en la linde de Orcunion, cuando se encontró espontáneamente con dos pares de brazos extra hechos de zarzas para sostener el grueso tronco de un castaño desarraigado. Aurelio recuerda la expresión del Primus, entre la admiración y la preocupación; había lanzado el hechizo espontáneamente, sin pensarlo, pero a ojos de Tumul la hazaña fue extraordinaria.

Entonces, ¿por qué elegir a ese obtuso de Hannibal? ¿Por qué elegir lo laborioso en lugar de lo brillante?

«Sé paciente», le silba Syläë en voz baja.

Aurèle gira lentamente la cabeza para mirar ostensiblemente la mano que el Primus de la Naturaleza ha colocado sobre su hombro. Ella la retira, como quemada por la intensidad de la mirada arisca.

«Las cosas habrían sido más simples si te hubieran nombrado Primus, continúa Syläë, pero pase lo que pase, nada puede evitar ya la toma de poder de Isalys.»

Una falla. Una enorme falla es lo que a Aurèle le gustaría abrir en la Tierra para tragarse esas palabras. Las palabras de consuelo, las palabras para el perdedor, las odia. Él nunca queda segundo. ¡No hay discurso para los vencidos! No hay un segundo lugar. ¡Solo existe la victoria, o la muerte! Es la

realidad del Appologium, es la de la Fisura, es la de la vida cada día. Cualquier irrecordable lo sabe, no hay premios de consolación, no hay segunda oportunidad. Syläë cree lo contrario, lo que demuestra lo débiles que son los arkhantes. Merecen ser pasados todos por el filo de la espada.

Syläë es presa de un arranque violento de tos que la dobla en dos. Los cuernos de madera plantados sobre su frente se retuercen violentamente, la mano que ha puesto delante de la boca se encuentra cubierta de mucosidad —¿de sangre?— que limpia precipitadamente contra sus botas altas, como si nadie hubiera notado nada. Después de tal acceso de debilidad, Aurèle renuncia a ponerla en su sitio. Syläë se está muriendo, por eso hace esas declaraciones derrotistas.

Vélive, que también ha venido a conspirar con el gladiador y la Primus de la Naturaleza, esconde la repugnancia que le inspira la escena bajo una ironía viperina.

«Mi querida Syläë, me alegra que hayas sufrido por expectorar tantas palabras tan necias. ¡No quiero oírlas más, ni a Aurèle!»

Se vuelve hacia él.

«Y tú, querido, no seas tan ingenuo como ella. ¿No te das cuenta de que nunca serás un arkhante? Solis no lo ha querido. Si ese fuera el caso, te hubiera escogido a ti, tú hubieras sido coronado Primus.

—No es ella la que nombra a los Primus», objeta Aurèle con voz grave. No le gusta el tono agudo y mordaz de Vélive.

«¿Ah sí? ¿De dónde sacas esa certeza? ¿De que te haya cogido la mano por consideración? ¿No has visto que es pura perfidia? Quería evitar que reclamaras lo que se te debía, ha protegido a su querido Hannibal. Y tú, pobre tonto, no te has enterado de absolutamente nada.»

Aurèle agacha la barbilla, como si estuviera poseído de ira. ¿Podría ser cierto? ¿Que Solis no le hubiera dado la mano

más que para retenerlo? ¿Habría sido engañado, traicionado? Rápidamente se da cuenta de que no se está haciendo la pregunta correcta. Más bien debería preguntarse si hay una sola buena razón para que Vélive se equivoque.

No ve ninguna.

Busca a Solis con la mirada, dispuesto a exigir una respuesta. La encuentra un poco más lejos, ensimismada delante de los restos de Tumul, la encarnación del dolor. ¿Se ha burlado de él? ¿Había sido un gesto calculado?

Y, sobre todo, ¿por qué es tan importante para él? ¡Quiere que la Malkah sea derrocada, no que lo ame!

Los Primus lo van a volver loco, se da cuenta por fin aunque un poco tarde. Isalys ya lo había advertido: los señores de los arkhanos no son solamente magos eméritos, son ante todo maquinadores sin par. Sólo los ingenuos creen que el título de Primus se gana por méritos. La elección de Hannibal es prueba de ello.

Aurèle mira fijamente a la Malkah con una mirada venenosa, fingiendo estar convencido por la sinceridad de los Primus. Que Vélive y Syläë sigan viéndolo como un títere fácilmente manipulable, como un guerrero sin cerebro, le viene perfecto. Esto hará que sean más fáciles de sorprender cuando el momento lo requiera.

La ocasión no debería tardar en llegar, por otra parte. Solis avisó a los Primus de que planeaba viajar a la Fisura para proseguir con la búsqueda de Tumul. Los magos supremos se resisten a responder a la llamada, pero con o sin ellos, Solis pronto cruzará la frontera. Entonces, estará a su merced.

Casi se compadece de ella.

Casi.

Inconsciente de la amenaza que pesa sobre ella, Solis se encuentra arrodillada ante los restos de Tumul, de aspecto extrañamente vivo. Sus asistentes se mantienen al margen,

dejando a la Malkah sola por respeto, mientras le dirige sus últimos homenajes.

En su cabeza se arremolinan las dudas, los remordimientos, la cruel incertidumbre de haber tomado la decisión correcta... tormentos que su encuentro con el astranatogante no ha bastado para agotar por completo. ¿Y si Solis no tuviera control sobre ese supuesto destino? ¿Y si, cualesquiera que hubieran sido sus acciones, Tumul habría muerto de todos modos?

Sus pensamientos se entrelazan y se fusionan para componer una oración sincera, destinada a acompañar al difunto en el más allá. Sin embargo, Solis no esperaba una respuesta.

El globo de Tumul rechina, con el tipo de ruido que hacen dos piedras frotándose una contra la otra mientras un obrero las ajusta. La superficie devora las letras de HANNIBAL, que dan paso a otras, discretas y efímeras, un epitafio reservado a la Malkah.

SIGUE EL ÁMBAR DE LA FISURA.

Antes de que Solis pueda comprender del todo el mensaje que le dirige Tumul desde las puertas de la Muerte, el globo se agrieta como un huevo y un escarabeo sale de él, agitando sus élitros ablandados para alzar el vuelo. El insecto libador de abdomen dorado se posa sobre el dedo de Solis, al cual abraza con sus alas diáfanas antes de quedarse quieto, como petrificado, convirtiéndose en un improbable anillo.

Un escarabeo, como dijo el astranatogante.

La decisión está tomada, más sólida ahora que el granito de Acongua: no importan las moratorias de los Primus, ya puede Calyps tratar de deshacerse de sus discípulos, Syläë estar sufriendo o Vélive dar disertaciones a placer, ella partirá. Se irá con o sin ellos. Puede contar con el apoyo de Sarash y, fuera de toda duda, con el del nuevo Primus de la Tierra.

Ella irá a la Fisura. Ella descubrirá cómo regenerar el ciclo del prana. Ella salvará a Arkhante.

SAL EN LAS HERIDAS

«¿Hay gente que vive allí?»

Con el mentón, Jax señala la Fisura y su extensión desolada que comienza treinta codos más abajo, en la vertical del camino de ronda. Un guardia de la Muralla de osamentas suele evitar tales preguntas, pero Jax es un novato.

«Sí... No sé si aún se les puede llamar "gente".»

La respuesta lacónica se prolonga con un largo suspiro. Imberbe, el viejo Garth tiene menos pelo en la cabeza que Jax en las cejas. Arqueado por el peso de los años, se fuerza a enderezarse, aferrado a su lanza como a un bastón.

«Para llegar allí, primero hay que atravesar la Gran garganta.»

Garth se vuelve hacia la impresionante puerta que atraviesa la Muralla de osamentas, allá lejos, al otro lado del camino de ronda. El pasaje está apuntalado por el esqueleto de un gigante cuya caja torácica hace las veces de armazón.

A esa distancia, el cráneo monumental que cierra el túnel le parece borroso. Entorna los ojos con la esperanza de forzar el tatuaje de visión a distancia que le dibuja unas cejas postizas. Desafortunadamente, la magia ya no es suficiente para compensar su visión en declive. ¡Y pensar que hace treinta años ese tatuaje lo convirtió en el mejor vigía de toda la ciudad pirata de Alvilid!

Garth lanza un nuevo suspiro.

«A veces parten hacia la Fisura familias enteras.

—¿Quién puede estar tan chalado como para hacer eso?

—Gente que lo ha perdido todo. Parias, exiliados,

miserables, locos... los que no tienen elección.»

La respuesta de Garth arroja un frío que no tiene nada que envidiar al aire helado de la noche que termina.

«Demasiada mala suerte, replica Jax sin compasión.

—La suerte no tiene nada que ver en todo esto...»

Garth no está sorprendido por esa falta de empatía. Jax viene de las llanuras agrícolas de Namani, es un pragmático, un prosaico campesino. Sabiendo que ha sido expulsado de su hogar por las malas cosechas y obligado a aceptar un puesto en la inquietante Muralla viviente, no se arriesga a dejarse conmover por la suerte de otros exiliados. De todos modos, ahí no hay lugar para la sensibilidad, es un lujo que no pueden permitirse.

«¡Menuda rasca! ¿Siempre es así aquí?, replica Jax, tirando de su abrigo demasiado corto. Massada y la Fisura son dos malditos desiertos, ¿no?

—No hay nubes.

—¿Qué?»

Garth, que siente que sus rodillas comienzan a oxidarse seriamente, ahoga un suspiro más. Es evidente que Jax no sabe contentarse con unas pocas palabras. Una pena. El viejo guardia se resigna, es su papel el de acoger al novicio bajo su ala.

«Nunca hay nubes aquí, así que nada detiene el calor durante el día y nada lo retiene por la noche. ¿Capisci, camarada?

— Nunca he oído a nadie decir eso de las nubes. Dime, viejo, ¿me estás tomando el pelo?

—¿Sabes cómo he sobrevivido en la Muralla? Escucho cuando me hablan. Me lo explicó un mago.

—¿Y a tu edad, sigues creyéndote lo que dicen las grandes capuchas?

Escéptico, Jax levanta la cabeza. En el cielo rosado por el

amanecer, su aliento transformado en penacho vaporoso es la única nube visible. Aterido, tira una vez más de su pelliza, demasiado pequeña para su espalda robusta de namaniano.

«Ya le dejé bien claro al tipo de intendencia que este abrigo era demasiado pequeño.

—Bienvenido al ejército de Arkhante, suelta a Garth en un tono desengañado.

—El tuyo está impecable, observa Jax insidiosamente.

—Lo cogí del cadáver del último soldado que no hacía más que parlotear en lugar de hacer su trabajo.»

Garth reanuda su patrulla, seguido con retraso por un Jax gruñón que murmura bajo su barba. Durante unos minutos, solo se oyen sus lanzas golpeando el suelo. En las entrañas de la muralla, los chirridos se propagan en ecos siniestros, como un gruñido bestial. Si se añade la niebla matinal, que evoca el aliento de un animal, se acaba por creer que la Muralla está *realmente* viva.

De repente, las espigas se agitan. Envuelven los esqueletos en músculos nudosos, se cuelan como reptiles furtivos entre las cajas torácicas y las órbitas de los cráneos, raspan los huesos con un chirrido insoportable. La construcción cruje, humea, se estira entre el dolor... Un monstruo aterrador que se despierta de mal humor.

El camino de ronda empieza a ondular con un chasquido óseo, como una columna vertebral agitada por un estremecimiento interminable. Garth clava inmediatamente el asta de su lanza entre los huesos y se aferra firmemente a ella. Sorprendido, Jax se desequilibra con violencia y cae de culo, con sus pobladas cejas convertidas en acentos circunflejos.

«Mierda, ¿qué está pasando? ¡Todo se derrumba!

—No, la Muralla se adapta a la amenaza.

—¿Qué amenaza?»

Garth mira a su alrededor, entrecerrando los ojos inquietos

para descubrirlo. En veinte años ha visto varias veces reconfigurarse la muralla por sí misma, pero nunca agitarse con tanto vigor; el peligro es grave e inminente. La idea de que Mantris pueda lanzar un nuevo ataque le licúa las tripas, sus palmas sudorosas se deslizan por el asta.

Escanea meticulosamente el desierto de la Fisura, sin ver nada más que el viento y el polvo, la miseria. ¡Maldita vista menguante que le oculta al enemigo y le impide reaccionar como debe! Poco a poco, la Muralla se calma, sus escalofríos se desvanecen. ¿Falsa alarma?

«¿Se ha terminado?», pregunta Jax con voz preocupada.

En apenas lo que tarda en enderezarse, la Muralla se rompe en pedazos. Tibias inmensas, garras rotas, omóplatos más anchos que una pala y cráneos destrozados son propulsados en el aire. Los huesos se paralizan en plena trayectoria, retenidos por los espinos a punto de romperse. La muralla parece un contorsionista que desarticula sus hombros.

Jax es derribado de nuevo, mientras que la lanza de Garth amenaza con soltarse. Afortunadamente, la sección de la muralla en la que se encuentran no se desmorona hasta el punto de hacerlos caer de la fortificación. Alrededor de la Gran garganta, en cambio, la Muralla ha triplicado su volumen.

Con el miedo en el estómago, Garth sigue forzando su vista cuando de repente sus tatuajes recuperan el vigor de su juventud. Con una visión en picado que le da vértigo, ve el inmenso cráneo transformado en portal que se eleva a quince toesas. Debajo de él, los huesos se ensamblan como los miembros de un muñeco de marfil, tejidos entre sí por gruesas brazadas de zarzas, y se unen en un esqueleto gigante.

Una antigua leyenda circula entre la guardia, según la cual los muertos apilados, trenzados en este cementerio al aire libre que es la Muralla, volverán algún día a la vida. No

precisa si será para volver a luchar la guerra o para vengarse de los que los mataron. Garth nunca había creído en ello... estaba terriblemente equivocado.

No se sabe quién grita más fuerte, si Jax o él. De todos modos, nadie los oye en el estruendo calcáreo del descomunal muerto viviente cuyas articulaciones crujen con atrocidad. El estruendo es tan potente que cubriría el ruido de un naufragio.

«¡...aaah!»

El silencio desaparece bruscamente, y es Jax quien tiene el chillido más agudo. Allá, al otro lado del camino de ronda, el esqueleto abigarrado de la Gran garganta se yergue a medias, atrapado en el entramado de las zarzas; el gigante ha permanecido prisionero de la Muralla, como un gran pez enredado en su propio sudario. Entre sus piernas, de cien tibias de grosor, pasa una tropa, casi despreocupadamente, sin hacer el menor caso a la inmensa criatura que la cubre.

Sus tatuajes de visión a distancia le revelan a Garth una guarnición de una veintena de piqueros, con puntas de lanza colgadas de la luz rasante del amanecer. Escoltan un convoy ligero, tirado por bovinos plácidos –con su plataforma rodeada de barriles, los carros parecen balsas surcando en su travesía un mar de polvo. Y en medio de esa carga, una docena de espléndidos caballos de montaña transportan...

No puede creer lo que ve.

Sin embargo, reconoce a Vélive. Reconoce a Syläë, Calyps, Hannibal y Sarash –su presencia explica el poderoso resurgimiento de sus tatuajes, los Primus vivifican el prana que los rodea, incluso aquí, en estas tierras desoladas. Solo Shado falta a la llamada –aunque... puede estar oculto en algún lugar en la penumbra, en la sombra de las sombras.

Justo detrás de ellos camina la Malkah, rodeada de su guardia personal. Así pues, los rumores eran ciertos: la

Malkah ha decidido visitar la Fisura para asegurarse de que se respete el favor exigido en el Appologium. Cuando algunos Primus se resistieron a seguirla, en lugar de ceder, ella exigió además que vinieran en compañía de sus discípulos. Nadie se atrevió a enfrentarse a ella. La prueba: Calyps ha venido con Keya, la profetisa-guerrera, y Vélive con Syphonn, el suspirante mago-soplador.

Ver a la Malkah y a los Primus aquí es tan incongruente como el despertar de la Gran garganta. Sin embargo, son ellos los que la Muralla intenta retener para protegerlos de los peligros de la Fisura. Se ha alzado en vano, no se retiene a un mago supremo contra su voluntad. Menos aún cuando están unidos como los cinco dedos de la mano.

La muralla lanza un último intento y teje una red de zarzas, una grada vegetal cubierta de espinas que vibra como una tela de araña ávida de capturar a sus presas.

No contaba con Syläë cuyos cuernos de madera se transforman en corona, para recordar que ella es la soberana de las fuerzas de la Naturaleza. Los espinos se apartan como un dosel, con reluctancia, ya que algunos filamentos intentan agarrar a la Malkah. Pero el poder de la Primus y la postura imperturbable de Solis frente a la amenaza acaban por hacerlos renunciar.

Definitivamente sometido, el gigante esquelético se ve obligado a bajar su cráneo óseo para ver con sus órbitas vacías cómo el convoy pasa entre sus piernas. Sobresalientes, heroicos, los Primus y sus discípulos se adentran en el páramo, enjaezados de coraje.

¿O simplemente locos e inconscientes, víctimas ya de los espejismos de la Fisura?

«¿Quién es el tipo apuesto de pelo largo? Te juro que lo conozco.»

Jax, que se ha vuelto a poner de pie y ya ha olvidado su

miedo, acaricia su barba con un rechinar molesto antes de detenerse de repente con un destello de satisfacción en los ojos.

«¡Por Loo! Sí...¡es Aurèle!»

¿El campeón del Appologium se adentra en la Fisura en compañía de la Malkah y los Primus? Sorprendente. Sin embargo, Garth también lo identifica, sin lugar a dudas.

«Este tipo, añade un Jax entusiasta, va a calmar a los irrecordables.»

Garth mira fijamente la asombrosa caravana, engullida lentamente por la neblina de su miopía que se impone a medida que los Primus se alejan. Un último detalle le llama la atención. Años de vigía sobre la Muralla de osamentas le han enseñado a reconocer a un irrecordable en cuanto se cruza con él, solo por sus aires: su paso de depredador, una actitud moldeada por las anomalías devastadoras de la Fisura, esa tensión característica que le permite estar preparado incluso y sobre todo frente a lo inesperado... todo los rasgos que revelan su origen. Y cuando escruta a Aurèle, marca todas las casillas.

¿Un irrecordable? ¿El campeón del Appologium, el que le dio el punto de victoria a Arkhante, sería un irrecordable?

El viejo guardia fronterizo sacude la cabeza, desilusionado. Ver cada vez peor no es suficiente, ahora se está volviendo senil.

«Vamos, muchacho. Los magos pronto se presentarán aquí. Es mejor que no nos pillen pensando en las musarañas.

—¡Aquí les espero a esos magos! ¡Que me...!»

La continuación es tragada por el estruendo de la Muralla que se repliega y por la Gran garganta que golpea como un puente levadizo que se cierra en seco. La muralla retumba y cruje, los espinos crujen y rozan, testigos de una fuerza sobrenatural que vuelve a caer en un profundo sueño. Una

fuerza que es sensato respetar.

«¡Espera, Garth!» Jax empieza a correr detrás del anciano.
«¡Mierda, joder, no me dejes solo!»

+++

Los paisajes de la Fisura se reducen demasiado a menudo a pueblos fantasmas donde viven unos pocos habitantes más fantasmales aún y a megalíticos torturados convertidos en hitos fronterizos entre clanes. Su flora cuenta con demasiados árboles petrificados con ramas ganchudas que solo resultan acogedores a ojos de los ahorcados, su fauna con demasiados carroñeros famélicos que cruzan la Muralla de osamentas en busca de algún cadáver preservado por las mutaciones.

En efecto, esta tierra de nadie es un enfermo con llagas supurantes, un cadáver podrido que no deja de agonizar.

Pero por la noche, la Fisura recupera su pudor. Viste sus estigmas con el manto oscuro de un crepúsculo glacial y, cuando las condiciones son propicias, se adorna de auroras boreales que son otros tantos vendajes luminiscentes puestos sobre sus horribles heridas.

Aurèle se detiene unos instantes enganchando las campanillas a las pértigas que tensan las telas de las tiendas, quiere disfrutar de ese fascinante espectáculo que envuelve el campamento instalado para pasar la noche. Es un bálsamo para él, después de una jornada de dejarse roer los ojos por toda la rareza malsana de la Fisura. Debería haberle sido familiar, y sin embargo tuvo la impresión de redescubrirla a cada paso.

Grande es su vergüenza de admitirlo, pero bastaron un centenar de días pasados en el lujo de los palacios de Arkhante para sentirse extranjero en su tierra natal. Para ser

más concreto, la Fisura le parece menos extraña que devastada, un páramo desolado e inadecuado para la vida. Un lugar del que todo ser humano sensato debe huir a toda prisa. Tuvo que esperar hasta la noche para recordar que estaba en su casa.

Durante todo el día, e incluso ahora que la caravana ha cambiado sus carros por altivos pabellones de tela, los Primus han mostrado su indiferencia ante ese pesado ambiente: no tienen otra opción, nada debe recordar que su magia aquí está debilitada. En cuanto a la Malkah, ha fingido una gran seguridad para que olviden los numerosos riesgos políticos y humanos que asume al realizar este viaje.

El personal que acompaña al convoy, sin embargo, ha entendido de sobra que el peligro acecha. Aurèle lo ha notado en una plétora de pequeños signos. Los sirvientes encienden un número desmesurado de antorchas para iluminar el campamento, ansiosos por ahuyentar cualquier sombra. La cocinera tira un lechón entero que considera en mal estado, carne inmediatamente atrapada por un fénec que surge de la arena y que se esfuma bajo los gritos de la ayudante. El boyero está preocupado por un enrojecimiento sospechoso, que cubre con una cataplasma improvisada por temor a una infección. En todas partes se sobresaltan ante el menor ruido y nunca se desplazan solos.

Todos los soldados están en alerta. Las patrullas están sobreamadas y llevan la espada a mano, los guardias alrededor de los fuegos mantienen un silencio anómalo. Varios piqueros vigilan el campamento irrecordable que se ha instalado durante la noche cerca del suyo, con la lanza ostensiblemente sujeta en la mano.

Aurèle también vigila ese otro campamento. Ha detectado a un hombre que lo observa, siempre el mismo, fácilmente identificable por tener la mitad de su rostro colonizado por

musgo azul, un organismo mutante con fibrillas que agita la brisa vespertina. Continúa colgando sus campanillas mientras espía al sospechoso.

«¿Para qué colgar carillones?»

Aurèle mira de reojo por encima de su hombro, anudando la campanilla sin mirar gracias a la fuerza de la costumbre. Solis ha salido de la tienda principal para ir con él, abandonando a los Primus que celebran un consejo en el interior.

«¿Nos estáis espiando?», bromea abiertamente.

¡Si ella supiera! Aurèle hace el esfuerzo de concentrarse en su tarea, su rostro no debe revelar su duplicidad —esta maldita Solis demuestra una intuición notable.

«Un sistema de alarma rudimentario», explica al terminar el nudo.

Con un golpecito se asegura de que el carillón pueda girar libremente alrededor de su agarre —en efecto, tintinea alegremente.

«Simple precaución. La Fisura es igual de peligrosa de día como de noche.»

Solis lo sigue hasta el siguiente poste. A pesar del calor abrumador, mantiene la tez fresca y su vestido sigue impecable, cuesta creer que acabe de bajar de un dirigible y lleve todo el día cabalgando. Es magia pura que ni siquiera la Fisura puede alterar. Él recuerda que Isalys tiene la misma capacidad de permanecer hermética ante las agresiones del desierto.

«¿Teméis a nuestros vecinos?»

Solis echa un ojo discreto a los nómadas que han plantado su vivac a pocos kilómetros del suyo. Sencillas esteras asentadas sobre un armazón de arcos, sus refugios son más someros que los pabellones de Arkhante. Al mismo tiempo, más adaptados a los vientos cambiantes de la Fisura. Y sobre

todo mucho más rápido de desmontar en caso de emergencia.

Aurèle observa a su vez a los irrecordables. El hombre de la mejilla contaminada le sonríe de soslayo, como cada vez que sus miradas se cruzan.

«Son sígilos, parásitos del caos, especifica el gladiador sin apartar la vista.

—Un apelativo muy poco atractivo.

—Sí, pero ante todo son mercaderes. Les gusta deambular cerca de la frontera, allí hacen buenos negocios.

—¿No teméis un ataque por su parte, entonces?»

Aurèle sonríe a la joven reina.

«Ningún riesgo. No con todos estos soldados.»

Luego se vuelve hacia los piqueros que están cepillando a los caballos bajo las órdenes de Atlas, su capitán. Grande, de porte recto y con el pecho cubierto con una cota de malla brillante, Atlas está tan preparado para la Fisura como un hacha para clavar un clavo.

«Deberíamos aprovechar la oportunidad para venderles todas nuestras monturas, incluido el ganado, y comprarles maculosaurios.

—¿Os referís e a esos extraños animales?

Solis señala unas bestias con gruesas placas de cuero que evocan la armadura de un caballero. Con sus cuernos y collarín óseo, resultan impresionantes. Sin embargo, pastan plácidamente comiendo las escasas algas que encuentran rompiendo los terrones arenosos bajo sus pezuñas.

«Están preparados para sobrevivir en la Fisura, se justifica Aurèle.

—¿Qué sería de nuestras monturas?

—Su carne sería un trueque excelente. Los más listos volverán a la Muralla para vender los caballos antes de que enfermen.»

Solis aprieta los labios,apenada por esa perspectiva.

«Hablaré con el capitán al respecto», promete ella sin convicción.

Aurèle se limita a encogerse de hombros. Estos arkhantes no entienden nada, se comportan como si todavía estuvieran en su reino. La Fisura se los comerá vivos, no tendrán anda que hacer. Definitivamente es demasiado fácil.

«¿Para qué sirven entonces esas campanillas?

—Para advertir si el viento se intensifica, miente el gladiador, al que no le apetece detallar los peligros a los que están expuestos.

—¿Tan fuerte sopla?

—He visto a una tormenta despedazar a un viajero hasta los huesos.»

La sonrisa de Solis se desvanece, traga con dificultad. Lo más asombroso es esa confianza que ella deposita en él impulsivamente, mientras que él es el último en ser digno de ello, que le miente y que se miente a sí mismo. Prueba de que su percepción de las vibraciones está fuertemente alterada por la Fisura.

Le gustaría convencerse a sí mismo de que ella es demasiado ingenua, casi simplona, cándida, tonta sin sus hechizos. Al menos podría despreciarla, desdeñarla, burlarse de ella, pero en el fondo ya no sabe realmente quién es. ¿Es realmente esa mujer tan crédula?

Una cosa profunda le despierta la curiosidad. Siente que se ha creado un vínculo entre ellos, sólido, un doble nudo. La reina siente apego por él, ha trabajado para ello, lo necesitaba para acercarse a ella. Pero, ¿por qué cree en él con esa inquietante certeza? ¿Esa ceguera absurda?

No puede negar que está conmovido por esa confianza, ese sentimiento de fiabilidad. Le gusta incluso un poco demasiado. Preocupado, se rasca las escarificaciones

cicatrizadas hace mucho tiempo.

«Solis, quería advertiros...

—¿Sí?

—Pasar por el Lago Salado es un error.

—¿Y por qué?

—Un poderoso hechizo fue lanzado allí durante la Guerra de los Héroes.

—Por Udeep, el antiguo Primus del Agua, lo sé. Es precisamente la razón que impulsa a Calyps a ir allí. ¿Por qué no hacerle saber de vuestra renuencia cuando aún no era demasiado tarde para cambiar de rumbo?

—Porque, ¿me habría escuchado?

—Él, tal vez no. Pero yo sí.

—Lo dudo.»

Solis retrocede con un movimiento, como herida. Aurèle insiste para abrirle los ojos.

«Los Primus saben que soy un irrecordable, nunca confiarán en mí. ¡Desconfían tanto de mí que no le han dicho a nadie lo que soy!»

Después de la estruendosa declaración de los Arkhontes en Plenition, cabría esperar que todo el reino se enterara de que su campeón proviene de la Fisura. Al final, la élite de Arkhante se puso de acuerdo en un pequeño comité, decidiendo que el secreto no debía ser revelado —incluso el capitán Atlas desconoce su verdadera identidad.

«¿Te gustaría que todos lo supieran?»

La pregunta de Solis le pilla por sorpresa.

«A mis ojos, sois un Arkhante, al igual que todos los irrecordables. Además, vuestro lugar de nacimiento no es lo que os define, ni mucho menos. Ahora, si es relevante para vos que eso se sepa...

—Pero... ¿y los Primus?

—Acabarán acomodándose a mi visión, como ha ocurrido

con este viaje. Subestimaron mi determinación, agrega Solis con una sonrisa, ¿vais a cometer el mismo error?»

Aurèle se queda sin palabras. ¿Cómo hace para que todo parezca tan simple?

«Ahora sois un soñador de repente, comenta ella, un poco burlona. Tenéis todo el tiempo para pensar en ello, no serviría de nada anunciar cualquier cosa antes de nuestro regreso a Neftis. Y ahora, ¿qué tal si vamos a ofrecer un barril de agua a los sígilos, como gesto de buena voluntad?»

¿Es la propuesta una coincidencia, un gesto de bondad inspirado por la aridez de la Fisura, o Solis es consciente de la costumbre de intercambiar agua entre los clanes de irrecordables? Si ofrece un barril entero, su regalo principesco le valdrá una gran reputación que la precederá a través del desierto.

«¿Aceptaríais acompañarme? Me gustaría aprovechar la oportunidad para aprender algunas palabras del dialecto local.»

Ojiplático, impresionado por las agallas de la reina, Aurèle la ve alejarse en dirección al capitán Atlas, quien inmediatamente hace a dos de sus hombres llevar un barril. ¿Es genuino el interés de Solis por los irrecordables? ¿Su plan de vincular la Fisura con Arkhante va más allá de la mera apariencia? Sería una ambición sublime, mucho más satisfactoria y noble que la venganza a la que aspiran él e Isalys.

Hay que estar loco para esperarlo, o ser muy cínico para no creerlo.

Aurèle está confuso. Peor aún: perdido.

A unas pocas toesas de allí, el hombre de la mejilla azulada lo observa todavía...

2.2

De repente, Ruby desaparece, engullida por la superficie hecha costras del Lago salado. La guardaespaldas caminaba al lado del carruaje, cerca de Solis, cuando de repente se ha caído, parecería que hubiera puesto el pie en un agujero de agua invisible que se la ha tragado.

Ni rastro de ella. Ni un solo remolino en la superficie sólida de lo que queda del antiguo lago, hoy evaporado.

Desde hacía algún tiempo, la capa de sal crujía bajo los cascos de los corceles que se hundían hasta el espolón, y los surcos trazados por el avance de los carros se convertían en profundos surcos. Pero nada podía presagiar semejante drama.

Vélive es la primera en reaccionar ante la desaparición de Ruby. Por instinto, se levanta del suelo, imitada por Siphonn, su discípulo. Su despegue es laborioso, de izquierda a derecha y a izquierda otra vez, parecería que ambos llevan la armadura pesada del capitán Atlas.

Las risas de los piqueros cesan, los que se divertían hacía un instante con los sugestivos dibujos que Vélive extraía de los cristales de sal levantados por el paso de la caravana. Su risa da paso a los gritos, mientras que otros dos soldados desaparecen a su vez, engullidos por el suelo.

El pánico se extiende por el convoy, provocando paradójicamente reacciones apagadas, penosas, afectadas. Sin que nadie sepa explicarlo, todo el mundo acaba por darse cuenta de que ahí la fuerza de gravitación no está sometida a las leyes naturales. El Lago salado es una zona fuera de su ley donde la gravedad es libre de ejercerse en la dirección que le convenga. Ante semejante afrenta a las constantes ordinarias

del mundo, nadie sabe cómo reaccionar.

Nadie, excepto Aurèle.

Agarra a Solis sentada en el carro al lado del cual cabalga, y tira hacia él para lanzarla a través de su silla. Luego chasquea las riendas de su montura, que se encabrita a medias para liberar sus cascos del suelo. El corcel no galopa, salta como si atravesara un vado sumergido por el derretimiento de las nieves.

El boyero lo imita con un tiempo de retraso. Antes de que sus bueyes obedezcan su látigo, se oyen dos crujidos en la parte trasera. Teme la ruptura de un eje, se da la vuelta y descubre dos hoces clavadas en el reborde trasero del vehículo, las cuales provocan gritos sorprendidos por parte de los criados apiñados en el fondo.

Es Ruby que se extrae laboriosamente del suelo, tirando de las cadenas de sus hoces para despejar su cuerpo sepultado hasta el pecho. El esfuerzo cripa los rasgos de su rostro, hace temblar sus miembros, martiriza los eslabones de acero que crujen. La guardaespaldas tira tan fuerte que parece impedir que la yunta avance.

«¡Ayudadla!», ordena Atlas a sus soldados.

El capitán predica con el ejemplo acercándose a ella, lo suficientemente cerca como para estirar su lanza a modo de pértiga. Ruby no puede soltar sus cadenas, mientras moviliza energía para escapar de la mandíbula de sal del lago desecado.

«Agarr...»

Atlas no puede terminar su frase, los sonidos de su voz también parecen ser absorbidos por la pesada gravedad. Pero no solo eso. Su cota de malla se pone a temblar en un estruendo de chispas, dibujando formas geométricas en función de la frecuencia con la que se agitan los anillos. Luego se contraen bruscamente, comprimiendo sus costillas que se rompen como briznas de paja. Con un ruido de frutos

secos aplastados por la presión de un cascanueces, Atlas vomita un río de sangre mientras las mallas de acero se hunden en sus pulmones.

Los pocos piqueros que habían acompañado a su oficial retroceden precipitadamente, cediendo al pánico. Ruby comienza a gritar, aplastada a su vez por un peso invisible. Sus brazos se desploman bruscamente, como privados de fuerza. El movimiento es tan violento que su codo izquierdo se tuerce en la dirección equivocada, y la articulación cede en un crujido de rama.

Sylaë lanza lianas en su dirección, tan enclenques como brotes jóvenes y más retorcidas que cepas de vid. Se enrollan alrededor de los hombros de Ruby, suben a lo largo de las cadenas para reforzar su anclaje al reborde del carro. Pero ceden una a una, como las raíces de un árbol inexorablemente tendido por la poderosa ola de una inundación.

«Lo siento...», solloza a medias la Primus de la Naturaleza, trastornada al ver su magia disminuida, desmembrada por la Fisura.

Se agota una y otra vez, trata de resistir hasta que su cuerpo se suelta, derrotado por el esfuerzo y la enfermedad. Las lianas estallan como un pequeño bosque, rompiendo las cadenas de las hoces en un tintineo parecido a un rebato.

A Ruby la engulle el suelo antes de que pueda gritar.

Casi se traga también a Sylaë, pero Vélive, desde el aire, la levanta a su vez. La Primus de la Naturaleza inicia un vuelo caótico a tan solo unos codos de altura.

El drama se ha llevado a escena en unos instantes, apenas lo que duran treinta latidos del corazón. La estupefacción y la intensidad del drama han impedido que la mayoría reaccionara. Incluso Aurèle no ha podido más que alejar su corcel saltando unas cuantas toesas.

La urgencia de abandonar cuanto antes el Lago salado arde en todas las pupilas. El sureste es la única dirección que no es de una blancura inmaculada, cegadora. Todo el mundo se apresura a esta isla milagrosa en medio de un mar de sal. Hacen falta tres soldados engullidos con sus lanzas para comprenderlo: la línea recta no es el camino más seguro.

Calyps ha estado explorando cuidadosamente el lugar desde su llegada, en busca de ecos mágicos del hechizo lanzado por su predecesor. Aquí se encontraba otrora un lago majestuoso, lugar de veraneo de la nobleza arkhante. Udeep lo desecó con un solo ritual, convirtiendo sus aguas en una marejada para ahogar las centrales energéticas que alimentaban hace veinte años a las fuerzas de asalto mantresas.

Ahora el Primus del Agua debe cambiar su nivel de percepción si quiere salir de este avispero.

«Préstame tu visión», susurra al oído de Nofia, su serpiente de agua.

El familiar se enrolla alrededor de su muñeca y, de un silbido agudo, saca los colmillos que clava profundamente en la carne entre el pulgar y el índice. El veneno de Nofia se propaga casi instantáneamente, mientras que Calyps acelera su circulación sanguínea. Rápidamente, la vista del Primus se nubla, haciendo aparecer corrientes invisibles en la atmósfera árida y sobrecalentada, propicia para los espejismos.

Ahora es capaz de seguir los movimientos aéreos donde nadan peces transparentes, cinco pulgadas por encima del suelo. Esas extrañas criaturas demuestran ser capaces de anticipar el fenómeno intangible que asola la superficie del lago. Al acercarse, el banco se aleja entre vivos aletazos antes seguir deambulando de forma comatosa.

«¡Keya, los peces!», grita dirigiéndose a su discípula.

A sus veinte años, Keya tiene grandes ojos negros resaltados por tatuajes que se extienden por sus mejillas,

como una suerte de maquillaje corrido. Una desagradable cicatriz perfora su mejilla izquierda, unida por un piercing que una cadena une a su oreja con mil aritos de plata.

Sin decir una palabra, forma a la tropa alineada detrás de Calyps, convertido en pez piloto de otro banco, humano esta vez. Soldados y criados abandonan los carros, demasiado difíciles de maniobrar para seguir la resaca del peligro. Ciegos ante la amenaza que pesa sobre ellos, se colocan tras la estela del Primus, náufragos que abandonan su esquife para nadar hacia una playa visible, pero lejana.

Cuando Calyps duda sobre el camino a seguir, Ronan dispara una flecha cuya trayectoria revela las fluctuaciones antinaturales de la gravedad circundante. Las trayectorias se elevan a veces hacia el cielo antes de trazar un bucle y a veces se van violentamente hacia un lado. La nube de puntas afiladas viene a respaldar la elección del Primus, que prosigue su trayectoria zigzagueante.

Hannibal no lo sigue.

El Primus de la Tierra solo tiene ojos para la montura que aleja de él a Solis y a Aurèle, en una dirección distinta a la elegida por Calyps.

Su ojo de piedra enloquece bajo las vibraciones telúricas erráticas, como víctima de destellos estroboscópicos. Cierra los párpados, pero es imposible escapar a las fluctuaciones de la gravedad aberrante, martirizan su percepción mágica. Las náuseas le sacuden las tripas, lo vacían de fuerza. Se tambalea, apoya una rodilla en el suelo, con una palma plana sobre la corteza salada —está ardiendo, como si la tierra tuviera un repentino brote de fiebre.

Gracias únicamente al sentido del tacto, sigue a distancia el galope pesado del caballo de Aurèle, la superficie salada que chisporrotea bajo sus pezuñas, el enloquecimiento de la montura que cada vez tiene más problemas para separarse del

suelo.

Nunca antes Hannibal había sentido vibraciones terrestres tan inciertas. Las fluctuaciones no son las de un niño caprichoso o un lunático, sino las de un mundo que se derrumba, abandonado por las fuerzas que lo sostienen desde su creación.

Manipular estas vibraciones es adentrarse en un laberinto mortal cuyos muros se mueven sin cesar, tamizado de trampillas invisibles y de salida imprevisible. Sin embargo, Hannibal no tiene otra opción si quiere darle a Solis la oportunidad de sobrevivir.

Comienza a salmodiar. Ha contenido su aliento desde que entró en la Fisura, ahora extrae sin restricción magia de sus reservas, como un abstinentes arrepentido que fuerza su sed hasta la embriaguez.

Su hechizo evita las zonas sin ley y se desliza hasta el corcel. Allí, el Primus de la Tierra solidifica el suelo mullido, aligera el peso de los dos jinetes. El ejercicio exige una concentración extrema: dosificar el esfuerzo justo sin romper el vínculo entre el mago y su objetivo que se aleja, reescribiendo el hechizo como una carretera que se adapta en tiempo real a un paisaje en pleno seísmo. El esfuerzo es tan intenso que el Primus comienza a sangrar por la nariz en coágulos enteros.

Desafortunadamente, Hannibal no ha anticipado cuán caprichosa es la gravedad aquí. Es difícil imaginar cómo se modifica la fuerza de atracción. Cuando lo logramos, aceptamos creer que se anula o incluso se invierte.

No que se torne horizontal en un movimiento de cizalla.

El caballo y sus jinetes son brutalmente arrojados hacia un lado. Hannibal pierde enseguida el hilo, desconcertado por este improbable cambio. Aterrorizado, abre los ojos y descubre lo improbable.

En una magia refleja, Aurèle reúne los cristales de sal en suspensión y los ensambla en seis brazos gruesos como troncos que surgen de sus hombros, centelleando bajo los fuegos de Galana. Su poder está tan intensamente solicitado que sus escarificaciones comienzan a sangrar.

Hannibal no sabía que un taumaturgo podía manipular un mineral tan frágil. Nunca ha visto a ningún mago hacerlo, y mucho menos con tanta espontaneidad. Él mismo no se cree capaz.

Dos miembros pasan por debajo del pecho del animal, que los otros cuatro levantan del suelo. Cuando ya se había logrado lo imposible, Aurèle consigue hacer avanzar su carga en un trote prudente mimetizado por sus cuatro patas mágicas.

Hannibal los cree a salvo cuando de repente el corcel se corta súbitamente en horizontal, descuartizado a lo ancho. Las piernas salen despedidas hacia la izquierda mientras que la grupa y la cruz son propulsadas hacia la derecha. Incluso la cola de pelo sedoso está escindida en dos, como el pelo cortado por el barbero.

Por suerte —o porque ha anticipado la brusca inversión de la gravedad—, Aurèle había levantado las piernas al nivel del pecho, lo que le ha evitado una cruel amputación. Sus extremidades artificiales, en cambio, sufren una sección neta, rotas en cúmulos polvorientos.

A cuarenta toesas de allí, Hannibal vuelve a cerrar los ojos para movilizar sus últimas fuerzas. Crea un pilar de tierra que surge desde la zona despejada de sal por Aurèle. El eje se planta en las vísceras del pecho, tritura entre la sangre y las tripas hasta enganchar las costillas; allí se retuerce y empuja el cadáver hacia adelante. Otra columna rocosa aparece, sincronizada con la primera, y hace avanzar a su vez a la media bestia y a sus jinetes. Enrollando sus puños en la crin,

Solis y Aurèle acompañan los sobresaltos del movimiento.

Hannibal acelera el ritmo, movilizando cada vez más pilares. Su sucesión dibuja la cresta de una serpiente marina que habría estado durmiendo bajo el antiguo fondo del lago evaporado, una cresta ensangrentada por el paso del corcel destripado.

Centrado en la compleja maniobra, Hannibal no anticipa una nueva fluctuación que obstaculice su hechizo. Una perturbación gravitatoria interrumpe el canal mágico entre el lanzador del sortilegio y su objetivo. El contragolpe es terrible, semejante a una cuerda metálica que se rompe brutalmente y se destensa como un látigo.

Conmocionado, Hannibal reabre precipitadamente los párpados. Su ojo de piedra se agrieta como una lente golpeada por un punzón. Sangre brota de la hendidura y fluye de sus oídos.

Entonces se derrumba.

Ignorando todo el drama que sucede, Aurèle y Solis siguen cayendo a toda velocidad por la cresta artificial. El surgimiento de las columnas se interrumpe bruscamente y son lanzados contra el suelo, a dos pasos de la orilla del lago. Se encuentran medio sepultados por el cadáver, con la cara y el pelo empapados de sangre, resbalando sobre la corteza salina que inflama sus desolladuras.

La Malkah y el gladiador se miran, incapaces de entender lo que ha pasado pero felices de estar vivos.

«¿Ahora le das largas a tu rubia? Pensaba que estaba en Desner.»

A dos pasos de ellos, el hombre con la mejilla cubierta de musgo azul está en cucullas, con las botas rozando la orilla del Lago salado. Para salvarlos, Hannibal los ha lanzado en brazos de los sígilos, los parásitos del caos.

Orgulloso de sí mismo, el desconocido sonríe —su

dentadura es tan extraña como su mejilla, con sus grandes dientes rectangulares espaciados entre vacíos como las almenas de un camino de ronda. Disfruta visiblemente de su suerte, que ha aislado a sus presas de su escolta. Mejor aún: los otros sígilos se concentran en otra parte, donde el resto de la desafortunada tripulación desgraciada debe, en ese momento, abandonar el lago. Está solo con sus dos presas.

Como para marcar su ascendente, enseña su hombro izquierdo, marcado por el signo de la banda de los Alas sangrientas.

Aurelio se queda petrificado, ese imbécil va a estropearlo todo. ¿Cómo explicarle con un gesto que no debe decir ni hacer nada que pueda comprometer su tapadera?

Aurèle se endereza a malas penas, se acerca sonriendo como lo haría con un viejo conocido. Y clava su daga bajo la mandíbula del sígilo, cerrándole el pico, literalmente.

Su víctima apenas tiene tiempo de entreabrir la boca. Aurèle ve a través de los labios los reflejos en la hoja que ha atravesado la lengua y se ha hundido en el paladar. La vista desaparece, ahogada por la sangre que empieza a fluir de entre los labios y de debajo del mentón.

El hombre se derrumba sin un grito como un títere desarticulado de mirada vidriosa.

Solis se vuelve hacia Aurèle, consternada, con los ojos empañados por el horror y las preguntas. No tiene tiempo de pedir explicaciones, ya que gritos lejanos llegan hasta la orilla del lago.

Bajo los ataques mágicos de Sarash, los otros sígilos se han incendiado como gavillas de pequeñas ramas –los huesos que crepitan bajo el calor aplastante imitan los crujidos. A pesar de la crueldad del espectáculo, Solis se siente aliviada al saber que los otros han salido de su apuro.

Al igual que la Primus del Fuego, se ha olvidado de cómo

de caprichosa vuelve la Fisura a la magia.

A orillas del lago, los cristales de sal en suspensión se inflaman, ahogando a los sirvientes y soldados bajo una lluvia de chispas. Ropajes y cabello se incendian entonces, ante los ojos horrorizados de una Sarash impotente.

3.1

PA-CIENCIA

La habitación está desnuda, minimalista. No porque necesite espacio para desplazarse, sino porque tal es la filosofía de Sassaki: la perfección se encuentra en lo depurado.

Delimitada por paneles correderos de color blanco marfil, la sala tiene como único mobiliario una mesa baja. Colocada encima, una cámara omnidireccional retransmite el combate entre el Genético y el Primus de la Sombra que tuvo lugar hace casi cien días. Una eternidad para él, como si el tiempo transcurriera en otra realidad, o simplemente hacia atrás. El holograma también está en pausa, congelado, mientras Shado está de rodillas, con las manos extendidas delante de él, bloqueando entre sus palmas el sable de nanofilamento. La imagen es perfecta, viva, tiene todas las trazas de un recuerdo grabado para siempre en la memoria. Un discreto contador muestra el número de visualizaciones de las que ha sido objeto esta reconstrucción: 7.915.

La perfección exige perseverancia, ese es el otro credo de Sassaki.

Con las manos en la espalda y a paso ligero, el Genético gira en torno al Shado sintético. Concentrado como nunca, se prepara para revivirlo una y otra vez.

Primero ha debido impregnarse completamente de los seis minutos y tres segundos que duró el combate, hasta apropiarse plenamente de ellos, en cuerpo y alma. El Genético ha visto el holograma de archivo más de ochocientas veces en tiempo real y más de siete mil veces en aceleración, incluso en un

metaverso dedicado a ello –desprecia la ReVida, pero se negaba a desperdiciar su tiempo mientras estaba en un tanque de terapia génica, luchando contra extraños tumores que aparecieron después del combate, una especie de plaga sombría contraída tras el contacto con Shado.

A pesar de todos estos esfuerzos, todavía no tiene idea de cómo el asesino desapareció ante sus ojos. Esta ignorancia arruina la pureza de su enfrentamiento, como una caligrafía estropeada por un pelo de pincel atrapado en la tinta.

Obviamente, el Primus de la Sombra ha lanzado un hechizo. Frente a este fenómeno, cualquier mantrés se habría atendido a esta sencilla explicación: «es simplemente magia». Sassaki, por su parte, no se detendrá más que con la verdad. Ya sea trucando o no la realidad física, la magia se basa necesariamente en reglas, leyes. Una lógica, por sobrenatural que sea. Los mismos arkhantes pueden no saber cuáles son estas reglas, pero existen, de lo contrario los hechizos no serían reproducibles y los magos no podrían lanzarlos.

La magia no es más que una ciencia cuyas ecuaciones fundamentales aún no se han formalizado. En su lucha contra Shado se encuentran las fórmulas de la «ciencia» arkhante. Necesita desentrañar sus secretos antes de encontrar a su adversario.

Una vez que se inicia la simulación, Sassaki se desplaza hacia el corazón del holograma, descalzo sobre las alfombras de junco auténtico, con las manos metidas bajo el cinturón de su kimono. Lo acelera o lo ralentiza, amplía un detalle hasta forzar su definición, se acerca o se aleja de la escena, toma altura, mueve la cabeza de derecha e izquierda para cambiar de punto de vista... Tantos gestos mil veces reproducidos con una monotonía de río cansado, con la esperanza de que esta repetición erosione los secretos contenidos en la grabación,

pero nada consigue al respecto. Ni sus sentidos aumentados, ni su memoria eidética sobredesarrollada le permiten desentrañar el secreto de la desaparición del Primus.

El holograma es demasiado pobre en información. Las cámaras de la planta robótica que lo registraron no están equipadas con las últimas tecnologías, las que mezclan la inmensa variedad de posibles humanos con capacidades de procesamiento cuántico. Por detallado que sea, el holograma no tiene la sensibilidad suficiente. En lo que a la exigencia del Genético respecta, no es mejor que una vieja imagen de pixel art.

¿Lo sabía Arhax cuando le entregó la grabación? ¿Se ha burlado de él, lo ha obligado al ofrecerle un regalo que no podía rechazar?

Sassaki duda. Recuerda hasta el más mínimo detalle el momento en que el robot entró en su habitación de la clínica Shine-IS para entregárselo —el recuerdo es mucho más nítido que el holograma del combate. Arhax estaba deshecho, vaciado por la pena. Todo en él —su actitud semipostrada semiagresiva de bestia agonizante, los silencios de plomo entre sus palabras, sus microexpresiones decodificadas por Sassaki mejor que una IA social—, absolutamente todo ponía de manifiesto el dolor y el peso del duelo.

El deseo de venganza, también.

Por una vez, Arhax fue avaro en palabras y Sassaki apreció su sobriedad. Con pocas palabras se entendieron. Sassaki quería arrojar luz sobre la desaparición de Shado, Arhax quería encontrar al asesino de Julian. A cambio de un acceso completo a los hologramas de archivo de las fábricas del Robótico, el Genético se comprometía a ayudar a Arhax en su búsqueda mortal.

Según el código que seguía Sassaki, una venganza no se

discutía – ¿no deseaba él también derramar sangre por sangre? –, solo la forma de saciarla podía hacerla noble u obscena. Ahora bien, los cien días transcurridos lo atestiguan, sin Julian, Arhax no es más que una marioneta de sus excesos, tarde o temprano se hundirá en una orgía de violencia. Si Arhax exige que le entregue a Shado, Sassaki no se resignará, sobre todo porque él y el Primus de la Sombra tienen un combate que terminar.

Su honor le había exigido sondear su alma para saber si había mentido al hacer ese trato. Sassaki había zanjado sus dudas: apoyará a Arhax hasta el momento en que el sexagenario cruce el umbral de su propia locura. Entonces, la palabra del Genético ya no estará atada. Hasta entonces, su compromiso será inquebrantable.

Solo hicieron falta unas semanas para que su colaboración condujera a una alianza entre Robóticos y Genéticos, un injerto atípico pero que floreció sobre el sustrato de los problemas energéticos que sacuden la ciudad-continente.

Ahora, por primera vez desde la Guerra de los Héroe, dos tecnoestilos están a punto de colaborar oficialmente para resolver una situación de crisis. Es cierto que muchos miembros Creso de esta nueva coalición GenBot se han alineado con los argumentos de Arhax. El Ordenador ha sido demasiado débil con Arkhante y la reina Solis se ha aprovechado de ello oportunamente, ordenando el asesinato de un ciudac en el corazón de Mantris. Hasta Sassaki se ha visto sacudido. El Ordenador no defendió los intereses de Mantris ni se opuso a la Malkah, y ahora está haciendo que su propio pueblo pague por sus decisiones. Una falta imperdonable. Cuando la energía escasea, son los más débiles los primeros que sufren.

Sassaki apoyó sin reservas la moción de Arhax ante la Noria

para que se iniciara una investigación sobre los intereses personales del Ordenador en este asunto. El portavoz de la Noria guarda demasiados secretos, ha llegado el momento de sacarlos a la luz.

Además, no importa que el holograma provisto por el Robótico todavía no le haya permitido encontrar las respuestas que busca, Sassaki no actúa en su propio beneficio. Actúa por lo que es justo.

Lo que plantea la cuestión de su obsesión por revivir sin cesar aquel combate con Shado. ¿Es también una búsqueda de justicia?

¿O se hace demasiadas preguntas?

Con la respiración estable y los ojos medio cerrados, Sassaki obliga a su mente a abandonar progresivamente su pretensión de dirigir el cuerpo, para dar paso al puro movimiento. El secreto oculto de un gesto solo se muestra a quien lo repite cada mañana, durante años.

Está listo.

Con un gesto vivaz, a la vez brusco y preciso, se quita las mangas de su túnica de seda y la pliega sobre sus caderas para encontrarse con el torso desnudo. El cuerpo del guerrero es un monolito de granito, un bloque marmóreo de músculos. El tatuaje que le recorre el brazo izquierdo destaca con las luces de sus colores animados.

Se desliza entonces en el lugar exacto de su propio holograma, ajustando concienzudamente su posición a la imagen de luz. Sus brazos reproducen la misma postura, los hombros se fijan fielmente, sus abdominales se contraen de manera idéntica, su cara doble se vuelve única hasta en su expresión.

La representación holográfica se fusiona con su modelo.

Con una finura inimitable por una máquina, Sassaki recupera

sus sensaciones del momento. La adrenalina del combate, el olor a metal fundido, el extraño silencio de esa fábrica afanosa, el agarre firme del sable, el sabor sutil del miedo a morir mezclado con el de la sangre en los labios... Presente como nunca, se proyecta virtualmente en el pasado, frente a ese adversario temible y admirable a la vez. Un equilibrio perfecto entre aquí y allá, entre antes y ahora.

Se inicia la proyección.

El guerrero acompaña a su holograma cuando este salta, golpea, esquiva, sufre. Acepta recibir el primer puñetazo desmaterializado, siente de nuevo el dolor esparciéndose como un veneno en su carne. Tensa sus músculos, movimiento tras movimiento, golpea con el sable verdadero, perfectamente sincronizado con el sable holográfico, corta el suelo de la habitación, gira y golpea de nuevo.

El combate marca una pausa, durante la cual su doble iridiscente se deshace de la armadura deformada a puñetazos por Shado. Sassaki aprovecha para analizar esta primera salva de golpes. Como cada vez, el menor gesto parece exacto, perfecto no porque no haya nada que añadir, sino más bien porque nada le sobra.

El fracaso no es un terreno que Sassaki esté acostumbrado a explorar. Vaga por ese desierto sediento en busca de espejismos que, detrás de la ilusión creada por el calor, ocultan una realidad tangible. La cólera retumba en su puerta, como un perro vigilante que desconfía de un desconocido. Le pone el bozal, él es el amo.

Mientras que su holo-yo se pone en guardia frente al Primus, a Sassaki le llega una inspiración repentina. Deja su espada con respeto y se desliza a la sombra de Shado, se sumerge en el holograma de su oponente en lugar de en el suyo. Cambia de perspectiva para rastrear mejor su error, la fluctuación

decisiva.

Observar el combate miles de veces ha grabado en él la coreografía del Primus tanto como la suya, sin embargo no imaginaba ser capaz de imitarlo tan a la perfección, fundirse tan fácilmente con sus gestos y sus elecciones. Le resulta tan fácil ser el otro como él mismo.

Sassaki de repente se da cuenta de lo imposible: se ha desviado del camino solo por una vía de curiosidad y complacencia hacia su enemigo.

Con un bolo de vergüenza en la garganta, arrugas indecisas agrietando su máscara de serenidad, sale del combate, cuya continuación observa hasta el statu quo final, cuando su sable se encuentra como hundido en el carboacero, prisionero entre las manos del Primus. Se ve envainar su sable e inclinarse ante ese Shado irónicamente cubierto de luz, que desaparece una vez más, como si se lo tragara una puerta misteriosa sin que Sassaki sea capaz de entrever una explicación.

El holograma se apaga de repente. Su búsqueda sigue sin respuesta, pero complicada por nuevos obstáculos. Solo permanecen un dolor fantasma en la muñeca y un profundo respeto.

3.2

Renuncia por hoy. Su cronómetro biológico le recuerda que se le espera en la corporación ROMA para la Elevación de Julian. Arhax ha querido dar un poco de pompa a la ceremonia, invitando a los inmedios de comunicación y a la flor y nata de los Robóticos y los Gnéticos –un error, según Sassaki, para quien el duelo es un proceso íntimo y sobrio, y la muerte un final definitivo al que no se puede engañar por un futuro como Mantrix.

La muerte revela a los seres, Sassaki, que tantas veces la ha traído, lo sabe mejor que nadie. La muerte de Julian ya revela a Arhax con más crudeza que un interrogatorio en el metaverso. Explota el asesinato de su amante junto a los Cresos para erigirse en su cabeza y junto a los ciudadcs para deslizarse en su corazón. Sassaki nunca habría hecho algo así. Se vela a un muerto como se vela a un recién nacido, con la delicadeza y la reserva que se le debe a lo desconocido.

Tener acceso a un gran poder nunca debe sustraer a nadie de sus deberes más elementales. La ciudad-continente es un crisol en el que se fusionan todos los tecnoestilos, donde cada ciudad puede referirse a una élite de puristas para recordar las virtudes de cada estilo de vida. ¿Cuándo comenzó esta élite a desdeñar su papel ejemplar?

Los Robóticos se parecen a sus máquinas, para ellos todo es utilizable incluyendo el sufrimiento, incluso los sentimientos pueden ser montados o desmontados. Y no están solos en ese callejón sin salida. Los Cibernéticos y los Meditécnicos creen en los cuerpos transformables, los Mantrix prometen la mente digitalizable e inmortal. La tecnología ha malcriado a demasiados hijos de Mantris, deben ser guiados, devueltos a la plenitud esencial que lleva

dentro cada ser. Y en este camino donde la tecnología será de nuevo la herramienta fiel, la guía de los mantreses no puede ser más que un Genético puro, exento de toda hibridación.

Sassaki no quiere ser esa guía. Él abre el camino.

La sede de ROMA anuncia con gran pompa la Elevación de Julian. Salpicando la noche con sus focos luminosos, el holograma del efebo supera en tamaño a la inmensa estatua del guerrero en exoesqueleto, símbolo de la corporación. Las ventanas del edificio en arco transmiten en bucle las hazañas del piloto fallecido –se le ve a menudo adoptar su gesto de victoria ante groupies enloquecidas. La desmesura es la marca de fábrica de ROMA, sin embargo este Julian póstumo lleva esta exigencia a su paroxismo.

Esta ostentación disgusta fundamentalmente a Sassaki. Incluso aunque no respeta la muerte verdadera, la Elevación recompensa a un ciudadano-accionista ejemplar que ha contribuido al aura de la ciudad-continente. Convertirse en Mantrix es preservar una personalidad emérita para enriquecer el espíritu colectivo de la Noria, que aconseja a los vivos y orquesta la vida ciudadana. No es adular a un simple piloto con el pretexto de que es el amante de un miembro del top 100 de Cresos.

Todo está hecho para prestar al acontecimiento una dimensión que no tiene. En el patio del edificio, los guardias con exoesqueletos filtran a la multitud para enfatizar el carácter exclusivo de la noche. Sólo los Genéticos puros y los Robóticos puros están autorizados a entrar –nada de tecnomestizos aquí, las invitaciones están reservadas a la élite de los dos tecnoestilos–, una escandalosa exclusividad que no hace más que amplificar su viralidad en la red.

Sassaki no necesita presentar ninguna invitación ni SIT para ser admitido: incluso si se hubiera enmascarado la cara, su tatuaje descubierto por su larga chaqueta sin mangas sería

suficiente para que lo reconocieran.

El vestíbulo principal del edificio está completamente privatizado y redecorado. Convertidos en transparentes, sus cristales dejan a los ciudacs rechazados la oportunidad de ver a los androides de última generación servir en pequeños hornos y grand crus al ágora de los comensales en el delirio holográfico de columnas y capiteles de un templo imaginario.

El organizador de la velada se ha instalado provisionalmente en una zona cubierta de interferencias para escapar de los drones grabadores. Su servicio de prensa hace esperar a los cronistas en reportaje, mientras los funcionarios le presentan sus condolencias. Sassaki decide cumplir sin demora para salir de este lugar lo antes posible. Valora el respeto por las tradiciones, pero solo cuando son auténticas. Pero aquí todo es artificial y insípido.

Espera a que llegue su turno, en medio de los notables reunidos en una pequeña antecámara -es expeditivo, no descortés. Aquí, entre la élite, se le reconoce tan fácilmente como a los guardias en la entrada, pero nadie lo deja pasar. Todos quieren asegurarse un papel en la coalición GenRob que se está formando, ni hablar de ceder una onza de terreno.

Mientras espera ante el ostentoso dosel púrpura que aísla a Arhax, Sassaki escucha claramente los homenajes que se le rinden.

«Arhax, qué desgracia... ¡qué tragedia! Era tan joven.»

«Sabe estimado Arhax que puede contar con nosotros, *de verdad...*»

«Arhax, se nos parte el alma. Estàbais hechos el uno para el otro... La Noria promete eternidad, vuestro amor la encarna.»

«La venganza es un plato que se come caliente. No dejaremos pasar nada, ni la más mínima migaja... Ya no

podemos contar más que con quien ya sabe. Es el único capaz de impulsar este cambio indispensable para la situación.»

«Pobre Arhax, como os compadecemos, es un drama.»

Sassaki imagina sin esfuerzo a los conspiradores inclinarse ante Arhax para besar su SIT, tan protocolarios e hipócritas como sus palabras. Por lo menos demuestran consistencia, se obliga a sonreír.

Esta alianza GenRob no tenía sus favor, pero representa un paso necesario hacia la renovación Genética. Noria o no, los Genéticos nacieron para gobernar, literalmente diseñados para hacerlo y seleccionados para este propósito antes de su nacimiento. Si Chaka no hubiera tergiversado su ciencia con su monstruosa hibridación, Mantris habría ganado la Guerra de los Héroe y la ciudad-continente estaría gobernada por un Genético puro. Hoy en día, el camino para lograrlo está plagado de obstáculos, la alianza con los Robóticos es uno de ellos.

Cuando finalmente llega su turno, Sassaki pasa detrás de la cortina —una verdadera pieza de tela, pesada y doblada. Descubre entonces dos cosas que le hacen detenerse in situ.

La primera de ellas es la presencia de Julian. Vestido con su exoesqueleto de combate habitual, una armadura adaptativa envuelta en púrpura que enfatiza la perfección de su cuerpo, está de pie junto a Arhax, que está sentado en un antiguo asiento de madera. La ilusión se disipa rápidamente, se trata de un robot. Sin embargo, una vez pasado el efecto sorpresa, la máquina no inspira ningún malestar, no parece monstruosa en su imitación del ser vivo. Sassaki descubre que los Robóticos están a punto de cruzar el valle de lo extraño, esa brecha que separa al humano del androide. Ese Julian podría ser el primer robot en poner un pie en la otra orilla, en tender un puente entre el hombre y la máquina. En

todo caso, ofrece una materialización tangible a la alianza que se establece aquí.

La segunda fuente de asombro es la tristeza de Arhax, perenne, mantenida, una mala hierba cultivada hasta convertirse en planta decorativa. En medio de este decorado artificial, de esta ceremonia de pacotilla, de las zalamerías de intrigantes ridículos reunidos bajo el dosel, esa pena es lo único que es verdadero.

«Sasaki, está aquí. Acérquese.»

Arhax le dirige un gesto que toma la apariencia de una orden antes de transformarse rápidamente en algo más deferente –¿por miedo o por respeto? Sasaki se adelanta, molestándose en saludar con una inclinación de cabeza a los demandantes que se apartan a su paso. Los gemelos Kunesh y Gamar de Al-Din, que se parecen tanto que se podría creer en un duplicado hecho por error en algún tanque genético – cuando uno conoce hasta qué punto son insípidos, resultan un verdadero desperdicio de líquido amniótico. Naïa, la famosa interconectada especializada en vehículos, la mayor rival de Julian –los inmedios los hacían en un idilio, muy glamuroso pero ridículo cuando se conoce la historia entre bastidores. Chang de Loockon-Dien, cuyo exoesqueleto de metal líquido –una especialidad de la corporación– se adorna de excrecencias sincronizadas con su humor y sus declaraciones, una coquetería que ofrece muchas pistas a la intuición de sus interlocutores.

«Sasaki, por fin le da la bienvenida Arhax, Julian le agradece su presencia.»

El robot se gira hacia el Genético para saludarlo con un gesto fluido y encantador, pero un retraso de una fracción de segundo arruina su espontaneidad. Junto con el reflejo demasiado suave de la mejilla y una sonrisa de simetría geométrica, estos indicios demuestran que, en última

instancia, aún queda mucho camino por recorrer para engañar a la percepción intuitiva de lo natural —el último salto del valle de lo extraño es, sin duda, el más difícil de franquear.

Sassaki no tiene tiempo de detenerse en el tema, Arhax le agarra el brazo y tira hacia él.

«¿Alguna noticia de la investigadora de la Opax? No avanza lo suficientemente rápido. Y los diecisiete segundos, le hablasteis de ello, ¿no? Si no, hay que hacerlo. Ahora.»

Con cada frase, Arhax echaba una mirada culpable a Julian, un adulto avergonzado de hablar de temas serios delante de un niño. Su dolor y su locura aparecen tan pronto como se agrieta el barniz de ira y determinación con el que los ha cubierto para tener una buena apariencia.

El Opax es el servicio de contraespionaje encargado de vigilar la red. Independiente de la Noria y de las corporaciones, al servicio exclusivo de los ciudadcs, esta policía impuso la trazabilidad de las comunicaciones que prevalece para el conjunto de los intercambios. Es la guardiana de su confidencialidad y la única autorizada a levantar el secreto si es necesaria una investigación. Compuesta exclusivamente por humanos —de ahí la proporción nada desdeñable de Genéticos en sus filas—, la Opax asusta incluso al Ordenador.

En cuanto a estos diecisiete segundos... Se ha convertido en la obsesión de Arhax, la alarma intermitente emitida por su baliza de socorro. Según él, Julian debería haber sido salvado, pero un misterioso retraso de diecisiete segundos habría impedido que los servicios de rescate llegaran a tiempo. El Robótico quiso incluso convertirlo en el corazón de la investigación contra el Ordenador, lo que habría sido absurdo.

Por pudor y respeto, Sassaki admite una mentira por

omisión, la exigencia de verdad no impone ser cruel.

«Salomé está a cargo de la investigación, no hay nadie mejor en la Opax. Llegará hasta el final.»

Arhax entrecierra los ojos en connivencia y luego libera a Sassaki con énfasis, lo que significa que su acuerdo sigue vigente. El Genético se controla para no mostrar la molestia que Arhax y su autómatas le inspiran. Cumplido su deber, abandona la alcoba sin más dilación.

«Sassaki, qué placer volver a verle», le interpelan conforme sale.

La Jefa del Servicio de Terapia Génica de la clínica Shine-IS, donde fue tratado, aparece frente a él mientras cruza el vestíbulo hacia la salida. Su vaso vacío revela la duración de su espera, y su olor corporal subraya una ligera ansiedad.

«Buenos días, Il'ango.»

Sassaki ignora el físico estilizado de Il'ango —el cabello y las cejas son del tono exacto de su piel, los rasgos de su rostro solo son perceptibles gracias a un maquillaje sobrio. Más bien busca entre la multitud quién está grabando su conversación. Dos segundos le bastan para localizar los drones con camuflaje óptico, y otro para localizar a Liv, la célebre cronista de los inmedios.

Sassaki no se ofende de que Il'ango busque aumentar su notoriedad mostrándose al lado de su paciente más célebre. No tiene problemas en reconocerlo, probablemente le salvó la vida. Sin su tratamiento experimental, los tumores podrían haber superado sus capacidades regenerativas, por muy excepcionales que fueran.

Todo Mantris sabe que ha luchado contra el Primus de la Sombra desde que se filtraron copias piratas de la fábrica. Simulado en metaverso, subido en holoclips, compartido, parodiado, memificado, su enfrentamiento se ha vuelto viral. La mediatización de su otra lucha, además de su victoria

contra la enfermedad —una especie de cáncer que le carcomía violentamente el interior, una terrible plaga erradicada desde hace décadas—, no ha hecho más que aumentar su ya heroica reputación.

Tal cobertura tenía objetivos políticos —reforzar el sentimiento anti-Arkhante, bajo el impulso de Arhax y de los Robóticos— y financieros —la competencia esperaba que Shine-IS perdiera su apuesta de salvar a Sassaki, lo que habría firmado su quiebra. También fue la ocasión para los inmedios de robar imágenes de Sassaki en la intimidad, él que cultiva sin descanso una discreción inversa a la de los influencers de todo tipo.

Con este bombo Sassaki ha pasado de ser un héroe a ser un mito. Su nombre está en boca de todos los Genéticos que quieren finalmente encontrar un sucesor para Chaka, la última leyenda de su tecnoestilo.

Si bien es un hombre que honra sus deudas, Sassaki no es amante del intercambio de banalidades. Por lo tanto, gratifica las palabras huecas y las sonrisas plásticas de Il'ango con algunos gestos corteses destinados a las cámaras antes de despedirse educadamente.

«Un momento, por favor», le retiene Il'ango.

Su voz ha cambiado, sus cuerdas vocales evolutivas adoptan un tono que interfiere el estudio de frecuencia de las grabadoras clásicas. Su boca ya no articula las palabras que pronuncia para engañar cualquier intento de lectura de labios.

«¿Aceptaría volver a la clínica? Esto no es para usted. Se nos ha confiado una nueva paciente, presenta el mismo patrón tumoral que usted, y desafortunadamente nuestro tratamiento experimental resulta... menos eficaz. Si nos cediera un poco de su tiempo para la investigación post-clínica, podríamos entender por qué.»

Sassaki mira fijamente a Il'ango a los ojos, forzándola a

llenar el silencio con el que responde a sus preguntas sin necesidad de que él las formule.

«Esta paciente es la persona más... alterada que he conocido en mi carrera. Su cuerpo es...» La investigadora muestra una sonrisa crispada. «Parecería que un científico loco ha querido cruzar los cinco tecnoestilos para crear un sexto... Ignoro su identidad, pero la clínica ha recibido un generoso pago para salvarla. Una cosa es cierta, sus tumores son estrictamente idénticos a los suyos, incluso en sus anomalías. Si la paciente no hubiera sido herida por un cañón de pulso, juraría que se ha enfrentado al Primus de la Sombra.

—Partimos de inmediato, decide Sasaki.

—¿No esperamos a que termine la ceremonia? La urgencia no es tan vital...

—Insisto.»

A veces, el destino es un buen maestro. Si hay un lugar en el que Sasaki pensaba que no podía encontrar nada, era en esa pomposa ceremonia en memoria de Julian. Se equivocaba y eso es para él una lección de humildad. Si la nueva paciente de Il'ango se ha enfrentado a Shado y está tan cibernetizada como ella asegura, Sasaki podrá analizar las grabaciones de su encuentro con el Primus de la Sombra. Grabaciones de primera mano, mucho más precisas que las que Arhax le proporcionó. La solución a su búsqueda estaba allí, en ese encuentro inesperado.

La depuración, sí, y la perseverancia. Sasaki, sin embargo, ha descuidado la tercera virtud de su filosofía, la paciencia.

MEMENTO ESCORIA

Entre los recuerdos que el *Memento Mori* no se ha tragado, hay uno que se refiere a la sede de la Noria. Durante un doble eclipse solar, Arhax ha visto las miles de estelas del Cónclave de los Mantrix titilando con los párpados dormidos. Parecían mariposas nocturnas sorprendidas por la ocultación bisolar, un enjambre ardiente por vivir ese crepúsculo efímero antes de desaparecer bajo los fuegos de los soles. Frente a semejante encantamiento, tuvo la certeza absoluta de que nunca vería el edificio con más belleza.

Pero se equivocaba.

Hoy, mientras su DALEC se dirige por encima de los edificios en dirección a la torre, la más alta de Mantris, descubre que le faltaba algo a la perfección de ese momento, de ese día: ninguna de esas estelas albergaba a Julian.

«Allí estarás bien. Te prometo que estarás bien, querido mío.

—De acuerdo, mi amor.»

Arhax está en otra parte, hasta el punto de no escuchar la sutil diferencia de tono entre las dos partes de la frase. Por el momento, JulIAN es solo un avatar instalado en un robot, creado a partir de todos los datos que Arhax pudo recopilar en la red y en sus copias de seguridad personales. Ese avatar no hace más que aprovechar un stock finito de frases y reacciones, pero haciendo el esfuerzo de no pensar en de cuándo datan estas palabras, Arhax logra generalmente mantener la ilusión. El avatar no está a la altura de un Mantrix, pero le ha permitido reencontrarse con su amante

sin tener que esperar a su Elevación. Su desaparición fue demasiado dolorosa, incluso un JulIAn con una psique amputada era mejor que ningún Julian en absoluto.

Afortunadamente, en menos de una hora, el espíritu de Julian va a ser descargado en un Mantrix, va a formar parte del Cónclave. Ya se imagina a su bello efebo sacudiendo ese montón de IAs pusilánimes. Los devolverá al camino recto, el que abrirá a la fuerza los ojos a los ciudadacs, el que les recordará la virtud del esfuerzo y del trabajo, el que les hará hablar menos de derechos y más de deberes.

Le ayudará desde el interior a devolverle toda su grandeza a Mantris.

Arhax sonríe a su manera asimétrica, con una parte del rostro fija por la cerámica —a imagen de su espíritu, con una mitad atascada en el *Memento*.

«¿Has visto lo amado que eras?, recuerda Arhax, mirando al vacío, con la mente en otra parte, limpiando sus recuerdos como una casa que se prepara para la vuelta del ser amado. Todos esos del top 100 que espontáneamente me han rendido homenaje, que me han pedido que dirigiera RobGen, también han venido por ti. No soy... no somos los únicos que queremos que seas vengado.

—¡No estoy realmente muerto!»

Arhax recuerda el día en que su Julian pronunció esa frase. Estaban jugando a PixelHeat, una inmersión 3D vintage que simula la conducción de motocicletas voladoras. El fogoso joven acababa de terminar en el escenario, tomando los mismos riesgos desconsiderados que en las carreras en las que participaba, las verdaderas. Julian se había arrepentido cuando Arhax se lo reprochó. Habían sonado gritos y volado algunos objetos, pero el sexo lo había arreglado todo, como de costumbre. Menudo semental, este Julian...

El ansia por reencontrarse con él agarra a Arhax de sus

mandíbulas ávidas y afiladas. Su reencuentro lo excita, su sexo inicia un comienzo de erección. Se palpa ligeramente, se arrebatada, no quiere gozar solo, esa infidelidad hacia Julian le resulta insoportable.

El placer se convierte en urgencia, crisis de abstinencia por una falta de bióxtasis, su erección se vuelve dolorosa y se araña el interior de los muslos. De repente se cansa de fingir, quiere que todo vuelva a ser como antes. ¡Allí, enseguida!

Concupiscente, la expresión de Arhax se destiñe hasta no dejar lugar más que al odio. Sobre su rostro con la mitad robotizada, el efecto es sobrecogedor.

«Perseguiré a ese hijo de puta de Shado hasta Arkhante si es necesario y cuando lo encuentre, lo arponearé por los cojones para que grite hasta escupir los pulmones, quiero oír cómo se disculpa llorando como un niño, quiero que me suplique que acabe con él, quiero verlo retorcerse mientras giro lentamente ese puto arpón como una brocheta de asador. Después, te dejaré elegir hermoso mío, lo cocinaremos como quieras, a la asfixia lenta, haciéndolo marinar en su jugo, podremos hacernos incluso un carpaccio de láminas finas, super finas, habrá que cortaras muy lentamente, sobre todo no precipitarse.»

Arhax mimetiza el gesto mordién dose el labio inferior, con las papilas gustativas picadas por la acidez del chorrito de limón con el que imagina que perfecciona su plato. Se rompe la nuca, mira al techo para retener el disfrute. Inclina la cabeza para cruzarse con la mirada de Julian.

«Elige mi amor, date el placer.

—¿Y qué vamos a beber con todo esto? ¿Una melta bien fresca?»

La idea hace reír a Arhax, esa ha sido buena, ¡una vulgar melta para acompañar a un plato tan refinado! ¡Es tan tonto como su semental, el Julian este!

Es tan hermoso ese momento en que vuelve a la superficie, en que se pone de pie de nuevo... Se encuentra manoseando casualmente la cápsula de bióxtasis de memoria, sin reparar en que ha abierto el compartimiento secreto de su exoesqueleto donde lo almacena. No, no ahora. Cuando Julian regrese de verdad. ¡Y cuando hayan acabado con este hijo de puta!

El DALEC atraca en un muelle privado cerca de la cima del Cónclave, a solo unas pocas decenas de metros del campo de fuerza que protege la ciudad-continente. Las cúpulas de panal que cubren los miles de kilómetros cuadrados de su superficie descansan sobre enormes pilares. La torre que alberga la Noria es tan alta que constituye uno de dichos soportes...

Arhax y JulIAN pasan directamente de su vehículo a la sala de la Elevación, una sala temporal que aísla la estela del resto del edificio. Allí les espera Anîs, el Ingeniero jefe del Cónclave con los ojos sellados por una banda neuronal. Arhax exigió que fuera el mejor quien se encargase de la transferencia, la satisface haber sido escuchado.

Excepto por ellos tres, la sala está vacía. Después del homenaje público que le rindió la alianza RobGen, prefirió una ceremonia sobria para Julian. Un momento simple, sin florituras, sin todos esos fatigantes aduladores. Un acontecimiento afianzado, encarnado con profundidad, como sus uñas en la piel de su amante cuando gozan al unísono bajo las cortinas-pantalla, en la sinfonía de las bombas y las ráfagas de los fusiles de plasma.

Anîs se pone manos a la obra, añadiendo el toque final a la configuración de la estela. La operación es simbólica, podría haber confirmado la recepción de antemano. El objetivo es que los más próximos formen parte de la Elevación del difunto, ofrecerles la ocasión de participar en la ceremonia.

Algunos consideran que los entierros están anticuados — después de todo, no abren a caso los Mantrix una puerta a la eternidad? —, pero son muchos los ciudadacs que le otorgan una gran importancia.

Anís simplemente no se esperaba que Arhax formara parte de esos sentimentales...

Descarta rápidamente esas reflexiones de su mente. La estela no adquiere el buen color, el brillo habitualmente asociado a una transferencia exitosa sigue siendo demasiado apagado, con reflejos cobrizos más que dorados. Algo no funciona.

«Julian, se dirige el Robótico a la estela que se enciende, ¿estás ahí?

—Sí mi amor, estoy ahí. He vuelto.»

Arhax cierra los ojos aliviado, la voz de su amante no tiene ya la secuenciación artificial del avatar. Ahora que Julian está de vuelta, no tiene ya que conformarse con JulIAn. Necesita de un interminable momento para ponerle nombre al sentimiento que lo atraviesa como olas que rompen sucesivamente: la felicidad.

«¿Te acuerdas de todo?

—Por supuesto, y "todo" no es nada comparado con lo que nos aguarda.

—Cuéntame qué pasó justo antes.

—¿Antes de que muriese?

—¿Qu... Qué? Sí sí, antes.»

Qué más da si Anís presencia la escena, quiere oírlo de su boca. El apogeo de su amor perdido debe ser recuperado.

«Hicimos el amor, se acuerda el Mantrix. Había música, la proyección del ataque, un viento que se tragaba las cortinas de la terraza. Y amor, mucho amor, una ternura violenta. Fue el día más bonito de mi vida.»

Con los párpados cerrados, casi en trance, Arhax seda

cuenta tras unos pocos segundos de que Julian ha acabado. Se forma un nudo en el seno de su vientre, un hambre insatisfecha, un agujero negro que absorbe sus esperanzas. Ese relato superficial está en las antípodas de las florituras de sus propios recuerdos flamígeros. Ese momento de amor, no era más que eso. ¡No puede... *no debe* resumirse a eso! ¡No cuando es Julian quien lo cuenta!

«¿Eso es todo?

—Sí. ¿Quieres que te detalle más la secuencia del momento?

—¡No! No quiero que lo secuencies, quiero que *lo revivas*.

—Y así es, el recuerdo está profundamente afianzado en mí. Puedo programar un holograma fiel a cada segundo, si lo deseas.»

Arhax ya no escucha. Sus labios tiemblan, agitados por una cólera sorda y triste, la simpleza de cada palabra articulada por ese sucedáneo de su amor le hace el efecto de la sal sobre sus heridas en carne viva. Se vuelve hacia Anís. Oculta su inquietud por ser fulminada de esa manera, por esa mirada medio de hombre medio de máquina, detrás de una sonrisa de cortesía contenida.

«Hay un problema. No se acuerda.»

La voz de Arhax está rota. Se podrían recoger trozos de vidrio afilados entre sus palabras, cuando el sonido pasa por su garganta anudada. Anís continúa, visiblemente incómodo:

«Parece que sí, ¿no?. La visión del holograma debería probarlo.

—No, el Robótico hace un barrido con la mano con un gesto enervado. No se acuerda como debería. No es eso. No lo suficientemente intenso. ¡No es lo suficientemente intenso!

—Lo siento, pero no lo entiendo.

—Por supuesto que no lo entiendes, vocífera Arhax, nunca

has experimentado algo tan poderoso, ¡tienes una maldita venda en los ojos! ¡El *Memento Mori*! ¡Tiene que recordarlo mejor que eso!»

Un destello de pánico atraviesa la mirada de Anís. Consigue recomponer un rostro cordial antes de responder en un tono perfectamente uniforme:

«Oh, ya veo. Podría ser fruto de una transferencia... incompleta. El bióxtasis habría corrompido la memoria original. Lo siento, si hubiera conocido esta información, no habría procedido a la Elevación.»

Aliviada al saber que la calidad de su trabajo no está en juego, Anís se da cuenta un poco tarde de que debería haber medido mejor sus palabras.

Frente a ella, Arhax expulsa la rabia que lo ahoga con un suspiro tembloroso. Desliza las manos bajo su capa, una apretando la muñeca de la otra. No debe dejarse llevar, no debe enfadarse, se lo ha prometido a su Julian. Tan pronto como su nombre golpea su conciencia, un voraz agujero negro le devora las entrañas. Una pequeña bola invisible por el momento, todavía puede controlarla. Pero si la deja alimentarse demasiado, la anomalía se hinchará y entonces... entonces...

«Es una forma educada de pedir más pasta, ¿verdad?

—Me temo que no es una cuestión de dinero.

—¡Maldita sea, otra idealista mal disimulada! ¡Todo es cuestión de dinero, siempre! Bueno, deja de divagar alrededor del bug y dime lo que está pasando.»

Arhax siente que está al borde de un precipicio. En el fondo, ya lo ha entendido. La pérdida eterna de la única cosa que siempre lo ha mantenido en pie, recto, esa horrible pérdida, la siente penetrar por cada poro de su piel, como el líquido helado de los tanques de inmersión. Es físico, no mental. Todavía se niega a admitirlo porque puede engañar a

su mente, pero a su cuerpo, a él no puede engañarlo.

Un silencio desagradable reina entre el Robótico y la Ingeniera jefe, quien acaba por romperlo.

«Ya os lo he dicho, el bióxtasis ha debido borrar partes enteras de la memoria y...

—¡Sé lo que es el *Memento Mori*, joder! Ha perdido algunos recuerdos, es cierto, pero no es el primer Mantrix al que le ocurre, ¿no? Es su trabajo resolver este tipo de detalles. Así que descargue lo que pueda y arregle el resto, ¡es tan simple como eso! ¡Vamos, muévase!»

La mano de Arhax aplasta su propia muñeca, haciendo crujir sus huesos. No ha perdido a Julian, imposible. La muerte ya no existe, es un truco para los exSITados y los arkhantes, para los pobres, es tan vulgar. Él es rico, se convertirá en el número 1 del ránking Creso. ¡El nuevo Legendario robótico, incluso! La muerte no es para él, se decepcionaría tanto si muriera como un idiota, él está por encima de eso. Y Julian también.

«La memoria está alterada en más de un 25%, se sorprende la ingeniera al consultar los datos, la dosis de *Memento Mori* debe haber sido masiva.»

Anís hace una pausa, teme la reacción de Arhax ante lo que va a decir a continuación. Con una voz suave y compasiva, continua:

«En vista de los daños, le aconsejo que renuncie a la Elevación, los riesgos para la mente de Julian son demasiado grandes. Lo lamento muchísimo, señor, pero créame, no quiere hacerse eso a sí mismo.

—¿Quién se cree que es?

—Yo...

—¡Cállese! No tiene ni la menor idea de lo que yo quiero. ¿Quién se cree que es, hablando en mi lugar, mi novio? Ja-ja, ¡pero pobrecita! Ja-ja-ja, ¡lo habría oído todo!»

Su risa amenaza con hacerle vomitar, lo quema por dentro como el aceite de freír. Arhax está listo para escaldar todo Artellium hasta que alguien encuentre una manera de devolverle el amor de su vida.

«¡No me hables de problemas, encuéntrame soluciones!»

Surgidos de su exoesqueleto, un par de brazos mecánicos se despliegan con un silbido hostil, desgarrando la capa a su paso. Arhax ni siquiera es consciente de ello, demasiado ocupado atornillando sus mandíbulas y tragando, de lo contrario realmente acabará por devolver. En su cráneo, ya no hay una sola idea en su lugar, ya nada tiene cabida, es un caos sin nombre, parecería que el *Memento* no ha tenido efecto hasta ahora.

Se acerca a la ingeniera, pálida, con un ojo desorbitado y el otro glacial, penetrante. Anís retrocede, convencida de que va a atacarla físicamente. No cede ante un hombre violento, huye instintivamente de una fiera rugiente ante su presa, atrapada entre sus garras.

«Quiero ver a su jefe.»

Las palabras se escabullen entre los dientes apretados, tan cargadas de emoción que ninguna más emana. Arhax agarra con firmeza la mano del robot JulIAN, impaciente por que el malentendido finalmente se disipe.

«Todo irá bien amor mío, te lo prometo, todo saldrá bien. No llevará mucho tiempo.»

Anís asiente y pronto las paredes temporales se disipan, revelando el pasillo que se enrolla en espiral alrededor del Cónclave. La hilera de estelas colgantes dibuja una línea que se extiende hasta el final del pasillo curvo. Allí, un campo de fuerza dorado impide subir a la cima del edificio, zona reservada a la Noria. Una especie de capullo de tamaño humano atraviesa su superficie y luego se despliega en crisálida para revelar a su huésped.

El Archivista.

4.2

Su rostro está devorado por un casco de Realidad Virtual de última generación, donde dos leds azules hacen las veces de mirada. De su espalda salen miles de cables que forman un capullo protector, y que ahora se asemejan a un par de alas atrofiadas que arrastran por el suelo.

Resumida en haces de cables enredados sobre sí mismos, su silueta puede reconfigurarse y pasar de una feminidad escultural a una hechura viril de culturista. Es estas condiciones es difícil saber qué es exactamente el Archivista. Claramente no un humano, pero tampoco un robot: su boca —la única parte visible de su rostro—, sus movimientos, su voz son demasiado naturales para serlo. Tal vez un individuo tan cibernético que ha perdido hasta su apariencia humana. Nadie tiene la respuesta.

Si bien la naturaleza del Archivista es incierta, su papel, por el contrario, está muy claro: es el guardián del Cónclave, el ineludible y fiel mayordomo de la Noria, es imposible dirigirse a los Mantrix sin pasar por él.

El Archivista mira a Arhax hervir y a Anís contener su miedo sin decir nada. Al considerar su aspecto demasiado intimidante para la situación, el Archivista adopta una silueta más redonda y rasgos más suaves. En algún punto entre un niño enternecedor y una psicóloga tranquilizadora.

«¿Ha pedido vernos, Arhax?

—¿Dónde está?

—¿Disculpe?

—¿Dónde está mi Julian?

—Está confundido, es normal. Tomémonos el tiempo de escuchar con calma a Anís detallar la situación.»

El Archivista se dirige a la ingeniera para incitarla a tomar la palabra. Anís ignora las consignas que desfilan sobre su banda neuronal. Aún molesta por los repetidos insultos de Arhax, no piensa andarse con algodones.

«Reconstruir una mente incompleta es una operación delicada que solo los Mantrix pueden llevar a cabo. Para ello, es imperativo contar con un conocimiento preciso de la memoria original.

—¡Pues bien!, exclama Arhax, abriendo los brazos, con sus apéndices metálicos que aumentan el énfasis de su gesto. Buscad entre los hologramas, las comunicaciones que me queden, tendréis acceso a todo, no hay problema. Todo lo que pido es que me lo devuelvan entero.

—Esta información será útil, en efecto. Quedará después una última cosa por hacer.

—¿Qué? ¿Qué faltará? No me lo creo, hay que arrancar las palabras de una en una, ¡esto parece el dentista! ¡Vamos, venga, habla!

—Que complete la Elevación.»

Los ojos de Anís son clavos listos para crucificar a Arhax.

«Tendría que renunciar a su existencia carnal para descargar su espíritu en el Cónclave.

—Ya sé en qué consiste la Elevación, ¡muchas gracias! ¡Nada de lo que hace Mantris me es desconocido! ¡Yo *soy* Mantris! ¡No tienes que explicarme nada, residuo de estileno! ¡Nada de nada!»

Se toma su tiempo, teme que la explicación sea imparable, ineludible, que se le imponga como la maldita gravedad. Pero ha de saberlo, tiene más necesidad que miedo.

«¿Por qué? ¿Eh? ¿Por qué es necesario?

—Podrá encargarse personalmente del trabajo de reconstrucción de la mente dañada de Julian. Su

conocimiento preciso del tema será determinante.»

Arhax cierra los ojos, pellizca el puente de la nariz, ya no puede fingir que no lo ha entendido. En el fondo de sus entrañas licuadas de miedo, el agujero negro se alimenta como un monstruo insaciable.

Se dirige a Julian, con la mirada entre la súplica y la culpabilidad. Se da cuenta de que aún lo tiene cogido de la mano. La suelta, y lo lamenta enseguida, es un gesto mezquino, defensivo. Con una lágrima brillante en la comisura del ojo, le acaricia la cara con una dulzura que a él mismo le asombra.

«Como Mantrix, precisa Anís frente al silencio que se prolonga.

—Sí, lo he entendido, pero es imposible.

—¿Por qué?, interviene el Archivista. ¿No ha reservado una estela?

—¡Sabe muy bien que sí!

—Nos tranquiliza. Al menos no es uno de esos idealistas que creen en la muerte verdadera.»

Arhax ya no escucha. Moviliza toda su energía para obligarse a preguntarle a JulIAn si debe ir, si debe Elevarse, si eso es lo que quiere. No, ¿eh?, es demasiado pronto, estás de acuerdo conmigo, no sería razonable... Las palabras se quedan atascadas en su garganta, así que la conversación se da en su cabeza.

No lo sabe, ya no lo sabe, se siente perdido. El amor debería ser un hermoso día de verano, pero aquí, frente a JulIAn que no es Julian, los sentimientos de Arhax se parecen a una mañana de otoño con una niebla melancólica.

«Imposible que esa sea la única solución, rechaza el Robótico, tiene que haber otra.

—En efecto, es posible iniciar la reconstrucción sin su

ayuda, admite la ingeniera. Es incluso relativamente simple, solo tiene que firmar la aprobación de la gestión que acabo de tranSITarle, estipulando que acepta el riesgo de fracaso evaluado en...» Anís consulta su banda neuronal. «...74.8%»

Arhax sacude la cabeza, hendida por una extraña carcajada ante la absurdez de tal porcentaje.

«Con su ayuda como Mantrix, este riesgo se reduce a solo el 16.5%.

—¡Eso es una tontería!», exclama Arhax. Apático hace un instante, ahora grita y gesticula, con la baba en los labios. «Julián merece cien veces ser un Mantrix, si solo quedara uno en la puta Noria, ¡sería él! ¡El problema no es de él!»

Interrumpe su discurso, sorprendido por una evidencia: este fracaso no es ni culpa de Julian, ni la suya por no ceder a Elevarse, no. La culpa es de esas malditas pilas, eso es todo.

«¡El problema es la energía! Faltan pilas. Si afecta a todo Mantris, afecta también a la Noria, necesariamente. Eso es lo que impide la Elevación de Julian, salvo porque ustedes se niegan a admitirlo, porque también están corruptos, ¡como esos cuarzos que a veces se descargan de golpe!»

El aceite hirviendo que le cuece las tripas acabará por corroerlo entero, tiene que hacer algo. Arhax localiza otra estela gris que desentona al alinearse con aquellas otras de brillos dorados. Se abalanza sobre ella y la golpea salvajemente con sus brazos artificiales. El metal chirría de dolor ante tanta rabia ciega. Desgarrado, el caparazón descarga un líquido que se parece y podría confundirse con la sangre, de no ser por su color azulado.

El Archivista adquiere una apariencia andrógina mientras lo observa actuar sin mediar palabra. Con un susurro de sus alas en haces, puentea el SIT de Arhax para detener sus apéndices mecánicos, una operación posible únicamente en

el Cónclave, y facilitada en gran medida por el estado emocional del objetivo. Arhax está tan molesto que no se da cuenta del ultraje cometido por el Archivista, está demasiado ocupado golpeando con sus brazos de carne y gritando:

«¡Corruptos! ¡Corruptos!»

Con un nuevo zumbido, el Archivista toma esta vez el control del Julian robot. Este se dirige hacia Arhax y lo agarra entre sus brazos para contener su ira devastadora. El Robótico no habría cedido ante ningún otro, pero ante Julian, que tanto tiene que perdonarle... Mientras Arhax llora con sollozos sordos, el Archivista borra cuidadosamente sus huellas.

Calmado, con los ojos brillantes de resentimiento y lágrimas, Arhax se vuelve para señalar con un dedo acusador hacia el Archivista.

«Usted lo sabe. Tiene que saberlo. Las pilas están infectadas, por eso las estelas fallan.

—Somos categóricos: los dos acontecimientos no tienen ninguna correlación estadística.

—¿Y cómo podría la Noria detectar un problema, si ese problema ya la ha pervertido? ¿Eh?»

Asaltada por la duda, Anís se vuelve hacia el Archivista. No tiene tiempo de responder, Arhax en realidad no lo había planteado realmente como una pregunta.

«Ya no estáis en condiciones de prever el mejor futuro para Mantris. Si fuera así, ¡sabríais que el futuro soy yo!..»

Con una mitad de la cara habitada por una determinación feroz y la otra muerta e inalterable, Arhax gira sobre los talones.

«¡Vamos, JulIAn!»

Marcando el contraste con su maestro, el robot saluda a sus anfitriones y añade un gesto contrito de disculpas a Anís

antes de subir al DALEC que se aleja a toda velocidad.

5.1

DESORDENADO

Una vez apagadas las pantallas en tiempo real y los hologramas de los asistentes virtuales a la sesión, la sala recupera su forma ovoide y desnuda. Terminada la reunión, hasta los asientos han desaparecido, tragados por el suelo con memoria de forma. Austera y vagamente amenazante, la estancia se parece a lo que es: un gabinete de crisis.

Solo quedan la mesa en elipse y un par de sillones para los dos únicos representantes que han estado físicamente presentes en los debates.

Sir Vine y el Ordenador.

«Esto no va a funcionar.

—¿Qué parte, Sir Vine?

La pregunta no es una evasión, el Ordenador se enfrenta a tal cantidad de problemas que ignora a qué se refiere exactamente el esquemático.

«Su llamada a la buena voluntad de Arkhante. No funcionará.

—No entierre la solución demasiado rápido. No habéis estado cara a cara con la Malkah. Yo sí. No es la enemiga que los inmedios retratan.

—No. No es...»

Sir Vine no termina su frase, se contenta con un gesto tajante del brazo —parecería que él mismo se ha cortado la palabra. Se levanta entre el susurro de su cabello de fibra óptica. Deja atrás sus sandalias, tan vintage como sus pantalones de tela cruda y su suéter negro, y deambula

descalzo para ordenar sus pensamientos antes de exponérselos al Ordenador. A pesar de sus cuarenta años, su rostro de piel cobriza no presenta la más mínima arruga, y su gesto —pasa sus dedos por su pelo artificial, sosteniendo su cráneo inclinado hacia atrás para perder su mirada en el techo— acaba de rejuvenecerlo.

«Incluso si sacamos todo el triselenio de la Fisura, el problema seguirá igual. ¡Igual, os lo digo! Las pilas desaparecerán. Tarde o temprano. Es un mineral, no vuelve a crecer. No. Vuelve. A. Crecer. Algo diferente a las pilas. Hay que encontrar algo distinto. No seguir cavando. ¡Encontrarlo!

—Eso es lo que intentamos hacer con las pilas V_{\max} .»

Sir Vine se detiene dejando caer dramáticamente sus brazos. Señala la vasta mesa que ya no acoge más que a ellos.

«Para. Ezio, deje de venderme la moto. La reunión se ha acabado. Déjese de palabrería conmigo. Sé que ni siquiera usted se lo cree. Es evidente.»

En la reunión, el Ordenador habría sido intransigente sobre el uso de su nombre. Allí, se contenta con mirar fijamente al científico con una ironía mordaz en la mirada.

«¿No fue usted quien aprobó el desarrollo de V_{\max} no hace ni dos semanas? Lo habría jurado.»

Sir Vine pone los ojos en blanco y luego responde con tono de evidencia.

«A modo de solución temporal. A la espera de encontrar algo mejor. ¡No a largo plazo! Pero no caiga en la trampa usted también.»

El esquemático se arquea para alzar las manos hacia el cielo, con los dedos separados, los brazos temblando, encarnando la viva imagen que se hacen los mantreses de un mago cuando utiliza sus poderes sobrenaturales. El Ordenador aprecia esta espontaneidad vivificante en Sir

Vine, está animado por una convicción que lo hace auténtico, es su marca de fábrica, casi una marca registrada.

Esa es la razón por la que nunca tendrá éxito en la política. Al menos no en Mantris.

«No puedo creer que me haya dejado embarcar en esta historia, lamenta Sir Vine, con la frente engullida bajo su palma. Es fuerte. Fuerte, fuerte, fuerte. Por implicar a la gente. ¡Ya no tengo nada que hacer con la FE! Todo esto es agotador. La gente es agotadora, Ezio. Los dirigentes hacen todo mal. Todo. Y con ciento cincuenta años de retraso.

—Deje de dramatizar, Vine. Le conozco muy bien, no le he llamado por casualidad. Las encuestas de opinión son tajantes, su reputación ha dado credibilidad a la FE.

—¡Peor! He engañado a la poca gente que se interesaba realmente por mi trabajo.» Vuelve a caminar sacudiendo al cabeza. «¿Y para qué? Ese nombre... Fuerza de Entente. ¡Qué asco de acrónimo! Alguna salida de algún encargado de comunicación. Se creyó que era agudo. Al que se le ocurrió.» La voz de Sir Vine cambia de tono. «¡Eso les devolverá la fe a los ciudacs!» Sus brazos se agitan en señal de victoria antes de volver a caer con pesadumbre. «No ha entendido nada ese tío. Todo falso. ¡Todo falso!» Agita un índice reprobador. «No hay que dar la impresión de que las pilas son una religión. Es una mala idea. Peligrosa, incluso. La religión no se cuestiona. Vamos derechos hacia al acantilado, Ezio. ¡Se lo advertí!»

El estrecho espacio entre el escritorio y la pared le obstaculiza en su voluntad de dar los cien pasos, por lo que Sir Vine se sienta. Con los codos sobre la mesa, mira al Ordenador a los ojos.

«¿Quiere que me quede? Deme una buena razón.» Con el ceño fruncido, levanta el dedo índice hacia el techo en un

gesto de desafío. «¡Una sola! No me hable de dinero. No me hable de gloria. Le escucho.

—Usted es el último baluarte contra la dictadura de las corporaciones, mi querido amigo.

—¡Casi nada!

—La FE es un gobierno de emergencia que reemplaza nuestra valiosa democracia directa. Los ciudacs lo han aceptado por una sola y única razón, la excepcional crisis energética que atraviesa Mantris. La baja eficiencia de las pilas, la amenazante escasez, restricciones...

—¡Sí, lo sé!, recuerda el esquemántico con impaciencia. Todo el mundo lo sabe, sobre todo desde que hicisteis las pilas de pago. Sin la más mínima consulta ciudadana. Juega a lo grande, Ezio. Tiene coraje, sin duda, coraje de verdad. Coraje político, pero al fin y al cabo, es coraje. Excepto que no está a la altura. Pero eso no bastará. Ni de lejos.»

El cansancio penetra en la voz del científico, el fondo de sus ojos se baña en la amargura.

«Sus recuerdos son imprecisos, Sir Vine. La FE no hace pagar las pilas, ha puesto en marcha el ecociudad,

—Es lo mismo. Ridículo. Greenwashing sensacionalista. No puede ser, estos acrónimos lamentables. Esas palabras engañosas. Llámalo cuota o racionamiento, ¡no mientas!

—Por supuesto, ese es el principio. Los puestos más bajos de Creso tienen acceso a la energía vital mínima, y los más altos tienen restricciones. Pero si lo decimos, la gente no lo aceptará.

—Hay que explicárselo a la gente, no tomarlos por imbéciles. Cuando se den cuenta, no será agradable. Pero, por supuesto, a usted le parece genial, ¡ese nombre es su idea!», le recuerda el esquemántico.

Controla mal su gesto cuando quiere dar un puñetazo en la

mesa. Su palma golpea tan fuerte que se asusta a sí mismo.

«Mi idea, pero su éxito, corrige al Ordenador, que permanece bajo una calma olímpica. Sin usted, sin sus casuísticas detalladas, los corporaciones nunca habrían aceptado. Ha sido usted quien ha conseguido que ellos se adhieran, no yo.»

Fue hace dos semanas, el Ordenador todavía mantiene una sensación de vértigo en pánico, el mismo día en que su DALEC había escapado a todo control. Sir Vine se había mostrado terriblemente persuasivo cuando había descrito el desarrollo de una quiebra en cascada. El colapso de Mantris.

«Según los cálculos, ya no se trata de saber si esto nos va a pasar realmente, desgraciadamente no, sería demasiado simple, confesó con la garganta anudada. La pregunta es más bien cuándo sucederá esto.»

Lejos de los informes técnicos aburridos, el científico había sabido encontrar las palabras simples y las imágenes contundentes para concretar los impactos económicos y sociales de una escasez masiva de pilas. Lógicamente, los miembros del gabinete de crisis estudiaron las situaciones alternativas, y se decidieron por el número 3, el de un cese brutal de la gratuidad de las pilas. Se rechaza el vencimiento, nos damos un plazo para encontrar una alternativa, una solución.

La decisión pragmática del mal menor.

Una hora después del final de la reunión, varios Top 100 Creso bien informados habían tomado medidas concretas para prepararse para el desastre —a título personal.

Ojalá el esquemántico llegara a ser tan claro y convincente cuando detalla su método para salir de la cultura de la pila... Deseaba tanto la opción n°4, pero la FE no le dio tiempo suficiente para dejarse convencer. Sus soluciones están tan

alejadas de las preocupaciones de estos tecnócratas, y él tan habitado por la urgencia... no logra reunir opiniones. Cuando el científico pierde la paciencia y se enfurece, allí donde todo el mundo ve un fanatismo anti-Mantris, el Ordenador detecta un temor real sobre el futuro, una preocupación sincera ante el desastre del que los padres se zafarán a costa de sus hijos.

Sir Vine suspira enfáticamente.

«Lo ve como una victoria, yo como una derrota. Opción 4. Era esa.

—Estoy convencido de lo contrario. Su voz pesa en este gabinete de crisis porque tiene la audacia de compartir sus preocupaciones, algo que nadie se atreve a hacer. Si quiere cambiar las cosas, el lugar es aquí, aquí es donde sus posibilidades de éxito son las mejores. Esto requerirá un fuerte sentido de compromiso, una buena dosis de pragmatismo y mucha paciencia... cualidades que es capaz de reunir si la situación lo requiere. Pero así es, lo repite una y otra vez, y con razón. Por eso tiene que quedarse. No lo retendré contra su voluntad. Y, sin embargo, créame, Vine, le necesito aquí totalmente.»

Los dos hombres se miran ardientemente, un combate de voluntades que el esquemántico pierde demasiado rápido.

«Hacerme esto a mí, está muy feo...

—Véalo como otra razón para permanecer en la FE: usted atempera mis malos hábitos.»

La mirada maliciosa del Ordenador, su último comodín, asesta el golpe final. Derrotado, cansado, Sir Vine se levanta con un enésimo gesto desengañado. Rodea la mesa para ponerle una mano en el hombro como a un viejo amigo, lo mira con tristeza y abandona la sala sin mediar palabra... antes de dar finalmente media vuelta para ponerse las

sandalias.

«Ya verá, el Trono esculpido se negará, dice antes de partir.

—Cuento con usted para encontrar un plan B.

—Se necesitará más que un plan B. Planes X, Y, Z... ¡y Z prima! La voz del esquemántico se atenúa a medida que se aleja por el pasillo. «Ya no hay suficientes letras en el alfabeto. Habría que inventar algo, una nueva clasificación. Tal vez "bis", "ter"... no, demasiado limitado. O si no...»

Asaltado por un impulso repentino, el Ordenador se levanta y lo agarra.

«A propósito del plan B...», le dice a Sir Vine.

La continuación de la conversación, la confía a su IA asistente para liberarse la mente —ha programado algunas palabras clave para colgar la conversación si es necesario, y escuchará a Sir Vine en aceleración durante la noche, en subliminal. Si acompaña al científico, es sobre todo para escapar de la Noria y de sus guardaespaldas.

Por suerte, Sir Vine vive en los barrios sin control de la ciudad-continente —entre otras cualidades, el esquemántico que preconiza la sobriedad actúa de manera coherente con sus discursos, una singularidad en el seno de la FE. El Ordenador le sigue una parte del trayecto, y una vez lo suficientemente alejado del Cónclave de los Mantrix, lanza su programa de interferencia para impedir que se le localice antes de despedirse del científico.

Por último, puede guardar el atuendo de portavoz de la Noria y volver a convertirse en un ciudadac lambda. Quiere tomarle la temperatura a Mantris, evaluar los impactos de las decisiones del gabinete de crisis...

5.2

Hacer que las pilas sean de pago es una medida drástica, un cuestionamiento fundamental del estilo de vida mantrés. El Ordenador les arrebató los tan duramente luchados ecociudacs a los otros miembros de la FE, con Arhax a la cabeza. A pesar de ello, el choque sigue siendo duro para los ciudacs. Es más, lo peor está por venir: la Noria ha calculado que para cumplir con la Primera Ley de la Synthia —«Optimizar la esperanza de vida de los ciudadanos-accionistas»—, se requieren cortes de energía localizados. El Ordenador se ha basado en los trabajos de Sir Vine para retrasar su implementación, pero no lo conseguirá por mucho más tiempo, los apagones temporales ya están planeados en vecindarios no esenciales.

Y entonces, los mantreses podrían poner en tela de juicio todo el sistema.

Caminando por las calles, oculto detrás de su horrorrostro, se da cuenta de que las consecuencias de las pilas de pago son mucho más concretas de lo que pensaba.

Ve a una mujer histérica lanzando grandes patadas furiosas contra una impresora 3D pública, con un objeto roto en las manos.

«¿Por qué no funciona esta cosa? ¡Es la tercera vez que lo soliSITo!

—Basta con saber leer, apunta un transeúnte señalando el holograma que gira lentamente encima del aparato.

— ¡Ah, muy divertido!»

La mujer acompaña su tono cínico con un gesto exasperado: sacude el objeto que sostiene, las últimas gafas encajables de Net™. Para redimirse, el hombre lee a la clienta las inscripciones del holograma.

«"Pila vacía, por favor espere al robot de mantenimiento." Yo no esperaría, si fuera usted. Parece que la propia flota de mantenimiento también está sujeta a restricciones.

—¡Pero no puede ser! ¿Cómo voy a volver a casa si no veo nada? ¡Todo por culpa de un idiota con skate que se me cayó encima cuando su trasto frenó en seco, averiado! ¡Compré estas malditas gafas esta mañana!»

De repente, la mujer se ve sacudida por sollozos sin lágrimas, Net™ requiere la implantación de ojos cibernéticos.

«¿Dónde vive?, le pregunta con deferencia el transeúnte.

—Distrito Skal.

—Yo vivo cerca. Venga, yo la llevo.»

La sonrisa de la mujer no necesita implantes para irradiar alivio y reconocimiento.

Un poco más lejos, sentado en un banco a la sombra de un parque infantil, un joven padre está en pánico. El Ordenador se da cuenta rápidamente de que su biberón conectado se ha estropeado. El bebé hambriento que sostiene en el hueco del brazo llora, grita, se impacienta, mientras su padre busca en la red algún consejo. Un holograma le propone probar el calor de la leche maternizada en el interior de su muñeca. Ejecuta la instrucción, se repite varias veces y finalmente se da cuenta de que el líquido no se ha calentado.

Desamparado, busca ayuda de otros padres, todos guiando a sus hijos pequeños que aprenden a ReVivir y a caminar al mismo tiempo sin chocar con otros niños —este aprendizaje es el único interés del parque: una vez que se sienten cómodos, los niños prefieren jugar virtualmente. Como nadie puede ayudarlo, recurre a un puesto de café que lleva una joven cibernética, sabiendo que utilizan las mismas bases calefactoras universales que su biberón. Con el bebé aullando a pleno pulmón en sus brazos, mirando con aire

avergonzado a los transeúntes compasivos o molestos, el papá espera que la leche materna se caliente en medio de los lattes vainilla-lichi y los cafés con algas bioxtasiantes.

En el corazón del distrito comercial, en medio de las marcas holográficas que rivalizan en tamaño, algunas tiendas ya han cerrado la persiana. Una tienda de mascotas robóticas anuncia que está cerrada «hasta nueva orden» —transformada en «hasta nuevo desorden» por un holograffiti—, mientras que los concesionarios de vehículos personales ofrecen las tres primeras baterías para cualquier compra inmediata, con posibilidad de pagar en cuatro plazos sin tasas Creso.

Por el contrario, las tiendas de frutas y verduras frescas están siendo asaltadas, a pesar de los precios que, en tres aleteos, están por los aires. Dos clientes compiten por la última manzana de musgo, utilizando uno su exoesqueleto y otro su brazo cibernético para tirar más fuerte, hasta partir la enorme fruta en dos bajo los gritos genéticamente aumentados del vendedor. Un Meditécnico intenta restaurar la calma proponiendo amablemente algo para relajarse a quien está dispuesto a atiborrarse las neuronas.

El Ordenador observa otras escenas de la misma naturaleza, que revelan más el nerviosismo que la agresividad. Los ciudadcs están perdidos, desorientados, pero no todos enfadados. Ya llegará, solo tres comidas perdidas separan la civilización de la barbarie.

Mantris nunca ha conocido una revuelta. Las leyes de la Synthia y el sistema de consulta ciudadana están pensados para hacer esta hipótesis incongruente, si no imposible... pero se podría decir lo mismo de las pilas que supuestamente permanecerían gratuitas de por vida. Y, sin embargo, aquí estamos.

Ojalá el ambiente eléctrico de las calles pudiera recargar las pilas, se divierte — el Ordenador, con una sonrisa en los labios, saca

de esta ironía algunos segundos de alivio que le hacen un bien enorme.

Su sonrisa se congela: se encuentra cara a cara con su rostro gigante transmitido sobre uno de los pilares de apoyo de la cúpula que cubre Mantris. Estos pilones, de un kilómetro de altura, son de nanómero adaptativo, un material filiforme que se modifica en función de la presión generada por el viento o la lluvia sobre la estructura alveolar de la cúpula. El mantenimiento de estas torres representa un coste enorme, por lo que los ciudacs han votado para transformarlas en espacios publicitarios cuyos cánones cubren los gastos de mantenimiento.

En este caso, el pilón difunde el discurso oficial del Ordenador, validado por la Noria y a la atención de todos los mantreses. La estampa es cómica: el pequeño Ordenador, de incógnito, en carne y hueso, sorprendido en plena sonrisa, se queda mirando al inmenso Ordenador oficial, al todopoderoso portavoz de rostro de cera y mirada cifrada que, desde lo alto de sus cien metros, devuelve a la gente a la razón con su voz tranquilizadora y autoritaria.

El Ordenador se siente como cuando no era más que Ezio, un niño que soñaba con grandes discursos, escuchado por las multitudes, influyente, admirado. ¡Se veía tan grande! Y su padre, riéndose al escucharlos a él y a su hermana dar órdenes desde el balcón a los transeúntes, minúsculos, ¡cincuenta pisos más abajo! Él, el niño que hizo todo lo posible para triunfar, para imponerse, para ser escuchado... para ser simplemente escuchado por su padre. Aquí está hoy, atrapado por este sueño de sí mismo, ante ese rostro del mega éxito. Ha trabajado tanto que esta puesta en abismo ya no le sorprende. Para él es evidente, el precio a pagar. El precio tras el cual corría.

Pero por primera vez, una nueva sensación lo atraviesa.

Siente un cierto desapego frente a este gran personaje plano, que encuentra vacío. ¿Quién es realmente ese gigante de píxeles? Censor, sin corazón, sin hermana... El Ordenador cierra los ojos y recupera el gusto de su sonrisa. Un escalofrío lo recorre. De vuelta a la infancia, pone una mano cariñosa en el hombro de ese niño sonriente de siete años. El que tiene una hermana. El que todavía sabe lo que es un sueño, uno de verdad.

La gran imagen luminosa declara, con una voz directamente transmitida a los SIT para evitar cualquier contaminación sonora.

«Estamos en medio de una crisis. A Mantris le falta energía. Los radicales quieren que nuestra ciudad entre en guerra. Sabemos a lo que nos llevó la última. Ante la crisis hay que buscar nuevas soluciones. Y ante una crisis grave, hay que saber dar un paso que nadie ha intentado hasta ahora. He transmitido a las autoridades de Arkhante una solicitud oficial de explotación de una mina de triselenio en la frontera de su territorio. Esta petición acaba de ser presentada en el palacio de Neftis y espero que refuerce las relaciones cordiales que la Malkah y yo tenemos intención de mantener. Ciudadanos-accionistas de Mantris, les mantendré informados de los resultados de nuestra petición.»

Parece bastante bueno. Un poco frío, pero bueno. Tranquilo, pedagógico, reflexivo: seguramente las características de un buen líder, según él. Entonces ve el camino recorrido desde hace tantos años... y se pregunta, en una ola de lasitud —¿o sería más bien cansancio? — si todo esto va a durar mucho más tiempo. Él, que nunca se ha permitido el desánimo, se sorprende suspirando... antes de escrutar los alrededores para comprobar que nadie lo ha visto.

«¿Pero a qué estamos esperando, nos toman el litio?, se

pregunta un joven de orejas puntiagudas, como todos los jóvenes que van a la moda. ¿Por qué construimos Kyotech City en la Fisura, si no es para pillar trisel en masa? Otro proyecto que ha costado un ciberrriñón y medio, ¡todo para qué!

—¿Qué se cree el Ordenata?, añade su colega, con dos enormes caninos plateados que sobresalen por encima de su labio superior. ¡La Malkah no es tan estúpida como para darnos su trisel gratis! Es mejor pedir perdón que permiso. ¿Desde cuándo trabajan en la ayuda humanitaria, los Arkhantes?»

Obviamente, no he sido tan bueno, se dice el político. Debería haberle confiado la comunicación a Nyopé, es su trabajo en el seno de la FE después de todo.

La popularidad de la Cibernética no ha disminuido en las encuestas, sobre todo gracias a su estatus de último Legendario de Mantris desde la deserción de Blue dream. La suya, en cambio, se desploma de forma inquietante...

Tampoco cabe esperar ningún consuelo de la red, allí tampoco.

> Canal común | @ssasumaru Δ ExSITado>

> ¡Joder pero eso es algo grande! ¡La FE me pone los pelos de punta! Yo, si hubiera estado en el lugar de todos esos politicastros, no habría ido a buscar la coma en el código, me habría salido con la mía para arreglar esto rápidamente y bien hecho!

> ¿De verdad crees que vamos a doblar el lomo ante esa Princesa Mágica? ¡Ya solo nos faltaba eso!

> ¿Me he perdido algún capítulo o qué? ¿Desde cuándo dependemos de los campesinos de Arkhante? Me falta tiempo para decirlo, nadie me dice cómo meterle fuego a mis pilas. ¡Está en la calle, el Ordenador! Si sigue así, nos va a pedir que nos calentemos con una vela y vayamos a

buscar nuestra agua al pozo con un cubo perforado.

>Y usar sandalias ortopédicas de cáñamo y bambú orgánico para ir a acampar frente al Appologium en modo "todos nos amamos y nos abrazamos"! ¡Jamás! ¡Antes me arranco los implantes!

Con aspecto sombrío, el Ordenador mira su mensaje que pasa en bucle, deseando cada vez haber dicho las cosas de manera diferente, en otro tono, con una expresión menos grave y más determinada. Y sin hacer ese ridículo guiño.

>¿Qué?

> *Canal común* | @ssasumaru Δ ExSITado>

>Ya habéis visto, el Ordenador nos hace un guiño. Y ahora sonrío.

>¿Y por qué no me da una palmada en la espalda y me pellizca la mejilla, ya que está?

No, el Ordenador no tiene alucinaciones: su imagen está haciendo un montón de mímicas ridículas. De repente, aparece un texto sobre su cara, aparecen letras a medida que se apagan ciertos píxeles.

«Las pilas V_{\max} no existen, la Noria te miente / ¡Ecociudad, ecocida ataca! –ÅpØlØw.».

La difusión vuelve muy rápidamente a la normalidad, casi se podría creer que era una imagen subliminal. Sin embargo, no se puede negar que los activistas han pirateado la retransmisión.

El Ordenador cierra los ojos y sus canales de comunicación, no tiene ningún deseo de sufrir la reacción de los ciudadcs, ya sabe lo suficiente.

Sathyne. Tiene una necesidad vital de ir a verla, que se le impone como una evidencia.

Lo prudente es que vaya a la tienda de Nyvenn a pie, pero no soporta la idea de esperar más de una hora para volver a ver a su hermana. Por lo tanto, toma prestado un DALEC

público, contando con el repunte de la popularidad de este transporte gratuito para ocultar su presencia, un repunte tal que se ve obligado a esperar hasta que un disco se libere.

Como medida de precaución, desciende a quinientos metros de su destino, luego gira y gira, toma una dirección y luego otra, acelera, ralentiza, deambula casi por todo el barrio para asegurarse de que no lo siguen. Él cree por un tiempo que este es el caso, antes de admitir que él también cede al pánico y a la paranoia.

Por último, puede entrar en la tienda, afortunadamente vacía de cualquier cliente. En un estado de casi carencia, escucha con un oído distraído a Nyvenn anunciándole las últimas noticias. Con la mirada huidiza, sacude la cabeza de abajo hacia arriba para validar sus palabras que no ha escuchado en absoluto. Nyvenn lo percibe, a su ego no le importa, su empatía por el contrario se preocupa de verlo tan preocupado. Finalmente, el Ordenador entra en la habitación secreta.

Con los brazos a lo largo del cuerpo, jugando con los hombros para relajar su nuca rígida, se pone de pie delante de la cuba, única fuente de luz en la habitación oscura e invadida de plantas verdes. Siempre ha encontrado ese ambiente misterioso propicio para hablar con el fantasma de sus seres queridos.

Cierra los ojos. Llena completamente sus pulmones con el aire húmedo de la habitación. Deja escapar ese desbordamiento de oxígeno mojado en un largo soplo liberador, tembloroso. Le gusta estar ahí, junto a su hermana, y soltarse. Inhala el aire. Ese olor a hongo lo tranquiliza, como un edredón de plumas de pyornis, como una placenta. Las plantas acuáticas de color verde fluorescente del tanque devuelven el color a su estado de ánimo oscuro. Este lugar no se parece a ningún otro, en el mundo de Mantris al

menos. Este antro es un enclave, un portal, una esclusa de amor, una puerta que da a lo mejor. Una adicción. Un chute de bienestar.

Siente que su mandíbula se afloja dos o tres vueltas, que su vientre se afloja, que su corazón late más despacio. Su alma se abre. Entonces se confía. Con la mano apoyada sobre la pared acristalada, con sus largos dedos estirados en una caricia que solo el grueso cristal de la cuba mantiene a distancia, comparte la carga de sus responsabilidades con su hermana, el genio de la familia, la que debería haber sido la Ordenadora en su lugar. Un ligero velo de impostura lo envuelve, adormece su culpabilidad como una coraza calmante, tan pesada como un exoesqueleto sin pila.

Sathyne. Su Sathyne. La que se quemó las neuronas en su vuelo hacia las más altas esferas.

«Lo siento, no dejo de quejarme, de lloriquear, sé que es aburrido y lo lamento, tartamudea después de un rato. Y tú, ¿qué tal estás? Has recuperado los colores, te encuentro radiante, hermanita.»

Piensa lo que dice, piensa que Sathyne tiene buen aspecto. Es magnífica con sus cabellos flotantes que la aureolan, con sus rasgos que le dibujan una expresión alegre y chispeante. ¿Está ligado a las algas, ahora florecientes en el líquido regenerador? ¿O a esas extrañas criaturas graciosas que se aglutinan alrededor de las canalizaciones de la cuba?

Le pide a su IAAsistente que le repita su conversación con Nyvenn, en modo acelerado. La oye decirle que se las arregla por el momento con pilas de contrabando, una solución que no podrá durar para siempre. Una avería sería evidentemente catastrófica, una tragedia que arruinaría los progresos constantes de Sathyne.

«Tengo la impresión de que a veces sonrío», había dicho Nyvenn, con una expresión conmovedora que había

suavizado las estrías crudas de su piel de corteza.

Ella sonríe...

Un recuerdo asalta repentinamente la memoria del Ordenador con la fuerza de una prensa hidráulica. Fue hace treinta años, en su adolescencia. Sathyne había caído gravemente enferma, un error humano había manchado su genoma optimizado. Mientras sus padres intentaban demandar al cuerpo genético que le había dado a luz, él se ocupaba de su hermana mayor atrapada en una criocámara. Se había jurado que no se perdería nada, que viviría la locura de sus veinte años como cualquier ciudad de su edad.

Había probado entonces todas las experiencias que se le presentaban: bióxtasis-tempestad, orgías con los tres sexos y todas las expresiones de género, ReVivencias premórtem extremas, excesos reales y virtuales de todo tipo... Un compromiso total, un constante disparo de adrenalina sublimada en endorfinas, un condimento caliente especiado que ciega el paladar antes de morder la vida a carcajadas. Se precipitaba en la vida a golpes de cabeza, rozaba la muerte a latidos, sin dudar, sin miedo, a fondo, siempre a fondo.

Evidentemente, nadie lo comprendió, y menos aún sus padres, acaparados por todo un montón de cosas muy serias y mucho más importantes a sus ojos, tenían que hacer algo mejor que ocuparse de las crisis del pequeño que se comportaba como un adolescente malcriado y echado a perder. Más tarde descubrió que la situación era más compleja que eso, pero esa era su percepción de las cosas en ese momento. Lo habían amenazado con enviarlo a una institución en las Islas salvajes, aisladas y separadas del mundo.

A él no le importaba. Ninguna frontera podía ni lo había detenido nunca. Porque tenía un propósito, un objetivo. Una vocación.

Después de cada experiencia, se inyectaba un cóctel derivado del *Memento Mori* que le permitía no incrustar ni un recuerdo en su memoria, sino compartirlo en diferido con Sathyne. Así ella podía vivir su vida, por procuración. La experiencia era atenuada, menos vivaz, de ahí la necesidad de ir a lo extremo, cada vez más extremo. Pero siempre era mejor que no vivir en absoluto.

El Ordenador recuerda esa época extraña, un balanceo continuo entre dejarse llevar y un mayor sentido de responsabilidad, entre el alivio de estar vivo y la angustia monomaniaca de que Sathyne ya no se aferra a la suya, entre el desenfreno liberador y el día siguiente de resaca.

De adolescentes, no tuvieron largas conversaciones hasta el amanecer, compartieron sensaciones en el silencio ensordecedor de la ausencia. Esa forma de compartir sin adornos ha cimentado su complicidad, viajera y visceral, franqueando la odiosa barrera del coma para mantener el vínculo entre hermano y hermana.

Cuando Sathyne se curó, creyó que nunca más tendría que soportar semejante prueba. Salvo porque todo se repite. Todavía. Inexorablemente. Como una maldición en perpetuo movimiento, un holograma que gira en bucle hasta la astenia, un desafortunado infortunio.

Y esta vez, ¿qué hace? Se presenta ante la sumergida para ahogarla con sus problemas de pacotilla. La aburre a morir en lugar de divertirla, la sobrecarga, la lastra, la hunde, la sumerge en las sombras del poder en lugar de lanzarla a los fuegos embriagadores de la vida.

Termina por caer de bruces, con la cabeza gacha, con la silueta encogida inundada de la luz que emite la cuba donde flota, deliciosamente despreocupada, como envuelta en una maravillosa paz interior.

«Perdóname Sat... Perdóname. Yo... lo siento tanto...

Creo que ya no soy ese tipo... ¿Te acuerdas? Ese solo integral, el del pilar 91. No conseguí cruzar, descolgado a trescientos cincuenta metros, abatido contra la pared por una ráfaga, agarrado con uñas y dientes... ¡literalmente! Se masajea la muñeca reviviendo la escena, con la mirada y los recuerdos en otra parte. «¿Te acuerdas del traspaso que hicimos justo después? ¡Esa descarga que de repente te devolvió a la vida! ¿Esa experiencia de muerte inminente que fue el clic de tu despertar, la descarga que te sacó por un instante del coma? Sueño con verte sonreír como en ese momento, hermanita... Te extraño tanto...» Su barbilla cae sobre su esternón, derrotado e infeliz. «Hoy no hago más que eso: soñar, en lugar de cumplir...»

La duda viene a plantar hondo su semilla en el terreno de sus dudas íntimas. En su cabeza gira la insistente idea de que puede que ya no sea la persona adecuada. Ni el hermano que hace falta para salvar a Sathyne. Ni el portavoz encarnado que los ciudacs necesitan como enlace entre ellos y la Noria. ¿Quiere realmente salvar a Mantris, o se está demorando para evitar los cortes de electricidad porque afectarán fatalmente al vecindario donde se esconde Sathyne? Ya apenas lo sabe. Se ha perdido en el laberinto del poder.

¿Salvará a los ciudacs... o a su hermana mayor?

La pregunta choca con los argumentos, como la bola de la ruleta que rebota sobre los reflectores del tablero giratorio en el que se ha convertido su vida cotidiana, en el gran casino de las casualidades de la vida.

6.1

LA INCURSIÓN

Creación del metaverso privado, con referencia LP1-08XA22/1454.

Consulta restringida solo a los miembros autorizados: Fabro, Atale, KatK y Onyx Lag 'Chuo.

Acceso autorizado, configuración completada.

«¡Te aseguro que las criarunas han hecho moverse las esculturas de papá!»

Sentada en el suelo en la sala común del apartamento, Onyx señala con la mano a los robots desestructurados de su padre, convencida de que su gesto bastará para convencer a su hermana mayor.

«Oni, deja de marearnos con eso, hace semanas que te repites. Ellas no han movido las esculturas de papá, ¡era solo el comienzo de la mierda energética! ¡Garantizado!

—Espera, te lo enseño», insiste Onyx.

Sabe que los adultos son tercos y no siempre escuchan, pero esa es la verdad verdadera, hay que creerla. Muestra las imágenes captadas por Sphax ese día, cuando sobrevolaba el apartamento. Se ven los pequeños bichos con pelos erizados por la electricidad estática que se desplazan lentamente en concierto, vibrando como canicas el día de un terremoto. Se iluminan, se aglomeran y, de repente, la imagen se sacude y oscila -porque Sphax se ha estropeado y cae a plomo— antes de que la grabación se vuelva definitivamente negra.

«Ahí, ¿lo has visto?

—Nope.

—Espera, te lo enseño otra vez.»

Onyx desplaza lentamente el holograma para detenerlo en una imagen tomada mientras Sphax se desliza hacia un lado. En el fondo, las esculturas de Fabro se reducen a manchas borrosas en la pared.

«Ahora, ¿lo ves mejor?

—Meh...

—¡Ni siquiera miras, Kat!

—Sí, sí.»

Onyx aprieta los labios tan fuerte que su boca forma un pequeño volcán, y frunce tanto el ceño que sus ojos desaparecen debajo. Rápidamente detiene su mueca, le duele la barbilla debido a sus excrecencias. De todos modos, no sirve de nada, Kat no se cree su historia.

Por lo general, siempre está a su lado, excepto que desde hace varios días siempre está con sus nuevos amigos, es muy molesto.

¡Ojalá no empiece a hacerse adulta!, comienza a temer de repente la pequeña.

«Bueno, ¿y ese meta, nos lo rebautizas o qué?, cambia KatK de tema.

—¿No es tu turno?

—Sí, pero venga, tengo puntos atrasados en nuestras cuentas de “mi hermana es la mejor”.»

Bueno, está bien, se tranquiliza Onyx: *Kat se está volviendo adulta, pero no demasiado*.

«Bueno, entooonces..., reflexiona la niña, imitando la voz parsimoniosa de su padre, mientras retuerce la referencia del metaverso en todos los sentidos. ¡Ya sé! Las piojeras.

—Oh, ya veo. Piojos... piojeras. No está mal.

—Hace mucho tiempo que mamá no nos llama sus "piojos".

—Cucú, estoy aquí.»

El avatar de Atale se cuela en el apartamento a través del metaverso. De un realismo escandaloso, Atale da la impresión de estar realmente allí, cuando todavía está en el otro extremo de la ciudad.

Su primer reflejo es besar a Onyx, que se deja hacer con gusto. Y se contenta con un gesto hacia KatK, que ha dejado claro durante mucho tiempo que ha pasado la edad de los besos.

«¿Cómo están mis niñas, va todo bien en casa?

—Sí, sí, responden las hermanas a coro.

—Perfecto. ¿Vuestro padre ha vuelto ya de hacer la compra?

—Nah, aún no, le responde Onyx.

—Ah. Yo voy a quedarme un rato. No sé lo que está pasando, es una locura esta noche.

—No te preocupes mamá, la tranquiliza Onyx, nosotras nos encargamos. ¿Jugamos a algo las dos?

—Muy bien, piojito. ¿A qué quieres jugar?»

Afortunadamente para Atale, la actividad que le propone su hija es sencilla, una especie de rompe ladrillos con bloques en forma de criarunas. La especialista en robótica no entiende de dónde viene la pasión de Onyx por estas criaturas, pero mucho mejor si ha encontrado un foco de interés. Se siente menos culpable por abandonarla tan a menudo.

¿Menos culpable? ¿Por qué mi hija tiene que ir a buscar atención a los bichos en vez de a mí? ¡Es vergonzoso pensar así!

Allí, en la calle, sentada en un banco, sola en medio de la multitud, Atale se ve obligada a admitirlo: es una mala madre.

La angustia la golpea con la fuerza de un DALEC lanzado a plena potencia, queda aturdida como después de un

accidente del que se ha escapado milagrosamente.

A su alrededor, los ciudadacs esperan delante del quiosco de autoservicio a que un vehículo se libere para volver a casa, pero los transportes públicos son tomados al asalto. Absolutamente desprovistos de la capacidad de esperar —en Mantris todo está organizado para ser inmediato—, los usuarios improvisan una cola y descubren el efecto perjudicial de la impaciencia en el estado de ánimo. Pronto, la red resuena de vídeos en directo. Comentadajos en abundancia, su viralidad alcanza su punto máximo cuando atacan a los que intentaban colarse. El resultado de una pelea entre dos usuarios del barrio financiero, normalmente muy civilizado, marca el mejor comienzo de la semana en número de visitas.

Atale no se siente implicada. No del todo. No es una mala ciudadana, solo una mala madre.

Tiene que enfrentarse a las cosas, su vida es anárquica y explosiva, tanto como la situación en Mantris. Se ahoga en el trabajo para huir de la casa, el día a día de una pareja cuya llama se apaga lenta pero inexorablemente, la culpa de haber cortado los puentes con su hija mayor, y la maldita responsabilidad de haber transmitido una enfermedad genética a la pequeña Oni.

Llegados a un extremo, Fabro la eligió, nunca se vendió por lo que no era. ¿Pero sus hijas? No le han pedido nada a nadie, ella las trajo al mundo, se supone que debe asumir su decisión. Fabro, por su parte, se hace cargo. Ella no.

¿Todo para qué? ¡Para trabajar en una corporación que acaba de despedirla! Así, hace nada, a través de un simple mensaje de SIT.

«El programa de robots autónomos infringe la nueva optimización energética impulsada por la FE. Por lo tanto, se

suspende temporalmente. La Dirección pide al personal afectado que pase a estar de excedencia hasta nuevo aviso. El acceso al metaverso de la corporación también está suspendido. Sin embargo, estaremos en contacto diario con nuestros empleados para mantenerlos al tanto de la evolución del mercado. Somos y seguimos siendo una gran familia solidaria. ¡Domix vela por usted, vele por Domix!»

Bastardos.

¿Cómo se lo va a decir a Fabro? ¿Se lo tomará bien? ¿Se enfadará? ¿La dejará?

Inmediatamente se da cuenta de lo absurdo de sus ideas negras. Fabro es el hombre más amable que conoce, siempre positivo, alegre y lleno de buen humor. Se va a reír de todo esto, decirle que es la mejor experta en robótica de Mantris, que va a volver pronto al trabajo, “y cuando lo haga, ya lo oye prometer, pedirá una SITa con Domix para decirles: “¡Chicos, podéis despedir a vuestro DRH porque hizo una gran gilipollez al despedir a Atale!”» Y será tan sincero que ella también lo creerá.

¿Cómo puede dudar de eso?

Las lágrimas le llegan hasta los ojos. Es una mala madre, pero ¿es también una mala esposa? ¿Qué es lo que no funciona en ella?

«¡Saludos a las piojeras! El nombre es genial, ¡me encanta!»

La familia se reencuentra al completo en el metaverso cuando el avatar de Fabro aparece también. Incluso sin la imagen, es fácil reconocer su voz arrastrada.

"¿Todo el mundo está bien?

—Hola, papá. Sí, todo bien.

—Hola, cariño.» Atale se muestra dubitativa, antes de resignarse a la banalidad. «Estoy atrapada en el trabajo, es posible que llegue tarde. ¿Y tú qué tal?

—Debo confesar, ¡es un poco una locura eso! ¿Recuerdas que queríamos ir en familia al parque zoobiológico? Bueno, la próxima vez te llevaré de compras, ¡es lo mismo y más barato!» Se ríe, su avatar imita a la perfección su naturaleza guasona. «Tengo que contaros...

—¿No tienes un vídeo, mejor?, pregunta KatK.

—No he tenido tiempo.

—¡Papá, tienes que darte un lavado de cara, ahora mismo hecho! Anoche vi en Borzone un implante retiniano que era una locura, con diseño retro, impecable para un viejo trasto como tú.

—Gracias, cariño, prometo que me lo pensaré. Mientras tanto, os lo cuento. Pueees, como decía, me he encontrado con una vieja pareja que estaba aprovisionándose de papel higiénico, pero en cantidades industriales. Apilaban todo lo que podían en sus brazos frágiles, estaban tan cargados que, al añadir un paquete se caían dos, un disparate. Y entonces me dije: es una locura, están dispuestos a morir de hambre, siempre y cuando tengan el culo limpio.»

Se ríe, educadamente acompañado por Atale y Onyx. Katk, por su parte, parece estar en otra parte.

«¡Te lo juro, era impresionante!», se siente obligado a añadir, antes de admitir que en realidad no era tan divertido.

Hay que decir que, a pesar de las apariencias, él no está allí realmente. Mientras deambula físicamente por los pasillos de la tienda, su avatar en casa registra los armarios empotrados y la nevera para hacer un balance de las existencias. Lo comprobó antes de irse, pero sin haber tomado su parche de memoria —asco de bióxtasis, ya no puede hacer nada sin ellos.

«Cariño, añade Atale, quería decirte...»

Ah, se tranquiliza Fabro. Por fin me cuenta la noticia.

«—¿Sí?

—Yo... he...»

¿Por qué dudas, corazón? Dilo, por Domix, si ya lo sé.

Lo ha sabido por casualidad, sin estar preparado para ello. Al volverse las pilas de pago, Fabro reactivó su petición de un protocolo experimental para Onyx; esperaba forzar su admisión antes de que la gratuidad de la sanidad también se pusiera en tela de juicio. Esta mañana ha recibido la respuesta por el SIT.

«A pesar de la calidad del historial de su hija, bla-bla-bla, y a pesar de que apreciamos su confianza bla-bla-bla, lamentamos anunciar que no podemos inscribir a Onyx en el programa debido al despido de Atale Lag'Chuo por parte de Domix. Sin embargo, conservamos sus datos de contacto para bla-bla-bla.»

Una doble conmoción: su hija es privada de tratamiento y su mujer es despedida. ¡Y Atale que no le dice nada! Bueno, él tampoco le dijo nada a Onyx, pero no es lo mismo.

No obstante, es cierto que con la crisis actual no es el momento de ser despedido. Pero Fabro está convencido de que lo superarán todo. Juntos. Basta con que Atale confíe en él, eso es todo. No es mucho pedir, ¿no?

«Te escucho, corazón mío, le devuelve la palabra él.

—¿Por qué te molestas en ir de compras?

—¿Por qué?, responde Fabro viperino. Te voy a decir el porqué. Quise que lo trajeran a domicilio, como de costumbre, pero, imagina, el servicio está interrumpido. Malditos robots, nunca están ahí cuando los necesitas, ¿eh?

—No está tan mal, interviene KatK. ¿Sabes la energía que chupan todas esas cáscaras con patas?

—Mira por dónde, se divierte Fabro, ¿ahora apoyas la política económica de la FE? No lo habría dicho jamás.

—¡Estás loco! La FE es un bye bye a la democracia, dejad

que los expertos hagan lo suyo y cállense la boca los ciudacs. En serio, ¿habéis oído su propaganda? “Para mantener nuestra tecnología, gastamos menos energía.” ¡Puaj! “Solidarios con la próxima generación.” Yo soy la próxima generación, y puedo decirte que no me lo creo ni por un segundo. “Robar una pila es un acto punible con una multa de dos Cresos.” ¿Y apoderarse de todas las riquezas, eso qué multa tiene? No, yo sólo digo que la solución no son los robots, es la baja tecnología. Pero tipo baja baja.

—Parece que hables con tus amigos de ÅpØlØw en vez de con nosotros», refunfuña Fabro.

El metaverso que los reúne es tan fiel que ve a KatK quedarse congelada, aunque su sorpresa es pasajera. Sin embargo, él tiene razón, ella está efectivamente en plena conversación con sus amigos, los "conspiradores de domingo" como a él le gusta llamarlos. Es bastante fácil darse cuenta, cuando se sabe qué signo buscar: una mirada vaga con las pupilas en reposo. ÅpØlØw utiliza el sonido en lugar de la imagen, una forma inteligente de permanecer discreto en Mantris la luminosa. Excepto que los ojos se pierden mientras los oídos escuchan... Fabro nunca le dirá a su hija que ha encontrado una manera de saber cuándo ella le está mintiendo, no es cuestión de cortar el vínculo con ella como ya ocurre con Atale. Eso no le impide permanecer atento, dispuesto a intervenir si sobrepasaba los límites.

Después de la sorpresa, KatK se muestra avergonzada. Bien, eso es que todavía hay esperanza de que se libere de estos mentecatos.

«Yo, más que la baja tecnología, preconizo la autonomía, decreta Atale, con su avatar sentado en el sofá del apartamento tal y como está ella sentada en el banco del que todavía no se ha movido. Os he criado a ti y a tu hermana

para que seáis autosuficientes, y no me arrepiento de ello.

—¿*Tú* las has criado? ¿Sola? Gracias, muy bonito.

—No, espera, Fabro...

—Tengo que irme, esto empieza a ser zumo de estileno.

Kat, confío en que cuides de tu hermana, ¿vale?»

Fabro corta precipitadamente la comunicación. Ciertamente, no era inteligente ofenderse por tan poco, él sabe muy bien que no es lo que ella ha querido decir, pero de minucia en minucia acaba por volverse imperdonable. Él no quiere escuchar las disculpas de Atale, no va a hacer más que hundirse. Además, realmente hay dos tipos que luchan por la última manzana de espuma de la tienda, bajo la mirada del vendedor que también se calienta. ¡La situación se vuelve realmente absurda! Fabro propone a todo el mundo relajarse, ofreciendo a quien quiera algunos bióxtasis de su reserva personal.

Sin embargo, se ha levantado como un engranaje de droides, tal vez le vendría bien lanzar una bofetada. Dejar de jugar todo el tiempo al buen padre de familia tan tranquilo y volverse más incisivo, cuando sea necesario.

Fabro lo guarda para sí, pero de todos modos todo esto no habría sucedido si el Ordenador se hubiera mostrado más firme con Arkhante. Sus tierras están llenas de triselenio que no usan. Esos tipos con túnica son unos egoístas y unos tecnófobos, quieren el fin de Mantris. Uno pasa por débil y acaba pagando el precio.

¡Joder, qué miedo tiene! ¿Qué va a ser de su familia? ¿Y Onyx? Él está dispuesto a hacer cualquier cosa para proteger a su familia, solo falta que alguien le diga qué hacer...

KatK retiene un suspiro de alivio cuando su padre abandona el metaverso. ¡Ha estado a punto de ser descubierta! Era más comprometido todavía teniendo en

cuenta que elle estaba en plena acción directa: en el barrio comercial, la propaganda del Ordenador ha sido pirateado por gReek, la mejor hacker de ÅpØlØw. ¡Su mejor obra, KatK está completamente orgullosa! Tiene los brazos y los muslos con versiones chibi del Ordenata, con los ojos en cruz y una gota grande de sudor en la frente.

Su especialidad, la de Kat, son las minifas –las "mini-manifestaciones", un término que elle ha popularizado en el grupo. Ya hay una docena planificadas en menos de dos semanas, incluyendo un corte de electricidad en el barrio de los ricachones –¡verán lo que se siente! KatK también tiene una debilidad por los mensajes sonoros que denuncian las mentiras sobre las pilas V_{\max} –la Noria controla todas las pantallas, pero nadie puede evitar que alguien grite por un altavoz– además, a elle le encanta el pequeño chisporroteo parasitario que da a las voces, ¡imposible de rastrear! Requiere mucha coordinación, pero nada insuperable cuando la causa es justa. Cambiar el mundo, abrir los ojos de los ciudadacs bioxtasiados por los tecnicamentos del confort, vale la pena todo el esfuerzo. Sus amigos de ÅpØlØw pueden contar con elle.

«Kat, ¡estoy llegando!»

La adolescente tarda un largo segundo en comprender que Onyx no le habla a través del metaverso; su voz sale del comunicador que les sirve para interactuar en directo. Sin embargo, el metaverso muestra a Oni jugando en casa, el comunicador no se ve por ninguna parte. El sonido no se corresponde con la imagen.

En teoría, KatK debería poder confirmar fácilmente la presencia de su hermana pequeña en el apartamento, ya que se supone que debe estar allí para cuidar a Onyx. Excepto que, en realidad, elle se ha aislado en la tienda de Nyvenn

para llevar a cabo su acción – *Ni fútiles ni vanos* está fuera de la red, es más fácil interceptar las pistas. Onyx es la única que lo sabe, ella accedió a cubrir a su hermana mayor haciendo creer que KatK está con ella.

La adolescente no debería haberlo hecho, lo sabe. Pero joder, ¡elle no es su madre tampoco!

KatK activa su comunicador, carcomida por un mal presentimiento.

«¿Cómo que estás llegando?

—A casa de Nyvenn. A reunirme contigo.

—¿Qué? ¿Dónde estás ahora?

—¿Por qué me gritas así?

—Oni, ¿qué...?

—¡Además, es tu culpa en primer lugar, estoy sola, nadie está nunca allí, ni siquiera has visto que ya no estoy en las Piojeras!»

Al otro lado de la línea, la niña se pone a llorar. KatK entra en pánico y estaría dispuesta a votar por el racionamiento de la FE si eso le permitiera estar al lado de su hermana, ahora mismo y de repente.

6.2

«De acuerdo, Oni, de acuerdo. Dime solo dónde estás, porfa.

—En la calle, me duelen los pies.

—Oni, habla más fuerte, no te escucho bien.

—No puedo, hay dos chicos raros siguiéndome. Kat, tengo miedo... Kat, ¡Kat, ven rápido!»

La adolescente permanece paralizada frente al comunicador, atrapada en un terror de textura gelatinosa. No es posible lo que está pasando. Onyx... ¡Onyx!

«¡Papá! ¡Mamá! ¡No sé dónde está Onyx!

—¿Qué, se ha escondido en el apartamento?, ironiza Fabro, que ha regresado al metaverso después de apaciguar a los clientes.

—No, ha salido. ¡Está en la calle!

—¿La has dejado salir sola?

—Papá...

—¿Ha salido con Kubu?, interviene Atale, que todavía no se ha movido de su banco.

—¡No lo sé, mamá, no lo sé!”

Fabro se conecta a los cascos insonorizadores de Onyx para escuchar los ruidos ambientales que rodean a su hija. Oye jadeos entrecortados por sollozos que hacen saltar su ritmo cardíaco hasta desgarrarle el corazón. También percibe el susurro de las alas de Sphax y el choque de las orugas de Kubu.

«¿Renacuajo? Papá está aquí, todo está bien.» *¡Maldito mentiroso!* A la atención de Atale. «Sí, está con sus bobots.

—Está en el distrito Naylyan, I/M-1956.

—¿Qué está haciendo allí? ¿Qué está pasando, joder?

—Ya lo veremos más tarde. Voy para allá.»

Atale se levanta. Abatida en el instante anterior, remonta con paso decidido la cola, indiferente a las protestas. Pasa por delante de la Meditécnica cuyo turno había llegado y salta sobre el DALEC recién llegado a la terminal de recarga.

«Oiga, ¿a dónde se cree que va?», se indigna la pasajera afectada.

Deja de protestar cuando se cruza con la mirada negra de Atale. La de una madre dispuesta a todo por sus hijas.

Sin embargo, Atale llegará demasiado tarde...

Onyx no oye realmente a su padre que intenta tranquilizarla, corre con todas sus fuerzas, con la respiración precipitada y con sus acúfenos volviéndola prácticamente sorda, corre hasta agujerearse los pulmones, le quema la garganta como una sopa demasiado caliente. Cada tres zancadas, mira con pánico por encima de su hombro. Los chicos la siguen, ni siquiera tienen que correr para alcanzarla. Pensó que era una buena idea colarse en un pequeño callejón lateral, oscurecido por la iluminación cortada por razones de economía, pero ahora se encuentra sola con sus perseguidores a un brazo de su espalda.

La cresta de ciberpelo de uno de los tipos le dibuja una sonrisa de monstruo horrible, al otro se le ven todos sus órganos internos por sus tatuajes de piel transparente, Los dos parecen los villanos de un holo-animado. Aterrorizada, mira constantemente detrás de ella en lugar de mirar hacia donde pone los pies, como dice mamá todo el tiempo.

Inevitablemente, tropieza y se extiende a lo largo. Debido al impacto, la excrecencia de su barbilla se rompe, arrancando un largo colgajo de piel que comienza a sangrar abundantemente. El sufrimiento paraliza toda la mandíbula y se muerde cruelmente la lengua. Onyx grita de dolor y miedo.

«"Ah, ah", se ríe Cresta cibernética. Ella ha perdido uno de sus implantes.

—Qué chungo eso que tiene, roza lo asqueroso, decide Tatuajes transparentes, que se agacha delante de la niña que llora a grandes sollozos. ¡Y cállate, me rompes los oídos!

—¿Cómo se abren, tus robots?, se irrita el otro inmovilizando a Kubu a trancas y barrancas. Danos sus pilas, o te juro que los reviento.»

Aún en cucullas, el barriobajero tatuado mira con desprecio a Onyx, con la barbilla ensangrentada, la cara llorosa, de espaldas a la pared. Los ataques en picado de Sphax son tan insignificantes que ni siquiera lo distraen.

«¿A menos que prefieras que te destrocemos a ti?

—No vas a hacer nada en absoluto.»

Los dos maleantes se vuelven hacia la mujer que ha aparecido al final del callejón. De pequeña de estatura, con una cara con rasgos finos que sugieren un tratamiento genético, una larga y sabia trenza, lleva un impermeable retro el cual atraviesa el halo de unos ciberimplantes a la altura de los hombros. Un aspecto un poco de otro tiempo, un fuerte contraste con los atacantes. Desprende un aire serio, incluso severo, y su mirada arde ante la injusticia de la escena.

Nada debería preocuparles, la desconocida no presenta mucho más peligro que la niña. Y si la pequeña ciudad se ve a sí misma como una salvadora, pronto le enseñarán quién marca la ley aquí. Sin embargo, hay algo en esa mujer que se acerca tranquilamente. Un paso silencioso, demasiada seguridad, la mano derecha sumergida en el bolsillo de su impermeable, invisible.

Cuando la saca, los dos matones se tensan.

No es más que una semilla de girasol, que abre con una uña experta antes de lanzar su grano a la boca sin levantar la mano más alta que la cintura.

«Os doy la oportunidad de largaros de aquí con ambas piernas, muchachos. Es más de lo que me han ofrecido,

añade la desconocida para sí misma, misteriosa.

—Mírala, qué divertida.»

A medida que Cresta cibernética avanza hacia la mujer, sus dedos se alargan desmesuradamente y luego se fusionan en un bate de metal cubierto de puntas. Siempre con la misma calma, la mujer lanza la cáscara con un chasquido que le golpea de lleno en el ojo.

«¡Codafre!»

No tiene tiempo de decir más. A la carrera con una velocidad pasmosa se materializa delante de él —no hay más palabras. Lanza su pierna y le aplasta las partes levantándolo literalmente del suelo. El maleante lanza un gruñido ahogado y huye, con los brazos y las piernas tras de él, sobre su pelvis expulsada hacia atrás.

La desconocida levanta la pierna muy alto y, con la punta del pie, atrapa a Cresta cibernética bajo el mentón. Lo mantiene en el aire, a una gran distancia en vertical, como un coloso levantaría a su adversario agarrándolo por el cuello. Sus pantalones anchos se deslizan a lo largo de su pierna, revelando un miembro cibernético con revestimiento de camuflaje.

El otro delincuente retrocede torpemente antes de dar media vuelta y huir. Con un poderoso movimiento de la pelvis, la mujer propulsa a su presa que aterriza contra la espalda de su compañero. Los dos se desmoronan, como un amasijo de extremidades enredadas. Finalmente, Tatuajes transparentes se levanta y ayuda a su cómplice a salir del callejón.

La desconocida ya no se interesa por ellos. Se vuelve hacia la niña que, con la palma de la mano apretada contra el mentón, intenta detener el sangrado. Hay algo en su mirada, una madurez que ya despunta bajo la infancia, una resiliencia que muchos adultos aún no poseen. Sus deformidades dan

ganas de compadecerla, su mirada incita más bien a admirarla.

Sin embargo, no por ello merece menos reprimenda por su comportamiento estúpido.

«Deberías tener cuidado con tus robots, hay cada vez más y más robos desde que las pilas son de pago.»

Onyx simplemente asiente con la cabeza, con la mano acompañando su barbilla. Está impresionada por el tono áspero de esa mujer super fuerte.

«Y dime, tus robots claramente no son seguribots. Entonces, ¿cómo hacen para funcionar en una zona donde se ha cortado la electricidad?

—Los hace mi mamá.

—Interesante. ¿Y dónde vive tu mamá?

—Distrito Riota, apartamento..., comienza a recitar Onyx, como le enseñaron sus padres.

—¡Onyx! Onyx, estás aquí...»

KatK irrumpe desde la esquina del callejón y se lanza sobre su hermana pequeña, a la que rodea con sus brazos para cubrirla de besos inquietos. Un sentimiento cálido y tranquilizador se extiende en su torso, todavía teñido de las notas frías de su culpabilidad y de su propia estupidez. Su inquietud se desvanece a toda velocidad... cuando de repente capta dos o tres detalles de la mujer, allí parada, que tiene realmente pinta de poli. ¿Ha sido localizade?

No es lo más importante, por ahora.

«¿Estás bien, no tienes nada? ¡Tu barbilla!

—Me duele porque me aprietas demasiado.

—¡Perdón! ¿Dónde están esos codiotas? ¿Te han hecho algo?

—No, la señora me ayudó.

—Salomé», se presenta la desconocida.

Y pensar que ha perdido el rastro del Ordenador para venir

a salvar a esta niña, y van y la llaman que la llaman «la señora»? ¿Tan vieja aparenta ser? Los niños...

«Bueno, ¿dónde vivís las dos?

—Gracias, pero estaremos bien, respondió Katk, volveremos a casa solas.

—Muy amable, pero no me he tomado esta molestia para que volváis a encontraros con otros cretinos.»

Sobre sus hombros, los halos parpadean hasta que una moto llega a donde están con el piloto automático.

«Yo os llevo, no se hable más. ¿Cuál era la dirección entonces?

—¿Vamos a casa de Nyvenn?, pregunta Onyx a su hermana.

—No, tenemos que volver, de verdad.» KatK se gira hacia Salomé. «Distrito Riota, E/P.

—¿Número de apartamento?

—¿Por qué, su moto va a dejarnos en la puerta?»

Salomé sonríe, esta adolescente le agrada. Unos instantes más tarde, observa a las dos hermanas encogidas una contra otra en la cabina de su moto que se aleja. El vehículo tardará menos de cinco minutos en ir y volver, pero no tiene tiempo que perder: su investigación sobre el Ordenador no espera.

Aparta los lados de su impermeable para no obstaculizar sus movimientos y, tras una serie de saltos enérgicos, se encuentra en el techo de los edificios bajos del barrio. Necesita un punto de vista despejado para volver a encontrar a su objetivo.

UN SACO DE PILAS

«Puede arreglarlo, ¿no?»

—Sí, por supuesto, señor RaHavani, después de todo soy su factótum aquí. Su contestador automático está en buenas manos. Entre *dos* buenas manos, por lo menos.»

Con el ojo clavado en una lupa de aumento, Viggo se inclina sobre el minúsculo dispositivo. Con una micropinza en cada mano, busca en sus entrañas como si diseccionase un anfibio. Concentrado en las viejas conexiones cableadas, las descarta con la precaución febril de un artificiero. El compartimiento de la batería está enterrado bajo un revoltijo de cables delgados entrelazados como cabellos, no puede acceder a él.

«Es que... verá, se trata de la última grabación de mi esposa.» El anciano calvo se rasca la cabeza mientras suspira, parecería que expira bolas de naftalina de tan anciano que es. «Este modelo definitivamente ya no se produce, lo he consultado con el fabricante. La persona que me atendió no fue muy amable cuando me lo dijo, realmente no percibí el tono hasta que se sorprendió de que todavía usáramos un contestador automático a estas alturas.»

Grueso es su bigote, y tiembla con una indignación rumiada. Obviamente, le gustaría decir, aquí en la tienda de Viggo, palabras que no encontró en aquel momento, en la sala de exposición de la corporación.

Viggo está muy contento de que este contestador automático de otra época llegue a su taller, es como un

reencuentro algo kármico que le produce un cosquilleo en las cigomáticas. El aparato es la gota de agua que atraviesan los rayos de su luminosa alegría de vivir, transformando la reparación en un arcoíris inesperado.

Viggo sonríe. A pesar de la batería casi vacía, a pesar del dispositivo que se reformateará si no lo repara de inmediato, a pesar del riesgo de que la voz de la Sra. RaHavani se borre para siempre, reenviada de vuelta a la tumba... él sonríe. Viggo vive solo para esos momentos: es uno de los últimos recicladores de Mantris, su vocación es devolver a la vida a los objetos, no ser su sepulturero.

«Me recomendaron a usted encarecidamente, insiste el cliente, que no puede interpretar la alegría del comerciante. Puede repararlo, ¿no?»

—Tengo vagos recuerdos de objetos así, pero no es seguro. Pero por muy recluta que sea, no me rendiré», le tranquiliza Viggo sin levantar la vista.

Luchando por traducir esas palabras dignas de un científico loco, el anciano echa un vistazo a la tienda para convencerse de las habilidades de su propietario. Envuelto en la base de un pilar de la cúpula, parece un mercado cubierto con múltiples puestos, una galería comercial que puedes recorrer sin cesar y, sin embargo, con cada vuelta, descubrir algo nuevo.

Aquí no hay impresora 3D bajo demanda, solo objetos físicos, en stock y disponibles de inmediato. Los clientes caminan con sus familias, mirando al techo o agachados frente a las alfombras extendidas por el suelo. Rebuscan en un montañas de juguetes viejos tan desordenados como en la habitación de un niño, salvo que busquen un collar o un reloj de bolsillo entre las joyas que cuelgan del techo. Se respiran las fragancias de las barras de jabón o de detergente, se pueden ojear libros y revistas para encontrar el olor anticuado del

papel. O admirar los armarios de madera de verdad, que abren por el mero placer de acariciar las puertas que huelen a cera. Se escucha el tictac de los relojes de péndulo y el traqueteo de las máquinas de escribir activadas por voz.

La tienda de Viggo es como un pie deslizado en la puerta del progreso, que no puede cerrarse definitivamente sobre el mundo de antes de la desmaterialización. El resultado es una corriente de aire —de aire de época—, a veces una nostálgica y fresca brisa, a veces viento que se cuela hasta hacerte temblar... Para la mayoría de mantreses, es un defecto en el aislamiento que debería ser colmatado.

A los ojos del Sr. RaHavani, este es el último lugar donde podrá volver a escuchar la voz de su difunta esposa.

Se centra más en el taller detrás del cual Viggo oficia. Se queja mientras se mastica el bigote, mirando ansiosamente el indicador intermitente de la batería.

«Espero que no sea demasiado tarde. No lo he usado desde hace años, pero las baterías no deberían haberse descargado así.

—¿A usted también le ha pasado?, pregunta una madre que viene a pagar la tableta con pantalla táctil que ha elegido. A mí me pasó hace dos días...» Se vuelve hacia su bebé que flota detrás de ella en un cochecito autónomo y le dedica una mirada amorosa. «Compro un chupete insonorizador nuevo... ¡nuevo! Y se estropea esa misma noche. ¿Resultado? Imposible dormir, el bebé llorando toda la noche.» Ella pellizca cariñosamente la mejilla del pequeño, que se agarra los pies con alegría. «Lloraste toda la noche, ¿verdad monstruito?» Se vuelve hacia Viggo y el Sr. RaHavani, mientras se desvanece toda alegría. «¿No se supone que se estaban ocupando de las pilas, el Ordenador y todos los especialistas de la FE? ¿A qué están esperando para actuar, un apagón?

—Creo que la FE no obrará ningún milagro, suspira el señor RaHavani. Pero usted sí, ¿verdad, señor Viggo? Con mi contestador automático...»

Curiosa por ver cómo resultarán las cosas, la cliente se inclina también sobre el banco de trabajo. Tranquiliza a su bebé dándole la tableta. El niño inmediatamente comienza a lamer la pantalla que se enciende. Risueño, con la cara salpicada por la proyección 2D, se frota la nariz en la imagen de un lindo ravix.

Le encanta el trabajo bien hecho —¡lo cual exige su tiempo!—, pero se ve presionado, acechado por la curiosidad y la angustia. Y en ese momento suena el timbre de la puerta principal —uno de verdad, no una señal pregrabada acoplada a un sensor. Un cliente más que viene a amontonarse, es... inconveniente, ¡un auténtico incordiodo!

Todo sería más sencillo si hubiera accedido a implementarse unos cuantos ciberimplantes, como la asistencia táctil o los ojos multidireccionales. Sin embargo, el comerciante con el elegante chaleco es, por convicción, tan vintage como su tienda.

«¡Pardiez!»

Rechazando el fracaso, Viggo intenta el todo por el todo. Salta de su antigua silla con ruedas, hurga en sus estantes murmurando un idioma que solo él entiende, se maravilla durante largos segundos ante un zoopraxiscopio milagrosamente encontrado, parpadea excesivamente para forzar su concentración y, finalmente, coge el prototipo de su reciclador de baterías.

«¡Eureka!»

Una vez conectado al contestador automático, el prototipo debería permitirle recargar el cuarzo, bastaría con ajustarlo a su frecuencia de resonancia. Todo eso es todavía experimental,

aún es un poco pronto para una prueba, pero dadas las circunstancias...

Detrás de la dulce locura de Viggo, ecléctica y eléctrica, mezclada con una elegante dignidad, se esconde una urgencia que preocupa al viejo caballero.

«Por favor, Sr. Viggo, me gustaría mucho escucharlo por última vez, es *muuy* importante... Desde su Elevación, ya no reconozco la voz de mi esposa. Ella jura que nada ha cambiado, que debería darme un capricho con nuevos oídos, pero podría jurar que su Mantrix ya no tiene el mismo timbre.

—RaHavani... RaHavani...» La madre reúne sus recuerdos, que de repente se agrupan como placas magnéticas alrededor de un imán. «Usted es el esposo de...

—Buenos días, ha contactado con Datti RaHavani, el arquitecto digital del primer terminal de dalecs. En estos momentos no estoy dispooooonnniiii...»

La voz se ahoga, el contestador automático muere, el Sr. RaHavani se conmueve, la madre se sobresalta, el bebé ríe, la nueva clienta —que permanece discreta— recupera la esperanza de que finalmente la atiendan. Solo Viggo mantiene el control. Para luchar mejor contra las contracciones emocionales del párpado detrás de su monóculo, ajusta su reciclador con la esperanza de capturar otro eco de esa voz prometida al olvido.

«...iiible, puede dejarme un mensaje. Salvo que sea para mi marido, francamente tengo más cosas que hacer que estar transmitiéndoselo. ¡Ya hace tiempo que le digo que se compre uno!

—Es mi Datti, dice RaHavani con una sonrisa contrita. Y tenía razón: su voz ha cambiado. Todo el mundo afirma que la Elevación preserva el carácter, mi Datti la primera. ¡Ahora tengo lo necesario para demostrarles que se equivocan!

—Salvo que... por desgracia...», comienza Viggo con una

voz llena de remordimientos y una auténtica lágrima que se escapa de debajo de su monóculo.

Lo interrumpe el zumbido del contestador que, vaciado, se reformatea.

«No se preocupe, le tranquiliza el anciano, dando golpecitos a su SIT, me ha dado tiempo a grabarlo.» Impaciente por volver con la Mantrix de su esposa, trota hacia la salida, desde donde exclama. «Le dejo el contestador automático, está donde debe estar aquí en su tienda.»

Viggo y la madre lo ven partir, antes de volver a mirar el aparato, la tumba vocal de la señora RaHavani. Con un encogimiento de hombros, la madre abandona a su vez la tienda y el cochecito autónomola sigue. Lo que deja a Viggo solo con...

«¿Señora Nyvenn? ¡Qué alegría volver a verla!

—Hola, Viggo.

—¡Diantre, se ha quedado sin aliento! ¿Le gustaría beber algo? Tengo un delicioso zumo de nanabé recién exprimido, que acaba de... ya sabe.»

Se quita el monóculo para dejar que sus ojos rueden hacia los jardines ilegales plantados en el tejado de Mantris. Nyvenn conoce bien el lugar, allí cultiva sus plantas medicinales. Ante la expresión un poco loca de Viggo, no puede dejar de sonreír. Le gusta ese genio que lo recicla todo, incluso las palabras. Su extraña excentricidad le devuelve la esperanza en el género humano, un bálsamo para el corazón mejor que el que ella fabrica.

«Es muy amable, pero no será necesario.

—A su antojo, querida. Sin ánimo de propasarme, sáqueme de dudas: ¿está todo en orden sobre el pedido que has venido a recoger tan pronto?

—Sí, como siempre, afirma ella con un punto de

impaciencia. No es por eso que estoy aquí.»

Aliviado, Viggo saca un pañuelo de tela del bolsillo de su elegante chaleco y comienza a limpiar su monóculo. Por más que se acerque a los cincuenta, ese accesorio es pura coquetería.

«Me alegro entonces. ¿En qué puedo serle de ayuda, pues?»

Sonriente, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, Viggo es la encarnación de la escucha del cliente. El brillo en sus ojos hace creer que espera una revelación cósmica, no menos. A Nyvenn le encantaría charlar, tiene una voz encantadora, cálida y ligeramente rasgada. Excepto porque hoy, realmente no tiene tiempo.

Solo le quedan cincuenta y siete minutos antes de que el tanque de Sathyne se apague por falta de energía.

«Pilas. Necesito todas las que tenga.»

Si bien la sonrisa de Viggo sigue siendo igual de amables, el pulgar y el índice que dejan de girar de un lado a otro del monóculo revelan su sorpresa.

«Discúlpeme, señora Nyvenn, no quisiera aburrirla, pero no comprendo bien su petición. La distribución de las pilas depende exclusivamente del Cónclave.

—Me dijo que las sustituía en los objetos que le traen, ¿no?

—Sí, en efecto. La reparación a menudo es solo eso, un simple cambio de pila. No me canso del asombro de mis clientes cuando se lo explico. A veces me miran como si fuera una especie de mago, es muy divertido y entretenido.

—¿Tiene muchas? ¿Dónde están?

—Eh, bueno... Viggo vuelve a colocarse el monóculo antes de volverse hacia su trastienda, situada en el corazón del pilar de la cúpula. «Tendría que contarlas, pero diría que unas cincuenta.

—Me las llevo todas. ¿A cuánto me las dejarías?

—Pero... No lo sé, no están a la venta, y aun así, dudo que me autorice para ello. Por otra parte, están prácticamente vacías.

—Viggo, me encantaría charlar sobre las franquicias que posees o no, pero desgraciadamente tengo mucha prisa. Dígame el precio.

—Cielos, me pillas por sorpresa. No lo sé...

—Viggo, por favor.»

Nyvenn extiende su bolso de cuero que mantiene abierta con la esperanza de acelerar el proceso. Viggo se limita a mirarla a los ojos.

«Me sentiría como un malvado si se las cobrase sin más.

—Me conformaría...

—O bien, simplemente, la interrumpe con una voz de titiritero señalando el reciclador que sigue sobre el banco de trabajo, resulta que he concebido un dispositivo capaz de recargar las pilas.»

Nyvenn mira fijamente el aparato, del tamaño de un grimorio grueso, y luego de nuevo a Viggo. Ignora tanto cómo funciona este reciclador como lo que discurre detrás de la cabeza de su amigo.

«Si no me equivoco, sus muebles de madera genuina son muy famosos en casa de algunos altos Cresos... ¿Cree que mi invención encontraría algún mecenas entre ellos?...»

Nyvenn se congela, con los brazos colgando, un verdadero árbol petrificado. Viggo acaba de estropearlo todo con este chantaje disfrazado de simple intercambio de servicios. Ella es sólo una refugiada, una irrecordable que se mezcla con los exSITados para evitar a la Opax. Él lo sabe, pero no duda en exponerla al riesgo de ser detenida, expulsada de Mantris, devuelta a la Fisura...

Ella podría prometer sin cumplir su palabra. Nunca lo haría

con un amigo, la cuestión es si Viggo sigue siendo uno.

Voraz, el presente devora los segundos con un apetito metronómico.

«Cuenta conmigo, Viggo.» Ella mete el aparato en su bolso antes de dárselo. «Pero dése prisa, por favor.

—¡Por supuesto, por supuesto!»

Se eclipsa, abandonando a Nyvenn sola ante la angustia del tiempo que corre. Nerviosa, se rasca furiosamente el antebrazo, arrancando pequeñas virutas de su piel de corteza.

No obstante, ella había advertido al Ordenador de que las baterías acabarían agotándose. Con la amenaza de escasez, los ciudadacs las esquilman en lugar de deshacerse de ellas a la primera oportunidad. Los canales de suministro habituales se agotaron, lo que la obligó a echar mano de un amigo en caso de emergencia.

Se lo debe todo al Ordenador: su tienda, su seguridad, su propia subsistencia. El único quid pro quo que exige es que ella cuide de su hermana mayor. ¿Qué pasará si algo malo le sucede a Sathyne? Un amigo entendería que ella no es de ninguna manera responsable de un corte de energía, pero ¿es el Ordenador un amigo? Ella pensaba que Viggo lo era...

La semilla de la duda ha germinado, sus raíces se expanden por su corazón, que se acelera ante la amenaza, socavando los cimientos de esta nueva vida en la que había encontrado en Mantris.

Un trozo de corteza se le arranca del brazo. Ella presiona la palma sobre la piel expuesta, tan sensible como una quemadura, presiona con fuerza para contener el dolor.

«Por aquí, por aquí, por aquí lo tenemos, canturrea Viggo a su regreso, con la mirada inmersa en la bolsa de la que emana un halo difuso. Solo tengo cuarenta y ocho, no cincuenta.»

Esa es exactamente la cantidad de minutos que le quedan,

piensa Nyvenn.

«Gracias, Viggo. Tengo que irme.

—Un momento.» Nyvenn se detiene sin saber por qué está perdiendo el tiempo de esta manera. «Sobre el reciclador... No te pongas en peligro por él, ¿vale? Es solo una idea a la venta, mientras que tu amistad no tiene precio.»

Nyvenn da media vuelta y se pone de puntillas para darle un beso en la mejilla, suavemente, no quiere que sus labios ásperos le procuren una sensación desagradable.

Luego se va, con la bandolera apretada contra su pecho.

7.2

Unos momentos más tarde, Nyvenn se encuentra frente a la estación del antiguo maglev, que desde el éxito de los dalecs ahora solo se usa para viajes largos, especialmente a los balnearios de la costa. La placa de metal que supuestamente obstruía la entrada fue cortada por algunos vándalos, como el paso de peatones de la puerta de un garaje.

Una puerta que se abre al infierno de sus peores recuerdos. Esos túneles, por donde ella se infiltró en Mantris, hace ya quince años. Huía de la Fisura, de la Gran madre, de la banda, de la magia. De todo. Un exilio aún más aterrador que el que la expulsó de Arkhante.

Esos túneles son la guarida de sus terrores nocturnos.

La fatalidad quiere que este sea el camino más corto para llegar a Sathyne, ha perdido demasiado tiempo en la tienda de Viggo.

Sus piernas se endurecen ante la escalera que se sumerge en el corazón de la antigua estación. Está a punto de caerse, con una arcada, con un sobresalto. Duda, gime, lanza alrededor miradas desesperadas, estima el tiempo que llevaría pasar por el laberinto de las calles congestionadas.

Y mientras tanto, implacable, el tiempo avanza...

El tiempo, ¡siempre el tiempo!

Si hay algo que Nyvenn odia de Mantris, es la obsesión de los ciudadcs por el tiempo. Los mantreses dividen su día en horas, minutos, segundos... ¡Incluso usan unidades más pequeñas, como si eso tuviera la más mínima utilidad! Un segundo es menos que una inspiración, ¿qué interés práctico puede tener tal duración, aparte de volverse loco?

En Arkhante, tienen bastante con Galana que cuenta los

días, con las tres lunas –Karas, Balor y Regel– para marcar las estaciones y con Rainar para marcar los medios años.

En cuanto a la Fisura, la noción del tiempo simplemente no tiene ninguna importancia. Es a la gente a la que divides, no al tiempo.

Nyvenn ha vivido en estas tres regiones, y Mantris es, con mucho, el lugar con el que se queda. ¡Pero qué no daría para escapar de la neurosis de los mantreses por el tiempo!

Solo treinta y tres minutos.

Desciende los escalones terriblemente altos de la escalera mecánica detenida y atraviesa la estación para bajar del andén hasta las antiguas vías. Por todas partes, los hologramas bioluminiscentes untan las paredes, una continua superposición de arte urbano, mensajes crípticos y signos de bandas. La luz es escasa, tiene que mirar dónde pone los pies.

Está en apnea, el flujo del tiempo que recorre este subterráneo podría sumergirla. Si se deja llevar por el pasado, acabará por chocar contra el iceberg de un recuerdo, del tipo que cizalla el casco bajo la línea de flotación e invade la bodega del subconsciente con sus aguas heladas, turbosas.

Si fuera una antigua maga del Aire, conocería una o dos técnicas para contener la respiración. Aun así, los túneles son demasiado largos, la salida demasiado lejana... Lucha para reprimir sus angustias, compartimenta la bodega de su ser con particiones estancas.

Le gustaría concentrarse en el decorado, pero nada atrapa la mirada. El lugar se reduce a un vasto túnel perfectamente tubular, por el que una vez corrían los trenes de suspensión magnética, tan rápido que los pasajeros no podían fijarse en nada a través de la ventana. Además, todo es monótono, hasta el punto de que Nyvenn duda que esté avanzando.

Desgraciadamente, el tiempo escapa. Veintisiete minutos

más. Corre con todas sus fuerzas.

Y choca de lleno contra el tan temido iceberg de la memoria...

La parte emergente es su llegada clandestina a Mantris. Pero lo esencial, las nueve décimas partes de la masa del gigante de hielo que está navegando, se encuentra bajo el agua.

Primera décima parte. Rebelde, enamorada a los dieciséis años de un lutier, huye del colegio de la Naturaleza para vivir su vida, con el amor como única fuente oficial de magia.

Segunda. Los inquisidores la persiguen, ha robado algunos códigos para venderlos –el amor y el agua fresca no bastan para llenar el estómago. Su bello lutier muere en la persecución, por accidente o por represalia, ya no lo sabe con seguridad. La magnitud de la tragedia hace que sus recuerdos sean tan lechosos como el hielo demasiado oxigenado.

Tercera. Frente a los sabios del arkhano que la juzgan, reclama el exilio a la Fisura. Un gesto que entiende como grandioso, un acto de fortaleza destinado a marcar a sus pares, a inspirarlos. Los sabios acceden a su petición, fingiendo ser magnánimos, actuando en realidad como un jardinero que escarda su huerto.

Cuarta. El shock, la brutal realidad de la supervivencia en las tierras devastadas. Una agonía interminable, su tierra fértil que se muere con la lenta desecación de una flor seca. Ruega delante de la Muralla de osamentas, llora para que la dejen volver. No hace más que perder la poca agua que todavía humedece sus raíces.

Quinta. La bocanada de oxígeno, poco más que las magras burbujas atascadas bajo el hielo, pero que tanto bien hacen cuando el aire se volvía raro. La Gran madre, la matriarca de las Alas Sangrientas, que la acoge como a una de sus hijas. Para ser adoptada definitivamente como miembro de la banda, hay

que derramar sangre, un poco; para pagar a la Gran madre en el arte mágico, mucha. Un precio que paga con un entusiasmo rabioso, una venganza tomada contra los asesinos de su amante.

Ojalá no hubieran bastado apenas dos años para que las fuentes se agotaran: los conocimientos sacados del colegio, esquilmados; el amor de la Gran madre, desecado; la cólera contra Arkhante, evaporada; su juventud, bebida por el desierto de la Fisura. Con solo veinte años, parecía tan vieja como hoy en día a sus cuarenta.

Es una nodriza que lo trastornará todo. Desembarca en la Fisura con un capazo bajo el brazo y un tejido bordado de hiedras, el escudo de armas de Nephtys. Y de repente la Gran madre encontró una nueva hija favorita, un bebé en el que ve un heredero más útil que la vieja maga de la Naturaleza. El niño aún no tiene un nombre que ya haya borrado el de Nyvenn a ojos de la matriarca.

Octava. Rebelde de nuevo, esta vez sin el candor de su juventud, Nyvenn desafía a la Gran madre según las leyes de la banda. La magia vuelve a ella con fuerza, tan poderosa como el amor. Pero un amor contrariado, amargo, que huele a hiel como la leche cortada. Nyvenn pierde el control, las perturbaciones de la Fisura corrompen el hechizo que se vuelve en parte contra ella y transforma su piel en corteza. La Gran madre ha perdido un brazo; Nyvenn, todo deseo de volver a usar jamás el prana.

Novena. Aprovechar el hecho de que la Gran madre solo tiene un brazo para escapar de sus garras, huir de la banda para no terminar crucificada. El exilio, el segundo. El último, espera Nyvenn. Mientras corre hacia Mantris, el último territorio del que aún no ha sido expulsada, piensa en Bielova, la fortaleza de troncos blancos donde creció. Allí, las parejas jóvenes

plantan una semilla en su boda. Los árboles crecen para acoger a la familia de los encantadores, las ramas se ramifican cuando llegan los hijos, se cargan de follaje para protegerlos a todos de las inclemencias. ¿Crecerá su árbol en los suelos artificiales de la ciudad-continente? ¿O tendrá que renunciar a su sueño de algún día formar una familia?

Traspasada por el aliento helado de sus recuerdos, Nyvenn se encoge contra la pared fría y lisa. Se frota la mejilla rugosa, arrancando polvo de madera que simula unas lágrimas polvorientas. Nunca debió meterse en esos túneles, había luchado demasiado para enterrar su pasado. Como cualquier planta, odia la sombra, necesita luz.

Veintisiete minutos es todo lo que le queda para salvar a Sathyne.

Sathyne...

A su llegada a los subterráneos de Mantris, se encontró deambulando errática por los túneles durante días enteros. La vida allí era tan extraña y dura como en la Fisura. Peor aún, en realidad, porque estaba completamente privada de sol. Al mismo tiempo que el cielo, había perdido la esperanza.

Entonces, en el recodo de un ramal, cayó sobre la cuba de regeneración que el Ordenador hacía transferir hacia el escondite previsto para su hermana inconsciente. Tomando el recipiente por un abrevadero lleno de agua, una Nyvenn muerta de sed se había precipitado hacia aquel maná donde descubrió a la joven durmiente, tan graciosa y melancólica como una houd de los bosques profundos de Orcunion.

Conmovida por esta improbable aparición que la devolvía brutalmente a su hogar, debilitada por las privaciones hasta el punto de encontrarse en un segundo estado, destetada sucesivamente de las magias del amor y del prana, Nyvenn realiza un acto de fe.

El día que dejó el colegio de la Naturaleza, no solo robó códigos. Una semilla, eso es lo que también se había llevado, la que planeaba plantar el día en que decidiera cultivar su familia como se hace con un jardín. Una simiente que había resistido a todo, incluso a la Fisura.

Deslizó aquel grano en el sistema de ventilación para que germinara en el lecho de la houd ahogada.

Las plantas a la deriva del líquido regenerador aún hoy, quince años más tarde, nacieron de esta semilla traída de Arkhante, mutada en la Fisura y acoplada a la tecnología mantresa. Se han convertido en estas psicoalgas luminosas tras un proceso triplemente fermentado en cada una de las culturas de Artellium. Un proceso que mantiene viva a Sathyne, ancla la esperanza en el corazón de su hermano pequeño y ofrece una perspectiva de redención a Nyven, la oportunidad de crecer de nuevo, de recuperar el sentido de lo maravilloso.

Nyven se pone de nuevo en marcha, a pasos lentos y más tarde trotando una zancada de cuatro. Sathyne es un nexo de unión entre Arkhante y Mantris, un puente que coloca sus pilares de carga en la Fisura. Se niega a verla desaparecer, no tiene otro lugar al que huir.

Vuelve a correr sin temer a los icebergs, su deseo renovado ha calentado brutalmente las aguas de su existencia.

Solo quedan cuatro minutos y quince segundos cuando entra en *Ni fútiles ni vanos*, atormentada por la urgencia hasta el punto de contar los segundos.

«Kat, es Nyven!, grita Onyx cuando llega. ¡Rápido!»

Onyx y Nyven se apresuran a la cámara secreta donde los espera KatK, que está conectando un generador de emergencia al tanque. Onyx cierra la puerta detrás de ellas mientras Nyven vacía su alforja. Las pilas resuenan en el suelo como segundos que se desploman.

Todas a la vez, insertan los cuarzos en las celdas del generador que parecen paneles cromados de una colmena construida sobre ruedas.

«¿Has podido acoplarlo?, pregunta Nyvenn mientras incrusta las pilas.

—Los enchufes no son compatibles, gruñe KatK, malditas corporaciones que rechazan los estándares universales. Estaba chungo, pero he podido apañar algo.

—¡Ya está!» exclama triunfante Onyx, levantando las manos como prueba irrefutable.

Cuando KatK enciende el generador, la barra de energía aparece en la franja del panel de la colmena. Apenas sí despega del 0.

«No estoy segura de que sea suficiente...»

El tanque se apaga de repente, los filtros se cortan en un largo llanto de agonía que termina en un silencio de muerte.

Baterías vacías.

¡No, no puede ser!

Nyvenn saca la máquina de Viggo, cierra los ojos por un momento para recordar las conexiones que hizo él y luego conecta el dispositivo al generador de emergencia. Nyvenn actúa por instinto, ayudada por KatK que moviliza a sus amigos de ÅpØlØw y hace desfilar sobre su piel todos los tutoriales posibles. Onyx merodea a su alrededor, tan ansiosa como las criarunas atraídas por la iluminación de emergencia del tanque que produce un halo verdoso. La atmósfera es eléctrica, sin que por ello se recarguen los cuarzos.

A menos que...

En el habitáculo, las psicoalgas vuelven a bailar lánguidamente al ritmo de los filtros que ronronean como un gato satisfecho. Con su largo cabello dibujando una corona vaporosa alrededor de su cara dormida, Sathyne nunca se ha

parecido tanto a una sirena...

«¡Seeeh! ¡Somos lo más! ¡Somos unas reinas!»

Onyx salta por todas partes, hasta el punto de perder su nuevo casco antisonidos ofrecido por el misterioso amigo de Nyvenn. En lugar de preocuparse, aprovecha la oportunidad para dar vueltas sobre sí misma a toda velocidad, antes de improvisar una danza de la alegría ante las risas de Nyvenn y KatK.

La adolescente está muy emocionada de ver a su hermana pequeña tan feliz. A pesar de su vendaje en la barbilla y los horribles cuernos que le perforan la cara y las manos, Oni encarna una esperanza desbordante, un deseo de vivir que fuerza la admiración. Que irradia, ilumina a su entorno y guía a sus seres queridos hacia la felicidad. Que inspira a KatK.

A veces incluso la embriaga. Pero hoy no.

Mientras Nyvenn se une a las cabriolas de Onyx, KatK se desliza por la pared hasta que se sienta con los brazos sobre sus rodillas. Su piel se transforma en una bola de discoteca para salpicar la pista de baile con sus destellos estroboscópicos. Un truco para aislarse detrás de una cortina de luz.

KatK nunca imaginó que volvería a estar aquí. Cuando bajó de la moto de Salomé, con una Onyx traumatizada pegada contra su muslo, esperaba que sus padres le echaran una acalorada bronca. Y así fue, después, pero su primera reacción fue cogerlas a las dos en brazos, llorar de alivio y besarlas hasta el agobio.

Obviamente, una vez que Onyx se durmió, elle no escapó de una larga, muy larga charla con sus padres. En retrospectiva, elle les había dicho cosas horribles, en parte porque las pensaba y en parte porque se vio arrinconada por el contragolpe.

«¡Puede que yo la haya cagado, pero al menos he encontrado

una manera de aliviar a Oni! Está mejor gracias a los ungüentos de Nyvenn. ¿Y tú qué has hecho? ¡Tú, papá, parloteas con tus ideas de bombero, y tú, mamá, ni siquiera sabes lo que está pasando aquí!»

El argumento puso fin al sermón e hizo llorar a todo el mundo, también a elle. No fue muy elegante, pero sí terriblemente eficaz.

A la mañana siguiente, un desayuno familiar, por primera vez desde... KatK no sabía desde cuándo. Atale no se había ido a trabajar y Fabro no se había inyectado ningún bióxtasis, habían decidido tomarse su tiempo. Un momento extraño, incierto al principio, parecido a una nube que duda sobre si estallar en tormenta o disiparse en un radiante día de verano. Como de costumbre, Onyx sirvió como catalizador, y el radiante buen tiempo se instaló entorno a la mesa. Con algunas pequeñas lluvias también, porque entre las palabras que curan, las palabras medicina, hubo también dos o tres verdades dolorosas que debían ser dichas.

Al final, a las niñas se les permitió regresar a Nyvenn, mientras que los padres continuaban buscando otro tratamiento —«hasta que lo encontremos, ¡y lo encontraremos!», insistió Fabro. Con la condición de que avisen de antemano, que alquilen un securibot —«nosotros lo pagaremos», afirmó Atale— y sobre todo que no haya más mentiras.

KatK pensó que era honesto. Onyx, por su parte, estaba encantada.

La adolescente recuerda sobre todo a sus padres, que fueron a verla uno tras otro, mientras que la pequeña estaba ocupada en otra parte.

Mamá: «Sé que ninguna de las dos nos entendemos demasiado bien. Es un poco culpa tuya, pero es mucha de la

mía. Te prometo que esto va a cambiar, al menos lo intentaré. Salvo que también tengo cosas que arreglar con tu papá, y voy a empezar por ahí. No es que te quiera menos, es que pase lo que pase, siempre seré tu madre. Pero nada asegura que vaya a ser siempre la esposa de tu padre. ¿Lo entiendes? Te quiero.»

Papá: «Has sido injusta al decir que no hago nada por tu hermana. Pero en lo que tienes toda la razón es en recordar todo lo que haces por ella. Llevas tu carga como un adulto, a veces mejor de lo que yo lo hago, sin muletas, sin artificios. Estoy tan orgulloso de ti. Y le temo profundamente a dar la impresión de que prefiero a Oni, a fuerza de ocuparme siempre de ella y no lo suficiente de ti. Quiero que lo sepas, el triselenio puede agotarse, pero mi amor por tu hermana y por ti es infinito, es quizás la única cosa infinita de este universo escacharrado. Ven aquí, Kat.»

Sus padres podrían haberla castigado, la crisis habría podido precipitar la disolución de la familia, sin embargo, nunca se había sentido tan apegada a los suyos, un gas libre en una refrescante bebida espumosa.

KatK siente de repente unas ganas irresistibles de enviar un vídeo a casa. Elle destaca los gritos de júbilo de Onyx, la emoción de Nyvenn, los saltos endiablados de las criarunas y mezcla todo con una música de tendencia antes de añadir su comentario personal.

«¿Papá, mamá? ¡Estaréis orgullosos de nosotros, Oni y yo hemos hecho algo genial en la tienda de Nyvenn!»

7.3

Salomé nunca hubiera imaginado que un personaje público como el Ordenador fuera tan difícil de seguir. Es el ciudadano más holografiado de Mantris, sus desplazamientos son escrutados por la Noria en persona, está bajo la vigilancia permanente de sus célebres guardias procedentes de los cuatro tecnoestilos, y sin embargo la agente de la Opax, por inconcebible que pueda parecer, se encuentra con todas las dificultades del mundo para no perderle la pista.

Inconcebible y, por lo tanto, terriblemente motivante. De lo contrario, no habría corrido tantos riesgos como ahora.

Salomé se aferra a la pared vertical de un rascacielos, cien metros por encima del suelo, sostenida por la fuerza de fricción de sus ciberpiernas. El primer riesgo.

El edificio en cuestión, reconocible por su forma de X irregular, no es otro que la sede social de Aleph, la corporación especializada en criptoseguridad. Aunque, técnicamente, no ha entrado en el edificio, Salomé no está segura de haber desbaratado todos los sistemas de vigilancia. El segundo riesgo.

Se ha posado aquí no porque esté interesada en la actividad de Aleph, sino por el túnel piscícola que atraviesa el edificio y bajo el que se encuentra, escondida en la sombra de la imponente estructura tubular. Un sensor cableado -una verdadera antigüedad, lo que paradójicamente hace que sea difícil de detectar por el contraespionaje moderno- deambula por la red de tuberías a lo largo de trescientos metros hasta la Zoonia, el centro de pruebas «especiales» de los Genéticos, un lugar tan secreto que tiene el estatus de leyenda urbana. Incluso un miembro de la Opax no entra sin una buena razón, ya que a los científicos de la Zoonia se le encuentran

las cosquillas con la ética médica. Tercer riesgo.

Salvo porque he aquí que es precisamente en la Zoon donde se encuentra ahora mismo el Ordenador. Ahora bien, para proceder a la detención de tal personalidad pública y política, protegida por las más altas esferas, necesita pruebas irrefutables.

Gracias a su sensor a la deriva entre peces y moluscos, Salomé puede escuchar su conversación con uno de los directores del sitio, cuyo nombre desconoce. La transmisión está entrecortada, chispeante, es sorprendente a la idea que se tiene de cómo sería una conversación bajo el agua.

∩ *Asistente, rutina prioritaria.* ∩

Activación de los filtros de tratamiento sonoro.

Extrapolación de los pasajes ruidosos por tratamiento estadístico, marcado [entre corchetes] en la restitución.

«¿Cuántos años hace que financo [su trabajo]?» A pesar del chisporroteo, la irritación del Ordenador es perfectamente perceptible.

«Soy bien [consciente].

—¿Entonces tiene o no una forma de regenerar el cerebro humano?

—No estamos [lejos. Nos faltan] más fondos.

—¡Yo lo que necesito son resultados!

—Y los tenemos, con respecto a la pequeña víctima de epidermodisplasia verruciforme.»

∩ *Asistente, rutina secundaria.* ∩

∩ Explicitación de «epidermodisplasia verruciforme».

Las imágenes que se superponen ante ella suponen un shock tal que reacciona con un incontrolable movimiento de retroceso. Se desliza unos centímetros a lo largo de la pared vertical, lo que tensa el cable del sensor que acaba por romperse.

No es dramático, no necesita saber más. Las espantosas

excrecencias de esta enfermedad de la piel, Salomé ya las ha visto. Incluso conoce la dirección de la infeliz «pequeña» a la que el Ordenador ha pedido que cure. El lugar donde Onyx Lag 'Chuo y ella se cruzaron es, como por casualidad, el lugar donde perdió la pista del Ordenador hace dos días.

∩ *LA*sistente, rutina prioritaria. ∩

∩ Exploración virtual del distrito de Sowet, A/S. Búsqueda de las anomalías estadísticas de cada local.

∩ A/S 197: top 1000 de os almacenes más antiguos de Mantris. Eliminar.

∩ A/S 622: Detección de vapores químicos compatibles de una cadena de producción clandestina de tecnicamentos. Transmitir al servicio de Represión de Fraudes.

∩ A/S 290: Detección de calor natural, probable calentamiento con combustible fósil. Eliminar.

∩ A/S 321: Consumo de pilas de cuarzo anormalmente alto en comparación con su historial.

Se rasca la rótula, un reflejo sin fundamento desde el accidente que le costó las dos piernas. Un reflejo que tuvo justo antes de que su vehículo se encontrara suspendido sobre el vacío, colgado de la pista magnética por un último motor, a punto de caer en los canales acuícolas cincuenta metros más abajo.

Ese accidente ocurrió hace diez años, pero el recuerdo sigue siendo dolorosamente vívido. Su hermano pequeño, bloqueado por los sistemas de seguridad en la parte trasera del vehículo, el securibot que vino a rescatarlos cuando el habitáculo se retuerce y amenaza con ceder, la decisión del robot de salvarla a ella en lugar de a él, sus propios gritos locos de dolor y pena cuando el artefacto se hundió en las aguas, llevándose a su hermano y la mayor parte de sus dos piernas arrancadas.

La investigación estableció la improbable sucesión de fallos que condujeron al drama, determinó las responsabilidades de cada corporación implicada pero liberó el securibot: las estadísticas eran claras, Salomé tenía más posibilidades de sobrevivir que su difunto hermano. No había protestado, no había dicho ni una palabra. Al salir del metaverso judicial, había presentado su candidatura a la Opax; había ido a pie, con sus nuevas piernas de última generación ofrecidas por GeStark. En pocos años, su desconfianza hostil hacia los robots y sus malditos razonamientos lógicos, inhumanos, la han llevado al rango de mejor investigadora de la Opax, el organismo encargado de vigilar a la Noria...

Con el tiempo, ese reflejo de rascarse la rótula se convirtió en la señal que le envía su instinto cuando tiene una pista entre manos. Ignora cómo y por qué, pero este consumo excesivo de pilas... el Ordenador ha de estar involucrado. Está dispuesta a jurarlo por su vida.

Sus certezas no bastarán, hay que recabar pruebas irrefutables. Debe actuar sin demora, aprovecharse del hecho de que no él está allí para montar una redada e incriminar al Ordenador.

Como un nuevo flash, su encuentro con el Archivista le viene a la memoria. Fue hace cinco días, cuando empezó su investigación. Su solicitud de acceso a las grabaciones de los desplazamientos del Ordenador acababa de ser denegada. No fue una sorpresa. Con aplomo, Salomé había exigido cuentas, y se había encontrado en apenas una hora ante el Archivista – ¡eso sí era claramente una sorpresa!

«Los datos que usted solicita están archivados», había declarado el Archivista, que ese día adoptaba un perfil masculino. «Archivados», el término diplomático para «confidenciales».

«¿Archivados?», Salomé había fingido no entenderlo. Me

alegro de haber sido juramentada por parte de los ciudadacs para tener acceso a ellos.

—Su acreditación de la Opax no le da acceso a los archivos de la Noria, agente Salomé. Tendría que ser Mantrix, para eso.

—Tomo nota. Si muero de servicio, tal vez me consideren una ciudadac emérta y se me autorice para la Elevación. ¿Puedo contar con usted para tratar mi caso con urgencia, para que pueda continuar mi investigación?»

El Archivista sonrió. ¡Pronto no se reirá tanto!

> ®*Canal prioritario | Salomé ∑ Servicio de Intervención \ Opax*
>

> Agente Salomé, número Colex-23. Solicitud de intervención inmediata en el distrito de Sowet, A/S 321.

Posible resistencia, neutralización para interrogatorio.

Tiene que darse prisa, quiere estar allí para dirigir la operación. Sin mencionar que es mejor entretenerse, en caso de que su sensor perdido revele su presencia.

Sus piernas cambian de aspecto, dando la impresión de que se estremecen, después, con un salto poderoso, Salomé despegas de la pared, en dirección a la tienda *Ni fútiles ni vanos* que alberga el edificio sospechoso. Espera que la pequeña Onyx no esté allí, le sabría mal tener que arrestarla.

Le dolería, pero no hasta el punto de renunciar a su deber de investigadora.

ESPEJO | OJEPSE

«Aurèle, necesito el mayor número de detalles sobre cómo se ha vestido ella hoy. Es importante, el éxito del ritual depende de ello.»

La voz decidida de Isalys hace vibrar el prisma de Lantane. Flotando por encima de las palmas abiertas del arkhonte con la casulla verde, el cristal difunde una luz indecisa en la cual la imagen de Aurèle flota también, puesta en abismo, que viene sutilmente a recordar que el gladiador se encuentra a leguas de distancia.

Sin el hechizo de clarividencia, sería imposible para Isalys comunicarse en directo con su espía infiltrado en el entorno de Solis. La conversación sucede en vivo, sin latencia entre cada intervención. Sin embargo, Aurèle se encuentra muy por detrás del horizonte, impidiendo toda transmisión en directo. Además la señal ha de atravesar los cielos y reflejarse sobre una de las tres lunas para volver a ellos, una odisea celeste casi instantánea. Una portento como Mantris posiblemente fuera incapaz de emularlo.

Sin embargo, Isalys no se muestra impresionada. Poco importan los medios, para ella solo cuentan los resultados. Lo único que le interesa ahora es el éxito del ritual que se dispone a iniciar, el que va a cerrar la trampa pacientemente tramada alrededor de Solis. El más mínimo error será una potencia escapatoria para la usurpadora, no debe descuidar ningún detalle. Saber qué lleva puesto Solis será una cuestión decisiva.

«Ya os di esa información, recuerda Lantane. ¿Para qué exigir un hechizo de clarividencia para confirmar...?»

Isalys lo interrumpe con una simple mirada.

«Aurèle, te escucho.»

Este comienza su descripción, precisa como el bisturí de un barbero-cirujano. La ropa, las joyas y los zapatos de Solis son descritos con rigor militar. Por el sonido de su voz, está claro que el gladiador no capta el interés de esos bordados complejos a lo largo del busto, de esas anillas en los zapatos brillantes como el nácar, tantos adornos que nunca ha visto a nadie llevar en su entorno. Se detiene en el rostro de Solis, ha notado su tez empolvada, un poco como el polvo de la Fisura anota, pero más claro, más limpio. Le parece importante precisarlo, observa Isalys, asombrada de que este detalle le llame tanto la atención.

No importa, lo principal es que Aurèle finalmente lleva a cabo su tarea a la perfección. Su sentido de la observación finamente afilado con la muela de una vida en constante estado de alerta compensa sus lagunas en el dominio del vestuario aristocrático.

Isalys no hace más que escucharlo, con los ojos fijos en Lantane, cuyo rostro desaparece detrás del velo que simboliza su carga. La tela —una muda de Lify el Legendario, más ligera que la seda— tiembla con escalofríos reprimidos. Isalys adivina la frustración que conlleva su aparente falta de confianza en el arkhonte.

Una vez Aurèle ha terminado, Isalys muestra su satisfacción.

«Compréndelo Lantane, no es por ti, todo tiene que ser perfecto.

—¿No he demostrado ya lo comprometida que estoy con vos?

No es una cuestión de compromiso, sino de precisión. Tú

actúas como un augur que se sustenta en la magia, yo como una líder que apuesta por lo humano. Una necesidad, en la Fisura...»

Los temblores del velo cesan por completo y la respiración de Lantane se vuelve regular. Isalys la nota tranquila, a la escucha de sus necesidades, las de la futura Malkah. Bien. Algunos arkhontes le ayudan a preparar este golpe de Estado desde hace años, sin embargo una verdad permanece: el poder recaerá en sus manos únicamente. Las suyas, no las de la Luz.

Isalys, con un movimiento ágil, se levanta. Con una frase simple y resolutiva, adornada con una pequeña alabanza para incitarlos a servirla fielmente, despide a Lantane y a Aurèle. Todavía queda mucho por hacer: ya está concentrada en su próximo movimiento, el que destituirá a Solis. El que hará caer a la usurpadora y le hará recuperar, a ella, lo que siempre se le ha debido.

Momentos más tarde, llega a la entrada de la Colmena, la red de galerías subterráneas que sirve de escondite a los Alas Sangrientas. Jolau está de guardia, con su máscara de gas a la que le falta uno de los cristales, lo que le otorga un aspecto de cíclope. Conforme ella se acerca, Jolau chasquea los dedos en ráfaga. El joven, que dormía bajo el sol azota inmediatamente los tacosaurios enganchados a la gran puerta, recuperada de un antiguo almacén militar, pero cuyo sistema de apertura nadie ha sido capaz de reparar.

«Matricia Isalys, se inclina respetuosamente.

—Jolau, necesito dos horas de luz en la sala de ámbar.»

Lanza su petición a distancia, mientras camina. El palafrenero azuza a las bestias con más intensidad, teme que la puerta no resista a una fuerza tan imparable.

Jolau levanta la cabeza hacia el enorme panel solar que domina la cúpula de hormigón leproso del búnker —es lo

único brillante en kilómetros a la redonda. Hace sus cálculos rascándose la parte posterior del cráneo, lo que hace que su máscara se mueva. Su gesto se confunde con los crujidos atroces de la puerta que se abre, se diría que su cráneo es un cuadro negro y sus dedos tizas de colegial.

«Es que Galana ya está muy baja...» Su mirada vuelve a Isalys que aún está acercándose. En los ojos decididos de la Matricia, él lee cuán crucial es su necesidad. Imperativa, incluso. «...pero no pasa nada, está bien para dos horas. Cuente con mis muchachos.»

Isalys se lo agradece con una inclinación de la cabeza y se desliza por la abertura sin ralentizar el paso. El interior de la Colmena es tan oscuro como una cueva, y de repente se ilumina con una luz dorada, rocío celeste del color de la miel. Reorientado por Jolau, el panel solar devuelve los rayos de Galana a las placas de cobre que recubren el interior del hangar.

Una horda de jóvenes, con anteojos protectores improvisados en los ojos, sube al andamio que hay pegado a las paredes curvas del búnker para frotar vigorosamente el metal, haciendo desaparecer cualquier rastro de óxido verdoso. A base de múltiples reflejos, la sala se transforma en un mini sol que difunde un calor cegador.

Como capataz vigilante, Jolau llama al orden a sus tropas, las cuales se quedan boquiabiertas ante el insólito atuendo de Isalys mientras esta cruza el hangar con paso de reina. Ni un paso en falso, una falsa apariencia que intentaría imitar toscamente a la actual Malkah. Ciertamente, el anillo de oro que perfora su labio inferior no tiene el brillo del de Solis, su larga trenza no está tan ricamente engastada y su vestido no está hecho de los mismos tejidos preciosos. Hay que reconocer que de principesco Isalys tiene un porte naturalmente altanero, la forma de curvatura, los nervios y el

temple, el paso voluntarioso y algo salvaje, la evidencia de la legitimidad y de la determinación rabiosa.

No reina de apariencia, sino de encarnación. De adentros más que de atuendos.

Así se juzga la presencia de una reina, el resto no es más que decoración, poesía, maquillaje y base.

Isalys se adentra en las profundidades de la Colmena, girando en las esquinas de los pasillos austeros, subiendo escaleras de hormigón en bruto, atravesando las esclusas con puertas blindadas. A su paso, unos jóvenes en fila ininterrumpida se afanan en orientar espejos, retrovisores, catadióptricos, lentes de hologramas y otras hojas de estaño, todos ellos como abalorios que reverberan el poderoso haz del panel solar para reflejar su luz hasta las entrañas del complejo.

Demasiado ocupada en cubrirse con una leche corporal los brazos, la cara, la garganta y todas las partes que su vestido deja desnudas, Isalys no puede responder a la admiración sincera que se lee en los rostros de chicas y chicos. Sacan toda la motivación del mundo de la cadencia determinada del paso de Isalys. Ella y el Consejo llevarán a las Alas Sangrientas a una vida mejor, y a toda la Fisura detrás siguiendo su estela, ellos lo saben bien. La esperanza brilla en sus ojos, como las lentejuelas contenidas en el ungüento que centellean bajo el fuego dorado de los reflejos, transformando a Isalys en la portadora de luz encargada de disipar las tinieblas de la mentira.

Una verdad que cegará a Solis, que la consumirá hasta el alma.

Isalys finalmente llega al corazón de la Colmena, custodiado por una amplia puerta de vidrio blindado. Cierra detrás de ella, aislándose de los portadores de espejos sin privarse del hilo dorado tejido desde la superficie. Se

encuentra sola en una rotonda con las paredes ahogadas bajo una lenta acumulación de cera, restos de una miríada de velas apagadas desde hace mucho tiempo.

Miles de fragmentos de ámbar están enquistados en la parafina, cubriendo el suelo, las paredes y el techo. Estas joyas son el fruto de una doble década de recolección en los alrededores de las fallas de sombra que laceran la Fisura, un trabajo peligroso porque es grande el riesgo de quedar atrapado en el desgarramiento del mundo. Por sí sola, tal fortuna – recomprada, extorsionada, robada, pacientemente acumulada– justifica la existencia de la Colmena, antiguo búnker mantrés transformado en caja fuerte gigante.

Para Isalys, iniciada en los arcanos de la Luz, se trata de mucho más que eso. Esta falsa bóveda celeste bajo la cual se encuentra, de pie, orgullosa, inspirada, es el recipiente de sus rituales de inseminación memorial. Desde aquí, ofrecerá su último sueño a la pequeña Solis, un choque onírico que la golpeará como un rayo, con Aurèle a modo de pararrayos.

Esta rotonda no es otra cosa que la antorcha de la revelación de la que ella, con su cuerpo aceitado y centelleante, es la chispa. Sin embargo, es una verdadera llamarada emocional lo que necesitará para tener éxito.

Isalys cierra los ojos para forzar la penumbra, tararea una canción de cuna para dormirse mejor, pronuncia un encantamiento para sumergirse mejor en su sueño despierto.

Estimulada por la magia, la onda luminosa se refracta hasta el infinito en los millares de fragmentos de ámbar como una nube de luciérnagas sobreexcitadas, extiende sus vibraciones como un remolino, llama a la resaca mágica, descompone sus ondas limpias como un arco iris muestra sus colores, revela su composición corpuscular en tejido estirado hasta hacer aparecer su trama. Con su cuerpo en el punto de fuga, la aprendiz augura la claridad como se hace con un diamante en

bruto, da forma a imágenes de onirismo controlado, crea ilusiones, modela visiones que busca proyectar en la mente de Solis, tan familiares como extraños. Dos hermanas tan lejos, tan cerca.

A pesar de la distancia entre la Colmena y el oasis donde Solis ha encontrado refugio, a pesar del estado de vigilia de su hermana que complica enormemente el ejercicio, Isalys percibe la señal de su objetivo. El vínculo es frágil, tan evanescente como la claridad engañosa del crepúsculo, entre perro y lobo. Otra persona entraría en razón, se daría por vencida, no se atrevería a lanzar un hechizo tan incierto, un verdadero farol mágico, casi un golpe de suerte.

Ella no. No Isalys. No hoy, cuando tiene un pie puesto sobre el estrado en que se levanta el Trono esculpido. Ya no puede esperar, esperar con sensatez como quien hace cola en los invernaderos hidropónicos. Ha de ir un paso más allá. Al menos uno más.

Si la renuncia no es una opción, la terquedad ciega tampoco lo será. Así que ella actúa con astucia, usando el truco más antiguo del Arenero: animar a no quedarse dormido para sucumbir mejor al sueño.

«No te duermas, Solis. No vengas, no vengas hacia mí. Mantente a salvo entre sus tropas, no te expongas al peligro. No estás lista para saber quién eres realmente.»

Distante, subliminal, su llamada es menos audible que un murmullo en la multitud de un mercado, tan tenue como una fragancia de tabaco en los humos de un fuego, apenas más tangible que la caricia de una niebla matutina.

Aún así, el mensaje da en el clavo. Solis se sincroniza con esa voz. Isalys entonces la arrastra a su mundo falso, artificial, el de los sueños, en el largo camino que comienzan a caminar una al lado de la otra, tan inconscientes de la presencia del otro como uno no se preocupa por ser seguido por su

sombra.

Para fortalecer su control sobre Solis, ella le da tiempo para abandonar el mundo de la vigilia, para echar raíces en el reino de los sueños. Pacientemente, con pequeños toques impresionistas en el lienzo de su destino común, traza la triste conquista del camino ya recorrido a través de la Fisura, el paisaje arado por la guerra y su plantío de hambruna, la favela muerta, arrastrada por vientos de arena y bañada por un aura pesada y húmeda, tan particular en las áreas vibradas de la Fisura. Los edificios derrumbados se repiten como los motivos de una línea de tiempo desordenada, con su extraño molino de siete palas mientras su viento se levanta, una de las cuales, partida en dos, cuelga lastimosamente mientras crecen los suspiros del viento.

Tantos hitos que anclan el espíritu de Solis en el lienzo onírico de Isalys.

Ahí está, la ha atraído donde quería: frente a una casamata abarrotada de arena, un lugar sin apariencia concreta. Sin embargo, detrás de la vieja puerta de un rojo envejecido, emerge una corriente enigmática, una atracción peligrosa, filamentos de tiempo lento soplan una helor desde el fondo del vientre, una angustia de eternidad.

Este edificio es el cebo, la trampa, el anzuelo que la bella debe tragar desde su palacio rebelde. Es aquí, en la encrucijada de los destinos, que entre las dos hermanas se jugará un duelo de voluntades, con el trono de Arkhante en juego. Para aferrar a su presa, Isalys no tiene otra opción: Solis debe entrar libremente en su trampa.

8.2

Sin embargo, ella duda como una niña aterrorizada acurrucada debajo de la manta, convencida de escuchar a un monstruo que araña debajo de la cama, pero incapaz de huir de su habitación ni de pedir ayuda.

Finalmente, Solis retrocede un paso, luego dos. Gira la pelvis para forzar a su mirada a despegarse de la casamata. Entorna los ojos para forzar su determinación, dilata las fosas nasales como un animal alertado por su instinto salvaje.

En la habitación de ámbar, Isalys se estremece. No de miedo, sino de pura amargura. Solis fue tan ingenuamente tonta de principio a fin, incapaz de tomar la más mínima decisión que fuera digna de una verdadera Malkah, y de repente, ¿haría milagrosamente prueba de discernimiento en el umbral de su caída? ¡Es sencillamente inaceptable!

Dueña de la pesadilla que ha creado, Isalys hace brillar las letras «ONI» trazadas en neones espaciados en el frontón del edificio. Esta palabra de la jerga de la Fisura que designa a los demonios devoradores de tiempo comienza a parpadear. Tal rareza despertará a Solis la Cándida, a azuzar su curiosidad y su sentido del misterio. Si ella entra, habrá ganado.

Solis vuelve sobre sus pasos, vuelve a la casamata, duda con la mano puesta sobre la manivela. Podría ser que detrás de esta puerta el tiempo se agotara en el polvo de siglos, con una lentitud que haga estremecer al olvido. Diez respiraciones dentro del edificio y, fuera, todos sus seres queridos podrían haber muerto desde hace décadas. La mano sobre el batiente tiembla sin poder escapar, como imantada al metal. Solis quiere entrar, pero algo en su interior la retiene.

Sorprendida, Isalys no puede más que constatarlo. Solis se aparta del camino, renuncia sabiamente, prefiere el despertar a su despertar. Solis se aleja de la trampa al mismo ritmo que Isalys del éxito.

Bajo sus párpados cerrados, los ojos de Isalys ruedan con la luz de miel que satura el corazón de la Colmena. Su cuerpo ya lo ha entendido, mientras que su mente todavía se niega a ello... El ritual no es un fracaso, simplemente le falta un último ingrediente para alcanzar la perfección. La gota suave de sangre necesaria para encarnar su destino, hacerlo más vivo que la realidad.

Una gota... negra escarlata... una lágrima fecunda de terror infantil. Isalys se sumerge en sus recuerdos de la infancia, saca el poder brutal del miedo, una fuerza hechizante que precipitará a Solis en su trampa.

Este edificio habitado por las sombras de los días no le es desconocido, es por eso que lo ha elegido. Las anomalías temporales en la casamata son fluctuantes: a veces más rápido, a veces más lento, el tiempo es una veleta, un molino inestable. Algunos han envejecido como su madre, otros nunca han regresado. Lo que es seguro es que los demonios devoradores de tiempo susurran a todos los que penetran en él futuros espantosos y traumas grabados a flor de piel en las carnes. Aquí deben entrar los que buscan unirse a las Alas Sangrientas: entrar en ONI, enfrentarse a los demonios, revivir sus peores recuerdos y aportar una prueba de su victoria, tal es el rito de iniciación.

Una prueba que Isalys superó con éxito a la edad de cinco años, y no de veinte como la Solis de hoy.

Para movilizar su memoria, se sumerge en sus sensaciones de entonces. Aire húmedo, ruidos. Disonantes, inhumanos. La bilis tragada exhala un coraje denso al galope.

Pero coraje al fin y al cabo.

Solis se detiene, la conspiradora saca más fuerza de su horror antaño vencido, la Malkah se inspira en la valentía de un niño sin saber que tiene quince años. Isalys sella su ritual. Entran al unísono en el ONI onírico.

En el interior, el olor a humedad tienen el sabor del rojo carmín, de la sangre coagulada, la oscuridad tiene la frialdad de los hierros anclados a los tobillos. Los pasillos se extienden hasta el infinito, una y otra vez, sucesión de formas geométricas entrelazadas que dan vértigo. Ni redondo, ni cuadrado, ni triangular. Una mezcla de todo, a la que hay que añadir el resto. Las palabras espigas de la infancia, olvidadas desde hace mucho tiempo, cabalgan hasta sus oídos, las imágenes de su padre siempre huyendo, muy por delante en el pasillo, Artellium entero que explota en una gota bajo sus ojos húmedos, la tos de un viejo mago con un puñal en la espalda salpicado de sangre sobre su vestido blanco un día de fiesta en Neftys, los gritos sordos ya escuchados, repetidos hasta la náusea, su padre de nuevo, risueño ante su fracaso al leer un ensayo sobre los acuerdos del Crisol cuando tenía cinco años.

Solis camina como si se deslizara por el suelo, sus pasos hacen silencio en los ecos de este corredor que se convierte en el interminable túnel, un pasaje largo como la muerte, corto como el último segundo de vida donde asaltan todos los recuerdos, miles de manos frías de la memoria. A lo largo de las paredes que lo rodean, se suceden puertas que dan a alcobas cerradas con vidrio enrejado. Detrás de cada puerta hay un futuro terrible. Algunas, entreabiertas, le dejan el tiempo justo para ver su cuerpo sepultado y su alma que se eleva. Otras, llenas de recuerdos simples y felices que quedan por venir, crujen y se cierran al acercarse la Malkah.

Llena de miedo, avanza por este lugar donde el tiempo se disloca, se fragmenta, se descompone, a punto de romperse.

El estómago se vuelve pesado con una violencia latente imposible de digerir, la piel tiembla y se cubre de sudor de color escalofrío, el miedo se abalanza sobre las pantorrillas con furia sin asustarse de las valientes patadas que le lanza al hocico.

Así avanza Solis, imaginando que el próximo paso será el último. Ella lo espera, lo teme. Y luego, entre las azarosas estancias heladas y vacías, un pilar de luz atrae su mirada. Un resplandor rosado, de color carne, le incita a dar un rodeo. Un árbol con flores de lis de sangre está plantado en una de las muchas cubas del lugar. Las paredes de vidrio se rompen por el tronco de corteza áspera y anudada, los cables se enredan en sus ramas, las raíces rebotan en el suelo metálico.

Se acerca a esta isla de belleza absurda en un decorado austero, este árbol híbrido que no existe le parece más real que la pesadilla de esta arquitectura, este laberinto del tiempo que te vuelve loco o senil. Recoge una flor de lis con pétalos de color de mortaja salpicada de icor, la hace girar entre sus dedos, respira su perfume sin sabor pero rico en colores.

Un espejo picado. Las paredes del depósito son un espejo picado. Liberador, le devuelve su reflejo por fin deflactado. Allí se ve toda de carne y hueso. Solis se aparece a sí misma, fresca, clara, al fin nítida después de todo ese interminable periodo de duda en el que no sabía realmente quién era. Le gusta la imagen de esta reina errante que finalmente ve el final del camino. Aprecia las pocas arrugas que la aventura le ha esquilado en la cara, aquí y allá, dulces estigmas de una crisálida que sale del capullo.

Cuando se mira en ese espejo, se ve a sí misma como una reina segura de sí misma, con autoridad asentada, fermento de un futuro perpetuado. Un poco más fría, pero mucho más sólida. Seguridad en abundancia, una presencia que fuerza la admiración, una legitimidad indiscutible, un pasado doloroso

sublimado en determinación inquebrantable. Menos tierna, quizás, pero mucho más fuerte.

Es como si la psique le devolviera otra versión de sí misma, más rica que un simple reflejo, una imagen gemela tan parecida y sin embargo tan diferente. En este cristal sin azogue, se descubre libre de sus vacilaciones, investida de nuevos poderes. Se ríe y llora al mismo tiempo, seducida por el poder que podría haber encarnado, triste al descubrir las cadenas que le han impedido realizarse. Nunca será esa otra, no puede serlo, y esa certeza la apuñala. Pero también la hace sentirse orgullosa, la inspira, insufla en ella el deseo de romper sus ataduras.

Este espejo no lo es realmente, sin embargo es el primero en devolverle una imagen de sí misma completa por fin, recompuesta. Como un renacimiento, un giro del destino. Una nueva infancia, antaño frágil y repentinamente plena gracias a la magia.

Le sonríe a la otra, cómplice, con plena confianza. Se mira a sí misma girando la flor, símbolo de su miedo domesticado. Ella se sonríe a sí misma, inclina la cabeza, se hace cosquillas en el mentón con los pétalos que giran. Esboza un paso de baile, levanta los brazos que se enrollan sobre su cabeza para coronarla de lis.

No siente que el pelo le haga cosquillas en la muñeca cuando su trenza cuelga de su pulsera, no capta el ligero desajuste entre ella y su reflejo. Al contrario, encuentra que la Luz es por fin bella en ese sueño que hasta entonces tenía aires de Sombra.

Hace muecas ante su reflejo, se mira como un gruñón mohíno, se observa parpadear. Encantada de jugar con ella misma sin testigos ni pudor, Solis envía un beso a su otra, cierra los ojos para saborear mejor el que recibe en el espejo.

Cuando los vuelve a abrir, su imagen mantiene los

párpados cerrados. Cerrados, como tumbas que sellan su alma. La flor se transforma en mariposa de papel, gira alrededor de la Malkah y cae a sus pies, se licua como sangre del color del ámbar negro.

De repente se hiela, retrocede un paso, su miedo vuelve con fuerza, obesa de repente. La otra, el reflejo, abre los ojos. Ojos violetas, esos ojos que se habían convertido en la marca de Solis y que, sin embargo, de repente, ya no reconoce. Debe haberlo visto mal, seguro. Se acerca, valiente, burlándose de las malas pasadas que le juega su espíritu. Sonríe, contrita.

El reflejo frunce el ceño.

¡Y lanza su mano para agarrarle la cara!

8.3

Solis se despierta sobresaltada. Durante un breve instante, en apnea por la desorientación que separa el despertar y el sueño, con los oídos llenos de su propio grito de espanto, no reconoce los lugares. Sentada en su lecho, con una mano sobre la boca, la otra como escudo frente a un peligro imaginario, con la mirada tan enloquecida como su corazón, no logra saber dónde se encuentra. Al poco le vuelven los sentidos: el latido de la lona de la tienda, la humedad del oasis, la salinidad del viento... El lugar donde la caravana encontró refugio después de la debacle del Lago Salado, hace dos días de eso...

Un lugar perdido en la Fisura, fuera del alcance de Arkhante, defendido por una escasa escolta. No mucho menos aterrador, en definitiva, que ese castillo de sombras con el que ha soñado. Y sin embargo, la Malkah se siente ahí infinitamente más segura.

¿Segura, de verdad?

¿Qué decir de Calyps, que ha vuelto a Arkhante en compañía de Vélive quien, fiel a la inconstancia vaporosa de su arkhano, le siguió también el paso? Oficialmente, el viaje apunta a que será más largo de lo previsto, retoman su camino por orden de la Malkah para supervisar la regencia confiada a los dinastas; oficiosamente, tras el episodio del Lago Salado, Calyps ha sentido la necesidad vital de recargar en un ambiente más húmedo que ese insoportable desierto.

Ahora son sus discípulos los que los representan: Keya para el Agua y Sifón para el Aire. Algo se trama en esta fuga improvisada de los dos Primus, una red de acontecimientos confusos cuya vibración sorda percibe la Malkah sin llegar a descubrir la causa.

Solis se levanta, aún falta de aliento pero decidida a expulsar a sus demonios, a los nocturnos y a los otros. En ella aumenta el malestar de haberse dejado dormir, señal de que recobra los ánimos.

Preocupada por las apariencias, se observa en el espejo de su tocador. Su cara es inquietante, marcada por el mal sueño, pero este reflejo de sí misma es menos perturbador que el de su sueño. Menos extraño. Una trenza rápidamente rehecha, dos o tres pellizcos en las mejillas para devolverles el rubor, y sale.

Galana se estrella contra el horizonte, su lumbre naranja transforma la arena del desierto en oro fundido. Dos magos despliegan la tienda del comedor con un torbellino de sus brazos, un puñado de sirvientes prepara la mesa para la cena. Un palafrenero rellena el abrevadero gracias a las redes de agua extraídas del oasis, suspendidas en el aire como si fluyeran en canales invisibles. Al margen de estos preparativos, Hannibal recorta una roca en forma de altar rudimentario que Sarash transforma en placa calefactora con una simple imposición de manos. Pronto, se echan finas rodajas de carne y el campamento se perfuma con la parrilla.

Apaciguada, bañada en la dulzura de la noche, animada por las percusiones de un barril convertido en tambor bajo las manos de un soldado, la escena debería resultarle encantadora, a ella que nunca aprecia tanto la magia como cuando olvida ser espectacular para volverse útil. Y sin embargo, se queda delante de su tienda, con las manos en el regazo, presente pero un poco distante.

¿Qué le pasa?

Vamos, lo sabes muy bien. Deja de mentirte.

Ha soñado con una Malkah triunfante, se despierta plagada de sus habituales dudas, de los traumas mordaces y del yugo de la indecisión. ¿Qué hace aquí, en la Fisura? Ella quiere

convencerse de que está buscando una manera de restablecer el ciclo del prana, sin embargo, este viaje se parece furiosamente a una fuga. Aun con la esperanza de reencontrarse con su hermana, este periplo sigue siendo peligroso e inconsecuente. Su hermana podría no ser más que un espejismo, una fantasía poco más real que esa casamata del espejo distorsionador. Una escasa pista para una búsqueda aventurera, confiada al más imprevisible de los cazadores: Aurèle, aquel sobre el que todo el mundo le advierte de cuidarse.

Irse de Neftys no ha sido más que un enorme error, una trampa en la que se ha lanzado sin reflexionar, cegada por falsas certezas y sentimientos de juventud. Se ha apoyado demasiado en su intuición, que se revela tan frívola como las leyes de la naturaleza aquí, en la Fisura.

¿A menos que sea manipulada? ¿Y si jugaran con ella? Sería muy sencillo. Su experiencia en el poder sigue siendo tenue, no hace ni un año que dirige Arkhante. Solis es una presa fácil para los intrigantes de palacio, ella lo sabe muy bien. ¿Quién querría traicionarla? ¿El Aire? Sí, este Sifón podría ser un traidor, bien lo parece. Pero, ¿por qué haría eso? ¿Está solo o son todos los que están contra de ella? ¿Cuántos? ¿Todos? ¿No ven todos los esfuerzos que está haciendo ella? ¿Hay algo más urgente que contrarrestar el declive del prana?

No es ese el problema. La búsqueda es justa y necesaria, la verdadera cuestión es saber si soy la heroína que debe llevarla...

Ataja esos pensamientos con rabia. No tiene derecho a perder el control, no mientras siga siendo Malkah. El Trono esculpido exige pagar su parte, no puede sentarse en él y librarse de pagarlo. Todo dirigente tiene derecho a sus consejeros. ¿Quién la escuchará? ¿Quién la ayudará a distinguir entre las dudas y las premoniciones? ¿En quién podría confiar?

¿Hannibal? No. Si bien tiene muchos talentos, la imaginación intuitiva no es uno de ellos. Hablar con él la reconfortaría con su comportamiento de hermano mayor protector, una actitud que Solis soporta cada vez más difícilmente...

¿Sylaë? Ya enferma en Arkhante, se debilita, envejece, incluso se marchita, a medida que se hunde en la Fisura. Ella se niega a regresar a Orcunion para recargarse como lo hizo Calyps, a pesar de las repetidas exhortaciones de Solis. Ella no puede acabar de atribularla con sus propios problemas.

¿Aurèle? Ah, el bello Aurèle y su encanto insoportable, con su inconstancia tan previsible. ¿Por qué tenía que descubrir de repente un apetito por el exotismo de esa cocina dulce y salada? Curiosamente se siente más... tranquila, cuando está en su presencia. Pero no, él no, es sencillamente imposible. Ridículo, incluso.

Entonces, ¿quién más?

Ante estos interrogantes que la acechan, Solis se da cuenta de que no tiene a nadie en quien confiar. El terror se instala en ella, un cambio de marea emocional con aguas heladas y dedos pegajosos de algas.

¿Por qué infligirse todo esto? Está tan cansada, agotada por un esfuerzo incesante dedicado a su tarea, disgustada por esos compromisos pacientemente contruidos en el tiempo, arruinados a poco coste por bajas intrigas que se envuelven en el traje del deber o del honor.

Los Primus se disputan sus favores o se sienten ofendidos por sus posiciones, los dinastas luchan por su territorio en detrimento de los intereses arkhantes, el torbellino loco e incesante de los inmedios mantreses sopla sobre las brasas del conflicto con la fuerza de un tornado e impide toda idea de paz.

En medio de todo esto, ¿qué puede hacer? Se siente

completamente sola. Ella, que desde hace tanto tiempo no puede dar un paso sin que la sombra de un sirviente o de un guardia la siga, que imanta las miradas de su corte, que aviva las esperanzas tanto como los rencores, no tiene a nadie. Totalmente sola, y su tarea es inmensa. ¡Una razón, una sola! ¡Que alguien le dé una buena razón para no ceder, para no abdicar! ¡Rechazar el precio a pagar por el Trono!

Barre el campamento con la mirada en busca de ese motivo tan esperado -o tan temido, ya no lo sabe. Pero nada. Absolutamente nada. Todo lo que ve es un mosaico de escenas de lo cotidiano con una banal intranquilidad.

Ahí están los guardias reunidos alrededor de las fogatas. Puede sentir los lazos que los unen, sus personalidades son metales que se convierten en aleación bajo el calor de la camaradería. Alrededor de las partidas de dados, risas y gruñidos crepitan. Las cóleras son fugaces nubes de chispas, la amistad de las llamas vivas, los secretos amores de las brasas que incuban. Con la ceja inquisidora, el sargento observa a sus tropas, dispuesto a tirar un cubo de agua para enfriar los ardores que hacen suavizar la vigilancia.

Más adelante, dos sirvientes se pelean –Joste, un anciano de aspecto amargado, e Yriel, una joven tempestuosa, con las mejillas más rojas que su cabello pelirrojo. Solis es incapaz de oírlos a esa distancia, tanto más cuando, como buenos criados, cultivan el arte de ser discretos. Percibe mejor aún la partitura que se toca con sordina, la de un padre que no ha sabido transmitir nada a sus propios hijos y que intenta torpemente redimirse con esta novicia; la misma novicia que no ha pedido nada a nadie, aunque aprecie a este anciano, el único que nunca le ha regañado.

Su mirada cae al pasar sobre Hannibal y Sarash, cómplices y sonrientes –exactamente como lo era Hannibal con ella... antes. Solis conoce la fuerza de los lazos que los unen, cuyo

origen se remonta a una decena de años, después de una pelea de taberna que se hizo famosa. Este viaje a través de la Fisura les permite reencontrarse, después de que sus responsabilidades los hayan mantenido alejados durante mucho tiempo. Aprovechan plenamente la ocasión, Solis percibe claramente sus afinidades, no una simple convergencia de intereses sino una fusión que evoca la lava, mezcla íntima de tierra y fuego. Libre de toda tentación amorosa, escoria que podría espesar la colada, su relación es pura amistad, de un hermoso naranja tan brillante como Galana.

Todas esas escenas la sorprenden. Sin embargo, razones para continuar, no encuentra ninguna.

A menos que...

La evidencia por fin le salta a la vista.

Se imaginaba aislada de las armonías ambientales, privada de esa intuición que tantas veces la ha guiado. Mientras que, por el contrario, es la única que percibe las disonancias bajo la aparente serenidad del campamento, los toques de pintura que faltan aquí o allá para que el lienzo en claroscuro adornado de colores más alegres, más vivos.

Puede que todavía no sepa cómo restaurar el ciclo del prana, duda de la existencia de esta hermana por el momento imaginaria, pero sabe cómo manejar el pincel de las emociones. Y su título de Malkah le ofrece una paleta particularmente rica.

Abandona los alrededores de su tienda, deambula por el campamento sin ningún objetivo aparente mientras que su trayecto ya está decidido.

Se encuentra a Yriel, a ella le confía la preparación de su tienda para la noche, recalando que Joste la ha alabado por su seriedad –una exageración, sin ser una mentira. El anciano y la joven intercambian una mirada sorprendida, pronto

acompañada de una sonrisa discreta. Solis no olvida además avisar a su doncella, que estará encantada de ser liberada para la velada.

Al pasar cerca del fuego, Solis tira ostensiblemente de su pelliza antes de deslizarse finalmente entre los soldados para tender las manos sobre las llamas. Hace que los soldados se vuelvan a poner en guardia con una o dos palabras benévolas. Aprovecha la ocasión para bromear, felicitando al vencedor en los dados de la velada, verificando que el correo está bien distribuido antes de pedir noticias a los que lo han recibido, felicitando a los soldados ante su sargento, agradeciéndole también por velar por la caravana. Deja a los soldados con un «buenas noches» sonriente que hace que los torsos se hinchen y los bigotes del suboficial se estremezcan de orgullo.

Solis no se deja engañar, su acto no es más que semillas sembradas al viento. La armonía no es un estado sino un combate, un jardín mantenido sin cesar en una mezcla de tenacidad y de paciencia, acompasado con las estaciones, a veces duras, pero cuyo ciclo no deja de ser indispensable. Fertilizar, regar, maravillarse de lo que crece. Alimentar a los demás con los frutos de su trabajo, he aquí una inversión que ella lleva a cabo gustosamente.

Para ello, debe restablecer el ciclo del prana. Su misión no es tanto reinar como restablecer el orden natural de las cosas. Siente que tiene la talla para asumir ese papel.

Una bendita serenidad la invade, tan refrescante como una lluvia de primavera. Ella no se había sentido tan tranquila desde... desde la última vez que se cruzó con Aurèle. ¿De verdad?

Bien. Es hora de reflexionar sobre esa atracción cuyo nombre se niega a pronunciar. Busca al gladiador con la mirada.

Hannibal de repente deja de vigilar la cocción de la carne para levantar la vista hacia Solis. Sus latidos del corazón, que acecha con un oído distraído como se escucha música en silencio, han cambiado de tonalidad. De platillos entusiasmados, se han convertido en un tambor pulsante. Feliz de saber que por fin está relajada, después de un despertar difícil, la ve acercarse a...

¿Aurèle? ¡Aurèle!

Cuando el coloso finge unirse a ellos, Sarash pone una mano firme en su brazo, logrando la hazaña de detenerlo. Al golpe de barbilla de Hannibal, Sarash responde con un movimiento de izquierda a derecha de la cabeza, intimidante. Se contentan con observar a la Malkah y al gladiador a distancia.

«Terminado el paseo, hay que volver al interior», señala fríamente Aurèle, que también se acerca.

Su tono perentorio agudiza la conversación en una dirección muy diferente de la que había imaginado Solis.

«¿Qué imbécil os ha encargado mi protección?, responde ella, molesta.

—Tú misma.»

Ella se tensa, sorprendida.

«Fue poco sensato dejar irse a ValRed. Nadie se separa de alguien dispuesto a morir para defenderle.»

Solis comienza a bajar la cabeza, que levanta enseguida, por orgullo. En realidad, no se arrepiente de su decisión, solo está triste por las circunstancias que la llevaron a tomarla.

Ruby y Hanzo acabaron tragados por el Lago Salado, durante esa terrible travesía de la que la caravana lucha por recuperarse. La llanura de sal terminó rechazando sus restos, por lo que ValRed solicitó permiso para llevarlos a la escuela de Sassaki, donde todos fueron entrenados. Por inesperada que fuera la petición, fue la primera que formuló la capitana

de sus guardias: no tuvo corazón para negarse. Solo Ronan se quedó.

En el lapso de dos días, su guardia personal ha pasado de cuatro a un solo miembro.

«El arquero es un tipo sólido, estima Aurèle como si leyera sus pensamientos. Excepto que incluso los tipos como él y yo acabamos por tener que dormir, un día u otro.»

¿Ha tomado Aurèle el relevo de Ronan adormecido, o su presencia no es más que fortuita?

«No es el único que me protege, no corro ningún peligro.

—Dice la que ha estado a punto de ser asesinada a orillas del lago...»

Solis expulsa de su mente la imagen del irrecordable con la mandíbula clavada por la daga de Aurèle, ya ha tenido su ración de visiones perturbadoras para todo el día.

«La Fisura es una pesadilla muy real, Solis, sé de lo que hablo.»

Solis no está dispuesta a contradecirlo.

«Tú que has crecido aquí, ¿te recuerda a algo un molino de siete palas?

—¿Siete palas, como vuestros siete arkhanos?

—Está situado no muy lejos de un edificio extraño, una antigua prisión mantresa, creo.

—¿Con ONI escrito en ella?, exclama Aurèle, con los ojos abiertos de sorpresa.

—¿Lo conoces?

—¡Te hago la misma pregunta! ¿Cómo puedes conocerlo?

—Nunca he estado allí, pero... es complicado.

—Si lo conoces, entonces sabes que no es el tipo de lugar que se visita.

—¿Está lejos de aquí?

—Olvidalo, ese lugar está maldito, está fuera de toda discusión poner un solo pie allí.

—Llévame allí, tengo que ir. No podré llegar sola, por favor, Aurèle.»

Ella le suplica, cuando en realidad quería regañarlo. Este hombre es un torbellino, al igual que los sentimientos que le inspira.

«¡Ni hablar!

—No toméis mi cortesía por debilidad. Es una orden, no tienes elección.

—¿Una orden? ¡Venga, esperad sentada! Miradme bien, joven Malkah, ¿tengo pinta de subordinado? ¿Crees que voy a obedecer a una reina que no es mía? No soy uno de tus súbditos, ni siquiera soy sujeto de tu conversación. Si un día crees encontrar en mí una onza de servidumbre o de sumisión, eso sólo querrá decir que te lo has imaginado. Eso es todo.»

Ella acerca su rostro al del gladiador, insumisa. Aurelio no lo sabe, ya no lo sabe. ¿Debe obedecerle, rebelarse, ayudarle? Sabe que debe apoyarla pero, ¿qué sentido tiene exactamente ese término: tolerarla o respaldarla?

¿Cómo encontrar la respuesta en esos increíbles ojos violetas?

«¿A quién estáis tratando de convencer, Aurèle? Ciertamente no a mí, de lo contrario os equivocáis de adversario. Sois vos quien habéis decidido ser mi guardaespaldas y, por tanto, os habéis puesto bajo mi autoridad.

—¡Muy divertido el golpe de autoridad, me encanta! Puede que os hayan enseñado a dar órdenes en vuestro palacio dorado, pero esto es diferente. Quiero tenderte la mano solo por tus ojos, Solis, pero si me das órdenes me pierdes, ¿está claro?»

Solis lo desafía con la mirada, firme, llena de una seguridad que huía de ella el instante anterior. No es una coincidencia

que Aurèle pueda servirle de guía, no puede serlo.

Aurèle enseña los dientes. Tras la fútil intentona, se aleja, da una patada a una piedra que vuela y luego cambia de dirección para ir a desmenuzarse contra una roca. Con la mirada fulminante, rasca furiosamente sus escarificaciones, luego vuelve la cabeza hacia la Malkah.

Exclama una blasfemia cubierta de rabia y culpabilidad.

Luego se da la vuelta y viene a pararse delante de una Solis que no lo ha soltado con su par de ojos maliciosos.

«Está bien, cede con un encogimiento de hombros. Pero es un gran desvío totalmente inútil: sea lo que sea lo que busques, necesitarás un gran coraje para entrar allí.»

Solis no pretende discutir, está convencida de que Aurèle está equivocado. La cuestión no es saber si tendrá el valor de hacer frente de nuevo a ese extraño reflejo, a su otro yo.

No, la verdadera pregunta es: ¿tendrá la otra versión de sí misma las respuestas a las preguntas que la asedian?

FALLAS

«El Consejo ha deliberado, alma-hermano. Tú puedes liberarnos de su presencia. La de los dos.»

Aurèle asiente, con una sonrisa en los labios. Así, pues, el Consejo se ha adherido a la posición de Isalys –con un sentido del eufemismo propio solo de los sabios. A pesar de la imagen ligeramente perturbada del prisma, ve lo contenta que está Isalys de que la hayan seguido, a él le encanta. Le gusta imaginarse que a lo lejos siempre está su nido, su clan, su comunidad, su matriz, su carne.

Las órdenes son claras: debe matar a Sarash y a Hannibal...

Sabe perfectamente lo que eso significa: un estallido de violencia. Sangre, golpes, dolor, una y otra vez, tantos sacrificios hechos en nombre del clan. He aquí la dulzura. Preservar la Colmena es para él más dulce que la miel.

Deduce que ya está, que la trampa está en su sitio. La víspera por la noche, Solis pide visitar ONI, y esta mañana Isalys confirma que su ritual ha funcionado perfectamente – ella nunca habría admitido lo contrario, de todos modos. El complot entra en su última fase: la eliminación de los potenciales elementos molestos.

«Y vuelve vivo», no puede dejar de añadir.

Antes de que él pudiera responder con una mirada cómplice, la cara de Isalys desaparece, reemplazada por la de Lantane. El arkhonte apenas tiene tiempo para esbozar una sonrisa satisfecha antes de que el prisma se apague.

Este corte lo devuelve brutalmente a lo concreto. Bueno, no queda más que ponerse a trabajar. No tiene ni idea de cómo hacerlo, por la sencilla razón de que es una hazaña imposible de lograr. Hasta que lo consiga. Como siempre. Como en el Appologium.

Para descender de la palmera donde ha encontrado refugio, corre sobre el tronco fuertemente inclinado por los vientos y, de un salto adornado con una cabriola, recupera el contacto con el suelo. Se ha acostumbrado a posarse en un árbol cuando se comunica con Isalys, es una forma efectiva de limitar las vibraciones perceptibles por Hannibal que lo mantiene bajo vigilancia constante. Se dirige hacia el campamento, pasando su collar de ámbar por debajo de la camisa de la que lo ha sacado.

«Te buscaba, boca de ángel, lo acoge Sarash, interceptándolo en la cima de una duna que domina el oasis. ¿Dónde has estado?

—Meando. ¿Por qué? ¿Querías sujetármela?

—Perdona que te rompa el corazón, cielo, pero prefiero sostener pechos firmes que cojones blandos... ¿Por qué has cambiado el plan de ruta?»

Atrapado en su propio juego, Aurèle mantiene la sonrisa, buen jugador.

«¿No lo sabes?, se sorprende él. La patrona quiere hacer turismo. Un error, si quieres mi opinión, pero es con ella con quien hay que verlo.»

Por su aspecto fulminante, Aurèle adivina que el Primus del Fuego no intentará disuadir a Solis, aunque no aprecie en absoluto la idea de un desvío. A pesar de su temperamento

templado -paradoja de su arkhano-, seguirá las órdenes. Isalys tiene razón, Sarash defenderá a su Malkah hasta el final, incluso si muere ahogada, nada la hará caer en el lado de los conspiradores. Por lo tanto, hay que eliminarla.

«Eso no explica por qué nos haces evitar el valle, reprocha Sarash en un chasquido de lengua habitualmente reservado a los niños. Es sospechoso, cariño.»

Se da media vuelta para señalar con el dedo el paso de Voblast, una garganta abierta en una meseta rocosa que el estallido partió a lo largo de una decena de kilómetros. Veinte años ventosos han bastado para transformarla en un valle encajonado, es decir, la potencia de las ráfagas que atraviesan Voblast.

«El camino es ancho y despejado. A mis oídos, rima mucho mejor con "seguridad" que tus pequeños cañones sinuosos. Así que, ¿por qué damos ese rodeo?»

A los ojos de Aurèle, la pregunta demuestra una vez más que los arkhantes no saben nada sobre la Fisura. Cualquier irrecordable sabe que una anomalía local impide la propagación del sonido en este valle, comprime el frente de onda hasta el punto de tragar el más mínimo ruido, de robar hasta la palabra de los viajeros imprudentes, antes de liberar la presión en una detonación mortal a cualquiera que no lleve un equipo adecuado –cascos en forma de caracola y ropa multicapa.

Extraño en todas partes en Artellium, este fenómeno parece natural aquí, en la Fisura de las mil y una perturbaciones.

Aurèle no tiene ganas de explicar todo esto, demasiado largo, demasiado complicado, sin humor, no es más que dar lecciones a la que de todas las maneras no verá más que fuego. Además, callarse le daría la oportunidad de cumplir con su misión. Sería tomar el riesgo delicioso de ser

desmenuzado al primer golpe de tabaco, pero Hannibal y Sarash serían tomados completamente por sorpresa. Él estaría al acecho, sería capaz de sacar su alfiler del juego, como de costumbre.

Renuncia, es una falsa buena idea: el resto de la caravana también quedaría atrapada en la anomalía. Si Solis muere por su culpa antes de caer en manos de Isalys, será ella quien lo despelleje vivo.

Aurèle deja de anticiparse. No hay necesidad de un plan, aprovechará su oportunidad cuando se presente, por instinto, a regañadientes. Es su forma de hacer las cosas, visceral y aguerrido, la que lo ha mantenido con vida hasta ahora. Intellectualizar todo, todo el tiempo, es solo una pérdida de tiempo. Ahora bien, en la Fisura, el tiempo se escurre precipitadamente, desgalkanizado, como la levedez. Aquí, el tiempo es un lujo que no puede permitirse. Entonces, ¿por qué cambiar el método?

«¿No respondes?, gruñe Hannibal, que había llegado también a por noticias.

—No, no lo creo. No tengo nada que responder, ¿todavía no lo has entendido? Los códigos de la Fisura se te escapan, joven Primus, y tú, con el pretexto de que ves tres granos de arena, crees estar en tu universo.»

Aurèle se planta ante el coloso, lo desafía con la mirada sin sentirse avergonzado de sacarle media cabeza menos.

«Aquí, la Tierra se puede tomar por el cielo. No cometas el mismo error, Hannibal-dragas.»

Lo deja caer con aplomo, nada que ver con palabras que van más allá del pensamiento. Un intento de acabar con su misión de inmediato. Nada le parece imposible, se siente capaz de enfrentarse a los dos a la vez. ¡Dos pájaros de un tiro! Una chispa nacida de golpear dos piedras de sílex, y dar comienzo al gran incendio.

Hannibal tiene un rictus de dogo a punto de morder, no puede creer lo que acaba de oír, su mano aprieta su martillo de guerra tan fuerte que cruje el cuero de su mango.

«Eres un bicho raro, renacuajo. No me fío de ti», interviene Sarash clavando el auricular en su oído.

Lo gira vigorosamente, recoge con la uña un exceso de sebo que admira después de retirar el dedo. Se deshace de él con un chasquido de dedos antes de recolocarlo.

«En realidad, no me gustas.

—Yo siempre he odiado las cortinas de humo... Por eso a mí me gustas, siempre se sabe lo que piensas.»

Sarash ignora la puya, tan insignificante para ella como un ascua en la cara, y se vuelve hacia la caravana reunida al pie de la duna, lista para la salida. Solis los observa a distancia, rodeada del último de sus guardias y de los principales magos -Sylaë, Sifón y Keya-, así como de dos de los cinco arkhontes.

«Esto es lo que haremos. El convoy se dirigirá a los cañones, como has previsto, Aurèle, pero tú y yo vamos a dar una vuelta como exploradores.

—No, yo voy con él.

—Hanni, recuerda: yo soy la espada, tú eres el escudo. Tú te quedas con ella.»

Aurèle se abstiene de todo comentario, se contenta con una sonrisa ambigua, un fuego de San Telmo que se escapa de los futuros cadáveres. Se le ofrece la oportunidad que esperaba: encontrarse a solas con Sarash.

De aquí al cenit, la Primus del Fuego habrá muerto.

9.2

En guardia desde el comienzo de su exploración, Sarash detecta el repentino aumento de calor del cuerpo de Aurèle a punto de pasar a la acción.

Nada más revela las intenciones del gladiador. Está pasando por encima de una roca que obstruye el estrecho y profundo cañón que han estado siguiendo durante un buen rato, se apoya en las paredes de arenisca de color rojo anaranjado y derrapa repentinamente.

Sarash no cae en la trampa, resiste el reflejo de acercarse a él para ayudarlo. Sin embargo, no esperaba que fuera tan rápido.

Aurèle salta desde su posición elevada, arrojando en su cara el puñado de arena raspada de la roca porosa. Ella cierra los ojos pero finge estar cegada, esperando que él esté demasiado cerca para cambiar de trayectoria de repente. Solo entonces lanza su hechizo. Ella evapora parte de su sangre que se escapa del brazalete de su muñeca en columnas de vapor silbante. Gracias a esta estratagema, su brazo golpea con la fuerza brutal de un pistón.

Aurèle entiende inmediatamente que está desenmascarado. Demasiado tarde. El puño de la Primus lo golpea de pleno en la mandíbula, le arranca dos molares de cuajo, , lo adormece desde la mejilla hasta la clavícula. Sin sus increíbles reflejos, habría sido golpeado en la sien y su cráneo se habría partido.

Su cabeza es proyectada contra la pared de arenisca, con la mejilla clavada en la superficie porosa por el brazo rápido como una flecha, tan masivo como un martillo de guerra.

Aguantar. No desmayarse. Ignora la quemadura punzante de la piel raspada hasta el hueso, el choque que resuena y vibra dentro de su cráneo. Aglomerar todo ese dolor para

hacer una bola grande, reducirla al tamaño de una canica.

Una bala de rifle. Para el siguiente asalto. Cuando el guante se desliza hasta la barbilla.

Sarash no lo entiende. Con tal ataque, ya habría matado a un osovoraz de las estribaciones boscosas de Acongua. Con el primer golpe. En el caso de Aurèle, ella siente que está golpeando un bloque de hierro, no carne y hueso. ¿Cómo lo hace?

Su puño rasga el borde de la mandíbula y termina su carrera contra la pared, que estalla en astillas arenosas.

Tan pronto como se libera, Aurèle salta a su lado, recoge las piernas hacia atrás contra el torso para dar amplitud a su movimiento, aprovechando la oportunidad para coger la daga en su bota. Vuela sobre todo el ancho del cañón, se relaja para apoyarse en la pared opuesta y corre hacia ella, arma en mano. Todo esto en un salto sin impulso, tres toesas de ida y vuelta sin tocar el suelo. Imposible.

Ella ve la daga derretirse directamente en su rostro. Desconcertada, interpone su mano abierta. La hoja pasa a través de su carne y se desliza entre los huesos mientras el guardamano choca contra la palma. Ella grita, tanto de rabia como de dolor, cierra su puño alrededor de Aurèle y aprieta con fuerza. Bajo sus dedos que vuelve ardientes, la mano del gladiador comienza a cocinarse, el olor a carne a la parrilla satura el pequeño espacio de la garganta.

Aurèle es incapaz de liberarse, ni siquiera soltando su daga. El asombro, el agarre de hierro de la Primus, el dorso de su mano cuya piel comienza a volverse costrosa... Todo confluye en dejarlo impotente. Frente a él, Sarash hace una mueca como un ifrit, esos demonios de fuego de Masada que asolan la Fisura en incursiones sedientas de sangre.

Es imperativo reaccionar.

Cuando gira su muñeca para ensanchar la herida, Sarash

acompaña el movimiento para limitar el daño. Luego lanza una pierna al aire y, con un giro brusco de la pelvis, hace un giro completo sobre sí mismo, como una rueda cuya daga sería el buje. El brazo de Sarash se da la vuelta, con la mano todavía inmovilizada.

Después de encontrarse con los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo, Aurèle aterriza sobre sus piernas, agachado. Presiona su mano libre debajo del pomo y empuja violentamente hacia arriba mientras se endereza. La daga se eleva ferozmente y se hunde entre las mandíbulas, como con el irrecordable del Lago Salado.

Un gesto que con el tiempo se convertirá en una firma, la de la victoria.

Privada de fuerzas debido a su brazo torcido, Sarash no ha podido hacer nada. Libera a Aurèle y lo repele, pero ya es demasiado tarde. El acero le perfora el cuello y cruza la lengua. No ha de pensar en el dolor, no debe pensar en el daño devastador. Por suerte, esta zona es mucho menos sensible desde el mágico accidente que la quemó gravemente, por lo que conserva su lucidez, justo el tiempo necesario para lanzar lo que se diría un hechizo reflejo.

Dentro de su boca, el metal se derrite antes de perforar su paladar y llegar al cerebro. El calor cauteriza su lengua perforada, que está cubierta con una minicolada de fundición.

Que escupe en la cara de su oponente.

Una vez más, Aurèle depende solo de sus increíbles reflejos para sobrevivir. Evita el chorro de horno naranja con un movimiento de cabeza tan brutal que siente que sus vértebras se agrietan. Su largo cabello sigue el gesto con retraso, se enciende en un vívido crepitar. Se lanza a un lado, rueda en la arena que bordea el fondo del cañón para extinguir el fuego.

Para cuando vuelve a ponerse de pie, fuera de su alcance, la Primus había retirado el resto de la daga de su carne.

Cauterizada, la herida ya no está sangrando.

Nunca se ha enfrentado a un combate como este. Sonríe, emocionado por la magnitud del desafío que tiene ante sí. Electrizado por no tener absolutamente ninguna idea de cómo ganar. En realidad, duda mucho que salga con vida.

«¡Ahora sí, ahora estamos hablando en serio!», se entusiasma Sarash con una voz ligeramente silbante. Se deshace del remanente del arma derretida, se ríe al ver al gladiador sacando una daga de su otra bota. «Ya estás muerto, ¿no te has dado cuenta aún? Tú me dirás... yo también he tardado mucho en calarte. Por lo general, siento traición desde lejos como la picea que arde.

—¡Eso es porque yo tengo madera!»

Aurèle corre hacia ella, finta a la derecha, cambia de guardia y finge atacar desde abajo. Salta con la agilidad de un felino y se encuentra corriendo por el lado izquierdo de la pared, inclinado y sinuoso. Literalmente camina sobre la pared.

Es demasiado rápido para ser agarrado de pasada, la Primus debe contentarse con seguirlo con sus ojos. Él corre por su lado, pasa junto a ella, se encuentra a sus espaldas.

Y huye a todo correr, perseguido por pullas.

Sarash no está descontenta de verlo galopando, necesita un pequeño descanso. Luchar contra Aurèle es como querer atrapar un fuego fatuo: la pequeña criatura rebota por todos lados a la vez, esquiva, y te quema a la menor oportunidad. Es agotador y doloroso. Potencialmente mortal, también.

Ella toca sus hombros musculosos, luego pasa la mano detrás de la espalda para recuperar a Rousse, su maza favorita. Es imposible usarla en un espacio tan pequeño, pero agarrarla la tranquiliza. Le encanta esta arma que puede remodelar a su gusto, templarla como acero forjado o hacerla tan incandescente como una antorcha.

Después de dos o tres cabriolas que la hacen girar silbando

en sus oídos, pasa a Rousse detrás del cuello y coloca ambos brazos atravesados. Ella sigue a Aurèle silbando, con un paso ligero que, sin embargo, resuena entre las paredes altas y apretadas.

9.3

Si Aurèle espera darle esquinazo en el laberinto de las gargantas, se equivoca. Por más rápido que corra, nunca llegará lo suficientemente lejos como para escapar de su percepción. A fuerza de práctica, Sarash es capaz de detectar cualquier criatura de sangre caliente en un radio de media legua. La mayoría de las veces, adivina de qué tipo de animal se trata, incluso es sistemático cuando tiene una idea precisa de lo que está cazando.

Ni que decir tiene que Aurèle está lejos de escapársele.

Podría regresar al campamento para advertir a Solis —si bien tampoco le va la vida en escuchar a Hannibal gritar en voz alta que tenía razón desde el principio. Pero no: demasiado peligroso dejar correr a un tipo tan impredecible como Aurèle. Además, se ha convertido en algo personal, entre ella y él.

¿Cómo ha hecho para engañar a su gente durante tanto tiempo? Tiene que haber un truco, una argucia, algún as bajo la manga. Ella está ansiosa por desentrañar su secreto. Solo entonces podrá volver.

Apresura el paso cuando se da cuenta de que su presa se acerca a un grupo de unas diez personas, cuatrocientas toesas delante de ella. Cómplices, sin duda alguna.

Mierda, no había contado con eso.

Cuando Aurèle se encuentra por casualidad con los recolectores de ámbar, ni siquiera planea hacer una pausa. No son infrecuentes, estos buscadores de fragmentos, desafiando el peligro para reunir el ámbar, el material más valioso producido por las anomalías de la Fisura. Los Alas sangrientas, en particular, las compran a precio de oro, Isalys acumula quintales.

Los recolectores no lo ayudarán –tienen mejores cosas que hacer–, y no lleva nada consigo para sobornarlos. En cuanto a intimidarlos, haría falta mucho ya que se codean con la falla de sombra todos los días.

La falla.

Aurèle deja de correr. En el lugar donde se encuentra, la garganta con las paredes lijadas por el viento se ensancha para formar una cala cuyo mar sería de arena. Al fondo de esta bahía en miniatura, los recolectores se acercan con infinitas precauciones a un altiplano rocoso que se levanta ligeramente del suelo. Del tamaño de una mesa de banquete, emite destellos de ámbar como una plaga de coágulos de ámbar.

A primera vista, parece una familia al completo acostumbrada a trabajar junta. Atados con cuerdas, los más ligeros convergen arrastrándose hacia el fondo de la cala, con el brazo extendido y prolongado con una red para capturar el ámbar como si cazasen mariposas. Los más fuertes los aseguran, tirando de las cuerdas que vibran bajo una tensión permanente. Los más jóvenes, de apenas cinco o seis años, amontonan las pepitas en sacos de yute que cosen apretados, antes de pasárselas a una anciana que las pesa y las marca. El anciano del grupo supervisa este pequeño mundo, sentado en una silla colocada delante de tres carretillas de mano, con una lanza en la mano. Todo ello sin intercambiar una palabra ni un sonido, añadiendo más extrañeza a ese cuadro.

Y debajo de la meseta rocosa, la anomalía, el vórtice, el nexo, la boca hambrienta que devora todo lo que pasa a su alcance. Su fuerza de atracción es tan poderosa que suaviza la piedra, la convierte en una especie de arena movediza.

Nadie sabe a dónde conducen estas fallas, ni qué las creó. Pero nadie es tan necio como para tratar de descubrirlo, y ningún desgraciado que haya caído en él ha podido salir para

contarlo.

Hasta Aurèle le tiene miedo.

Cuando Sarash llega a su vez cerca de la cala, está más en guardia que nunca. Ha perdido el rastro del gladiador, cuyo aura ha desaparecido misteriosamente. Percibía claramente su presencia así como la de una decena de cómplices, y entonces de repente todo se ha amalgamado en una sola señal, como gotitas de sangre que se extienden para formar una mancha más ancha.

La Fisura es un lugar impredecible.

Con Rousse en el puño, corre prudentemente a lo largo de la pared con el perfil levantado, bajando la cabeza para pasar por debajo de las excrecencias pulidas, bailando para evitar los que están a la altura de la rodilla o la pelvis. Es tranquila y silenciosa, tan discreta como una salamandra.

Piensa en escalar la pared de una docena de toesas —nada más fácil, con sus botas con clavos. Podría obtener un mejor punto de vista, pero sería vulnerable en el momento de la escalada, que por otra parte no tiene ninguna posibilidad de ser discreta con una roca tan quebradiza. Renuncia a ello, no es cuestión de facilitarle la tarea a Aurèle. Vigila las alturas con una atención aumentada: si ella ha tenido esta idea, él también ha podido tenerla...

Una vez llega al lugar donde la garganta se desvanece, desliza una mirada discreta hacia la cala. No hay rastro del traidor. Entonces se concentra en sus cómplices... y no entiende nada de la escena que se representa delante de ella.

Parece una competición deportiva que se disputa delante de un público de jóvenes y ancianos. Un equipo trata de alcanzar una losa rocosa en el fondo de la depresión —¿arrastrándose?— mientras que otro trata de detenerlo, reteniendo a sus oponentes con cuerdas enrolladas alrededor de estacas

clavadas en el suelo —¿y los fuertes no consiguen tirar de los alfeñiques del equipo contrario?

Hay algo que no funciona. Decididamente, los irrecordables son tan perturbadores como la Fisura donde se han criado...

En guardia, busca averiguar por dónde ha pasado Aurèle. Y si esa gente se interpondrá entre ella y él.

Al final, no son ellos los que se interponen, sino una roca.

Oye una escorrentía de arena justo antes de que un gran bloque caiga desde las alturas. Se desliza por la pared, mutilando su perfil esculpido, rebota en un saliente y termina su carrera rompiendo una de las tres carretillas.

Sarash se sabe a salvo desde el principio, el desprendimiento tiene lugar lejos de su posición. Por lo tanto, no era ella el objetivo.

Los irrecordables, por su parte, se encuentran en el centro de la tormenta. Sorprendidos, los más fuertes han dejado escapar la cuerda y ahora se esfuerzan en recuperar el control de la situación. Los que se arrastraban vuelven sobre sus pasos abandonando todo el material detrás de ellos. Los niños se refugian, el ancestro está de pie sobre su butaca para dar instrucciones, con los dedos repiqueteando en el asta de su lanza. Estas reacciones exudan más urgencia que pánico, huelen a hábito ya con rodaje.

¿Es la caída nada más que un accidente?

Como para responder a esta pregunta, Aurèle desciende a su vez desde las alturas. Con la agilidad de un brouc de las montañas, guía su caída apoyándose aquí o allá, siguiendo una trayectoria zigzagueante, difícil de anticipar. Se precipita sobre la Primus a una velocidad increíble.

Sarash dispara como en un globo imaginario, levantando la pierna. Con su aliento ardiente, transforma la arena proyectada en el aire en fragmentos de vidrio fundido, niebla caliente y

cortante que Aurèle no puede evitar atravesar. El daño es mínimo, pero la distracción le hace perder la iniciativa.

Se convierte en una presa fácil.

Rousse emite un ávido silbido cuando Sarash moviliza todo su cuerpo en el golpe. La maza golpea a Aurèle en un costado con tanta fuerza que su trayectoria se inclina bruscamente en ángulo recto, se encuentra propulsado en paralelo a un suelo que no ha tenido tiempo ni de tocar. Cae demolido al pie de la pared, tan inerte como un saco de harina.

Sarash avanza hacia él haciendo girar a Rousse, al acecho de la menor reacción, del más mínimo indicio de treta. Nada, el gladiador parece inconsciente.

En lo que tarda en llegar ante él, ya no tiene dudas: ha tenido suficiente.

Lo escruta con la maza sobre el hombro y con aire satisfecho.

A continuación abate salvajemente a Rousse sobre la rodilla de Aurèle. Su cuerpo se estremece a causa del contragolpe, pero no tiene ninguna otra reacción, ni siquiera un gruñido.

Ahora, ella está segura.

«Por suerte para tu carita quiero interrogarte, de lo contrario habría apuntado al cráneo...»

Un grito de pánico la hace darse la vuelta. Ahora todos los trepadores están a salvo, menos uno. La roca que se ha derrumbado ha roto la piqueta alrededor de la cual se deslizaba su cuerda. El irrecordable, un adolescente con el pelo rizado, rueda con los ojos aterrorizados mientras es inexplicablemente atraído hacia el fondo de la extraña ensenada. Hace surcos con las uñas en el suelo para alcanzar a los demás, sin encontrar ningún agarre en la arena que se desliza fugaz.

Sarash no debería entrometerse, debe avisar a Solis sin demora. El Trono está en peligro, tal vez incluso todo

Arkhante. Realmente ha de irse. Pero... ¿habría ordenado Solis que se abandonara a estas personas a su triste suerte, sea cual fuere la urgencia?

Suspira, mientras sus fosas nasales escupen la fumarola en miniatura de un volcán listo para entrar en erupción.

Se une a la compañía, que finalmente no tiene nada que ver con Aurèle. Se apodera de una de las numerosas cuerdas que arrastran por el suelo, la ata alrededor de su cintura y confía el otro extremo a los dos más fuertes del equipo. Luego, ante los ojos atónitos de los irrecordables, camina directamente hacia el adolescente. Bajo sus pies incandescentes, la arena se vitrifica en una losa grumosa que se agrieta y se fisura a medida que avanza, pero que ofrece un apoyo suficientemente sólido.

Después de algunos pasos, siente una fuerza de atracción creciente ejercerse sobre ella. El terreno es llano, sin embargo, ella tiene la impresión de descender una pendiente que se acentúa cada vez más. ¿En qué se ha metido?

De todas formas, ya es demasiado tarde para renunciar. No podría después de la esperanza que ha suscitado en estas personas —una familia, acaba por darse cuenta. Si ella no es capaz de salvar a este chico, no es digna de ser Primus, así de sencillo.

Aurèle está a las puertas de la inconsciencia, si puede observar el mundo real es sólo a través del ojo de cerradura de su increíble resistencia al dolor. Su apuesta era ganadora. Lanzar la roca para destruir los puntos de anclaje de las cuerdas, precipitarse hacia el Primus del Fuego sabiendo perfectamente que responderá, amortiguar lo mejor que pueda el poder de su ataque y fingir la inconsciencia a toda costa. Y luego dejar que su instinto heroico se apodere de ella. Sabía que acudiría en ayuda de los recolectores, inconsciente del peligro que corría. Sólo puede culparse a sí misma.

Para luchar contra el desmayo, Aurèle se concentra en los pasos de Sarash, se obliga a desmenuzar cada sutileza. La forma en que la planta del pie pisa para distribuir el peso del cuerpo, las tensiones en el corazón de la superficie acristalada cuando posa su bota, la atracción ejercida por la falla... lo capta todo.

La información no transita por sus cinco sentidos. Tampoco es una intuición. No, el mensaje lo recibe de manera más profunda, como si hubiera adquirido un nuevo sentido, totalmente desconocido. Ignora como, pero lo *sabe*.

¿Le llega la información a través de las vibraciones del suelo que decodificaría gracias a la magia de la Tierra? Esta habilidad de la que de repente toma conciencia, ¿es la que Tumul identificó en él? Siempre se ha preguntado cómo el viejo mago había podido imaginar que él, el hijo de la Fisura criado en una banda, tenía madera de taumaturgo...

¿Habría despertado este nuevo sentido tras el golpe de maza de Sarash? La ironía sería punzante, ya que él va a matarla.

Sarash ha llegado a la altura del joven. Cuando ella lo agarra para ponerlo delante de ella, contra su pecho, él no lucha como un ahogado, todo lo contrario, domina su pánico para aprovechar al máximo esta oportunidad de salvación. Sin embargo, ella lee en sus ojos un terror indecible que supera el miedo a morir. ¿A qué van a tener que enfrentarse?

Lo entiende de inmediato en el momento en que intenta dar la vuelta. No se puede volver atrás. Se siente atraída hacia el fondo de la cala, hacia esa extraña losa rocosa, móvil. Por más que tire con todas sus fuerzas de la cuerda y de las piernas, por más que haga uso de toda su voluntad, no consigue nada: la atracción es demasiado poderosa para un simple mortal.

Salvo porque Sarash es mucho más que eso.

Como lo hizo al golpear a Aurèle, sacrifica su sangre para

liberar vapor y propulsarse fuera del alcance de esta fuerza sobrenatural.

Consigue dar un primer paso.

Lleva su cuerpo hasta forzar sus límites, abusa de sus reservas vitales hasta el extremo. Es una cuestión de vida o muerte.

Da un paso más.

Lejos de estorbar, el adolescente pone de su parte, tirando de la cuerda con un vigor que sus frágiles brazos no sugerirían. No tiene ni el vigor ni las botas tachonadas de Sarash, sus suelas patinan constantemente sobre el vidrio, pero él también lucha con todas sus fuerzas.

Juntos, dan un tercer paso, que resulta ser un poco más fácil que los anteriores.

Aurèle no les permite dar un cuarto.

Haciendo uso de su recién adquirida capacidad... empuja. Muestra su voluntad de no permitir que la Primus escape de la falla, impone a la realidad doblegarse a sus deseos. En la estrechez de su semi-conciencia, este pensamiento ocupa todo el espacio.

Sarash debe morir. Por Isalys.

En el fondo de la ensenada, Sarash tiene la repentina y clara sensación de una cadena atravesada por su torso, cargada con un peso digno del ancla de un galeón. Lo nota suficientemente pesado como para tirar de ella hacia atrás con fuerza.

Sin esperar, agarra al niño por la parte posterior de su túnica y en un prolongado grito de discóbola, lo catapulta lo más lejos posible de ella. Al fin y al cabo no es gran cosa, solo unos pocos codos, pero es suficiente para permitir que los miembros de su familia le arrojen una cuerda y tiren de él hasta ponerlo a salvo.

Al menos eso es lo que Sarash espera, dado que el esfuerzo

realizado la deja a merced de la potente atracción. Rueda hacia atrás con los pies sobre la cabeza, rompe su alfombra de vidrio que la acompaña en su caída horizontal. Se encuentra con los pies plantados en la meseta rocosa, donde se hunde como si fueran arenas movedizas.

Es imposible entender la sensación que está experimentando, saber si sus piernas están aplastadas o intactas. Se siente rápidamente atrapada hasta los muslos.

Aquí, nada tiene sentido, todo está imbuido por lo sobrenatural. Así que se aferra a lo que mejor conoce: la magia.

Recorre a todo el prana que le ha dejado la Fisura, y declama un hechizo para enfriar la piedra, solidificarla para dejar de hundirse. Ya está atrapada hasta la cintura, no tiene más tiempo que perder. Puede que incluso ya sea demasiado tarde.

Están en el último rincón de la Fisura, donde las leyes del mundo se invierten, y la losa se ablanda en lugar de reafirmarse.

Aurèle le reconoce el coraje a la Primus, su determinación para afrontar la Muerte, para mirarla cara a cara hasta forzar a la Parca a bajar primero la mirada.

Su admiración es tal que lucha por enderezarse, a pesar de que su rodilla ha duplicado su volumen. Su mandíbula todavía está entumecida, su lengua sigue explorando el nuevo agujero entre sus dientes, sus costillas agrietadas le molestan en los pulmones, pero lo peor sigue siendo el resto de culpabilidad que le produce un cosquilleo en el estómago. Nadie merece el destino que va a sufrir Sarash.

Se acerca renqueando a la familia de recolectores que presencian, horrorizados, una muerte inevitable. El anciano, que sabe mejor que los demás que ya no se puede hacer nada, no se resiste cuando Aurèle coge su lanza.

«¡Este era tu plan desde el principio!, grita Sarash. Hijo de un

troll, sucio traidor, ¡me las pagarás!»

El incendio de cólera en el fondo del vientre de la Primus transforma los apodos irónicos que le había endilgado a Aurèle en verdaderos insultos. Su ira se funde en un miedo metálico, pierde inexorablemente el control, en pequeños pedazos con sabor de ceniza. Nunca le sucede: no hay que perder el control del fuego, puede suponer la muerte. Las marcas en su rostro son los estigmas de la única vez que perdió los estribos. Después de aquello, ella se había jurado no volver a fracasar jamás. Sin embargo, se desgañita gritando para olvidar su fracaso, para olvidar su cuerpo enterrado hasta el pecho, lucha por no pensar en lo que sucederá. Después.

«Sarash, dice el gladiador, que no se resiste.

—¡Sucio bastardo! ¡Te colgaré del pelo y te sumergiré en los volcanes de Cenicia, lentamente, dedo a dedo!»

Aurèle no la escucha, sabe que el miedo te hace decir cualquier cosa. Prueba el equilibrio de la lanza, ajusta su gesto en función de sus heridas y arma el brazo.

«Por favor, no intentes nada. Déjame matarte, te aseguro que es lo mejor que puedes hacer.

—¿Me oyes, traidor asqueroso? ¡Vas a sentir cocinarse cada fibra de tu puta carne! ¡Me suplicarás que acabe contigo, pero jamás te daré el gusto!

—No quieres cruzar la grieta, créeme, déjame matarte. No lo hagas por mí, hazlo por ti. Por favor.»

Ya no habla con ella realmente, más bien se susurra a sí mismo. Es un asesino a sangre fría, ya ha perdido la cuenta de sus víctimas, pero rara vez ha querido ser tan misericordioso como aquí y ahora.

La lanza vuela directamente hacia Sarash, cuya cara y hombros aún sobresalen de la meseta en movimiento. Su trayectoria es perfecta, directa hacia el ojo izquierdo.

Sarash la hace arder hasta el asta con un chorro de llamas nacido de sus labios furiosos. El arma arrojadiza se reduce a cenizas antes de alcanzarla.

«¡Las brasas siempre vuelven Aurèle, te encontraré! ¿Me oyes? ¡Me vengaré!»

Es solo cuando la roca se cierra sobre sus ojos que Sarash se permite experimentar el miedo que la tritura, más fuerte de lo que esa atracción sobrenatural podrá ser jamás.

Sí, está aterrorizada.

Pero desaparece en su tumba sin suplicar a nadie.

ARENA...

¡Sarash ha muerto! Sarash ha muerto... Ha muerto.

Solis debía mantenerse de piedra, una estatua a la altura de su estatus, de lo que se espera de ella. Fuerza, disciplina, ejemplaridad, constancia. Y sin embargo... Aun teniendo que mostrarse impasible, su rostro se deformó por el dolor como la cera caliente. La sangre fría de la que debía hacer gala se transformó en lágrimas heladas por el frío de la soledad que ya no calienta la Primus del Fuego.

Destrozada por la noticia como una barca chocando contra las rocas, Solis aparta la mano de su boca temblorosa. Se siente rota, desgarrada, mareada hasta la náusea por el eco devastador que le repite, en bucle, que Sarash ha muerto. Su amiga, su campeona, su mano derecha, aquella con quien tanto ha compartido, de la risa al llanto, de confidencias de madrugada a silencios elocuentes.

En ese preciso momento, con el corazón reducido a cenizas de un fuego ya extinto, Solis pasa olímpicamente de todo lo que piensen de ella y del protocolo de Arkhante Su llama interior se ha apagado en un devastador abrir y cerrar de ojos, como si de una frágil vela se tratara. Se niega a ver desaparecer el cariño sin límites que siente por Sarash, y dejar

paso a la densa noche sin fin que le seguirá. Siente cómo sus piernas tiemblan y la abandonan al punto de casi caer de rodillas.

A su lado, Hannibal permanece fuerte, de una pieza. Su corazón es ahora una roca reducida a grava que se cuele por su interior y agarrota cada articulación, cada sentimiento... A Solis no le cabe duda de ello. Pero él al menos consigue retrasar la detonación de su tristeza para reducir sus efectos. Él al menos se mantiene digno, a pesar de su sufrimiento. El hombre permanece en su lugar, un paso por detrás del Primus.

Ella trata de inspirarse en él, de recomponerse, de contener la tristeza y la culpa que la abruma. La tarea es en vano, fugaz e inútil como una oración dirigida a un ataúd vacío, un epitafio que se desvanece tan pronto como es grabado en la piedra movediza de la losa del fondo de la grieta.

Afortunadamente, Hannibal le insufla la poca fuerza interior que le queda, sin la cual ella se habría derrumbado.

«—Sarash ha... muerto... Hannibal, Sarash ha... Por favor, dime que no es verdad.

—¡La han asesinado, Solis! ¡Es de todo menos un accidente! ¡Espero que seas consciente de ello! Y que sepas quiénes son los responsables directos... e indirectos.»

Solis había hablado entre murmullos, pero Hannibal bramaba. Su voz potente y grave provoca que todos se giren: los soldados apostados en las alturas y en la entrada del estrecho desfiladero, la caravana de arkhantes esperando en un rincón de la vasta bahía arenosa, Primus y discípulos observando desde la distancia la anomalía que perturba sus sentidos mágicos, los recolectores de ámbar siendo interrogados por los dos arkhontes que acompañan a la delegación, Cantor y Bayan. Todos los ojos confluyen en ellos, que se hallan alejados con Ronan, puesta a salvo como

un líder que acaba de ser víctima de un intento de asesinato.

El único que no se alarma por la cólera retumbante del coloso es Aurèle: apoyado en una de las caravanas, está siendo curado por Syläë, sereno a pesar de sus heridas, o finge estarlo. Tantas contusiones muestra que parece haber sido atropellado por las ruedas de un convoy de mercancías.

«—La Luz determinará los hechos —recuerda Solis con la voz entrecortada por los sollozos.

—Solis, ¿estás ciega o qué? —dice un furioso Hannibal. ¡No necesitas la Luz para saber que lo hizo Aurèle! Lo sé, lo siento con tanta fuerza que todo tiembla dentro de mí, apesta a impostura y a mentira. No sé cómo lo hizo, pero es por su culpa que ella nos ha dejado, no podemos engañarnos más. Y eres tú, tú quien lo trajo aquí. Tú que le proteges mientras te traiciona con una sonrisa en la cara y mata a nuestros seres queridos con total impunidad. No tengo magia capaz de abrirte los ojos, pero escucha lo que te digo. ¡Mantente a la altura de tu cometido! ¡Sé la Malkah que tu pueblo necesita! Sálvate y sálvanos del complot, Solis.»

Hannibal se queda quieto, sin alejarse de Solis. Pero bajo sus pies, el suelo tiembla en olas que arrugan la fina arena, réplicas de su terremoto interior.

Ella creía que Hannibal estaba de su lado como un pilar, como un apoyo. Ahora lo descubre contra ella, casi cómplice de la desaparición de Sarash —de su *muerte*, no de su desaparición... ¿Lo ha perdido a él también? ¿Se verá privada de otro amigo? Se niega siquiera a contemplarlo, no se ve capaz de afrontar otro duelo, todavía no. Para alejar esta terrible posibilidad, desliza discretamente su mano en la del coloso, quien afortunadamente le devuelve el apretón.

Saben que Sarash no volverá, todas sus brasas se han apagado, el mundo ha sido aislado de las vibraciones de la Primus del Fuego. Este pensamiento negro como el carbón

calcina a la Malkah, como si de repente se viera privada de todos los minerales que dan sabor al agua, a esa agua íntima que es la fuente de la vida. Sin previo aviso, la existencia pierde todo sabor.

Un destello furtivo y cegador de memoria brota en ella y relanza el hechizo del sufrimiento. Se ve a sí misma como una niña, temblorosa, tartamudeando, tan diminuta ante la imponente estatura del Malek, que reitera las reglas correspondientes a su rango con su frialdad habitual. Con el ánimo nublado por el miedo y la soledad, esta niña sueña con ser cualquiera menos ella misma. Mientras, el Malek quisiera ser el padre de todos los arkhantes menos el suyo.

Sarash había aparecido como por arte de magia, sintiendo el dolor de Solis, y luego había realizado toda una serie de trucos a cada cual más divertido: entrecerrando los ojos y haciendo aparecer pequeños fuegos fatuos detrás de sus orejas; imitando a un ridículo Malek con la cara furiosamente enrojecida; expulsando fumarolas con olor a flatulencias por su nariz rota de pendenciera; vomitando ascuas por su boca desproporcionada, con los ojos desorbitados, la lengua humeante y cubierta de ampollas indoloras.

Cuando despierta de su recuerdo, las voces se evaporan, pero persiste el olor a leña quemada aunque Sarash ya no esté allí. Pues Sarash ha muerto. Muerta.. El asiento de la Primus del Fuego se ha quedado súbitamente vacío, y Solis con un trozo de hielo en lugar de su corazón.

«—Es culpa suya —insiste con rabia Hannibal, señalando al culpable con el mentón. Solis, escúchame, ¡fue él, fue Aurèle quien mató a Sarash!». Intenta tragarse su rabia, sin poder finalmente contenerla. «—Llevo varias lunas advirtiéndote sobre él».

Solis evita la mirada de Hannibal, quiere mantener la ilusión de su complicidad contra viento y marea. Contra viento y

mareas. Intenta ahuyentar la pena, pero es tan difícil como sacar una espada atravesada sin hacer una mueca de dolor. Es testaruda, a pesar del maldito dolor que le acecha, debe recomponerse rápidamente: reaccionar, actuar, tomar una verdadera decisión. La decisión correcta.

¿Podría ser Aurèle realmente el asesino? Al girar la cabeza hacia el acusado, Solis descubre de pronto lo poco que sabe de este hombre que la trastorna, la emociona y la atormenta, todo al mismo tiempo. Por mucho que movilice sus sentidos y cuestione su intuición sobre el guerrero bailarín, no ve al asesino, al ser vil que denuncia Hannibal. No, definitivamente no.

Se abstiene en el último momento de recordar a Hannibal que Aurèle es también su discípulo; si se demuestra su culpabilidad, su crimen salpicaría al Primus y a todo el arkhano de la Tierra. Sin embargo, decirlo sería injusto e insensato por su parte: después de todo, fue decisión suya explorar la Fisura con Aurèle como guía.

Siente emocionalmente una ingravidez que recuerda a la de la Fisura, tal es el caos que la rodea. Si Aurèle es culpable, tendrá que admitir públicamente que se equivocó en todo; no tendrá más remedio que volver a Neftis, y su reinado no sobrevivirá a ello.

Se masajea las sienes con fuerza por el resentimiento, por la rabia, por el deseo de sentir dolor para olvidar su pesar. Como si eso fuera a funcionar... ¿Por qué? ¿Por qué sigue a este idiota, por qué no puede sentir en él las vibraciones rancias que otros parecen ver?

Nadie comprende la inmensidad de su tarea, nadie siente como ella el peso de todo Arkhante recayendo sobre sus hombros, la carga del deber, la angustia del fracaso. Y por encima de todo, sobrevolando sus creencias, la fuerza de su certeza absoluta. Sin Aurèle, no podrá encontrar a su

hermana, no podrá regenerar el prana, misión precisamente para la que reina. Su tarea, su trabajo, su sacerdocio, la única razón por la que se sienta en el Trono esculpido.

Si por el contrario es declarado inocente, perderá a Hannibal justo después de perder a Sarash, pues el Primus de la Tierra nunca se resignará a tal resolución.

Lo peor de todo es que, tanto si Aurèle es culpable como si no, Solis está devastada. Soñaba con salvar el mundo, y ahora lo único que queda de sus esperanzas es una gobernante que ha llevado a una fiel amiga a una muerte segura. Esta pena, esta terrible impotencia, es mucho más...

... grave de lo que Cantor había imaginado: la hostilidad de los irrecordables es palpable, y Bayan no facilita que se arreglen las cosas. Un error bastante grave teniendo en cuenta la importancia del resultado de sus investigaciones. Cantor descifra a Bayan y sólo siente en ella un color vago, difuso, perdido en una bruma grisácea: su aura está demasiado borrosa, velada. Cantor se da cuenta de que hace tiempo que no se hablan lo suficiente entre arkhontes... Las sesiones de limpieza emocional se han pospuesto durante meses. Quizá Bayan esté sufriendo esta situación. Cantor hablará con ella cuando surja la ocasión. Mientras tanto, tienen una investigación que llevar a cabo, y una arkhonte de su rango no debería permitirse investigar en estas condiciones. Cantor no se lo permitiría. Cuestión de ética.

Sin embargo, todo había empezado bien: la secuencia de los hechos parecía clara, los testimonios coincidían en encomiar el heroísmo de la Primus del Fuego y en confirmar que Aurèle estaba inconsciente cuando fue tragada por la «grieta de ámbar», como la llaman los recolectores. A continuación, su comadre de casulla azul se dispuso a sondear al joven al que Sarash había salvado antes de desaparecer. Su insistencia provocó que el irrecordable se encerrara en un silencio obstinado, salpicado de miradas en dirección a sus mayores.

Cantor no comprende la actitud de su homóloga. El aura emocional de los irrecordables es sin embargo clara y luminosa, fácilmente interpretable. Bayan debería saber lo que está pasando y adaptar su comportamiento en consecuencia. A menos que sea él quien no comprenda del todo el patrón emocional aquí presente...

Dudando de su propio análisis, el arkhonte se concentra, moviliza parte de su prana, inspira, entrecierra los ojos, exhala y, entre las pestañas que enmarcan su mirada, se

revelan de nuevo los halos que rodean a cada uno de los recolectores. Su brillo se ve amplificado por el calor y las perturbaciones de la Fisura, pero sus colores siguen siendo claros e interpretables.

En el caso del joven rescatado por Sarash, el tinte amarillento de su aura confirma su obstinación, mientras que los destellos negros recuerdan el trauma de su reciente experiencia: Cantor encuentra la confirmación de que esta «grieta» es tan peligrosa como parece. Además, no puede olvidar su presencia fluctuante acechando al borde de la cala arenosa. La última vez que sintió una amenaza semejante fue cuando un atenuador de la Sombra recibió el encargo de un tribunal de dinastas para tratar los trastornos psicóticos de un niño soldado arrepentido.

El aura de los tres adultos más corpulentos es la más marcada: un rojo carmín directo, signo de una predisposición a la violencia que sus manos callosas perfilan todavía más concreta, más áspera. Cantor no está preocupado, tiene los medios para defenderse, pero también sabe que no los necesitará. Los halos de colores parecen aspirados por la silueta del antepasado y su halo verde brillante: alguien instintivo apoyado en la experiencia, un hombre en paz con sus elecciones, el protector del clan, de hecho. Los tres más grandes no harán nada sin la aprobación del anciano, de eso Cantor está convencido.

Sin embargo, no es el verdadero líder. Hay que prestar atención para darse cuenta, pero la anciana sentada sobre las bolsas de yute llenas de ámbares irradia un hermoso tono marrón, el color del cuero viejo curtido por el tiempo, un cuero que se ha engrasado regularmente para que dure. Oculta su halo tras el rosa estridente de los niños, tras el resplandor de su despreocupada juventud combinado con la emoción del juego al que se entregan: ensamblar piezas

mecánicas rescatadas de un vertedero para crear formas nuevas sin cesar. Una adolescente los observa distraída, rodeada de un aura anaranjada, signo de su vitalidad y gusto por la aventura; y de sus rápidos cambios de humor, también... Cantor sabe a qué atenerse.

El arkhonte se concentra en la anciana. Lee en ella un carácter endurecido, el carácter de quien ha vivido demasiado como para que otros se lo cuenten. Una persona que busca la paz y la estabilidad, dispuesta a comprometerse para conseguir lo que ansía. Es la piedra angular del grupo, el arkhonte presupone que ella es consciente de ello, más que los demás miembros de su familia.

Cantor se dirige hacia ella. La mujer aprieta los labios, con el ceño fruncido, y sus arrugas ayudan a ocultar su estado de ánimo. Por estos pequeños detalles, sabe que llevaba razón con ella. Se detiene a una distancia respetuosa, con las manos abiertas y las palmas a la vista, en una clara señal tranquilizadora. Como gesto de buena voluntad, se levanta el velo y le dedica una sonrisa cordial.

Intercambian una mirada silenciosa y profunda. A Cantor le gustaría explorar los recuerdos de esta mujer, descubrir su existencia, que presume compleja en esta Fisura misteriosa y desquiciada, pero no se atreve a leer su mente. Se abstiene de forzar las cosas, deja que le evalúe con sus ojos, con su córnea lechosa de luz contenida. Está dispuesto a jurar que, de algún modo, ella también lee su aura. Se presta de buen grado al examen, no tiene nada que ocultar: para él, la transparencia es un requisito indispensable para la función de arkhonte. Ante este pensamiento, lanza una mirada involuntaria a Bayan.

Mientras continúa el silencio, dirige una breve mirada a los niños, que le ignoran por completo. Cantor observa y constata la complejidad de sus construcciones, la técnica

necesaria para ensamblarlas con mecanismos de resorte. La dificultad de convertirlos en autómatas le impresiona. Estas creaciones improvisadas cobran vida de forma tan breve como animada, una metáfora de la vida en la Fisura. La hermana mayor, en cambio, no le pierde de vista Pasea su lengua por los dientes, como una serpiente que prepara sus colmillos para una presencia inoportuna.

Despreocupadamente, Cantor saca su lector de recuerdos de uno de los bolsillos interiores de su casulla roja. El aro de cristal se parece un poco a una diadema que él manipula distraídamente, haciendo que capte los rayos del sol. Si bien la adolescente finge no estar interesada, los niños quedan cautivados por los reflejos iridiscentes que acarician sus retinas.

Cantor vuelve a centrar su atención en la anciana. Señala las bolsas de yute con la mano libre.

«—No voy a fingir que sé de lo que hablo, pero dados los riesgos que ha corrido vuestra familia para recolectar este ámbar, imagino que aquí se vende por una fortuna».

La anciana entrecierra los ojos, añadiendo pliegues a todas sus arrugas.

«—Si lo desea, puedo tasar su mercancía, al quilate más cercano. Limitaría el riesgo de robo. Incluso podría ponerse en contacto con los compradores sin tener que llevar la mercancía consigo.

—¿Crees que soy estúpida? Tu magia no funciona aquí».

Cantor saca un prisma de autenticación de otro de sus bolsillos. Lo levanta hacia el cielo, la sostiene con el brazo extendido y lo orienta para que capte la luz de Galana. Una forma se materializa y se paraliza, como si fuera una fuente cuyo chorro de agua se ha congelado tan pronto ha comenzado a brotar.

«—Funcionará —asegura el arkhonte.

—Guarda tus trucos para los niños, yo soy demasiado mayor.

—Tiene razón, mamá —dice la joven. Estas cosas funcionan. He visto muchos, algunos incluso hacen música, con personas bailando y cosas así.»

La anciana hace un ruido gutural que ilustra explícitamente lo que piensa de semejante artilugio... y también, probablemente, de las extrañas pasiones de la juventud.

Cantor asiente a la adolescente y luego mira a su madre con su sonrisa más afable. Coloca el lector y el prisma sobre un saco de yute y luego desliza los dedos bajo el cinturón, indicando a su interlocutora que el siguiente movimiento es suyo.

«—¿Qué ganas con esto? —pregunta la mujer con una voz sorprendentemente clara para su edad.

Cantor miró por encima del hombro en dirección a Solis, que permanecía apartada esperando a que él y Bayan le informaran. Vio su lejanía como las distancias que ella mantiene, una forma de neutralidad, pero se da cuenta de cuánto la aísla. La Malkah nunca le ha parecido tan frágil como en este momento, ni tan triste.

«Esa mujer... —responde cuando se da la vuelta.

—Sé quién es, no me trates con condescendencia —le interrumpe la anciana con una mirada molesta.

—¿En serio? No sabía que era tan popular en la Fisura... Es en su nombre que os ayudo. Nos recordó a todos que los irrecordables son arkhantes».

Si aún dudaba de la sabiduría de las palabras de Solis, la repentina mirada preocupada de la anciana le convencería. En un destello de luz, capta uno de sus recuerdos, violento y cegador.

Tan violenta como la explosión que, hace veinte años, asoló el octavo territorio de Arkhante, dejando sólo este páramo

desolado.

Cantor se encuentra en el recuerdo de Lagide —así se llama— en el momento en que el horizonte es engullido por una monstruosa explosión de luces y sombras. La media esfera se expande desproporcionadamente, formando una cúpula que encierra una parte entera del mundo. Se hincha cada vez más, hasta que parece quedar atrapada entre dos muros invisibles. Luego se aplana por dos lados, se eleva aún más rápido hacia el cielo, crece en una multitud de ganglios como un tumor necrótico. Entonces estalla.

La madre de todas las explosiones, la que pondrá fin a la Guerra de los Héroes dando a luz a la Fisura.

Mientras sus vecinos están absortos por el espectáculo del apocalipsis, Lagide se precipita hacia sus dos hijos, tiene el tiempo justo para apretarlos contra su pecho y acurrucarse alrededor de sus pequeños cuerpos para defenderlos.

Entonces llegó el estallido, la terrible explosión.

Imaginaba que podría salvar a sus hijos, pero se ve arrastrada como una hoja muerta, incapaz de retenerlos a pesar de la fuerza insondable que le infunde la desesperación. Sus oídos están tan saturados por la explosión que no puede oír los gritos de agonía de sus hijos, su espalda está quemada por un calor más brillante que el aliento de un drak, sus ojos quedan blancuzcos por el fogonazo, una de sus caderas se disloca y nunca se recuperará del todo, dejándola coja. Pero lo más atroz sucede en el interior de su brazo izquierdo y parte de su costado derecho: allí, la piel arrancada a sus pequeños se funde con la suya en una vibrante mezcla de magia y tecnología. La carne de su carne, convertida en carne en su carne.

Desde entonces, Lagide no ha vuelto a cometer errores. Se creó una nueva familia, a la que se encargó de alimentar cada día, vigilar cada noche y ampliar con cada generación.

Reparó lo que se podía reparar en la Fisura, recicló lo que no se podía, fomentó la ayuda mutua en los primeros años, escapó de las bandas que han asolado en la última década, comerció con ámbar domando el peligro que las fallas representan.

Cantor parpadea, le cuesta concentrarse ahora que ha vuelto al momento presente. Esta transferencia de memoria le ha pillado desprevenido, no la había pedido. Una anomalía de la Fisura, probablemente. Cantor se ve sacudido por la fuerza de este recuerdo cuyos ecos todavía son vívidos, aun cuando su función de arkhonte le ha hecho ver otros antes.

«¿Qué quieres?, insiste Lagide, desconfiando.

—Me gustaría ayudarlos.

—¿Ayudarnos? ¿Quién te crees que eres? Tu amiga, la pelirroja, ella nos ayudó. ¿Estás dispuesto a sacrificar tanto?

—Yo no...

—Ayúdate a ti mismo, arkhante, la Fisura te ayudará».

Cantor se da cuenta de repente de su condescendencia. No fue intencionada, por supuesto, pero no deja de ser una falta, una afrenta a esta mujer que ha convertido una tragedia en una fortaleza, una hazaña que guarda en secreto, un tesoro oculto tras su rostro curtido y su carácter hosco. Mientras la ve rascarse distraídamente el brazo izquierdo, decide no ofenderla con un regalo desinteresado, no a ella que tanto ha batallado.

«—Todo lo que deseo es estar seguro de lo que ocurrió aquí.

—¿Dudas de nuestra palabra?

—Yo no. Lamentablemente, otros—¿Y qué necesitan esos otros?». son más suspicaces que yo.

—¿Y qué necesitan esos otros?».

Un nuevo carraspeo, más gangoso que el anterior.

«—Si pudieras pasarte este lector por los ojos...

—No hay nada que leer en mí.

—Yo lo haré».

La adolescente alcanza el lector sin esperar a que se lo permitan. Por la forma en que se la coloca sobre la nariz, el aro de cristal delante de los ojos, sabe cómo usarla. Prueba de que los irrecordables saben más sobre Arkhante de lo que ellos saben sobre la Fisura...

Poco después, aparecen en el cristal imágenes que reproducen la escena tal y como la vivió la joven.

«—Te roba los recuerdos —dice uno de los niños que ha dejado de jugar. ¡Nos vas a olvidar, seguro!

—Claro que no, le tranquiliza la mayor con una mezcla de fastidio y ternura.

—Bueno. ¿Y te volverá más simpática? —le pregunta una niña.» Recibe un golpecito en la nuca, tan sonoro como poco doloroso. «¡Ay! ¡Tienes razón, mamá, es una porquería de truco!»

Cantor sólo tarda unos instantes en reunir las pruebas que contrastan el testimonio de los irrecordables. Está tentado de dejar el lector a la chica, pero desiste ante la mirada furiosa de Lagide. Prefiere atenerse al trato que hizo y le entrega el prisma que certifica sus existencias de ámbar. En las manos de la anciana, el cristal brillante y estilizado contrasta fuertemente con la palma curtida y arrugada, y los dedos retorcidos por la artritis.

Cantor está satisfecho, es una investigación limpia y ordenada. Un trabajo bien hecho, aun con pocos medios. Se dirige a la Malkah para comunicar sus conclusiones.

«Podéis hablar libremente delante de Hannibal y de Ronan», le anima Solis cuando ve que duda ante la presencia de testigos.

A continuación, explica la secuencia de los acontecimientos: el desplome de la roca desde las alturas, la pérdida de conciencia de Aurèle y el rescate de Sarash, acto

heroico que desgraciadamente le costó la vida.

«—Estoy seguro —concluye Cantor cuando se les une Bayan —de que los irrecordables son sinceros.

—Entonces vuelve a interrogarlos —reprende Hannibal —porque te equivocas.

—Os aseguro que...

—Aurèle intentó matarla con la lanza del anciano —le interrumpe Hannibal.»

Cantor mantiene la calma, está acostumbrado a la hostilidad de quienes no obtienen la respuesta que desean, aunque rara vez tienen el tamaño y la reputación del Primus de la Tierra.

«En efecto. Además, este gesto refuerza la inocencia de Aurèle. Las fallas...»

Cantor mira inconscientemente a un lado, hacia el fondo de la cala donde palpita el abismo del mundo. Es imitado por todos los magos que le rodean, así como por Solis.

«... su reputación es tan siniestra que todo irrecordable preferiría morir antes que caer vivo en ella. Por eso todos los grupos de recolectores tienen lanzas, para rematar al desafortunado que esté a punto de ser engullido.

—¡Tonterías!

—Si estuviéramos en Arkhante, estaría de acuerdo con vos, Primus. Pero aquí, en la Fisura, es un signo de piedad. Las anomalías no sólo han cambiado las leyes del mundo, sino también las de la humanidad.

—Tonterías... —replica Hannibal obcecado.

—Cantor, vos decís que los recolectores son sinceros —señala Solis. Pero, en vuestra opinión, ¿están realmente diciendo la verdad?

—Yo...

—Perdonadme, Malkah —intervino Bayan —, pero los augures no pueden dar opiniones personales, tampoco los

arkhontes. Los hechos son los hechos, y eso es todo lo que hay que saber.

—¡Te diriges a tu reina! —le recuerda Hannibal.

—Es por respeto a ella que me expreso en estos términos — dice Bayan inclinándose. La línea que separa los poderes mágicos de los dinásticos está claramente trazada en los acuerdos del Crisol, un decreto del cual sois valedora, Alteza.»

Cantor es claramente incapaz de descifrar el comportamiento de su camarada. Primero un torpe interrogatorio, ¿y ahora este recordatorio de los acuerdos tan grosero? ¿Cómo podría desconocer la Malkah que está prohibido que un noble practique la magia, ya esté sentado en el Trono esculpido, sea un dinasta o un simple jod? La única vez que se permitió este doble cargo fue para permitir que Aladrelle, la Primus-Malkah, detuviera al astranatogante, el tiempo necesario para construir una prisión alrededor de la criatura milenaria y encerrarla para siempre; Artellium casi no sobrevivió a ello. Desde entonces, han pasado cinco siglos sin que nadie se atreva a correr ese riesgo, y varios Maleks han sido ejecutados al primer indicio de magia: el último en ocurrirle, Stryge el Loco.

¿Podría la Malkah dominar la magia? Desde hace veinte años, el arkhano de la Luz busca un Primus, y entre los posibles candidatos destaca el nombre de Solis. Cantor siempre ha considerado que se trata de una hipótesis fantasiosa y descabellada, una forma de que los augures se burlen de su propia desesperación, de restarle importancia. Menos que un rumor, una conjetura, una teoría sin más. No puede ser verdad. Pero el extraño comportamiento de algunos de los arkhontes últimamente...

Sería terrible. Tan malo como el otro rumor que se desliza por los pasillos de la Luz, el de un complot para eliminar a

Solis. ¿Podrían estar relacionadas cada uno de esas teorías? Si Solis tuviera dotes mágicas, la preparación de un golpe de Estado estaría revestida de ejecución preventiva, necesaria a la vista de los acuerdos y de la historia.

¿Se involucraría Bayan en esto?

Lleno de confusión, un sentimiento insoportable para alguien que ha dedicado su vida a descubrir la verdad, Cantor vacila. ¿Debería sacar a colación esta inquietud que la Malkah parece haber percibido en él?

Los recolectores están convencidos de que Aurèle fue víctima de la caída de rocas, que es con mucho la explicación más lógica, una hipótesis que las magulladuras del gladiador no hacen sino respaldar. Sin embargo, no le vieron como tal golpeado por las rocas, por lo que persiste la duda, una incertidumbre no más sólida que la sospecha de que se incumplieron los acuerdos.

Torturado por sus pensamientos, Cantor duda...

10.3

... si pasar a la acción. Sifón cavila. Podría asfixiar a la Malkah; no, demasiado tiempo. Podría lanzarla por los aires, precipitándose hacia una caída mortal... Muy teatral, normalmente gusta de las muertes vistosas, pero en este caso y para su desgracia, debe actuar con discreción. Podría compactar el aire, hacerlo tan sólido como una punta de flecha, atravesar el ojo de Solis con él: pura poesía visual. O podría recubrir sus pulmones con una capa de vacío, impidiendo la respiración directamente en el origen: complejo, pero posible, un reto digno de su talento.

Tantas posibilidades y a la vez tan pocas certezas pueblan la Fisura. Una combinación frustrante para el asesino del Aire.

Vélive dejó instrucciones antes de regresar a Arkhante con Calyps: Isalys o Solis, quien sea, lo que importa es desempeñar un papel decisivo y visible en el momento oportuno de la toma de poder de esta, o la caída de aquella. Sea cual sea la hermana que acabe sentada en el trono, el Aire debe estar cerca, apoyado en el reposabrazos.

Vélive en estado puro: instrucciones tan claras como una niebla marítima. Sifón no tiene la locuacidad de su Primus, no domina la palabra como ella, nunca podrá hacerlo. Fue obvio desde su primer día en el Colegio del Aire, un lugar al que le enviaron sus padres a la fuerza, a él que soñaba con ser pirata en Alvilid. Siempre admiró el lado sangriento de la profesión. El día que vio regresar a puerto uno de sus barcos, salpicado de cubierta a vela por las tripas de un monstruo marino, ensartado por arpones de la mitad de la longitud del trinquete, supo que ése era su destino. Pero tuvo que ir al colegio de los magos blancos, con vestidos inmaculados y sucias sonrisas. Cuando sus compañeros se burlaron de él durante una prueba de canto, desolado por su destino arrebatado, se cortó la lengua en plena clase. A los doce años. Delante de los otros niños y de su profesor. Riendo como un demente con una sonrisa sanguinolenta. Demostraba, ya entonces, el innato y brillante sentido del drama...

La profesora de canto era Vélive. Convenció al decano de la facultad para que le dejara seguir estudiando, a pesar de la mutilación: al fin y al cabo, la magia es más soplo que dicción. Desde entonces, él nunca se separó de ella.

Con los años, Vélive se convirtió en Primus. Y él, en su alma maldita.

Ser mudo es a menudo una ventaja, obliga a escuchar. Sifón descifra sin demasiada dificultad la conversación entre Solis y los arkhontes, sabe interpretar las volutas de aliento en

sus bonitos labios carnosos, que desearía ver azulados por la asfixia. Sobre todo, escucha lo que no ha sido dicho, cuando Cantor se delata a sí mismo por los puntos de articulación que moviliza para hablar; por ejemplo, por la deformación de sus órganos de fonación: faringe, laringe, glotis. Sifón sabe interpretar estas señales.

El arkhonte tiene una duda, sospecha que Aurèle está implicado en la muerte de Sarash. No es realmente una sorpresa que lo sospeche: lleva la casulla roja, está ligado al Fuego. Sifón nunca ha comprendido las complejas relaciones entre los arkhontes y los cinco arkhanos elementales, le aburren. Demasiadas reglas matan la tensión dramática, todo el mundo lo sabe. No importa: las sospechas de Cantor son fundadas, Aurèle es parte de la trama. Vélive se lo ha dicho, pues ella también forma parte del complot. O bueno... da esa impresión ante Isalys, mientras espera la oportunidad adecuada para designar a la vencedora.

Si Cantor tiene dudas, es porque no participa en la conspiración. Bayan, que viste la casulla blanca del Aire, sin embargo está al corriente; al igual que Lantane, vestida con casulla verde de la Naturaleza, está implicada en la conspiración desde el principio.

Sifón se burla de estos arkhontes, que predicán la verdad pero se mienten abiertamente a sí mismos. Fingen revelar los grandes secretos del mundo y son incapaces de descubrir los pequeños secretos de su propio arkhano. Ridículo.

El asesino está listo, satura su sangre con oxígeno, para que pueda ser explosivo si es necesario. Observa a cada uno de sus objetivos potenciales: la Malkah que debe ser descartada en favor de su hermana, Cantor que debe ser eliminado antes de que desentrañe la trama, Aurèle que debe ser eliminado si complica la ecuación. Huele sus estados de ánimo, se empapa de sus olores, analiza el cóctel de sus hormonas para deducir

su forma física, para afinar su estrategia de ataque. Establece varias opciones, busca el mejor camino a seguir. Incluso debilitado, Aurèle sería el más difícil de manejar, escurridizo e impredecible... una verdadera corriente de aire, este hombre. Habrá sangre si hay que pelear, tendrá que arruinar esa cara bonita. Una pena.

Se obliga a sí mismo a hacer este tipo de ejercicios. Imaginar tales escenarios le permite ignorar la respiración caótica del vecino valle de Voblast, un pulso dinámico como la vida, apagado como la muerte. Un aliento de zombi que lo aterra como nada lo ha hecho antes. Escucharlo es como...

10.4

... un dolor terrible y devastador. Syläë lo siente todo, como si fuera su propio cuerpo: hematomas grandes como platos, luxación de rodilla, costillas rotas, perforación del pulmón izquierdo... Aurèle está gravemente herido. La Primus de la Naturaleza no renuncia aun así a curar al gladiador, es su papel, su misión. Su razón de ser. Su promesa a Isalys.

Tras frotarse enérgicamente las palmas, Syläë coloca sus manos sobre el pecho de Aurele y comienza su ritual de curación. Poco a poco, con pequeños toques, se apropia los golpes de Aurèle, los hace suyos. Al principio no siente nada, pero acabará sintiéndolo, una certeza que hace agónica la espera. Su rodilla empieza a cosquillear y después la sacude con furia. Su respiración se vuelve entrecortada, es como respirar en medio de un incendio forestal. Aunque mitigado por el hechizo, el dolor es punzante, una tijera que le corta los nervios. La sensación es tan aguda que bloquea su respiración, complicando su conjuro.

¿Cómo lo soporta Aurèle? Apoyado serenamente sobre la

caravana, parece un caminante tomando un descanso. Se niega a admitirlo, pero no puede soportar tales heridas, por muy atenuadas que estén, no sin sucumbir a ellas. No en su estado.

Sylaë se ha entregado demasiado, se ha comprometido demasiado, no puede rendirse ahora. Acorralada, saca de su bolsa la semilla de árbol-vida de la que nunca se separa. Cierra el puño sobre ella, aplastándola con una rabia desesperada, sacrificando cualquier posibilidad de plantarla algún día en el Claro de las familias de Orcunion. Actúa sin pensar, sin escuchar su canto interior; de lo contrario, nunca tomaría esta decisión. De las virutas de esta descendencia que nunca verá brotar y crecer, extrae la vitalidad necesaria para continuar su ritual.

Aurèle sanará, ella será capaz de ponerlo en pie.

La euforia de su éxito se evapora como el rocío de la mañana bajo las llamas de una súbita revelación: acaba de sacrificar más vida de la que ha conservado. ¿Puede seguir afirmando que es Primus de la Naturaleza?

«Gracias», dice Aurèle, doblando la rodilla, aún rígida pero funcional.

Sylaë barre el aire delante de ella, como para ahuyentar las palabras inútiles. En realidad, está esparciendo las feromonas que utiliza para conversar discretamente con el gladiador.

La comunicación por feromonas es un intercambio total. Por poco que sepamos captar todas sus fragancias, su perfume nos permite entendernos plenamente, e incluso comunicarnos entre especies en el lenguaje universal de la vida. Sonidos plasmados en sentimientos, en emociones, un mensaje que va mucho más allá de las palabras.

Aurèle está menos dotado que Isalys para interpretar los olores —aprendió sus secretos de segunda mano—, pero domina su lenguaje lo suficiente como para captar lo esencial.

En unas pocas emanaciones, Syläë toma nota de la situación con la misma claridad que un cazador al acecho.

Un toque de almizcle transmite la emoción de Aurèle cuando se le ordena eliminar a Hannibal (aroma de sándalo) y a Sarash (humo de incienso). Ante este ramo de popurrí, comprende que la orden procede del Consejo de Ancianos, pero el olor predominante de Isalys a flores secas de lirio delata su control sobre esta decisión.

Isalys... Syläë no se arrepiente de su decisión de ayudarle a derrocar a su hermana, su derecho al Trono es plenamente legítimo, ella lo sabe mejor que nadie. Sin embargo, la Primus vuelve a temer la sed de poder de su protegida, que desentona con la organización horizontal que impera en la banda Alas Sangrientas. En realidad, lo que más teme, como siempre, es su propia culpa. Saber si hizo bien en desafiar la orden del Malek aquella noche... La respuesta la aterroriza, un terror que arraiga en lo más profundo de sus entrañas.

Ya no es cuestión de cambiar nada, la conspiración está demasiado avanzada como para no llevarla hasta el final. La lealtad que siente por Isalys es casi filial, no puede echarse atrás. Simplemente, a Syläë le hubiera gustado ser consultada antes de que se ratificara una decisión tan radical como la eliminación de dos Primus.

Sorprendentemente, Aurèle percibe la frustración de la Primus. En torpes fragancias, expresa su divertido asombro: para cualquiera que la conozca, ¿cómo sorprenderse de que Isalys se haya mostrado decidida y convincente?

Syläë vuelve a ver a Isalys en pañales, el día que llevó la cuna de vuelta a la Gran Madre, que recibía a ambas en nombre del Consejo. Aún era una cría, pero Isalys ya fruncía el ceño, sus cejas tan rubias que eran prácticamente invisibles, esgrimía su pequeño puño para hacer ver que estaba allí contra su voluntad. Intentando ablandarla a la Gran Madre

dándole el pecho. La recién nacida la mordió hasta hacerla sangrar, aunque aún no le habían salido los dientes.

Aurèle tiene razón: ¿cómo creer que sería de otro modo, con Isalys al mando?

Sylaë suspira, repentinamente cansada, víctima de un poderoso impulso de acabar con todo: aroma de la mirra. Su suspiro es tan profundo que desencadena un largo y doloroso ataque de tos, que le hace escupir un poco de sangre. ¿El precio de la traición? No. Cuando amas tanto, nunca es traición.

Todavía arrodillada junto al gladiador, se vuelve hacia el resto de la caravana para observar las fuerzas presentes.

Entre los arkhontes, sabe que puede contar con Bayan, y aún más con Lantane, quien inició a Isalys en los arcanos de la Luz. Vélive también es uno de ellos, pero Sylaë no confía en Sifón: de un mago del aire callado sólo se puede desconfiar. Calyps es demasiado cambiante para tener una idea firme, sólo tomará su decisión una vez las cartas estén sobre la mesa, y quizá tampoco entonces. Con Shado desaparecido y con Sarash fuera del mapa, todavía queda...

Sus pensamientos se interrumpen cuando Sylaë se estremece bajo la frialdad de su propia indiferencia. ¿Acaba de morir la Primus del Fuego y su única reacción es considerar que se trata de un problema menos? Es despreciable por su parte, Sarash no se merece esto, ¡es la única que se preocupó de verdad por su salud en declive! La culpa se apodera de su garganta como un nudo seco. Sarash... Antes eran amigas... Antes de todo esto.

Una sombra la envuelve, impidiéndole seguir reflexionando. Levantó la vista para ver a Hannibal, que había venido a reunirse con ellos. Por su expresión hosca, imagina que está aquí para obtener respuestas, que espera claras y precisas.

Si se pregunta si alguno de ellos está involucrado en cuanto al Primus de la Tierra, Syläë no tiene ninguna duda: Hannibal eliminará en el acto a cualquiera que ponga en peligro la vida de Solis.

Esto significa que si alguna vez se delata a sí misma, Syläë está muerta.

... DRIVEN

Hannibal permanece inmóvil frente a Aurèle, tumbado, y a Syläë, agachada a sus pies. Con las piernas plantadas en la arena y los brazos cruzados, marcando bíceps, inclina ligeramente la cabeza hacia delante para mirarlos. Su cabeza calva eclipsa el sol que quema el desierto. Con su piel oscura cubierta de sudor, cuyas gotas atrapan la luz en efímeros diamantes, su silueta se asemeja a la sombra celeste de un ángel de la Muerte. Su martillo de guerra y su hacha, una en cada mano, sobresalen de sus hombros como muñones de alas cortadas, reforzando aún más la impresión de estar tratando con un emisario del inframundo.

El coloso no adopta deliberadamente un aspecto intimidatorio; lo único que le interesa es obtener respuestas de Aurèle.

Dejar claro que tiene razón.

El gladiador hace apartarse a Syläë, que se aleja con prudencia, y luego se levanta tranquilamente con la elegancia que le caracteriza. Cada sutil movimiento es transmitido por la partitura del suelo a Hannibal: la fuerza con la que pone la mano en el suelo, la rodilla todavía un poco rígida que se recoloca presionando con la palma sobre la rótula, el impulso

dado a la pelvis... La más mínima vibración es captada por la arena como un arco sobre una cuerda, con una granulosidad tan fina que el Primus podría cerrar los ojos y seguir el movimiento a pesar de todo. Vivirlo, *ser* ese movimiento.

Aurèle hace todo lo posible por ocultarlo, pero no se ha recuperado de sus heridas. Heridas infligidas por Sarash, ¡Hannibal está seguro!

El Primus explota, está a punto de quebrarse. Si cruza los brazos, no es para mostrarse imponente, es para no empezar a asestar golpes. En su interior se desarrolla un drama ctónico, una tectónica de sentimientos que remodelará el relieve de su personalidad.

Sarash ha muerto, ha perdido a una íntima amiga. Él lo sabe, lo siente, ella ha dejado definitivamente este mundo. Solis alberga la esperanza de que sólo haya desaparecido, pero él ha sentido cómo se rompía el contacto entre ellos.

Acababa de reencontrarse con ella, de retomar sus vínculos distendidos por la distancia y las responsabilidades... Todo parecía volver a ser como diez años antes, cuando trabajaban tanto y se divertían todavía más, regando las tabernas con alcohol y puñetazos.

Él había olvidado el sabor de esa actitud despreocupada, de esa alegría de vivir. La embriagadora melta de las noches de desenfreno se había vuelto rancia, dejando sitio solo al almibarado aroma del kharo que bebe la nobleza con el meñique estirado. Las tentadoras etiquetas de los fuertes licores se despegaron para mostrar solo la remilgada vida en la corte. Los chistes salaces se convirtieron en ingenio estirado.

¿Por qué habría de serle arrebatada Sarash tan brutal y cruelmente ahora que reanudaba esa vida de colegial que recuerda con tanto cariño? El destino no puede ser tan cruel, debe ser un complot. ¡Un complot urdido por Aurèle!

A menos que...

Retomar su amistad con la Primus del Fuego le hizo cuestionarse su relación con Solis. Lo dejó todo por ella. A petición de Tumul, se convirtió en su guardián y vigilante, su hermano mayor protector. Aceptó alejarse del Colegio de la Tierra para cumplir mejor su misión. A sus ojos, no se trataba de un sacrificio, ni siquiera de un deber impuesto por el honor. No. Simplemente, convertirse en un poderoso taumaturgo le parecía menos importante que cuidar de Solis. Nunca se arrepintió de su decisión. Nunca.

Al menos no hasta que llegó al Trono.

Desde entonces, las cosas han cambiado. Durante mucho tiempo, creyó en la evolución natural de las cosas: Solis desapareciendo bajo el papel de Malkah, él detrás como discípulo y más tarde como Primus. El paréntesis de sus años jóvenes se cerraba con sensatez, la edad adulta imponía su marca. Las responsabilidades, las limitaciones, las obligaciones de la vida pisoteaban el candor del pasado, la ingenuidad, el lugar de ciertos sentimientos, de ciertas emociones.

Y entonces llegó el otro, silbando como si nada, seguro de sí mismo hasta decir basta, como si lo hubiera visto y vivido todo. Caído del cielo, el hermoso Aurèle, el falso rebelde. Insoportable. Sin pudor, posa, se peina con falsedad hacia atrás cuando el viento sopla a través de su melena medio rapada y fea, arquea la espalda exageradamente y pone sus bíceps de mequetrefe en exposición. Patético. Un comediante, un fanfarrón... ¡Un auténtico payaso! Y Solis se lo cree sin pestañear. Se traga estas patrañas con una sonrisa sensiblera. Exasperante. Asqueroso. El traidor. El gusano en la manzana. El topo que escarba en la tierra. ¡Su Tierra!

Desde su primer encuentro, en los palcos del Appologium, Hannibal percibió la atracción que Solis y Aurèle sentían el

uno por el otro. El seísmo. El desprendimiento interno. Impredecible, fuera de lugar, demasiado repentino. Entre ellos nació esta llama sangrienta que rápidamente se convirtió en hoguera. Pensó que sería una llamarada, pólvora mojada. Pero no fue así. Peor: a pesar de todo lo que le enseñaron sobre su papel, Solis le sigue a todas partes y a todas horas, sin miedo, sin orgullo, barriendo toda desconfianza.

¿Dónde ha ido a parar el hogar fraternal que durante años había construido para ella, piedra a piedra? Del castillo que se veía desde lo alto de las montañas, tan vasto como era, queda tan solo una fortaleza inmensamente apagada e insípida.

Hannibal hace una mueca. Una ira violenta sube por su tráquea, como una enorme riada. El nudo que oprime su garganta tiene un nombre, el de un irrecordable que apenas se atreve a pronunciar a riesgo de evocar la ira, la injusticia, el peligro y la sed de venganza.

Todo esto bulle bajo el caparazón marmóreo de Hannibal mientras Aurèle se levanta lentamente, sereno, indiferente a la fría cólera de quien tiene enfrente.

Los dos guerreros están cara a cara, con las mandíbulas apretadas por una virilidad desafiante y la mirada sombría. No necesitan hablar para entenderse: mal que le pese a Hannibal, Aurèle y él utilizan el mismo lenguaje, no necesariamente el mismo vocabulario, pero al menos una gramática similar.

El coloso percibe con claridad que el gladiador no se delatará, igual que él tampoco cedería. Se enfrentan como rodomontes, como bravucones que ni se doblegan ni se rompen. Si uno de ellos hubiera tenido la fluidez y la calma de la marea, podría haber erosionado con paciencia la roca que tiene enfrente. Pero ambos son demasiado testarudos, demasiado monolíticos. Su enfrentamiento solo puede convertirse en un choque de placas continentales que se

rozan destruyéndolo todo a su alrededor, en un violento terremoto con el único objetivo de saber quién dominará a quién.

Hannibal juega y va a por todas: decide recordarle que él es el Primus y Aurèle su discípulo.

Con un gesto lento, agarra el martillo de guerra que tiene a la espalda y, con el brazo extendido, lo coloca sobre el hombro de Aurèle, como si fuera una espada para nombrarlo caballero.

El gladiador le deja hacer, para más tarde atrapar el arma en el último momento, justo por encima de su clavícula. La cabeza del martillo golpea contra su palma, sus dedos se cierran sobre el hierro. Hannibal hace fuerza con su brazo, Aurèle hace más presión. Se da paso a un trémulo pulso que lucha por designar un ganador...

De repente, la cabeza del martillo estalla como un bloque de hielo.

Hannibal está atónito, estupefacto. Él que siempre había dudado de los dones mágicos de Aurèle, le ve movilizar el prana por primera vez. Más desconcertante incluso es el hecho de que ignora qué hechizo ha lanzado con exactitud, pues nunca ha visto a un taumaturgo utilizar un conjuro semejante.

¿Podría tener razón Tumul? ¿Será Aurèle un mago superdotado, con un potencial tan vasto que es capaz de explorar territorios mágicos desconocidos? ¿Es el legítimo heredero de la Tierra?

«¡No! ¡El Primus soy yo!»

Hannibal utiliza todo el poder de su arte. El suelo se desgarras, atravesado por un sinfín de gruesas agujas de piedra tan largas como jabalinas. Amplificado por la impredecible Fisura, el brutal ataque levanta...

11.2

... una tormenta de arena seguida de un maremoto rocoso. Keya siente profundamente los desgarros subterráneos al romperse la capa freática sobre la que se encuentran. Con sus cimientos agrietados, la cuenca vierte sus aguas en las rendijas de la roca como sangre que fluye de una herida.

Es una locura lanzar un hechizo así aquí, donde la magia es incontrolable. Esta lucha causará daños colaterales terribles, la discípula del Agua no tiene dudas.

Un rápido vistazo al horizonte le permite evaluar a las posibles víctimas. La Malkah está bajo la protección de Ronan, está a salvo. Los otros magos podrán cuidarse solos. Syläë, que era la más cercana de los dos adversarios, se ha puesto ya a cubierto. Quedan los soldados y la servidumbre, que necesitan ser puestos a salvo.

Sin dudarlo, Keya conjura con voz melódica. Atrae hacia sí el contenido de la cuenca subterránea. Encantadas por el lirismo de su voz, las aguas de la capa suben en un lento goteo antinatural. La discípula escucha la alegría desbordante que les produce este regreso a la superficie, una especie de efervescencia que, salpicando, estalla en burbujas de risa. Filtradas quedan las aguas, lavadas de su largo y restringido sueño, ellas que una vez vivieron al aire libre, cuando aún formaban el mayor lago de Solon.

Al contacto con ellas, Keya revive por poderes el ritual iniciado veinte años atrás desde las orillas de lo que hoy es el Lago Salado. En plena Guerra de los Héroe, Aria, la antigua Primus del Agua, dirigió el mayor recital de la historia del arkhano, un coro con los mejores videntes para interpretar una obra especialmente compuesta para la ocasión. Fue el libreto coral más complejo jamás escrito, y también el más terrible, hasta el punto de que todas las copias fueron

destruidas posteriormente y las auatecas limpiadas de su memoria.

Pero no se puede borrar el recuerdo del agua.

Las gotas recuerdan al coro de sopranos y barítonos, tenores y contraltos. Su canción era una oda, una declaración cegadora de amor, que incita todas las pasiones, todas las locuras. Todos los horrores.

Hechizadas hasta el punto de desafiar las leyes naturales, habían volado como una lluvia inversa, se habían agrupado en una espesa niebla, se habían precipitado hacia los soldados mantreses, se habían deslizado hasta el fondo de sus pulmones para ahogarlos al aire libre. Jadeos húmedos, gritos reducidos a meros gemidos, últimas palabras sofocadas, gargantas llorando más lágrimas de las que los ojos pueden contener... un ahogo lento y terrible, una agonía interminable.

Keya ha visto la escena representada en los bajorrelieves del Crisol. Muestran a Aria y al coro completando el impío ritual con sus propios fluidos, ofreciendo sus vidas para expiar su crimen. De sus bocas cantando las notas finales del recital emergen sus almas líquidas para unirse a la riada mortal. La discípula ha visto las esculturas, se ha conmovido por el sacrificio de estas leyendas del arkhano. Ahora que lo ha experimentado a través del agua asesina, el recital ya no es heroico a sus ojos.

Miles de ciudadanos-accionistas murieron aquel día, al igual que el lago quedó reducido a una lúgubre llanura recubierta de sal. Las aguas malditas que habían participado en la masacre se escondieron avergonzadas en el subsuelo arcilloso bajo la arena, refugiándose en la cala que antaño albergó un oasis. Se escondieron allí hasta este bendito día, este momento mágico en el que una adivina los convoca de nuevo; no para quitar vidas, sino para salvarlas.

En la superficie, la arena se humedece y acaba cubierta por

una fina película húmeda. Fluida, amotinada, el agua estancada se desliza bajo botas y sandalias, levantando a sus dueños apenas un dedo, arrastrándolos con su corriente constante y poderosa. A su pesar, soldados y sirvientes interpretan una ópera: sus gritos de sorpresa son un concierto; sus torpes movimientos para mantener el equilibrio, un ballet; y así la cala se transforma en un inmenso escenario improvisado.

En unos instantes, todos están fuera del alcance de la lucha de los dos taumaturgos. Las aguas, liberadas, vuelven a las profundidades, salvo unos pocos hectolitros que prefieren evaporarse en el aire polvoriento de la Fisura. Pero todos cantan las alabanzas de su libertadora.

Sorprendida, decidida, inspirada, preocupada, aliviada, conmovida... Keya ha pasado por todos estos estados en un accidentado e ininterrumpido viaje emocional, como el oleaje en medio del vendaval. Ahora, ante la furia que impulsa a los dos combatientes, queda conmocionada. Hannibal se ha transformado en un monstruoso golem de piedra, mucho más imponente de lo que ya es el coloso. Aurèle le esquivo dando vueltas en el aire, encaja golpes que partirían rocas, se ríe de tanta ferocidad.

Keya se pregunta si debería intervenir para separarlos. Rápidamente se da por vencida: no solo es peligroso, sino que nadie está legitimado para interferir en una pelea entre un Primus y su discípulo. Si Hannibal cree que la fuerza es la vara con la que debe medirse la valía de Aurèle, entonces así debe ser.

Sin embargo, Calyps nunca actuaría así. Si estuviera presente, despreciaría los métodos brutales de Hannibal. Prefiere la presión psicológica a la violencia física. Calyps nunca se enfrentaría a su discípulo, preferiría elegir a dos y ver cómo se juntan y se separan. Calyps es una capitana,

rozan destruyéndolo todo a su alrededor, en un violento terremoto con el único objetivo de saber quién dominará a quién.

Hannibal juega y va a por todas: decide recordarle que él es el Primus y Aurèle su discípulo.

Con un gesto lento, agarra el martillo de guerra que tiene a la espalda y, con el brazo extendido, lo coloca sobre el hombro de Aurèle, como si fuera una espada para nombrarlo caballero.

El gladiador le deja hacer, para más tarde atrapar el arma en el último momento, justo por encima de su clavícula. La cabeza del martillo golpea contra su palma, sus dedos se cierran sobre el hierro. Hannibal hace fuerza con su brazo, Aurèle hace más presión. Se da paso a un trémulo pulso que lucha por designar un ganador...

De repente, la cabeza del martillo estalla como un bloque de hielo.

Hannibal está atónito, estupefacto. Él que siempre había dudado de los dones mágicos de Aurèle, le ve movilizar el prana por primera vez. Más desconcertante incluso es el hecho de que ignora qué hechizo ha lanzado con exactitud, pues nunca ha visto a un taumaturgo utilizar un conjuro semejante.

¿Podría tener razón Tumul? ¿Será Aurèle un mago superdotado, con un potencial tan vasto que es capaz de explorar territorios mágicos desconocidos? ¿Es el legítimo heredero de la Tierra?

«¡No! ¡El Primus soy yo!»

Hannibal utiliza todo el poder de su arte. El suelo se desgarras, atravesado por un sinfín de gruesas agujas de piedra tan largas como jabalinas. Amplificado por la impredecible Fisura, el brutal ataque levanta...

observa la frontera movediza de dos mares que buscan dominarse mutuamente a golpe de olas perversas.

Keya lo sabe, Honora habría intervenido, no habría resistido el impulso de añadir su granito de arena. Esta simple certeza la convenció de mantenerse alejada.

En cualquier caso, si alguien tiene que reaccionar, es la Malkah quien debe hacerlo, pero Solis permanece impertérrita. Es imposible saber si está horrorizada o indecisa. Keya la observa, más pálida que de costumbre, con los dedos alrededor de su trenza. Si no hubiera extraído tanto de su escaso suministro de prana, Keya podría haber adivinado los pensamientos superficiales de la reina. Aunque probablemente no se habría arriesgado: si es peligroso interponerse entre Hannibal y Aurèle, es potencialmente mortal forzar la privacidad de Solis.

Ver a la Malkah comportarse así le hace perder toda credibilidad a los ojos de Keya. La discípula ni siquiera pierde el tiempo preguntándose qué pensaría Calyps, o cuáles serían sus instrucciones: mientras Keya represente aquí su arkhano, Solis no contará con el apoyo del Agua.

Como liberado de un...

11.3

... enorme peso, Aurèle se siente un hombre nuevo. ¡Domina la magia! ¡Está a la altura de los Primus de la Tierra!

Pero queda mucho por hacer. Frente a él, Hannibal se ha dividido en un pequeño ejército de golems idénticos. Hechas de arena mojada, las copias imitan al original a la perfección, hasta los tonos cobrizos de la piel del coloso: imposible saber dónde está el verdadero Hannibal. Un ejército de puños le apunta, un muro de golpes que reducirían a añicos la roca

más resistente.

Excepto porque ninguno de los ataques le alcanza.

Aurèle esquiva por el aire, se agacha, se divierte esperando hasta el último momento, casi sintiendo el soplo del ataque. Luego, brinca y hace piruetas, ágil como un pájaro, tanto tiempo suspendido en el aire que parece volar en una danza de equilibrista.

Él, que se imaginaba libre, descubre que lleva toda la vida encadenado, prisionero de la tragedia de su infancia que cerró con candado su relación con el prana. Su anterior batalla con Sarash le obligó a romper ese yugo, y ahora que su magia está desatada se siente ligero, ágil. Ahora hace algo más que bailar con la Muerte, le hace girar hasta marearla.

Impulsados por la magia, sus sentidos le revelan un nuevo mundo. Al tacto, el suelo le parece un manto extendido sobre el vacío, incluso un ligero peso distorsiona el tejido y le alerta, de modo que anticipa el menor movimiento a su alrededor con la agudeza de una araña en su tela. A sus ojos, la materia —tanto inerte como viva— aparece en toda su fragilidad, exponiendo sus defectos. Hannibal no es consciente de ello, pero su engaño no funciona con Aurèle; detecta sus gólems tan fácilmente como se distingue a un individuo de sus reflejos en un lago de superficie agitada.

No sabía que la Tierra permitiera tales proezas. No intenta comprender, actúa por instinto, con la cabeza a la zaga y el cuerpo en acción, tan imprevisible como un animal salvaje. Solo que más peligroso.

Tras haber evitado de un salto una ráfaga de grava afilada como una cuchilla, Aurèle se apoya en las paredes que rodean la cala y se lanza hacia delante sobre uno de los gólems, con la pierna estirada horizontalmente y el pie duro como una flecha. En pleno vuelo, desvía su trayectoria para golpear al verdadero Hannibal, sin apoyarse en ninguna parte, o bien en

el vacío, un movimiento normalmente imposible de ejecutar.

Y de repente lo comprende: no es la Tierra la que obedece sus órdenes, sino la gravedad. Habiendo crecido en la Fisura con su gravedad, juega con la atracción de la Tierra, forzándola a obedecer su voluntad en lugar de las leyes naturales. Por eso pudo escalar el Miragor con tanta facilidad, convirtiéndose en el primero en conquistar este pico mítico. Y el único también. El único. El ya legendario. Estaba tan orgulloso de sí mismo, que si hubiera sido consciente de todo su potencial en aquel momento, ¡podría haber subido volando!

Sus dedos del pie, rígidos, golpean a Hannibal en el pectoral izquierdo y perforan el músculo. Alcanzará los órganos internos, los reducirá a pulpa como un cítrico aplastado con su mano. ¡Ha ganado!

La potencia del impacto sube por la pierna de Aurèle, su rodilla recién curada arde de dolor. La realidad le alcanza de repente, le vuelve sobrio como una pelea a navajazos en una noche de borrachera, le hace pagar por toda su osadía. En un terrible momento de lucidez, el gladiador toma conciencia de que en realidad es un novato que descubre sus habilidades, frente a un Primus que ha entrenado toda su vida. Más que eso, este combate es el de un herido de guerra que se enfrenta al campeón del bando contrario. Derrotó a Sarash tomándola por sorpresa, obligándola a actuar como una heroína; Hannibal, en cambio, está totalmente concentrado y no tendrá piedad, al menos no con él.

La piel de Hannibal de repente se convierte en mármol, y el tobillo de Aurèle queda atrapado como en un cemento de secado inmediato. Un par de brazos con garras emergen de los costados del coloso, extremidades que atraviesan su crisálida, agarrando la pantorrilla de Aurèle aún en horizontal, clavando sus garras en la carne. El gladiador pasa de poder

volar a ser víctima de la caza.

Ahora Aurèle se pregunta por la nueva sensación que le embarga. Él, que no intelectualiza nada, que navega sobre el flujo de los acontecimientos en lugar de luchar a contracorriente, que piensa en el ahora y nunca en el mañana. Esta náusea que asoma desde el fondo de su garganta con un poderoso y nauseabundo olor a bilis...¿Es esto el miedo?

«—Vuelas, revoloteas, picas —gruñe Hannibal—. Un verdadero avispón.»

Dos pares de brazos adicionales nacen de sus costillas para agarrar a Aurèle por las muñecas y el cuello.

«Olvidas que un solo movimiento basta para hacerte papilla.»

Con el gesto de un empalado que retira la lanza clavada en su vientre, Hannibal arranca el pie de Aurèle de su pecho.

«Crees que eres de la Tierra, pero no eres más que polvo.»

De nuevo sometido a la gravedad, el gladiador se encuentra erguido, sujetado por Hannibal con los pies a un palmo del suelo. Sigue pareciendo un pájaro... sostenido en las manos de un cazador decidido a no dejarlo volar.

Aurèle no debe perder esta lucha bajo ningún concepto. No es una cuestión de orgullo, ni siquiera de vida o muerte. El Consejo cuenta con él, Isalys aún más, no puede fallarles. La conjura debe completarse, Solis debe morir. Es imperativo.

Para recuperar mejor el aliento, tuerce el cuello, prisionero de las garras de Hannibal, y fuerza su mirada hacia el extremo de sus párpados. Gracias a un esfuerzo doloroso, por fin ve a la Malkah.

Solis...

Toda la fuerza de voluntad le abandona, drenada. Su lealtad es a Isalys, eso es un hecho innegable, sin embargo Solis es tan... No sabe, ya no sabe. ¿A quién proteger, a quién servir, en nombre de quién morir? ¿Merece la pena o da lo mismo?

Se siente cansado, agotado. La vida en palacio le ha anquilosado, sus heridas le han mermado, su nueva magia le ha agotado. Se encuentra en medio de una caída, como si hubiera esnifado polvo de ravix, un descenso más empinado que un precipicio, el peor que ha experimentado nunca. En la euforia de la adrenalina, ha descubierto una pizca de prana que no sabía que tenía, y ahora que la hormona está menguando está redescubriendo el amor por Solis. Sí, "redescubierto", porque sabía que estaba enamorado desde el Appologium. Después, hizo todo lo posible por olvidarlo, pero permanecía ahí, en algún lugar de esa bola de alambre de espino que le hace las veces de corazón.

Tiene ganas de reír a carcajadas, pero las garras de Hannibal le aplastan la glotis, reteniendo su hilaridad en lo más profundo de su ser. Podría llorar, pero no es su estilo. Podría rebajarse intentar gritar su rabia, pero no, rotundamente no. Así que le sonríe descaradamente a ese arkhante al que se imagina imponiéndose como maestro. Créeme, ¡no eres el primero!

Su actitud bravucona oculta mal el hecho de que ya no sabe ni amar ni...

11.4

... cómo reaccionar. El labio inferior de Solis palpita, se convulsiona, sus dientes casi castañetean. De su cuello descienden gotas de sudor, su piel tiembla y se arruga bajo la tensión que retuerce y atenaza su cuerpo. Está paralizada, incapaz de moverse.

Mira a Hannibal —cejas fruncidas de odio, rostro salpicado de agresividad— y siente sus entrañas aplastadas por una decepción fría como el metal. ¿No podría simplemente... parar? Toda esa violencia impulsiva la avergüenza. No es a Aurèle a quien las garras de Hannibal intentan reducir a pedazos, sino a su historia, a sus momentos de complicidad fraternal en una vida cuya infancia juzga privada de familia y de amor.

La mirada de Solis se posa en el gladiador, también un auténtico bruto, ¿cómo ha podido olvidarlo? En su relación con Aurèle, algo se vuelve agrio, agridulce, un licor fuerte que se enturbia por mal filtrado. Su instinto le grita algo en un idioma que desconoce.

Sus dedos empiezan a temblar y se aferran a su trenza para no convertirse en las garras de una demente. Lo sabe, lo siente: va a perderlos a los dos, si no a sí misma. Todo su cuerpo se estremece por dentro, un sudor frío, una caída, pero por fuera no pestañea.

Bajo la presión de estas dudas acumuladas, va teniendo la certeza de que en esta lucha hay mucho más en juego, que

afecta menos a Solis que a la Malkah, una convicción que debilita las fortificaciones de las que se ha rodeado, defensas que ceden de repente.

Todo tiembla en su interior. La vista nublada por el calor del desierto, las gotas de sudor cubriendo su frente, los motivos que la impulsaron a realizar este viaje, los cimientos de su personalidad, la imagen que tiene de sí misma... Se siente otra persona, un vulgar reflejo, una sombra proyectada en una pared... Todo tiembla.

Sin motivo aparente —si es que puede haber alguno—, Aurèle sale de repente de su apatía. Su presencia se vuelve imponente, cada vez más atractiva, como si vampirizara toda la energía que le rodea y quedara aspirada dentro de... ¿del ámbar que lleva al cuello?

Hannibal gruñe por el esfuerzo: Aurèle parece cada vez más pesado. Sus brazos artificiales de tierra y roca se esfuerzan por soportar la carga, se convulsionan y luego se desgarran. Con el largo crujido de un tronco rompiéndose en la tormenta, los miembros estallan y caen hechos polvo ante los ojos del Primus, que parece no entender lo que está sucediendo. Su asombro no dura mucho, la pelea se reanuda y acapara toda su atención.

Solis aparta la mirada, aún indecisa e impotente, no quiere presenciar lo que vendrá después. Una bola de ansiedad se calcifica bajo su esternón, impidiéndole respirar correctamente, robándole el aliento, sus opciones y su poder. Gira la cabeza hacia otro lado, mira el horizonte a lo lejos, lejos de la escena que se está representando, cuyo estruendo la angustia y la enferma.

Entonces ella lo ve. El primer rayo de Rainar, el otro sol de Artellium. Es sutil, indiscernible, y sin embargo Solis está convencida: Rainar saldrá pronto.

Mientras que Galana y su enorme esfera roja anaranjada

puntúa los días, Rainar sólo es visible la mitad del año. Estrella fija en el cielo, tiene una larga noche de medio año, mientras el planeta describe la primera mitad de su órbita, seguida de un día de la misma duración. Rainar no es más grande que un puño visto con el brazo extendido, comparable en tamaño a Balor, la más pequeña de las tres lunas. Su brillo es apenas superior al de K̄aras, la luna del bosque, y su tono blanquecino es más resplandeciente que el azul de Regel, aunque mucho menos cautivador.

La singularidad de Rainar, en cambio, no tiene igual entre las estrellas. El sol tiene forma de peonza, con un disco central macizo y aplanado del que salen a ambos lados dos largos rayos con forma de cola de cometa. Una magnífica rareza, una notable anomalía que sólo puede alentar la creencia en el poder divino.

Es uno de estos rayos el que Solis está observando en estos momentos. Rainar sigue oculto tras el horizonte, y no será realmente visible hasta dentro de varios días; sin embargo, su amanecer ya se anuncia.

Lo cual es imposible.

La aparición de Rainar es examinada con lupa por todos los astrólogos, su efeméride se conoce desde hace siglos, es objeto de celebraciones organizadas por el arkhano de la Luz en todo Arkhante. ¿Cómo puede ella ver el rayo de Rainar antes que nadie?

Solis se vuelve hacia Cantor y Bayan quienes, mejor que ella, deberían haberse dado cuenta del fenómeno celeste. A primera vista, comprende que no es así: los arkhontes están preocupados por la lucha, por la posible inclinación de las alianzas, pero no por el penacho de Rainar. Sin embargo, Solis se muestra confiada como pocas veces lo ha estado. La lógica, la mecánica celeste, la larga experiencia en la escuela de la Luz, su propia experiencia: todo le asegura que está

equivocada.

Pero prefiere hacer caso a su instinto.

Sus temblores cesan de repente. Lo que vibraba frenéticamente en su interior un momento antes se apacigua, mientras una gran calma se apodera de ella.

Qué importan las maniobras de alcoba, las dudas de sus allegados, las expectativas de los arkhantes. Nada de eso la compromete, no depende de los deseos de los demás. No está aquí en la Fisura ni por casualidad ni por capricho. Tiene dos objetivos: restablecer el ciclo de prana y encontrar a su hermana. Ella pensaba que eran objetivos separados, pero en realidad tienen una cosa en común: Aurèle. No solo la guía hasta su hermana, sino que también es el portador de ese misterioso ámbar que, de forma inexplicable pero evidente, canaliza el prana.

Todo se vuelve más claro, sabe exactamente cómo actuar.

Solis avanza hacia los dos combatientes, sin ansia pero con decisión. Preocupado por su seguridad, Ronan intenta detenerla antes de rendirse, incapaz de oponerse a la determinación de su Malkah. El arquero no lloró la muerte de Ruby y Hanzo: habría sido sacrílego, pues las lágrimas no deben acompañar el regreso de los muertos entre los kamis. Sin embargo, dudó del valor de su misión durante un suspiro, un breve tiempo que le pareció tan largo como la creación del mundo. Viendo a Solis caminar como lo hace, la duda desaparece. Incluso su recuerdo de haber dudado alguna vez se ha vuelto incierto...

A Cantor, la figura de Solis le parece envuelta en luz, y tiene la sensación de estar presenciando un amanecer anticipado de Rainar, para el que solo faltan siete días. Sus prerrogativas como arkhonte le han puesto en contacto con los poderosos de este mundo: dinastías, potentados, líderes gremiales... Nunca se había topado con alguien con tanto carisma, con

una autoridad tan silenciosa. No desde que saludó de niño a Calista, la Primus de la Luz que desapareció durante la Guerra de los Héroes y a quien nadie ha reemplazado jamás...

Sifón está tan sorprendido por el cambio de actitud de la Malkah que, durante un tiempo, deja de oír el latido del Valle del Voblast, amortiguado por la serena armonía que emana de Solis. Toma una decisión precipitada: no intentará nada inmediatamente, el complot ya no puede jugarse con un simple gambito de dama...

Después de sanar a Aurèle, Syläë se desplomó, de espaldas a la pared, lejos de la lucha, de la trama, de todo. Ahora no es más que madera a la deriva de la marea caprichosa, destinada a varar en la orilla de sus esperanzas, bañada por la sal de los remordimientos. Cuando Solis se encuentra de repente rodeada por un aura invisible pero deslumbrante, la Primus de la Naturaleza gira espontáneamente su rostro hacia esta fuente de luz, como un girasol estira su corola hacia el sol. Dulce es la sensación en su piel marchita, que recupera parte de su resplandor y color. Saborea cada rayo bienintencionado, con los ojos cerrados y los párpados rosados por el nuevo astro. De repente, la semilla de la duda atraviesa la corteza de su elección. ¿Hizo bien en elegir a Isalys en lugar de a Solis, e incluso en enfrentarlas en lugar de dejarlas juntas? Las lágrimas de Syläë riegan silenciosamente esta semilla...

Cuando Keya ve a Solis acercarse a los dos contrincantes en plena pelea, un recuerdo le viene de repente a la memoria. Fue hace cinco o seis años, cuando ella y Honora se habían retado a un desafío insensato: invertir la cascada de un brazo muerto del río Namani. Cuando sorprendió su infantil competición, Calyps se unió a ellas y, con el agua hasta los muslos, colocó la palma abierta en la superficie agitada por la

corriente. Una onda concéntrica nació bajo su mano, una sola ondulación que dejó tras de sí un círculo creciente de agua tranquila y estancada. La corriente no solo estaba alterada en la superficie, pues Keya sintió bajo sus pies que el arroyo se había paralizado en esa zona, como un estanque en un día sin viento. Ella y Honora habían querido domar la cascada, pero Calyps le había traído la paz. Lo que Solis está logrando ante sus ojos, en medio de esta vorágine política, forma parte del mismo milagro...

De toda la caravana —de los Primus a los discípulos, de los soldados a los sirvientes—, Hannibal y Aurèle son los últimos en darse cuenta de la metamorfosis de Solis. Concentrados en su enfrentamiento, que ellos mismos ya no saben si es una pelea entre púgiles o un combate a muerte, prosiguen su particular corrida de embestidas y estocadas.

Solis se cuela en la refriega.

Visto desde fuera, Solis agacha la cabeza justo en el momento en que Hannibal lanza una enorme piedra que se convierte en jabalina, girándose a medias para esquivar el proyectil que se tuerce cuando Aurèle gira la gravedad de vertical a horizontal.

Sus pendientes suenan como campanillas cuando los golpes pasan cerca de su cara, su trenza se engancha a la bota de Aurèle cuando él levanta la pierna, su vestido es brutalmente golpeado por una proyección de arena lanzada por Hannibal; todo ello sin que se sepa si evita conscientemente el peligro o si tiene una suerte extraordinaria. Definitivamente, es un poco de ambas cosas, el ritmo perfecto en el momento adecuado, mezclado con una conjunción de golpes de suerte.

Finalmente, los pulsos de Hannibal y Aurèle se sincronizan. Todavía no se escuchan, pero al menos pueden percibirse. Solis está a punto de poner fin a las hostilidades sin mediar palabra, con tan solo algunos gestos cargados de autoridad

real.

Entonces, ocurre lo imposible: los dos adversarios se separan con su lucha todavía inacabada. Respiraciones entrecortadas, barbillas altas, fuego en los ojos; pero la guardia, baja. Ya no tienen puños, sino manos otra vez... de las que se pueden estrechar. Entre ellos, Solis luce radiante, su voz transmite paz. Solo un corte en el pómulo izquierdo, una fina y elegante línea rematada con una gota de sangre, atestigua los riesgos que ha corrido.

«He tomado mi decisión, caballeros. Renuncio a visitar ONI, así que no hay necesidad de seguir con estas distracciones.»

Hannibal asiente satisfecho. Aurèle no aparta los ojos de Solis. Nunca se había sentido así, como un reptil bajo el hechizo de un encantador de serpientes. En un momento de ingravidez en que siente mariposas en su estómago, ya no sabe si este carisma sobrenatural pertenece a Solis o a Isalys...

«Cambio de destino. Aurèle, por favor, llévame al lugar donde encontraste ese ámbar. Sobre las ruinas de un edificio mantrés, si no recuerdo mal nuestra conversación a bordo del *Ingovernable*.

—¿Qué? —se atraganta el coloso. ¡Eso es aún más arriesgado!

—Y, sin embargo, ahí es adonde deseo ir.

—¡Solis! ¡Estás ciega! ¡No puedes confiar en él!

—Hannibal... Me gustaría que entendieras cuán equivocado estás. Crees que me proteges, y sé lo sincero y honorable que consideras hacerlo. Pero en realidad solo demuestras una cosa: que no confías en mis decisiones. No confías en mí.»

Pasó a tutearle sin más, una costumbre que se había perdido el día en que la joven ascendió al Trono de Malkah. A Hannibal le sorprende este detalle, clavado en la garganta

del remordimiento como Gaumry, el dragón clavado en la garganta del gusano de las rocas. ¿Por qué ahora, cuando su vida está en juego, Solis recupera toda su autoridad sobre él? En su vida, nunca ha estado tan orgulloso de ella, ni tan torturado por su deber...

«Así que te pregunto, Hannibal: ¿nos acompañarás o prefieres volver a Neftis?»

El Primus de la Tierra rumia su respuesta con más dificultad que si de un puñado de grava se tratara.

INTRIGANTE

«¿Profesora Il'ango?

—...

—...

—Sí, Dèle, te escucho.»

La jefa de servicio contiene un suspiro. Ya no puede más con su asistente, incapaz de tomar la más mínima iniciativa — ¡solo cuando levanta la mano para pedir permiso para ir al baño! Il'ango considera por enésima vez hacerse con un IAsistente, antes de razonar por segunda vez: cuando se trabaja para la clínica Shine-IS, líder en el sector de la terapia génica, se tiene un asistente humano. Punto. Sin contar que Dèle es un Genetoc —sobrenombre dado a los herederos de las siete grandes familias cuyo potencial ha demostrado ser inferior a las expectativas. Darle la bienvenida a su equipo le abrió el departamento de investigación de la Zoon.

Además, el bueno de Dèle tiene sus ventajas...

«El cónsul Arhax se ha permitido recordarnos que tiene una necesidad urgente de contactar con el maestro Sassaki, cuenta contigo para hacerle llegar el mensaje.

—Ha dicho más bien algo así como “dile a la otra codiota que más le vale transmitir el mensaje”, ¿verdad?

—Digamos que el Cónsul Arhax utiliza una retórica que yo calificaría de... franca. Y sí, se ha expresado más o menos así.»

Il'ango debería reírse, salvo porque Arhax la preocupa —por no decir que la aterroriza hasta el escalofrío. El Robótico está en todos los inmedios, en todos los programas populares, con un mensaje de una temible simplicidad: «¿Mantris carece de baterías? Es simple, Arkhante nos las está robando.» Este tipo de discursos gusta a algunos, preocupa a otros, pero no deja indiferente a nadie, hasta el punto de que se organiza un debate en directo con el Ordenador —las casas de apuestas preparan ya las apuestas, que se anuncian jugosas.

Se pusieron en contacto con Il'ango para formar parte de la coalición GenRob, propuesta que ella rechazó. A ella no le importa nada de eso, los problemas de las baterías no le conciernen. Su prioridad en este momento es no perder su trabajo. Ahora bien, para ello, debe obligatoriamente conseguir curar a Kora, esta... ¿esta qué? ¿Medi-Ciber-Genótica? ¿Mecinótica? En cualquier caso, una alianza aún mayor que la GenRob...

La jefa de servicio se centra en los hologramas sobreimpresos en el cuerpo de Kora, acostada en una mesa de operaciones de cerámica. Dedicar a su paciente cada minuto que consigue liberar en su agenda, por lo que ha hecho instalar todo el equipo en su despacho, en los últimos pisos de la corporación.

Las pantallas son casi inútiles: la mecinótica —este término servirá— está hecha a piezas, su cuerpo está modificado hasta tal punto que es en gran parte desmontable. Es imperativo para Il'ango entender por qué su tratamiento no funciona como ocurrió con Sassaki, por qué los rechazos de órganos se multiplican a pesar de los tratamientos inmunosupresores: rechazos brutales, similares a una sobredosis de tectónicos. Por enésima vez, se culpa de haber cedido al chantaje del

Ordenador: su puesto de directora de investigación en la Zoon es un honor, una oportunidad para Mantris de vivir mejor y más tiempo, incluso de llegar a tutear algún día a la eternidad. El portavoz de la Noria ha convertido esta responsabilidad en un medio para presionarla. Tal vez debería apoyar a Arhax, bien podría ayudarla a zafarse de su chantajista...

La científica siente la mirada de su asistente pesando sobre su nuca, pesado como un dalec averiado. ¿Cómo puede esperar concentrarse en estas condiciones?

«¿Hay algo más, Dèle? —suelta entre dientes.

—Se ha anunciado al maestro Sassaki, profesora.

—¿Ya?» Consulta la hora, se da cuenta de que el tiempo ha pasado sin darse cuenta —un efecto secundario de su metabolismo modificado, que solo necesita comer y dormir una vez cada tres días. «¡Bugdita seal!»

Sassaki ha cumplido con su parte del trato, se ha prestado para todos los exámenes y todas las muestras que ella ha pedido. Ahora viene a reclamar su recompensa, las grabaciones del combate librado por Kora, salvo porque una transferencia así podría dañar más todavía a la mecinótica. Es demasiado pronto, no está lista.

«Entretenlo, encuentra alguna forma pero apáñatelas para que no entre.

—Pero es que no sé dónde está.

—Pensé que su visita había sido anunciada.

—El maestro Sassaki ha pasado el control de seguridad, efectivamente, pero nadie sabe dónde está ahora.

—Estoy aquí.»

Reconocible entre todas, la voz de Sassaki proviene de... ¿de la terraza privada de su despacho?

Il'ango se queda petrificada, como la otra mañana cuando encontró un pequeño bicho lleno de pelo en su impresora de

alimentos. Tiene un nudo en el estómago a causa del miedo, el del animal frente a su depredador, una reacción atávica que las manipulaciones genéticas han sido incapaces de erradicar. Dèle, por su parte, literalmente, huye.

«Por favor, Il'ango, continúe. He llegado un poco antes, no pretendía interrumpir.»

Sassaki no se molesta en volverse hacia su interlocutora. Permanece de cara a la ciudad, con las manos en la espalda, con la mirada sumergida en las impresionantes vistas que ofrece la terraza panorámica.

Mantris despliega ante él toda su inmensidad en el esplendor de su alumbrado público, hasta el punto de que eclipsa la belleza natural del sol poniente. Variada, casi caótica, la vista ilustra la increíble diversidad arquitectónica y cultural de la ciudad. En la cima de las torres de un kilómetro de altura que cubren Mantris con un techo que se abre en paneles hexagonales, las pantallas ionizadas se cierran para proteger la ciudad-continente de la frescura de la noche. La operación provoca fuertes borrascas que se deslizan, ebrias de alegría, entre los rascacielos. Atenuadas por el campo de fuerza de la terraza, las ráfagas no se atreven a agitar demasiado la larga cabellera de Sassaki.

No se molesta al maestro, sobre todo cuando está de mal humor.

Como una vulgar máscara de carnaval, el magnífico panorama apenas disimula los disturbios que sacuden Mantris. La crisis energética es una fiebre sintomática de una ciudad-continente enferma, presa de un episodio delirante e irracional. Hasta ayer, los ciudacs mostraban solidaridad; hoy, colas serpentean delante de los centros de aprovisionamiento, reptiles pacientes que se abalanzan sobre la más mínima batería a medio cargar.

Si fuera médico, Sassaki diagnosticaría un rechazo de

trasplante: la hermosa unidad de los cinco tecnoestilos se ha disuelto bajo el ácido de las restricciones, mucho menos corrosivo, sin embargo, que la escasez total que amenaza.

Si fuera moralista, despreciaría la reacción apresurada de los ciudadacs, asustados ante la primera perturbación de su vida cotidiana, incapaces de dar un paso atrás, de hacer piña –una piña modificada genéticamente. Al hibridarse tanto, a fuerza de calmantes coraza y de órganos artificiales, reaccionan no al sentimiento sino a su retransmisión –por parte de los inmedios, de los IAsistentes, de los SIT... Estaba dispuesto a creer en el crisol, abierto a la posibilidad de que presente ventajas, no obstante, los acontecimientos no hacen más que confirmar su convicción íntima: la pureza genética es la única vía, la eugenesia la única solución, la sobriedad la suprema virtud y su escuela el último islote de serenidad en esa Mantris agitada.

Si fuera cínico, establecería un paralelismo entre el destino de Kora –sufriente, derrotada por Shado- y el de Mantris, afectada por la escasez, incapaz de vencer a Arkhante. La mecinótica y la ciudad son la prueba micro y macroscópica de que la mezcla de tecnoestilos no es saludable, ni siquiera deseable.

Si fuera...

Si fuera alguien que no fuera Sassaki, verbalizaría su disgusto, manifestaría su repugnancia. Pero no es así, como maestro zen, interioriza todo, guarda lo que piensa en la caja fuerte de su mente de acero templado, tan plácida como un lago de altitud en sobrefusión que se fuerza a la inmovilidad, evitando toda perturbación para no congelarse enseguida.

De repente, ve delante de él, a pocos metros, a un pyornis que lucha contra el viento que coge fuerza. La poderosa exhalación lo obliga a mantener un vuelo estacionario cuya aparente quietud es traicionada por sus largas plumas que, al

final del ala, se agitan hasta despegarse. Con el pico abierto, toda su envergadura desplegada, silencioso entre los silbidos burlones del viento, podría pensarse que está simplemente inmóvil mientras lucha. El animal encarna el coraje, pero sobre todo la contradicción, un estado de no actuación frente a los elementos —a los *eventos*— que se desencadenan.

Este pyornis es el grano de arena que cristaliza el desprecio de Sassaki en tristeza. Ama a Mantris, profundamente, con sinceridad, se conmueve por los tormentos que atraviesa, los considera con pesar más que con disgusto. Demuestra una tolerancia que se reserva a los más próximos cuando se extravían. Siente incluso una parte de responsabilidad, del mismo modo que los padres no pueden librarse enteramente de los errores de sus hijos.

Lo más sorprendente es que siente lo mismo por Kora.

«Profesora — dice al abandonar la terraza mientras entra en el despacho. Además de algo más de tiempo, ¿qué necesita para cuidar a su paciente?» Él adivina que Il'ango teme una pregunta trampa, por lo que añade: «No le tacho de charlatana, así que agradecería que no me imaginase como un político.

—Si supiera lo que le ocurre —suspira ella. La explicación más lógica sería que la paciente se resiste voluntariamente al tratamiento.

—Tal vez sea ese el caso.»

Después de llegar a donde estaba Il'ango, Sassaki señala el cuerpo de Kora, reducida al estado de cadáver en plena autopsia.

«No —asegura Il'ango—, estoy segura. La mente no puede imponerse así al cuerpo, es metabólicamente imposible.

—Personalmente, dudo que el ser humano haya llegado a comprender todas las sutilezas de la mente. ¿No fue usted misma la que me dijo una vez que la ciencia se escribe sobre

las ruinas de las certezas? ¿Por qué no seguir explorando esa hipótesis?

—¡Es que... en mi carrera, nunca he visto tal nivel de alteración, ni siquiera sabría identificar claramente su sexo!

—¿De verdad?

—Todos sus órganos sexuales han sido extirpados, mire.»

Il'ango señala la ingle vaciada hasta dejar aparecer las caderas, así como la caja torácica reforzada por implantes de ceramictal.

«Dígame, Il'ango —responde el guerrero—: ¿por qué citar el criterio del sexo en particular?

—¡Por algo hay que empezar! Y el historial médico dice claramente que Kora es de sexo femenino. Hablo de hechos, Sassaki.»

La voz de la profesora se congela, como atrapada por el frío de su despacho transformado en morgue. Sassaki hace caso omiso de esa familiaridad para responderle con un tono pausado.

«Olvidar que los hechos no son la verdad es un error que a veces cometo a pesar de mis horas de meditación diaria.

—Tiene toda la razón. Es cierto que nada en el examen clínico permite afirmarlo. Incluso los análisis de sangre dan resultados ambiguos.

—¿Esa suposición sobre el sexo ha guiado la terapia?

—No.

—Podría haber influido en el enfoque...

—¡Evidentemente! Soy genetista, no curandera.

—Tiene razón, yo no soy médico. Le dejo tomar las decisiones que necesite, volveré mañana.»

Sassaki abandona el despacho sin mirar atrás. A sus espaldas, Il'ango se tambalea un instante, desliza con nerviosismo sus dedos sobre su tableta, suspira... y termina borrando todos sus datos y lanzando una nueva simulación.

Se le olvida transmitirle el mensaje de Arhax, lo que le viene bien a Sassaki: tiene una excusa para no responder a las llamadas del Robótico...

12.2

Para determinar si una estrella se acerca o se aleja del sistema de Artellium, se mide su luz emitida: si esta se vuelve roja, es que la estrella se aleja, si va hacia el azul, se dirige hacia Galana. Si ValRed fuera una estrella y Mantris el sistema solar, su color se desplazaría sin duda hacia el rojo...

Desde su regreso a la ciudad-continente, el capitán de la guardia se siente desfasado. Ya no reconoce la ciudad donde creció, se ha creado una distancia entre él y los ciudadacs. En menos de un año, fecha de su última estancia en Mantris, el ambiente ha cambiado radicalmente.

En el maglev envejecido que lo hace atravesar la ciudad desde la frontera de la Fisura hasta el barrio Genético, unos hologramas le pintan entre dos anuncios un retrato sorprendente de la actualidad. Se entera de la salida de un nuevo tipo de baterías de pago, las V_{\max} , y descubre que las consultas ciudadanas son reemplazadas por la FE, un órgano decisorio compuesto por los mejores expertos, sin que por ello se aporte ninguna razón clara para justificar este cambio mayúsculo de la política mantresa.

Sorprendido, observa la reacción de los otros pasajeros, que permanecen indiferentes a lo que aparentemente no es una información nueva para ellos. Es entonces cuando se da cuenta de su número elevado por encima de lo normal. La afluencia no es mucho más importante de lo habitual, en cambio, solo uno de cada cuatro individuos es una persona; todos los demás se desplazan en persona, y no a través de su envoltorio virtual. Por lo general, la proporción es inversa, ya que los ciudadacs prefieren quedarse tranquilamente en casa.

Una vez llega a su parada, ValRed desciende y se mezcla entre las calles, cañones de vegetación rectilínea con edificios autónomos de energía. Analiza con más atención y constata

que los peatones se muestran menos extravagantes que en sus recuerdos. Menos skins locas y abigarradas, pocos exoesqueletos de pompa, apenas algunos tatuajes o implantes bioluminiscentes, tan populares sin embargo el año anterior... Todo ocurre como si la moda hubiera pasado de la excentricidad a la moderación. Con su armadura y su larga espada a través de la espalda, ValRed casi pasaría por el más excéntrico de la multitud –una primera vez, para el discreto discípulo de Sassaki.

Más allá de esta sorprendente austeridad, ValRed observa que los dalecs son utilizados por varios, que una de cada dos impresoras 3D públicas está cerrada y que la flota de roboservicios se ha reducido considerablemente. Incluso los focos de fotosíntesis que apuntan a las paredes verdes han disminuido en intensidad. Es ostentoso el contraste con la opulencia de sus recuerdos. Mantris siempre ha sido luminosa, una fiesta visual que debería parecerle tanto más marcada ya que Arkhante es una comarca sombría, polífona pero monocromática.

Entonces la asalta otra verdad, aún más inquietante. Mientras pasa por debajo de los grandes arcos rojos de madera real que delimitan el barrio de las corporaciones, los drones lo escanean y, alertados por su espada, guían a los guardias de seguridad hasta él. Una breve conversación con los centinelas, con los rostros tan rectos como los pliegues de su uniforme, le permite identificarse, después de lo cual se le permite pasar sin más formalidad. La escena habría sido trivial en Neftys –salvo porque ValRed se habría mostrado mucho más exigente, aunque fuera con un dinasta–, pero es grotesca aquí, en Mantris, donde siempre ha reinado la seguridad. Otra diferencia importante con Arkhante, peligrosa y salvaje como una tierra inexplorada.

A partir de ahí, el capitán de la guardia no tiene más que

una urgencia: encontrar la escuela de su maestro, a quien considera tan inmutable como las constantes que rigen las leyes del universo.

C'est donc avec un soulagement sincère – autant que dissimulé – qu'il parvient dans le jardin où est installé le centre de formation. El lugar es excepcional, una isla de vegetación preservada en medio de un océano de hormigón. Situado en una de las siete cumbres de la torre Kyotech, domina la ciudad-continente con un desbordamiento de musgo y agua. Un puente de madera pintado de rojo cruza el río que fluye pacíficamente entre los árboles y los caminos de grava fina. Truchas y grullas alegran los espacios verdes, aportando vida a esta belleza natural.

Atraviesa el espacio verde por un camino de grava que aprendices de cinco o seis años limpian, piedra por piedra, con la ayuda de un simple paño. Como un acto reflejo, ValRed se desplaza sin el menor ruido, apenas un sutil chirrido de la grava; sin embargo, la mayoría de los niños lo oyen llegar. Aquellos que repintan la empalizada que bordea el jardín no tienen tiempo de darse cuenta de su presencia antes de que entre en el edificio principal.

Una vez dentro, se divierte atravesando los pasillos con los ojos cerrados, ejercicio facilitado por el rastro de incienso que han dejado tras de sí los monjes que van al templo, y por el roce sedoso de los siervos que se apartan ante él. Lejos de ser un simple juego, es para él la ocasión de sumergirse más aún en el ambiente sereno del lugar, un baño de juventud que lo lleva a la infancia que pasó ahí, entre ascesis y ejercicios mil veces repetidos.

El patio de entrenamiento se encuentra justo detrás de los paneles de papel de arroz. Oye el chapoteo de las plataformas inestables que flotan sobre el río donde los alumnos descubren las sutilezas del equilibrio, los chasquidos secos de

los golpes asestados a los maniqués de madera, martilleados tan poderosamente que se arrancan astillas, el silbido felino de los sables a veces seguido del desgarró mojado de la carne y del goteo de las perlas de sangre, y siempre los gritos breves y guturales de los instructores. Tantos ecos de su propio empeño en superar su condición humana, en rozar la perfección a fuerza de voluntad y de resistencia, más que renunciando a la carne de lo vivo en provecho de implantes o exoesqueletos muertos y fríos. Ceder a las sirenas de este transhumanismo artificial lo habría separado de su destino, el de proteger el Trono esculpido. Algunos lo ven como un compromiso con el enemigo, una traición a Mantris; ValRed lo ve como un honor, una oportunidad para comprender mejor a Arkhante y, aunque nunca lo admitirá, la oportunidad de codearse con una reina tan admirable como Solis.

La escuela es el remanso de paz que esperaba, entonces, ¿por qué no se siente tranquilo, revitalizado? ¿Es por las dos urnas funerarias que le trae a su maestro, el cual podría sentirse agraviado al enterarse de que algunos de sus estudiantes han fracasado en su misión? Hanzo y Ruby murieron cumpliendo con su deber, la Malkah organizó una conmovedora ceremonia en su honor, ¿cómo podría su muerte provocar la ira de Sassaki?

ValRed se detiene en el medio del pasillo. Abre los ojos, con las fosas irritadas por los humos de incienso frío, con los oídos llenos de sonidos sofocados y vacíos de música, con un fondo de hielo en la boca del estómago. ¿No acaba de comparar al maestro con la Malkah? Aunque guarda el Trono esculpido, a pesar del tatuaje de sumisión mágica que desborda su pectoral izquierdo, dispuesto a quemar su corazón ante la menor traición a Arkhante, su lealtad nunca ha vacilado: es mantrés, hijo de la escuela de Sassaki, guerrero genético emérito, heredero de una larga tradición... ¿Cómo

puede dudar de eso? ¿De Sassaki?

Conoce la respuesta a esta pregunta: bajo la máscara que llevaba constantemente, incluso para comer y dormir, Hanzo ocultaba una cara que ValRed conocía bien. La del Sassaki de su infancia.

Su maestro se clonó, tabú supremo para los Genéticos.

Si ValRed ha pedido permiso para volver a la escuela, no es para enterrar a los dos guardias en su tierra natal, es para exigirle explicaciones a Sassaki. No puede imaginar un escenario en el que su maestro no esté involucrado –nadie en el top Creso, ninguna corporación es lo suficientemente temeraria como para clonar a su maestro sin su consentimiento explícito. Sassaki tenía necesariamente un propósito al enviar a Hanzo a la corte de Arkhante, pero, ¿cuál? Tiene una sola certeza: el maestro envió a su clon exactamente donde quería que estuviera.

Más que explicaciones sobre esta abyecta transgresión, el capitán espera que su maestro lo niegue categóricamente. ValRed prefiere mentirse a sí mismo –pues en eso es categórico, Hanzo era un clon de Sassaki– en lugar de imaginar a su maestro culpable de tal pecado de orgullo.

Intrigados por su inmovilidad, los criados lo observan a hurtadillas, con la cabeza recta pero de pupila curiosa. Entonces se reajusta la espada, que tintinea contra las urnas a sus espaldas, y a continuación se pone en marcha. Con los ojos abiertos esta vez, listos para perseguir cualquier duplicidad por parte de Sassaki.

Cuando entra en la oficina del maestro, de rodillas y con la frente en el suelo, ValRed está listo para enfrentarse a su superior. Cuando ve a éste mirando al vacío, desinteresándose por una caligrafía inacabada mientras juega con los dedos distraídamente con un holocubo –¿un vulgar aparato en un lugar tan depurado? –, se da cuenta de que el problema no es

tanto si Sassaki se clonó, sino más bien asegurarse de que sigue siendo el mismo hombre.

La forma en que ValRed se endereza y pone sus manos sobre las rodillas es suficiente para sacar a Sassaki de sus pensamientos. Una ínfima rigidez, no mayor que la fricción de un panel de papel de arroz en su carril insuficientemente encerado, y el Genético olvida temporalmente las grabaciones recuperadas de Kora.

Su alumno está perturbado, aquel a quien la Guerra de los Héroes había dejado impasible. Ello merece como mínimo un poco de atención.

«¿Ruby y Ronan? —pregunta con voz neutral cuando ValRed coloca respetuosamente dos urnas frente a él.

—Ronan se ha quedado con la Malkah para asegurar su protección, maestro.»

Si bien ValRed evita hábilmente corregirlo, Sassaki ha notado un detalle que dice mucho: ya no escucha la mayúscula cuando pronuncia «maestro».

«¿Cómo murieron?

—Juntos, protegiéndose el uno al otro.

—Sin cumplir con su deber de proteger el Trono, por lo tanto.

—Estaban exactamente donde debían.»

La formulación llama la atención, un golpecito en la puerta de un visitante que teme molestar. ¿Qué quiere decir ValRed con eso? Extraña expresión...

«Si me lo permite, maestro, quisiera entregar cada urna a su familia. Conozco personalmente a la de Ruby, pero no es el caso con Hanzo. ¿Podría decirme algo al respecto?»

ValRed acompaña su pregunta con un imperceptible levantamiento de cejas inquisitivo. Acusador, incluso. Sassaki hace uso de su paciencia para no llamar al orden a su discípulo. Maestro y alumno se miran un tiempo interminable

—la eternidad de un segundo de verdad.

«Por desgracia, no, no sé nada de sus orígenes», responde finalmente Sassaki.

La cara de ValRed permanece imperturbable, pero su mirada se torna afilada. Sassaki se sorprende de reajustar instintivamente su posición. Todo esto es ridículo: su discípulo jamás lo atacaría, así como tampoco él atacaría nunca a su propio maestro, Chaka.

Chaka...

Entre la información extraída de las grabaciones de Kora — que Il'ango finalmente le ha entregado, después de haber hecho avances en el tratamiento de su paciente—, está esta revelación extraña, inquietante: Chaka tenía conocimiento de un universo paralelo, un lugar secreto al que se refugian en caso de necesidad los invocadores de la Sombra como Shado... o Fausto, el antiguo Primus.

Sassaki lo ha descubierto en dos tiempos. Gracias al asombroso número de sensores que equipan el cuerpo de la mecinótica, ha determinado que para desaparecer en las sombras, Shado manipula una energía desconocida, una especie de materia oscura tan inconsistente como un gas.

Al no estar lo suficientemente familiarizado con la física avanzada, había recurrido a Sir Vine, el famoso esquemántico de la FE. Este se interesó inmediatamente por los datos reportados por Sassaki, viendo en ellos una distracción inesperada de las aburridas negociaciones políticas que minan la comisión.

«No tiene nada que ver con la materia oscura esta historia — había declarado el científico entre el roce de sus rastas metálicas. ¿Sabe? No es una materia, no del todo. Es más bien... no-materia. ¡Mejor! Una panera. ¿No lo conoce? Es un antiguo mueble donde se metía la comida, y que de repente aparecía vacío. ¡Como el estómago del que abrió la panera,

pues!»

El precio a pagar por aprovecharse de los conocimientos de Sir Vine era que tenía que decodificar sus palabras llenas de referencias antiguas, casi tan impenetrables como el lenguaje corporal de ValRed. Sassaki había comprendido por fin que la materia oscura no es más que un apelativo, un término que designa la masa ausente necesaria para justificar que las galaxias no se desintegren al plegarse sobre ellas mismas. La única masa observable de las galaxias lejanas es la luz de las estrellas, el resto, cuya naturaleza permanece ignota para los científicos, ha sido calificado por oposición «materia oscura».

«Muy bien —había añadido Sassaki. ¿Y si me explica qué es esa energía que han medido los detectores, en lugar de decirme lo que no es?

—¿Mi mejor hipótesis? Intrincación cuántica. Un mundo paralelo, el... ¡el *Intrincante*! Acabo de inventarme el nombre. Me gusta, es "intrigante". No está mal. ¿No?

—Sea pues. ¿Y cómo...?»

El esquemántico no había dejado terminar al Genético, se había levantado como movido por un resorte para accionar la abertura de un compartimiento retráctil. Cuando en ese momento, una cama y un somero cuarto de baño se materializaron en la pared con memoria de forma, y Sir Vine se puso a rebuscar entre sus cosas de aseo, Sassaki comprendió que el científico dormía en su despacho.

Sire Vine había vuelto a dirigirse a su visitante con un espejo de bolsillo en la mano, feliz como un niño que se hubiera topado por casualidad con un caramelo. Había cogido una pelota antiestrés de su bolsillo, la había colocado sobre la mesa de café al lado del espejo de 45° delante de Sassaki, de modo que éste veía al mismo tiempo la bola y su reflejo.

«Olvídese del espejo. Imagínese como un científico. Ve dos

partículas, sabe que están unidas. Intrincadas, por utilizar el término exacto. Quiere saber cuál es la verdadera. ¿Cómo lo hace?

—Las observo atentamente —había probado Sassaki, paciente.

—¡Pruebe! ¡Pruebe! ¡Observe!»

Con un movimiento de mentón acompañado de una sonrisa burlona, Sir Vine le había incitado a acercarse. Apenas Sassaki había mirado hacia el reflejo, el esquemático había retirado el espejo.

«¡Ah! ¡ah! Le he pillado, ¿eh? ¿Lo reconoce? Lo que acaba de ocurrir es eso, la intrincación cuántica. Dos partículas comparten un estado cuántico común, dependen la una de la otra, independientemente de la distancia que las separe. Loco, ¿verdad? Más loco aún es que el hecho de querer conocer exactamente el estado cuántico de la partícula... ¡hace que su doble desaparezca! Eso se llama reducción del paquete de onda. Un gran término, un concepto utilizado por los intelectuales que quieren jugar a los sabios. No es mi estilo. Porque en el fondo, como ve, es bastante simple, como concepto.

—Simple... No lo sé. En cualquier caso, me resulta difícil captar la relación con los datos que le he presentado.

—¿En serio? Pero si acabo de... Bueno, de acuerdo, ¿cómo decirlo de otra manera? Hmm... Ah, sí, ya lo tengo: los sensores han detectado un universo paralelo, ese que yo llamo el Intrincante. Un mundo diferente al nuestro, una especie de reflejo con sus propias leyes físicas. Pero ambos conectados, dependientes el uno del otro, exactamente como partículas entrelazadas. Sir Vine había entrelazado sus dedos antes de separar sus manos, ahora enlazadas. «Como tricotadas por un guantero, ¿lo ve?

—Ya veo. ¿Cómo se hace para pasar de un mundo a otro?

—Una potente fuente fotónica puede ayudar.

—¿Un arma de plasma funcionaría?

—¡Bingo! Pero... bueno, tiene que haber algo menos peligroso. O eso espero», se había inquietado Sir Vine al soltar sus manos para encogerse de hombros.

Por lo tanto, el cañón de Kora había facilitado las cosas a Shado. En retrospectiva, Sassaki se alegró de haber enfrentado al Primus con arma blanca.

«Gracias a una fuente de energía suficientemente potente, se puede establecer una conexión entre Artellium y el Intrigante, una especie de portal que basta con atravesar. ¿Es correcto?

—¡Es *exactamente* eso! Siempre y cuando sea un fotón, por supuesto. No se lo tome a mal, pero no tiene cara de fotón. Lo que yo le he explicado es física teórica. Solo aplicable a partículas, no a humanos. Ni a los gatos -añadió riéndose. Humor de esquemáticos, claramente.

—Sin embargo, eso es lo que hizo Shado, el Primus de la Sombra.

—¡Ah, eso! Yo soy científico, no mago. Mis herramientas son las ecuaciones diferenciales, no los arcanos de los rituales.

—¿No serían precisamente estas medidas el primer paso para decodificar la magia? ¿Para comprender su funcionamiento y, por lo tanto, reproducirlo?

—Es posible. He leído en alguna parte que cualquier tecnología lo suficientemente avanzada se parece a la magia... Pero aún así, es una excentricidad.

—¿Por qué?

—Si los Arkhantes supieran hacer eso, manipular conscientemente las leyes fundamentales del universo... Oh, no, ni pensarlo... Ni pensarlo.»

Sir Vine parecía preocupado, de repente, como si la angustia aplastara sus rasgos bajo una prensa hidráulica.

«¿Nadie se ha interesado nunca por ese tema? —se había obstinado Sassaki, decidido a sacar al menos alguna información útil de esa entrevista.

—¿Sacar adelante la teoría por la teoría, sin salidas comerciales? ¿Por qué iba alguien a hacer eso?»

Sin embargo, Sir Vine había consultado los archivos a través de su implante de retina, lo que le hizo palpar los párpados.

«Vaya, qué raro —se había sorprendido. ¡Resulta que sí que hay alguien suficientemente iluminado para haber hecho algo así! ¡Chaka! Llevó a cabo numerosas investigaciones sobre ese campo.

—¿Chaka, la Legendaria genética?

—En persona. Incluso hizo concebir un polarizador para detectar la apertura del Intrincante... ¡Qué! ¡Ya no vuelvo a hacerlo! ¿Llamó a Gaupelle y no a mi? Vejación máxima.

—¿Un detector de portales hacia el mundo de la sombra, en serio? ¿Sabría fabricar uno?

—¡Evidentemente!»

Esta conversación tuvo lugar hace dos días, el famoso detector no debería tardar en llegarle. Nada más le interesa a Sassaki ahora mismo, salvo entender lo que Chaka le ha estado ocultando. No le oculta nada a ValRed, excepto tal vez su desinterés por el destino de Hanzo y Ruby. ¿Es esto lo que molesta tanto a su alumno?

«El camino desde Nefys debe haber sido largo —admite Sassaki. Me encargaré de depositar sus cenizas en la cripta de la escuela, ve a descansar.

—Muchas gracias, maestro. Sin embargo, solo tuve que recorrer la mitad del trayecto. Vengo directamente de la Fisura.» ValRed parece querer enlazar otro tema —¿cuál? Sassaki no busca saberlo—, pero continúa en respuesta al ceño fruncido de su maestro. «La Malkah Solis emprende un viaje

con la esperanza de comprender las razones de la degeneración de la magia en Arkhante.»

¿Entonces —se da cuenta Sassaki—, Mantris no es la única que se enfrenta a la escasez? Extraña coincidencia... a menos que los dos eventos estén relacionados. Al igual que el Intrincante y el mundo real están conectados, las dos civilizaciones se parecen mucho más de lo que ninguna de ellas está dispuesta a admitir.

Sin embargo, Sassaki sigue convencido de que ni los mantreses ni los arkhantes se enfrentarían a tales dificultades si supieran, a su manera, dar muestras de sobriedad. Finalmente, la magia no es diferente de la tecnología, ambas alienan a sus usuarios. Los magos no son mucho mejores que los adictos a las drogas o los implantes: todos son transhumanos artificiales, y no humanos consumados.

Una razón más para derrotar a Shado, el transhumanista mágico.

«¿Se ha cruzado con el Primus de la Sombra? —pregunta Sassaki con una fingida casualidad.

—No, maestro. Ha desaparecido, nadie sabe dónde ha estado, ni siquiera los otros Primus.»

El escalofrío que sacude la columna vertebral de Sassaki es más difícil de enmascarar que la tensión de su voz. ¿Seguirá Shado en el Intrincante? Si descubriera la entrada gracias al polarizador, ¿podría apostarse delante del portal y sorprender al Primus cuando regrese al mundo real?

Se levanta, inmediatamente imitado por ValRed que se inclina ante él. El capitán está dispuesto a sacar la cerilla, a prenderle fuego al papel de arroz, tiene cosas que decir, una emoción negra y grasa que se le pega al vientre como el carbón, va a confesar, a prender fuego a su rencor, está listo, se atreve...

«Maestro, yo...

—Ya que así lo deseas —lo corta Sasaki—, te dejo disponer de las cenizas de Ruby y Hanzo.

El guerrero tiene cosas más urgentes de las que ocuparse: recuperar el polarizador de Sir Vine antes de regresar a la fábrica robótica, donde Shado misteriosamente desapareció... El genético sale de su despacho con un movimiento amplio, vivaz, dejando la puerta abierta y a su discípulo con el estómago más pesado que un reactor de fisión apagado.

12.3

Chaka...

Entre la información extraída de las grabaciones de Kora —que Il'ango finalmente le ha entregado, después de haber hecho avances en el tratamiento de su paciente—, está esta revelación extraña, inquietante: Chaka tenía conocimiento de un universo paralelo, un lugar secreto al que se refugian en caso de necesidad los invocadores de la Sombra como Shado... o Fausto, el antiguo Primus.

Sasaki lo ha descubierto en dos tiempos. Gracias al asombroso número de sensores que equipan el cuerpo de la mecinótica, ha determinado que para desaparecer en las sombras, Shado manipula una energía desconocida, una especie de materia oscura tan inconsistente como un gas.

Al no estar lo suficientemente familiarizado con la física avanzada, había recurrido a Sir Vine, el famoso esquemántico de la FE. Este se interesó inmediatamente por los datos reportados por Sasaki, viendo en ellos una distracción inesperada de las aburridas negociaciones políticas que minan la comisión.

«No tiene nada que ver con la materia oscura esta historia —había declarado el científico entre el roce de sus rastas metálicas. ¿Sabe? No es una materia, no del todo. Es más bien... no-materia. ¡Mejor! Una panera. ¿No lo conoce? Es un antiguo mueble donde se metía la comida, y que de repente aparecía vacío. ¡Como el estómago del que abrió la panera, pues!»

El precio a pagar por aprovecharse de los conocimientos de Sir Vine era que tenía que decodificar sus palabras llenas de

referencias antiguas, casi tan impenetrables como el lenguaje corporal de ValRed. Sassaki había comprendido por fin que la materia oscura no es más que un apelativo, un término que designa la masa ausente necesaria para justificar que las galaxias no se desintegren al plegarse sobre ellas mismas. La única masa observable de las galaxias lejanas es la luz de las estrellas, el resto, cuya naturaleza permanece ignota para los científicos, ha sido calificado por oposición «materia oscura».

«Muy bien —había añadido Sassaki. ¿Y si me explica qué es esa energía que han medido los detectores, en lugar de decirme lo que no es?

—¿Mi mejor hipótesis? Intrincación cuántica. Un mundo paralelo, el... ¡el *Intrincante*! Acabo de inventarme el nombre. Me gusta, es "intrigante". No está mal. ¿No?

—Sea pues. ¿Y cómo...?»

El esquemántico no había dejado terminar al Genético, se había levantado como movido por un resorte para accionar la abertura de un compartimiento retráctil. Cuando en ese momento, una cama y un somero cuarto de baño se materializaron en la pared con memoria de forma, y Sir Vine se puso a rebuscar entre sus cosas de aseo, Sassaki comprendió que el científico dormía en su despacho.

Sire Vine había vuelto a dirigirse a su visitante con un espejo de bolsillo en la mano, feliz como un niño que se hubiera topado por casualidad con un caramelo. Había cogido una pelota antiestrés de su bolsillo, la había colocado sobre la mesa de café al lado del espejo de 45° delante de Sassaki, de modo que éste veía al mismo tiempo la bola y su reflejo.

«Olvídense del espejo. Imagínese como un científico. Ve dos partículas, sabe que están unidas. Intrincadas, por utilizar el término exacto. Quiere saber cuál es la verdadera. ¿Cómo lo hace?

—Las observo atentamente —había probado Sassaski, paciente.

—¡Pruebe! ¡Pruebe! ¡Observe!»

Con un movimiento de mentón acompañado de una sonrisa burlona, Sir Vine le había incitado a acercarse. Apenas Sassaki había mirado hacia el reflejo, el esquemántico había retirado el espejo.

«¡Ah! ¡ah! Le he pillado, ¿eh? ¿Lo reconoce? Lo que acaba de ocurrir es eso, la intrincación cuántica. Dos partículas comparten un estado cuántico común, dependen la una de la otra, independientemente de la distancia que las separe. Loco, ¿verdad? Más loco aún es que el hecho de querer conocer exactamente el estado cuántico de la partícula... ¡hace que su doble desaparezca! Eso se llama reducción del paquete de onda. Un gran término, un concepto utilizado por los intelectuales que quieren jugar a los sabios. No es mi estilo. Porque en el fondo, como ve, es bastante simple, como concepto.

—Simple... No lo sé. En cualquier caso, me resulta difícil captar la relación con los datos que le he presentado.

—¿En serio? Pero si acabo de... Bueno, de acuerdo, ¿cómo decirlo de otra manera? Hmm... Ah, sí, ya lo tengo: los sensores han detectado un universo paralelo, ese que yo llamo el Intrincante. Un mundo diferente al nuestro, una especie de reflejo con sus propias leyes físicas. Pero ambos conectados,

dependientes el uno del otro, exactamente como partículas entrelazadas. Sir Vine había entrelazado sus dedos antes de separar sus manos, ahora enlazadas. «Como tricotadas por un guantero, ¿lo ve?

—Ya veo. ¿Cómo se hace para pasar de un mundo a otro?

—Una potente fuente fotónica puede ayudar.

—¿Un arma de plasma funcionaría?

—¡Bingo! Pero... bueno, tiene que haber algo menos peligroso. O eso espero», se había inquietado Sir Vine al soltar sus manos para encogerse de hombros.

Por lo tanto, el cañón de Kora había facilitado las cosas a Shado. En retrospectiva, Sassaki se alegró de haber enfrentado al Primus con arma blanca.

«Gracias a una fuente de energía suficientemente potente, se puede establecer una conexión entre Artellium y el Intrigante, una especie de portal que basta con atravesar. ¿Es correcto?

—¡Es *exactamente* eso! Siempre y cuando sea un fotón, por supuesto. No se lo tome a mal, pero no tiene cara de fotón. Lo que yo le he explicado es física teórica. Solo aplicable a partículas, no a humanos. Ni a los gatos -añadió riéndose. Humor de esquemáticos, claramente.

—Sin embargo, eso es lo que hizo Shado, el Primus de la Sombra.

—¡Ah, eso! Yo soy científico, no mago. Mis herramientas son las ecuaciones diferenciales, no los arcanos de los rituales.

—¿No serían precisamente estas medidas el primer paso para decodificar la magia? ¿Para comprender su funcionamiento y, por lo tanto, reproducirlo?

—Es posible. He leído en alguna parte que cualquier tecnología lo suficientemente avanzada se parece a la magia... Pero aún así, es una excentricidad.

—¿Por qué?

—Si los Arkhantes supieran hacer eso, manipular conscientemente las leyes fundamentales del universo... Oh, no, ni pensarlo... Ni pensarlo.»

Sir Vine parecía preocupado, de repente, como si la angustia aplastara sus rasgos bajo una prensa hidráulica.

«¿Nadie se ha interesado nunca por ese tema? —se había obstinado Sasaki, decidido a sacar al menos alguna información útil de esa entrevista.

—¿Sacar adelante la teoría por la teoría, sin salidas comerciales? ¿Por qué iba alguien a hacer eso?»

Sin embargo, Sir Vine había consultado los archivos a través de su implante de retina, lo que le hizo palpar los párpados.

«Vaya, qué raro —se había sorprendido. ¡Resulta que sí que hay alguien suficientemente iluminado para haber hecho algo así!

¡Chaka! Llevó a cabo numerosas investigaciones sobre ese campo.

—¿Chaka, la Legendaria genética?

—En persona. Incluso hizo concebir un polarizador para detectar la apertura del Intrincante... ¡Qué! ¡Ya no vuelvo a hacerlo! ¿Llamó a Gaupelle y no a mi? Vejación máxima.

—¿Un detector de portales hacia el mundo de la sombra, en serio? ¿Sabría fabricar uno?

—¡Evidentemente!»

Esta conversación tuvo lugar hace dos días, el famoso detector no debería tardar en llegarle. Nada más le interesa a Sassaki ahora mismo, salvo entender lo que Chaka le ha estado ocultando. No le oculta nada a ValRed, excepto tal vez su desinterés por el destino de Hanzo y Ruby. ¿Es esto lo que molesta tanto a su alumno?

«El camino desde Nefys debe haber sido largo —admite Sassaki. Me encargaré de depositar sus cenizas en la cripta de la escuela, ve a descansar.

—Muchas gracias, maestro. Sin embargo, solo tuve que recorrer la mitad del trayecto. Vengo directamente de la Fisura.» ValRed parece querer enlazar otro tema —¿cuál? Sassaki no busca saberlo—, pero continúa en respuesta al ceño fruncido de su maestro. «La Malkah Solis emprende un viaje con la esperanza de comprender las razones de la degeneración de la magia en Arkhante.»

¿Entonces —se da cuenta Sassaki—, Mantris no es la única que se enfrenta a la escasez? Extraña coincidencia... a menos que los dos eventos estén relacionados. Al igual que el Intrincante y el mundo real están conectados, las dos civilizaciones se parecen mucho más de lo que ninguna de ellas está dispuesta a admitir.

Sin embargo, Sassaki sigue convencido de que ni los mantreses ni los arkhantes se enfrentarían a tales dificultades si supieran, a su manera, dar muestras de sobriedad. Finalmente, la magia no es diferente de la tecnología, ambas alienan a sus usuarios. Los magos no son mucho mejores que los adictos a las drogas o los implantes: todos son transhumanos artificiales, y no humanos consumados.

Una razón más para derrotar a Shado, el transhumanista mágico.

«¿Se ha cruzado con el Primus de la Sombra? —pregunta Sassaki con una fingida casualidad.

—No, maestro. Ha desaparecido, nadie sabe dónde ha estado, ni siquiera los otros Primus.»

El escalofrío que sacude la columna vertebral de Sassaki es más difícil de enmascarar que la tensión de su voz. ¿Seguirá Shado en el Intrincante? Si descubriera la entrada gracias al polarizador, ¿podría apostarse delante del portal y sorprender al Primus cuando regrese al mundo real?

Se levanta, inmediatamente imitado por ValRed que se inclina ante él. El capitán está dispuesto a sacar la cerilla, a prenderle fuego al papel de arroz, tiene cosas que decir, una emoción negra y grasa que se le pega al vientre como el carbón, va a confesar, a prender fuego a su rencor, está listo, se atreve...

«Maestro, yo...

—Ya que así lo deseas —lo corta Sasaki—, te dejo disponer de las cenizas de Ruby y Hanzo.

El guerrero tiene cosas más urgentes de las que ocuparse: recuperar el polarizador de Sir Vine antes de regresar a la fábrica robótica, donde Shado misteriosamente desapareció... El genético sale de su despacho con un movimiento amplio, vivaz, dejando la puerta abierta y a su discípulo con el estómago más pesado que un reactor de fisión apagado.

12.4

Si alguna ventaja tiene estar equipado con un SIT, es la desconexión automática de un metaverso donde el usuario está expuesto a daños físicos. Los ingenieros nunca han logrado disociar completamente la mente del cuerpo, por lo que cualquier daño físico sufrido en un entorno virtual aumenta el riesgo de accidente cerebrovascular, como conmoción cerebral o accidente cerebrovascular. Votada por consulta ciudadana, la obligación de un dispositivo de desconexión ha reducido a cero el número de ciudadacs que han sufrido daños cerebrales importantes, especialmente entre los aficionados a los deportes extremos en entornos simulados.

Sasaki no lleva SIT, nunca lo llevará. Cuando decide ReVivir, la única seguridad de la que dispone es el conocimiento íntimo de sus propios límites. No supone ningún problema, dado que nunca visita ningún metaverso, con la notable excepción del universo virtual donde Chaka escondió su testamento.

Sin embargo, es el metaverso más peligroso de la red.

El avatar de Sasaki —una reproducción totalmente fiel a su versión original— clava su sable entre las baldosas decorativas y a continuación se sienta en el suelo en la posición del loto. El guerrero necesita recuperar el aliento, su cuerpo está a punto de ceder. No tiene forma de saberlo, sin embargo, sabe que en el mundo real le sangran las orejas y la nariz, probablemente también los ojos. Sin la encefalización optimizada de su cerebro, los traumatismos sufridos ya serían irreversibles. Ese es el precio que hay que pagar para superar las pruebas que permiten acceder al legado de Chaka, el último Legendario genético hasta la fecha.

Tal honor lo merece. Durante veinte años, Sassaki ha estado tratando de llegar al sancta sanctorum, encontrar el tesoro de sabiduría que Chaka ha dejado para quien sepa desenterrarlo. La prueba está abierta a todos los tecnoestilos, la leyenda incluso dice que un mago llegó a intentarlo. Desgraciadamente para el demérito, las pruebas son tan letales que el metaverso de Chaka ha influido en el debate sobre la desconexión automática. Después de dos décadas infructuosas, Sassaki sigue siendo uno de los pocos que todavía se aventura a ello. Él es el que más se ha acercado a la revelación, sin llegar nunca a alcanzarla.

Esta vez será la buena, ha de serlo necesariamente: el guerrero no renunciará. Esta vez no.

El polarizador de Sir Vine funciona, se ha asegurado de vuelta a la fábrica robótica. Eso lo cambia todo. Ahora dispone de la marca vibratoria del mundo de la Sombra -la famosa «reducción del paquete de onda» evocada por Sir Vine-, por lo que es capaz de detectar un pasaje hacia el Intrigante -o sea cual sea el verdadero nombre del reino de la Sombra. Nunca ha estado tan cerca de encontrar a Shado. Sin embargo, es cuanto le interesa: no se preocupa por la crisis energética de Mantris, ni por la coalición liderada por Arhax, ni siquiera por el futuro de su escuela o el de ValRed... únicamente por la revancha contra Shado.

Debería preguntarse sobre la razón de esa obsesión, cuestionarla, determinar lo que ella revela de él. Preocuparse también, quizá. Pero no es momento para distracciones, tiene un objetivo, un objetivo que alcanzar. Esto pasa por la recuperación del testamento de Chaka: su maestro conocía la existencia del mundo de la Sombra, quizás también había descubierto los fallos y debilidades de Fausto. Está ansioso por descubrir lo que ella deliberadamente le ha ocultado.

Esta es la razón de su presencia en el metaverso. No saldrá de allí hasta que haya alcanzado su objetivo, no tolerará ningún fracaso más.

Con las muñecas apoyadas sobre las rodillas, prolonga su pausa. Ha superado las siete pruebas del Jahan, el código de la escuela de Chaka. Ahora, Sassaki se enfrenta a la última prueba, la que lo enfrenta al guardián del secreto, el último baluarte para proteger el legado de la Legendaria. Una lucha que nunca ha sido capaz de ganar.

Al igual que las pruebas preliminares, este combate final toma cada vez un ritmo inédito gracias a las infinitas posibilidades del metaverso. En este caso, es Chaka en persona quien hace las veces de último adversario. Una excelente ironía que solo refuerza la voluntad de Sassaki de vencer... o morir en el intento.

Chaka está delante de él, fiel a los mejores recuerdos que guarda, es decir, antes de su hibridación con el genoma de un cocodrilo. Siempre tiene esa silueta ligeramente arqueada, esos músculos desacoplados y esa cara tan característica: una nariz chata, los ojos sutilmente asimétricos, una sonrisa que revela una dentadura sana pero con una desalineación de los incisivos, tantos defectos como ofrece un perro, una singularidad llena de encanto. En un tecnoestilo que aboga por la belleza perfecta, la elección es destacable –se rumorea que Chaka se rompió la nariz y los dientes para escapar de la elección plástica de sus progenitores.

Se encuentra tumbada bajo un árbol-quimera, una mezcla de lianas y flores que lloran una lluvia de pétalos blancos creando el más bello efecto. Mira a su discípulo, está tendida entre cocodrilos cuyas escamas acaricia y, a veces, pasa la mano por su boca abierta con una amplia sonrisa de payaso mórbido.

Los dos adversarios se enfrentan. El último combate da comienzo.

Sassaki planea saltar sobre un cocodrilo, destrozarle los colmillos para distraer a Chaka antes de lanzar una patada giratoria. La Legendaria rueda sobre otro saurio, que levanta y arroja sobre el guerrero con la misma facilidad que un cojín.

El guerrero entonces se pliega a la idea de un ataque frontal terminado con un salto a media altura del árbol, del que corta el tronco de un solo golpe. El árbol-quimera se derrumba sobre Chaka que, sorprendida, la envuelve en una niebla de pétalos. Sin embargo, resuta tener muchas menos dificultades que Sassaki, a quien ella le enseñó todo lo que sabe de combatir a ciegas.

El Genético piensa entonces en un desafío frontal, exhortando a su maestra a golpear primero, prometiendo no esquivarla. Una maniobra bárbara, perversa, desesperada, pero en la que lo inesperado puede abrir un nuevo camino hacia la victoria. Estoico, soporta la mordedura de Croc, una de las dos espadas dentadas de Chaka, diseñadas a partir de una mandíbula de cocodrilo. Doble golpe: no solo el ataque le cizalla tanto el aliento como el pecho, sino que además el golpe ha sido con la parte plana y no con el filo, como llevando cuidado de preservarlo. La moral empequeñece más que el cuerpo, Sassaki renuncia.

Todos estos intentos ocurren mientras Chaka y Sassaki permanecen completamente inmóviles. Su combate es mental, se miden en un asalto de voluntad, como jugadores de ajedrez que reflexionan diez o doce golpes de antemano sin mover una sola pieza sobre el tablero.

En cada intento, Sassaki se somete a un mate. De forma implacable.

Sabiendo que solo una lesión física en el metaverso se traduce en un trauma cerebral en el mundo real, un esfuerzo mental debería, lógicamente, no tener consecuencias para el que está ReViviendo. En realidad, su lucha de voluntades es tan intensa que el daño es igual de severo, y Sassaki se encuentra al borde del coma. Equipado con un SIT, ya habría sido expulsado del mundo virtual para ser inmediatamente evacuado a una clínica.

En el metaverso, su avatar permanece impasible y concentrado. Pero no relajado, nunca, pues el ejercicio requiere energía. Son como dos guerreros que, con la espada en la vaina, buscan el error, y el error del error en la guardia contraria, en equilibrio inestable, listos para cernirse como pájaros de presa a la primera apertura.

Con los hombros en tensión, un flash repentino le ofrece a Sassaki una visión tan furtiva como un golpe de pestañas, que, sin embargo, logra captar a su paso. La está congelando. Se la está robando. El mismo habitante, un modesto inquilino. Cierra los ojos para vivir mejor el sueño despierto, la imagen petrificada. Tan pura.

¿Una revelación alucinante?

Empieza a imaginarse volando, flotando, como un pyornis que lucha para no ceder contra el viento, con las alas desplegadas apoyadas en la nada, con toda su envergadura, a imagen del que observó desde la terraza de Il'ango. El pájaro valiente. Salvaje. Libre como ningún otro habitante de Mantris.

Esa imagen mental es como una estampa bienvenida, natural, sana, cruda, inédita y no reproducible, que no ha nacido de ninguna tecnología.

Sin embargo, en el fondo, ¿realmente lucha?

Recuerda a Kora que creía que podía derrotar a Shado con un cañón de plasma, incluso cuando ella le dio al Primus lo que más necesitaba. No puede cometer el mismo triste error.

¿Adopta la postura correcta? ¿Pero qué postura? Esta especie de mal "ir contra", ese "soportar cueste lo que cueste para vencer o perecer". Actuar hasta morir. Vencer. Luchar contra algo mucho más fuerte que uno mismo y no ceder en nada con el pretexto de que no tiene elección, que es su misión, su prueba. Sonreír por el sufrimiento hasta disfrutar del placer.

La extraña expresión de ValRed le viene a la memoria: «Hanzo estaba en el lugar correcto»... y sin embargo, murió.

¿Chaka murió? ¿Ella también? ¿La habría matado Faust? ¿Habría fracasado su maestra? Pero... ¿qué es fracasar? ¿No es hora de admitir que la respuesta más obvia es posiblemente la correcta? ¿Ese ersatz de la Legendaria producido por el metaverso no es más que un fantasma digital, un eco de ultratumba, un cadáver en píxeles, o simplemente nada? Él que aborrece lo virtual, ¿cómo puede mostrarse dispuesto a morir enfrentándose a una versión digital de la persona a la que más admira en el mundo?

¿Todavía la admira, ahora que está seguro de que le ha ocultado información crucial? ¿Quiso preservarlo del peligro al no exigirle que lo acompañase aquel famoso día en que puso fin a la Guerra de los Héroes? ¿O no lo consideró digno?

Él, que se considera tan noble guerrero, ¿por qué no se ha cuestionado a sí mismo hasta ahora, después de veinte años dudando de Chaka? ¿Por qué su alumno más brillante ha dejado de llamarlo «Maestro»? Por otra parte, ¿desde cuándo él mismo evoca el recuerdo de Chaka sin añadir la mayúscula?

El Maestro Sassaki, el valeroso guerrero que no capitula jamás, el indestructible menesteroso cargado de abnegación se siente cansado de repente. En ese universo virtual y aseptizado, descubre que morir en nombre de sus convicciones no demostrará nunca que son legítimas. Inesperadamente, como si el suelo cediera bajo sus pies, abandona su lucha vana. Se deja embriagar por el sorprendente sentimiento agradable de renuncia. Como un bióxtasis que fluye por sus venas, un exoesqueleto que lo envuelve para ayudarlo a detenerse, un implante que actualiza su software de pensamiento. Se deja invadir. Envolver. Adular. Se casa con la no-acción, un matrimonio de conveniencia que inmediatamente se convierte en amor.

No continuará con el combate, y nunca más lo volverá a retomar. Se rinde y acepta el no-hacer. Sigue con deleite la no-lucha. Se libera. Se permite no querer escuchar más las últimas voluntades de su amo. Durante toda su vida ha preconizado la sobriedad, ahora la lleva hasta la renuncia.

Como el pyornis, da media vuelta, se desliza en el sentido del viento, abraza su lugar natural. El lugar correcto. Y se deja llevar. Se deja deslizar en el elemento poderoso que ofrece ante él y que no le cuesta un gramo de triselenio.

Tal es la hazaña de Sassaki, el más rotundo de todos sus éxitos. Vencer, vencerse, no porque sea el más fuerte, sino porque es el

más sabio. Ha ganado el más exigente de los duelos, el que ha librado contra sí mismo. Dejar de lograrlo, dejarse llevar.

Por un instante, sedoso como la lluvia de pétalos blancos que envuelve a Chaka, fugitivo como el glitch de un programa defectuoso, su avatar se siente tan en paz como un humano puede estarlo. La emoción se cristaliza en una lágrima que brilla en la comisura de sus párpados cerrados por el alivio, el del que ha estado enfermo durante mucho tiempo y un milagro viene a liberarlo del dolor sempiterno.

«Por, Sassaki. Por fin.»

Sassaki abre los ojos de nuevo. Por fin lo ve. Ella está allí. Chaka.

Chaka de pie ante él, que le tiende la mano sonriendo.

«Por fin. Ven.»

Detrás del árbol-quimera, un portal se abre...

RECUESPLANDOR

*.morir quiero No
.miedo Tengo
.vengaré Me .mataré Lo
.traidor un es Aurèle*

¿Muerta? ¡No! No quiero, no estoy lista, mi hora aún no ha llegado, tengo miedo.

Tengo tanto miedo.

¡NO! ¡NO ESTOY MUERTA!

Aunque esto bien lo parece. El aire, el aire de la nada, el aire en movimiento, el aire de las cimas, el aire ceniciento y pesado y sofocante y floreciente y congestionado y...

Ese cielo... ¿De vuelta a Cenicia?

Recuerdos. La adolescente, toda enardecida y ardiente, llega al colegio del Fuego de Hernum en plena erupción volcánica, con el cielo cargado de cenizas opacas y de brasas fugaces que parecen parpadeos de ojos demoníacos.

Ese terrible hechizo quema la garganta como un alcohol fuerte, quema los ojos como el llanto de rabia y el vientre como la culpa. ¡Asha! ¡Está muerta, ella la ha matado! ¡Venganza! ¡Toda muerte injusta exige venganza! Incluso contra uno mismo.

Vapores de recuerdos. Recuerdos de vapores, los de los volcanes de Cenicia, los del aliento helado a base de entrenamientos extremos en invierno en las montañas de Acongua que devora la piel.

Vapores de vapores. Vapores de dolores, de ira, de lástima. Vapores de alcohol, de alcohol a barriles sin fondo. De la buena vinaza bebida hasta los posos, de la melta sin ni siquiera fermentar, de los licores adulterados y de los hectolitros de odio destilado que hacen vomitar tripas y puñetazos... Hasta toparse con un taumaturgo, un coloso que no se deja hacer. Su cara, sus ojos, las dos pupilas de granito. Ese día, ambos destruyeron una posada y construyeron una amistad. Hannibal y... y...

¡Sarash! Me llamo Sarash y estoy aquí porque... ¡No! Tengo tanto miedo... Mamá dice que no debo morir... porque yo... ¡soy la mujer de fuego!

¿La mujer de fuego? Entonces, ¿por qué aquí todo se ha apagado en ella? Los temblores hacen vibrar sus lágrimas, sus mejillas son cenizas frías.

Su misión, su voluntad, su propósito... enterrados en ella como el magma bajo la tierra, inmediatamente expulsados de su mente en erupción, calcinados por hornos de lava, expulsados a través del cráter pulverizado por la explosión, vomitados en un penacho de humo graso bulboso, propulsados en la atmósfera convertida en una nube devorada por las nubes. Por todas partes, las nubes.

Le humean en la garganta. Expulsan el aire de los pulmones. Se asfixian. Ya no sabe lo que siente. ¿Arde de frío?

Eso es la muerte. Estoy en el lugar de la muerte.

Memoria muerta. Una muerte sin silencio eterno, se siente rodeada de sonidos que silban en todos sus sentidos. Risas, llantos, «fff» de fantasmas fanfarrones que dan escalofríos.

¿Los muertos recuerdan?

Ha de hacerlo. Quiere hacerlo. Recordar. Algo importante que hacer. Alguien a quien avisar... tal vez... ella sabe... no sabe... ya no sabe... Tal vez no. Está allí, frágil y vacilante como la llama de una lámpara tempestuosa, protegida de la tormenta por una simple solapa de vidrio. Esta certeza la mantiene caliente, se acurruca a su alrededor, se cuida de no ahogarla a pesar de su irreprimible necesidad de calor en este ambiente frío y hostil.

¿Dónde diablos está?

A su alrededor todo es una sustancia algodonosa de nubes negras y pesadas de la tormenta que se hinchán y se llenan de breves destellos imposible saber dónde está el cielo o el suelo sensación de vértigo ingravidez maldita levedez que te gira el estómago y te hace rodar las pupilas como canicas dónde está el punto fijo no caer no volar no exhalar su miedo en forma de niebla nubes y más nubes hay demasiadas a su alrededor todo es una sustancia algodonosa de nubes negras y pesadas.

Muévete. La muerte es el frío, el cero absoluto, el momento en que todo movimiento de la materia se congela. Mientras te muevas, no estás muerta, ¡así que muévete!

Primer paso vacilante, tembloroso, vertiginoso. Pero el primero de todos modos, con la suela apoyada sobre una niebla vaporosa y sin sustancia, no como el vacío, pero no tan diferente.

¡Muévete, Sarash, lárgate si no estás muerta!

Tiene la sensación de caminar sobre un cristal que no lo es, un espejo de pared donde su reflejo ve el original bajo sus pies. Qué importa, consigue avanzar sin caerse.

Indecisa, temiendo caerse a fuerza de caminar sobre el vientre de las nebulosas, ella —¡me llamo Sarash!— busca su camino entre las sombras. Los cúmulos parecen disiparse bajo la agudeza de su mirada, pero solo para revelar sombras

detrás de las sombras, salpicadas aquí o allá de fuegos blancos que titilan como párpados.

Un mundo de escoria. El negro la rodea, la envuelve. Sin embargo, tiene textura ese negro, ricos matices que rozan el color. El cielo ni alto ni bajo es un techo de tejas de pizarra, reflejos húmedos, un techo bajo el cual se hinchan cumulo fumarolas, manchas de tinta diluida. Eso es. La muerte es esa textura. Tinta diluida para pudrirse bajo tierra, bajo la nada, se desliza por el dedo y lo estremece.

Si estoy viva, la palabra de chispa vale más para más tiempo.

A tientas, sigue los gránulos brillantes de una colada de betún, ignora los bordes informes y el trazado caótico para hacerse una calzada hacia la salida. A cada paso que da, patina. A cada paso, se desliza, cree caer en un agujero del tamaño de los agujeros sin retorno, tiembla. Cada paso es el último, cada pausa la primera.

Estás viva, es tu miedo quien te lo dice.

Busca como un dogo que ha perdido a su amo, rasca en todas las superficies, corre hacia todos los casi relieves. No encuentra rastro alguno de salidas, pero el camino que sigue le parece bueno: ¡está marcado por un hito!

Se acerca a la marca, salta por encima del vacío de algodón para ahorrarse un meandro del camino, corre sin saber muy bien por qué... se detiene ante un túmulo no más alto que sus caderas.

¡Un hito! ¡Una señal hacia la salida!

En la uniformidad, de entre las mil variantes de ese color ojos cerrados, el hito tiene el brillo de un pálido sol cortado en seco a cuchillo en un cielo de invierno. El hito es una eflorescencia cristalina tridimensional, una especie de coral monocromo al que aferrarse en este mar turbio y cenagoso de brumas. Aquí todo está borroso, pero el hito flota, apacible, preciso, presente. Una puntuación entre el caos

absurdo.

Una puntuación... Como Asha que inspira, con sus hoyuelos, expira, con su mano sobre mi torso para calmar mi pánico, inspira, con la yema de sus dedos contra mi piel, exhala, con sus palmas siguiendo mis contornos, inspira.

Ella controla su respiración —*¡soy una maga, soy más que maestra en el arte de controlar mi respiración!*—, se concentra. El hito está fijo, pero su alrededor gira, su estómago también y su cabeza, sus ojos giran, con el vértigo de un decorado incesantemente en movimiento, tejido por miles de rizomas orgánicos que arremeten o huyen, a veces ambos, un trazado incoherente sobre la superficie de este coral-hito-cristal que evoca el camino que sigue en vano, el camino que surca sin rima ni razón a través de una niebla sin vacío ni gravedad.

*Si-ón-fue-go-u-ra-uir
ár-pa-dos-u-a
o-a-ón
o-a-ón*

El sonido, una especie de rima cantada por una voz de niño, emana del hito. Una cantinela conmovedora, arrebatada, cálida —lo que la atrae inmediatamente, como se acurruca uno bajo la manta una mañana perezosa. Enguatada por la niebla, deformada por la ausencia de ecos y los sonidos parásitos que saturan sus oídos, más que comunicar un mensaje, evoca un ambiente. ¿Una canción para dormirse, que le llega a través de sus fases de sueño y de vigilia?

¡Estoy soñando!

*Si-ón-fue-go-u-ra-uir
ár-pa-dos-u-a
o-a-ón*

o-a-ón

¡Estoy soñando!

Shado sabe bien que no. Incluso agonizante, destetado de prana desde hace una luna, sabe distinguir la muerte del Invermundo. No ha muerto, pero alguien lo ha llevado al reino de la Sombra, donde los invocadores son señores y el Primus un emperador.

No está soñando, está recorriendo el Invermundo, esa otra realidad que no es Arkhante.

Su mente se encuentra cerca de un lucero, esas estelas que los antiguos Primus erigen a su muerte, mientras que su cuerpo físico yace en algún lugar, luchando por sanar las heridas sufridas durante el enfrentamiento contra Sassaki.

No se preocupa por el lugar donde reposa su cadáver herido, no le importa, allí no hay más que dolor y tormentos. Viejas compañías que conoce bien pero que, a pesar de los años, nunca ha aprendido a amar. Permanece alejado de ellas, voluntariamente, como un asceta que se priva de todo para permanecer más centrado en sí mismo. A pesar de su retiro, no puede evitar escucharlos hablar sobre su destino, con sus voces escurriéndose a través de los intersticios de su conciencia comatosa.

«¿Cómo está?

—¿Sansón? ¿Qué haces ahí, no habías ido al invernadero?

—Sí, exacto. ¡Hay dos plomos y polvo! ¡Ha pasado desde entonces, verdes y sobre todo sin madurar, créeme!

—¿Dos horas? Me he quedado cerca de él, he perdido la noción del tiempo...

—¡Puaj! ¡Carya, por favor, te has enamorado locamente del guerrero que sangra! ¡No haces más que mirar con ojos de enamorada una herida que apesta! ¡Puaj puaj de repuj!»

Es un niño que tararea con ironía con una voz musical. No

tiene nada que ver con la canción cantada en el Invermundo.

«Silencio, calla, que lo vas a despertar.

—¡Como que no te encantaría, que se despertase, para poder ocuparte bien de él!»

Hablamos de él, de Shado el convaleciente. Una mujer, atenta, preocupada, cansada.

Esa no tiene nada que ver con una conversación entre dolor y tormentos. Entonces, ¿quién habla? Debe saber si está en peligro, en cuyo caso tendrá que forzarse a despertar. Actuar, soportar el sufrimiento para no morir.

Mantiene los ojos cerrados para forzar sus recuerdos, porque sabe que la luz cegadora es siempre mala consejera. Escucha, aspira los olores, esos potentes activadores de la memoria.

¡Sus enfermeros! Sansón —un niño con una cara amable, fuego malicioso en los ojos y olor a humus— y Carya —una sonrisa solar, una generosidad tan espontánea que parece sobrenatural, casi perturbadora, un perfume de nardo. Han estado cuidando de él desde... desde... ¡desde su derrota contra Sassaki!

«Cállate, te he dicho, idiota, y ven a ayudarme con las curas.

—¡Puaj, la herida es realmente asquerosa! Hacía tiempo que algo no me revolvía las tripas como si fuera levidez. Parece que nos hemos topado con el top Creso de lo asqueroso, ¡y mira que no faltan aspirantes en la Fisura!

—Sí, gracias, ya lo he visto, pero tampoco seas tan exagerado. Mejor ayúdame a limpiar.

—Esto me da ganas de potar, ¿has visto la boca de la costra? Joder, pero no la toques! ¿Por qué no la dejas quieta?

—Se asfixiará si dejamos que se pudra, el pulmón está afectado. Lo he intentado todo. No entiendo por qué la herida no se cura.

—Huele a moho tu apuesto tenebroso, joder, te juro que

voy a vomitar.

—¡Te lo advierto, te lo prohíbo!

—¡No será peor que esa gorrinada! Te lo juro, qué ascazo.

—¡Sansón, ya basta!

—Qué te apuestas a que puedo vender las costras como si fueran ámbar.

—Dime, ¿cuántas veces te he dicho ya que te olvides?

—Dime, ¿desde cuándo te escucho?

—Sansón... Tú piensas que eres el principito del robo, ¡pero piensa! Harás enfurecer a las bandas si descubren que los estás engañando. ¿Y contra quién crees que dirigirían su venganza, eh?

—Esos tipos tienen cerebros de desechomental, Carya. No va a pasar nada, son unos malandrines. ¡Son unos fumadores de estileno que ven cervatillos rosas voladores por todas partes! En cuanto al falso ámbar...

—Imagina que se lo tragan, sería peor aún. Shado acabaría colgado por los pies, con niños no mayores que tú repelando su herida todos los días. Su muerte pesaría sobre tu consciencia. ¡Y la mía, porque no pienso permitirlo!

—Ah, ¿ves?, lo sabía, estás pillada por él, ¿verdad? ¿Sientes cosas cuando lo miras? ¡Buas, cómo se ruboriza, la otra! ¡Te he pillado!»

Sansón vuelve a cantar. Le encanta, tararea todo el tiempo, le da un algo, una seguridad, una insolencia. Y si Carya solo se rebela sin muchas ganas, es porque el chico no se equivoca del todo.

Una pena si Carya siente apego por él, será solo cosa suya. Shado no tiene tiempo para esas tonterías, lo llaman desde el Invermundo. Hace mucho tiempo que aceptó su destino: no es un hombre, es un Primus de la Sombra.

13.2

Si-ón-fue-go-u-ra-uir

ár-pa-dos-u-a

o-a-ón

o-a-ón

«Fuego...» Esta vez ha identificado una palabra: fuego. Se aferra a ella, le clava sus garras, le impide huir ya, como una gata que juega con un ratón sabiendo que lo devorará en cuanto se canse. «Fuego» ¿por qué esta palabra se aferra con tanta fuerza?

¡Me llamo Sarash y soy la Primus del Fuego!

Como un tronco que hubieran arrojado en su mente, esa certeza hace arder sus pensamientos.

Y tengo que... tengo que...

Un vulgar fuego de paja, que la deja frustrada, ignorando por completo esa misión que la consume, tan invisible y viciosa como un fuego de turba.

Y de nuevo esos sonidos que faltan, que le impiden comprender el sentido de la cantinela. Los huecos en blanco de la canción, los de su memoria, blancos insolentes en medio de todos esos tonos de negro.

La frustración brota en ella, burbujea, le sacude la cabeza como la tapa de una olla que se desborda. Se aferra a eso, a ese fuego interior, a ese fuego que hay en ella, que tiene en las entrañas, ese fuengaño, su definición, su esencia, su máquina de vapor para rodar sobre los días.

Concéntrate, sigue tu fuego, tu faro.

Se guía por los movimientos más ínfimos de la materia, confiando en su hipersensibilidad al calor que nace de la fricción de las partículas. La cuestión de adónde va no está

decidida, pero es menos importante que seguir avanzando.

Incapaz de saber si camina por el techo o si está suspendida en la pared, sigue surcos de grafito, líneas de polvo gris trazadas delante de ella, la caligrafía de su extravío. Un paso, luego otro, sobre esos trazos de lápiz, los recuerdos fluyen, golpean las sienes, un paso, luego otro, la memoria borrosa y un carrusel, un caminar caleidoscópico a tientas sin caer, sin vomitar. Con sudor en las palmas, miedo líquido.

Y de nuevo, la rima resuena en la lejanía, viene de todas las direcciones a la vez, tan obsesiva y escurridiza como un sueño olvidado al despertar.

De repente, el horizonte vertical se cierra con una veta que tiene un color que no existe en la realidad, una veta bruta. Un soplo sin aire y las nubes se alejan. Se encuentra ante el meandro de un río de antracita brillante, congelado en la superficie, una banda de una nitidez obsesiva, franca, de un negro-no-negro que destroza los ojos. Con las pupilas fijas en este trazo hipnótico, es otra forma de vértigo la que la atrapa.

Estaba convencida de que no había muerto, y sin embargo...

Bajo la corteza helada, crean remolinos en la sombra siluetas con rostros deformados por la desesperación, la rabia, la vergüenza, la angustia, el asco... una papilla infame de lo más oscuro que puede experimentar el alma. Un padre sostiene sobre sus rodillas a su hija muerta, una mujer aterrorizada se esconde bajo un porche, un hombre abandona al transeúnte que acaba de aplastar bajo su carro, una niña se tapa con las manos para olvidar las bofetadas e insultos de su madre, una pareja se rasga la voz gritando y el amor se equivoca, un adolescente se limpia las suelas en la cara de otro que está tirado en el suelo, un ladrón arroja a un lago su cuchillo ensangrentado apretando un exiguo bolso bajo su abrigo, una princesa lanza una última mirada al

palafrenero al que ya no se le permite frecuentar, un anciano con el cuerpo cubierto de bubones se arranca la piel ante los ojos de su esposa devastada, un mago mata a otro al no poder controlar su hechizo...

Se lleva la mano al cuello con la piel quemada, querría retener el grito que no puede evitar lanzar. Se derrumba, se arrodilla, se rodea la cabeza, asustada, poseída por la idea de que está muerta, o que está en un limbo, a las puertas del infierno, atrapada eternamente, solloza, su rostro se retuerce del dolor, se rasga la cara para cubrir el sufrimiento, el miedo, mocos se escurren de sus fosas nasales, sin brasas, el moco seco del todo fuego, el moco de mocosos que ya no domina nada. Querría lanzar todo esto al río, evacuarlo en el torrente de recuerdos abandonados.

«¡No, no, no! ¡No puedo morir! ¡Tengo una misión! Tengo que... tengo que... ¡por los fuegos del infierno! ¡Te... tengo que!»

En el río de los muertos, los fantasmas pasan, indiferentes. Hordas ininterrumpidas de fantasmas... y en medio, un ángel.

«¿Sarash? Sarash, ¿eres tú?»

El ángel le habla desde el más allá, nimbado por un aura de luz cegadora, en medio de esa oscuridad permanente con mil degradados de oscuridad.

Un demonio aparece a su lado, una presencia tenebrosa de un negro absoluto.

«¿Qué, Sarash? Está muerta. ¿Con quién estás hablando?

—Aurèle, escucha. ¿No oyes a Sarash?»

¿Aurèle? ¿Solis?

«¡Solis! grita Sarash. ¡Estoy aquí, Solis! ¡Corre! ¡Huye! ¡Aurèle es un maldito traidor! Él me ha...

—No te oigo, Sarash. ¿Dónde estás?

—Él me ha matado... yo... estoy muerta.

—¡Guiáos por mi voz, Sarash!

El torbellino arrastra al ángel y al demonio. Se han ido y la han dejado sola en la frialdad del olvido. La frialdad solitaria de la tumba.

De nuevo a solas con los fantasmas del río... Las lágrimas se secan en sus mejillas, eso vacía un poco, y de nuevo un agujero en la garganta. Se acuesta en ese suelo extraño, en esa materia sin tocar ni textura bajo el dedo, pasa las manos por encima sin comprender, sorprendida por la nostalgia de las cenizas al final de sus falanges, sus cenizas tangibles, granuladas, frías. Aquí ella no siente nada. Nada que viva. Se estremece. Nadie para recoger sus restos, nadie para poner sus cenizas en la urna, nadie para tocar la urna al salir del hogar todos los días, nadie para seguir avivando su recuerdo. En el arkhano del Fuego, se dice que se muere verdaderamente el día en que nadie nos reaviva cada mañana. Ella se apaga y la sala de espectáculos está vacía. Ya se siente como una brasa en el estómago, ni siquiera una llama para hacer cosquillas en la garganta. Cierra los ojos, relaja los músculos, tensos hasta entonces por la angustia. A lo mejor ya se ha apagado.

Si-ón-fue-go-u-ra-uir

ár-pa-dos-u-a

o-a-ón

o-a-ón

¡No!

¡Puede que esté muerta, pero ella se llama Sarash! ¡Es la Primus del Fuego! ¡Y el fuego de la venganza arde en ella!

«Fuego»...

De repente, las palabras cobran sentido:

Si a la ilusión prendes fuego, alumbra para huir.

Todo se aclara: hay que hacer fuego para ver claro, ahuyentar lo falso, las ilusiones. No importa el resto de la canción, esta frase confirma su primera intuición: confiar en el fuego, en el calor, seguir las fuentes de luz.

Más allá de un meandro del río late un corazón palpitante de claridad blanca. Ha visto relámpagos fugaces aquí y allá, pero ese resplandor supera con fuerza a todos los demás. Parece un cúmulo que se hincha y se contrae en un bucle sin fin, con un faro con linterna giratoria en su interior. ¡Ella —*me llamo Sarash, soy la Primus del Fuego y debo avisar a Solis!*— se lanza en esa dirección, guiada por ese fuego palpitante como un barco deseoso de llegar a buen puerto!

Un negro imposible la rodea. El color quimera se despliega, como océano sin tierra. Seca. Como el color khôl en el fondo de una olla de mármol. No del todo. Más bien como un paño húmedo oscuro, color alas de libélula en medio de la noche. No, casi. Más bien un negro de lava, una fracción de segundo antes de que se haya enfriado por completo. El faro, a lo lejos, palpita, la llama. A veces camina sin ver sus pies en un pantano sin textura, camina obsesionada por el contraste entre ese negro sin nombre y la luz cálida a lo lejos. Ese pseudofuego para tranquilizar el corazón.

En ese momento, se da cuenta de que ha tomado la decisión correcta. Allí, por primera vez desde que deambula por este otro mundo, se cruza con una vida ruidosa.

No toma conciencia de ello más que por el contraste, una vez más, pero ningún sonido habita en este lugar: sus suelas no crujen sobre nada, su propia respiración es sofocada hasta el punto de ser inaudible, todo sucede como si el aire del ambiente no tuviera la consistencia necesaria para hacer eco. Es un silencio sobrenatural el que reina, que solo atraviesa esa obstinada canción a la que le faltan palabras, provenientes

de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

Su oído no es el único afectado. No llega a tocar nada que sea más sólido que una niebla, ignora sobre qué camina —se abstiene de tratar de saberlo, para evitar descubrir que en realidad debería caer en un vacío infinito. Es solo como si algunos olores le hicieran cosquillas en las fosas nasales, fragancias suaves, lixiviadas por una atmósfera saturada de humedad. Predominan el de hongo y el de humus, también el de la fermentación del alcohol viejo, otras tantas evocaciones siniestras de cripta y de embalsamamiento.

Después del pánico de hace un momento, sus emociones se duermen, arrulladas por el ambiente enguatado, aséptico, parco de colores y de vida. La prueba es que no se asusta, o ya no se asusta, de todas esas señales que indican que deambula errante por la ultratumba. Un nuevo contraste.

Y de repente, alrededor de esa nube iluminada desde el interior, cuya frontera tiembla como la piel de un tambor martilleado, percibe una bandada de aves que merodean como carroñeros hambrientos, las oye aullar —signo ambivalente de muerte y de vida, que elige interpretar como un buen augurio. Su nube se desborda, se enrolla alrededor del corazón blanco, de su piel de vibraciones y vapores, su nube choca contra su nebulosidad como un gorrión desatento se golpea contra un cristal, se eleva en un crujido de terciopelo hacia el cielo en un torbellino que se ensancha, una especie de sifón invertido que se enrolla precipitadamente hacia el sumidero en el fondo de un depósito.

Ella se acerca, desconfiada, con la cabeza ligeramente inclinada como una exploradora prudente. Empujando sobre la superficie ondulatoria del sifón, las bestias con alas de arpía dibujan glifos sobre la nube, esa nube con pulsaciones de luz tan fuertes, un lenguaje cuneiforme y efímero que es incapaz

de decodificar. Las criaturas son inasibles para la mirada, imposibles de localizar sin que se oculten a la vista. Aprende a observarlas por el rabillo del ojo, en esos espacios furtivos que bordean la atención, en el límite de la conciencia. Le enfurece no saber leer esos mensajes, no entenderlos igual que ha desentrañado el secreto de la canción. Ella, que hasta entonces no sentía nada o casi nada, empieza a temer volverse loca si permanece ahí.

En su eje de visión, las aves se dispersan, perseguidas por su curiosidad. Desvelan un trozo entero de ese fuego blanco sin llamas, que revela imágenes...

Imágenes que ha visto cientos de veces. Las que abren cada año los combates del Appologium.

El duelo entre Chaka y Faust.

Las dos leyendas están ahí, al alcance de la mano, prisioneras de la nebulosidad como en un prisma de Arkhonte que transmitiría el final de su célebre enfrentamiento: Chaka ciega, con sus dos espadas de hoja dentada clavadas en el torso de Faust. Los dos adversarios se enfrentan, gesticulando, vomitando sangre entre los dientes apretados. Un abrazo cruel y magnífico a la vez, una entrega total de sí mismos que inspira y trasciende.

Es incapaz de saber si se trata de ellos, y no de una simple imagen. Ella querría tocarlos para asegurarse de ello, interrogarlos, preguntarles qué hacen allí, si ellos también han muerto... pero es difícil franquear la barrera de las bestias voraces aglutinadas alrededor de los héroes.

Está a punto de rendirse cuando ve a Chaka lanzar brutalmente sus espadas para sacarlas del pecho de Faust. La antigua Primus de la Sombra retiene el brazo derecho de su adversario, con la hoja a punto de arrancarle el corazón con su borde dentado. Pero el otro se rasga en un silencio que amplifica aún más la atrocidad del dolor que debe sentir.

Chaka lanza entonces la espada ensangrentada a lo lejos, tan lejos que se pierde de vista. Faust cae de rodillas mientras la legendaria genética, perdida, busca desentrañar con sus ojos ciegos los misterios de este mundo en negro y negro.

En clave de espectadora estupefacta, descubre imágenes que nadie ha visto nunca. La continuación del combate, el que debe responder a la eterna pregunta: ¿quién, de la tecnología o la magia, es más poderoso?

Chaka y Faust no están muertos. A Sarash aún le cuesta creer lo que tiene ante los ojos... a Chaka y a Faust vivos. ¡Ella también, viva! Un mechero raspa tras su ombligo...

Con paso firme y decidido, avanza hacia el torbellino de luz que los aprisiona, dispuesta a apartar a los volátiles carroñeros a dentelladas, si es necesario. Tiene que hablar con ellos.

Una fiebre se apodera de ella, la de una esperanza convertida en brasa.

Si a la ilusión prendes fuego, alumbra para huir.

ár-pa-dos-u-a

o-a-ón

o-a-ón

Una fiebre se apodera de él y le devora la carne como si de leña se tratase.

«Está ardiendo, se agita sin cesar... No puedo dejar que sufra.

—¿No puedes o no quieres?»

En el umbral de la conciencia, Shado siente la presencia de Sansón y Carya en su cabecera. Lucha para no unirse a ellos, para permanecer al lado de Sarash, la prisionera del Invermundo. Solo los invocadores más curtidos pueden sobrevivir a las quimeras del reino de la Sombra, sobre todo

desde que la Guerra de los Héroes trastornó profundamente la geografía que, por su estructura de rizomas que evolucionan sin cesar, era ya inestable por naturaleza.

Si no sigue con ella, Sarash cometerá un error fatal.

«Está delirando de fiebre, nos pide ayuda», insiste Carya, cuya voz es suficiente para medir su inquietud.

—No, no es un delirio, es una canción. Un tarareo, algo así.

—¿Estás seguro? ?

—No lo sé. Yo diría algo así como... como...

—¡Bueno, ya basta! Me niego a que muera. Ayúdame.»

Shado intenta en vano anclar la sombra de su sombra al recuesplendor, ese vórtice que atrae a Sarash como una llama a una mariposa. Pero los esfuerzos de Carya son demasiado suaves, demasiado sinceros, demasiado tranquilizadores... mucho más que su voluntad de ayudar a Sarash.

Dolor y tormento, nunca los amó, pero los conoce bien. Este Invermundo trastornado, en cambio, se ha convertido en un gran desconocido. Incierto. Aterrador. En constante cambio, hasta el punto de que incluso los recuerdos dejados por los antiguos Primus de la Sombra apenas sirven ya como hitos fiables, el Invermundo se ha convertido en un reino mutante, una bestia feroz que se ha vuelto aún más aterradora por su enfermedad degenerativa.

Sin contar que el dolor y el tormento también han cambiado, ahora se llaman Carya y Sansón. Y a estas personas, él podría aprender a apreciarlas.

«Mira, se está despertando.

—Su herida, ten cuidado.

—Sí, mamá.»

Una mano suave y cálida le cubre el costado con un paño húmedo, suave y cálido. El sufrimiento lo invade, un retorno al color de sus emociones desazonadas y de sus pensamientos sombríos. Sentir algo le proporciona un bienestar

electrizante, vivificante. El reencuentro con la realidad no tarda en llegar.

Y como siempre, el Invermundo guarda para sí sus recuerdos, en salmuera, conservando los sueños que conforman la sal de la humanidad.

«Encantada de conoceros por fin, Shado.

—Yo soy Sansón, y ella es Carya.» El niño es incapaz de dejar que se instale el más mínimo silencio, y añade rápidamente, sin dar tiempo al paciente de responder. «Shado, así que ese es tu nombre, ¿eh?» Una pausa apenas marcada. «Has visto a Carla, como tenía razón. ¡Eres una leyenda, señor!

—¡Sansón, ya basta!»

Como si no hubiera oído a Carya, Sansón, sobreexcitado, prosigue:

«¡He visto grabaciones piratas de tu combate contra Sassaki, sí, repartes a base de bien, ya te digo, tío!» Sansón empieza a imitar el combate, saltando dentro de la tienda llena de material mientras vuelca una estufa de pilas que Carya recoge protestando con suavidad. «Era una cosa de locos, nadie puede contra ti, nadie, nunca, ni siquiera las bandas.» Se queda quieto, con la rodilla en el suelo, las manos sobre la cabeza y las palmas de las manos en actitud orante — o para detener un sable imaginario de nanofilamento. «Es más, ¡ni siquiera una banda entera podría contigo! ¡Ni dos! De hecho, nadie puede pararte, ¿verdad, Shado? ¿Eh? ¿Quién puede pararte aparte de ti mismo, eh? Y aun así, ni siquiera eso es seguro...

—Sansón, basta ya, déjalo respirar. Necesita reposo.

—Bueno, al contrario, yo creo que necesita un poco de zumo, ¡lleva días durmiendo! ¿Verdad que sí?

—¿Cuánto tiempo?»

La voz grave y profunda de Shado emite un frío que llega a

congelar el entusiasmo volcánico del niño.

A no ser de los que repite lo que dice, Shado se embarca en un análisis rápido de su entorno. Una tienda somera, material mantrés recuperado, algunas listas de objetos mágicos y varias pociones, olor a polvo sucio, agitación de caravasar en el exterior... está en la Fisura, en una favela de importancia – apuesta por Desner.

Junto a su catre, una cantidad grande como un puño de ámbar costroso, que reaviva el dolor en su costado tajado por la espada de Sassaki. Se siente vacío, sin el mínimo resto de prana, más frágil que un potro recién nacido que intenta levantarse por primera vez. Se acaricia el mentón, con la barba tan poblada que ya no es áspera. ¿Cómo puede sentirse tan débil después de una estancia tan larga en el Invermundo? Es al contrario, debería haberse aprovisionado.

Las reminiscencias de su estancia en el reino de la Sombra ya se disipan, se empañan como la luz en un día de eclipse solar.

¿Por qué esa imagen? ¿Por qué esa y no otra? No es casualidad, más bien un eco de su memoria. Sol... claridad... calor... Hay alguien allí, más bien alguna, prisionera, hay un fuego en el Invermundo que no pinta nada allí... ¡Fuego! ¡Por la Sombra! ¡Sarash es prisionera del Invermundo!

«¿He hablado? ¿He dicho algo?

—Sí, una especie de cantinela», se apresura a responder Sansón.

Lanza un grito cuando Shado le agarra el brazo como una serpiente que muerde a su presa.

«¿Cuál? ¡Canta!

—No... no lo sé, no la he entendido. Algo así como "Si-ón-fue-go-u-ra-uir..."»

Shado se tranquiliza, por un momento suspiraría de alivio. Lo que Sansón no puede sino imitar, alterado por el juego de

sonoridades de la cancioncilla, él lo decodifica con claridad.

Sifón de fuego locura, ha de huir.

Le ha transmitido el mensaje correcto a Sarash. Bajo ningún concepto debe confiar en su instinto de Primus del Fuego, debe imperativamente huir del recuesplandor, ese sifón de fuego la mataría si penetrara en él.

Huye, Sarash, huye del sifón loco.

Por suerte, le ha avisado a tiempo.

RIVALIDADES VERTICALES

Hannibal nunca se ha arrastrado ante nadie. No tiene nada que ver con un exceso de orgullo, no. Sólido, inflexible, ¡él es la base inamovible, el suelo que permite arrastrarse a los demás! ¿No es el Primus de la Tierra?

Entonces, ¿qué está haciendo aquí, pegado a la pared del Gravlev? Nunca debió haberse lanzado a escalar ese maldito edificio, tan traicionero y en ruinas como la Fisura.

Con el mentón raspando la pared, levanta la cabeza en dirección a sus compañeros de ascenso, situados tres pisos más arriba. Guiada por un Aurèle, absurdamente temerario, Solis se precipita hacia la cima, dejándolo atrás. Ambos progresan en un ángulo extraño, como cangrejos, víctimas de la gravedad que aquí no existe más que en sus cabezas.

En su cabeza... como la Solis de los últimos días.

No puede dejarla sola con él. No se fía. Ese tipo hiede a traición. ¡Ni hablar!

Hannibal gruñe, resopla la rabia que se le desborda para reducir la presión, como las calderas de Cenicia, a las que tanto cariño le tenía Sarash.

Su frustración por dejar que se distancien tan fácilmente borbotea, se arremolina en la enorme olla donde macera el potaje indigesto de los sentimientos que lo atraviesan. Sin contar que la mezcla se echa a perder por su creciente temor a una mala caída, un sabor que se superpone a todos los demás. Su miedo es una pizca de sal que se ha convertido en una cucharada grande al caerse el tapón del salero.

El edificio es alto, más alto que el drakonera de Neftys. Ya

ha llegado al sexto piso, son al menos diez toesas de vacío las que se abren bajo sus pies. A esta altura, es tan peligroso volver atrás como continuar. Sin embargo, aparte de las ventanas rotas con peligrosos fragmentos de vidrio, la pared es sobrenaturalmente lisa, sin la más mínima junta. Puede aferrarse a las grietas, apoyarse en un voladizo con molduras pulidas por la erosión, pero la mayoría de las veces debe confiar en simples asperezas para seguir avanzando. ¿Cómo lo consigue Aurèle, maldita sea?

Con los ojos atornillados a su discípulo, que avanza con la soltura de un bruc de las montañas, Hannibal es incapaz de desentrañar su secreto, ni siquiera su ojo de piedra logra decodificar su señal vibratoria. ¿Qué tipo de magia utiliza? No es la de la Tierra. Nada que ver. ¡En absoluto! Tumul se equivocó, el fisuriano no tiene nada de taumaturgo. ¿Un discípulo? Menos todavía. Todo esto apesta como el estiércol, y Hannibal lo va a demostrar.

Mientras tanto, sufre las pullas de una horda de niños que escalan el Gravlev con la facilidad con la que las hormigas trepan por un árbol. Niños y niñas lo rodean a una distancia prudente, como carroñeros que vigilan a su presa, más grande que ellos. Hannibal intenta ignorarlos, pero su facilidad temeraria no hace más que remarcar su tosca técnica de escalada. Sabe que el ascenso es una especie de prueba con la cual los jóvenes fisurianos demuestran su valor, y es por ello que la mayoría conocen el primer tercio del Gravlev, no puede más que admirar su valentía un poco insensata. A él también le gustaría estar familiarizado con el lugar, ser el que lo recorre más que el que se arrastra por él.

Mientras tanto, Solis se aleja de él.

De repente, esta constatación lo aplasta todo. Se aleja... de él...

La realidad lo asalta con la guardia baja, lo vence con la

indiferencia de un deslizamiento de tierra. Allí, pegado contra una pared que se desmorona, sacudido por un viento arenoso, que normalmente le acaricia pero que aquí lo abrasa y le lija hasta el alma, se rinde a una sencilla evidencia: hace varias lunas que Solis se ha distanciado, abandona el nido para volar, dejándolo allí solo plantado sobre su roca, privado de calor, a enfriarse lentamente hasta petrificarse. Él no ha sido más que una etapa de su vida –importante, espera; fundamental, cree; pero ya superada. Si tal distancia se ha abierto entre ellos, es porque ella corre mientras él no hace más que arrastrarse.

El tiempo ha hecho su trabajo, la roca se ha convertido en polvo que se desliza en un reloj de arena. Y él se obstina en ralentizar los granos de arena en lugar de voltear el instrumento.

Es demasiado, ya no puede ver a Aurèle y a Solis adelantarse así, por lo que devuelve la cabeza a una posición más natural. Lucha para no mirar hacia abajo, frota con fuerza la mejilla contra la pared para evitar deslizar una mirada entre sus piernas. El simple rasguño de su barba de tres días despierta ecos en el interior del edificio, revela su estructura hecha de una red de varillas de acero que recorren todo el edificio. El Gravlev lo construyeron los mantreses hace décadas. Esos hijos de silicona tienen tan poca confianza en su hormigón que lo han vertido sobre un armazón metálico, cuyo matiz vibratorio Hannibal percibe en el corazón del material. El Gravlev no es más que un gigante filiforme de acero, cuya carne está hecha de una mezcla de grava, arena y cal. Un coloso con miembros de arcilla.

¿Y es eso lo que habrían de temer? ¡Qué broma tan triste!

Hannibal explota con una risa franca, liberadora. Se ha retrasado, es cierto, ha pasado mucho tiempo desde el inicio, obviamente, pero aún no es demasiado tarde. Si es lento es

porque es implacable. Y ahora que sabe lo mal adversario que es el Gravlev, nada le impedirá alcanzar al pelotón.

Cinco toesas más arriba, Aurèle oye a Aníbal gritar como un loco. Sin pensarlo, se apoya en un pedazo de moldura, alinea su pelvis con la gravedad local y se encuentra medio vuelto hacia abajo, tan cómodo como un lagarto que descansa en un muro. Descubre al Primus crispado, con el cuerpo pegado a la pared como si quisiera fusionarse con ella, con los miembros temblorosos. ¿Calambres? ¿Una crisis de pánico? ¿Un acceso de rabia? A menos que, simplemente, Hannibal acabe de comprender quién es realmente el maestro, y quién es el alumno.

Porque aquí, a media altura del Gravlev, Aurèle es todopoderoso. La Gravedad es su sierva, y ahora conoce los hechizos.

El gladiador no sabe leer, nadie se ha preocupado por enseñarle y nunca ha visto su utilidad. Se da cuenta de la magnitud de su error, ahora que sabe descifrar las sutiles variaciones de las fuerzas de atracción, que puede interpretar las ínfimas vibraciones de la gravedad. Ha abierto de par en par el grimorio de las leyes de la naturaleza, cuyas reglas puede reescribir a su antojo. Es todavía instintivo, una transcripción a tientas, una imitación que sigue siendo una limitación, pero se jura que aprenderá para pasar lo más rápido posible de simple monje copista al de genio iluminador.

¿Verá con buenos ojos el Consejo que él desarrolle sus poderes? Isalys se inició en la magia de la Luz, ¿se le dará a él la misma oportunidad? Solis, por su parte, se lo permitiría – por extraño que parezca, duda del Consejo, pero no de ella. Sí, pero es él quien no se lo permitiría. Haga lo que haga, se siente lastrado por su lealtad a Isalys.

Agacha un instante la cabeza hacia Solis, un poco más

abajo, con las mejillas enrojecidas por el esfuerzo pero con respiración regular. Se las arregla honorablemente, su instinto para el buen agarre es innegable, incluso se permite el lujo de no seguir a pies juntillas el recorrido que él traza para ella. Titubea, un poco demasiado prudente para su gusto, pero progresa con determinación, hay algo imparable en ella, una apuesta que juró no perder. Se pregunta si seguirá avanzando de esa manera con la trampa de mandíbulas que se cierran sobre ella, apretadas con firmeza en la yugular.

Intentando olvidarlo, Aurèle cierra los ojos para entrar mejor en comunión con la Gravedad volátil que le rodea. Tiene la impresión de estar en un vestíbulo de paredes lejanas, subiendo una escalera sin fin, como en esos dibujos engañosos donde el rellano se enrolla sobre sí mismo por el efecto de una perspectiva distorsionada. Los ecos son extraños, contra natura, y cuesta saber si se suben los escalones o si se bajan.

Para quien no ha entendido el truco, es inquietante, incluso angustiante. Pero una vez desvelado el misterio, la experiencia es apasionante. El truco es entender que la escalera no existe, que también se puede caminar sobre los barrotes de la barandilla, verticalmente. Comprender que en realidad no hay arriba ni abajo, no hay horizonte, sino una infinidad de caídas posibles, y que si se quiere vencer el caos del lugar, hay que casarse con él, comprometerse con él sin pensarlo. Un individuo racional no llegaría a comprenderlo; para Aurèle y su instinto es tan natural como respirar.

Sin embargo, la Gravedad se muestra cambiante y tan imprevisible como una borrasca. Se arriesga a cada instante al agujero de aire, sinónimo de caída y de asfixia. No importa, se siente seguro de sí mismo, hábil y móvil, como una veleta que se orienta naturalmente en el sentido del viento para explotar su fuerza. Ahí es probablemente donde reside su

mejor cualidad: Hannibal es rígido, instalado en sus posiciones, anclado a una realidad inmutable, mientras que él se adapta y evoluciona sin cesar. Su infancia en la Fisura se lo ha enseñado, es ahora cuando saca todos los beneficios de haber vivido a la fuga, hasta el punto de creer en el destino.

¿Renunciaría a todo ello si Isalys se lo pidiera?

«¿Aurèle?»

El tono que emplea Solis parece desprendido, pero un ligero temblor revela que ella reclama su ayuda sin decirlo. Al darse la vuelta, el gladiador la descubre bloqueada unos pocos codos más abajo. La intuición no sustituye a la experiencia, se ha adentrado en un callejón sin salida, una superficie del edificio que el tiempo y las inclemencias del clima no han sabido agrietar.

Al percibir una inflexión de la horizontalidad, avanza hacia un lado para encontrar nuevos agarres y descender hasta ella. Pasa cerca de una adolescente de quince años, tranquilamente instalada en un sillón fijado a la propia pared, con la pierna colocada por encima del reposabrazos. Hay algunos sentados en el lado de la pared, en una silla o en un banco público, sujetos por eslingas deshilachadas, inclinados en el sentido de la gravedad local. Este privilegio lo han ganado después de haber vencido la cumbre mítica del Gravlev, siguiendo los pasos de Aurèle.

«¿Qué narices hace aquí la princesa? —preguntó la fisuriana señalando a Solis con el pulgar.

—Lo mismo que tú: se está buscando a sí misma —le responde Aurèle saltando de un agarre a otro.

—Gracias, pero la princesa no se está buscando —responde Solis, firme y tajante. Sé muy bien dónde estoy y adónde voy. Me habían dicho que la ayuda mutua era común en la Fisura, ¿me habrán mentado?»

Aurèle intercambia una sonrisa de medio lado con la

adolescente que espeta.

«Sí, bueno, ¡el Gravlev tampoco va a abrir una maldita agencia de viajes!»

La joven carraspea antes de lanzar un escupitajo que salpica de desprecio. El banco raspa la pared balanceándose bajo la inflexión de la gravedad. Ella aprovecha para agacharse y gritarle a los niños de cinco toesas más abajo.

«Y vosotros, allá abajo, ¿a qué estáis esperando?» ¿Un impulso ascendente? ¿El Primero está aquí, entre nosotros, y vosotros ahí rondando por un raspador de suelo? ¡Un maldito Arkhante, muchachos! ¡Pfff... La desgracia absoluta!»

Aurèle saca pecho al descubrir el apodo que le valió su hazaña. «Primero» suena un poco como «Primus», le gusta. En lo que tarda en llegar a donde está Solis por fin, los aprendices de escalador se lanzaron al asalto de la cumbre, enardecidos.

Hannibal ve a los niños alegrarse como una horda de palomas cazadas por un paseante -fricción apresurada de las suelas sobre el hormigón que se asemeja al batir de las alas al vuelo, gritos de excitación que se convierten en otros tantos chillidos. Se encuentra solo, abandonado, como un puñado de semillas reducidas a sus vainas.

La soltura insolente de estos niños, el muro que siente vibrar bajo sus dedos tras su partida precipitada, la conciencia del vacío bajo sus pies, todo esto le produce vértigo. Nunca nada le había provocado tal nudo en el estómago. Nada, ningún peligro, ningún combate, ni siquiera en el Appologium. Le resulta insoportable sentirse tan débil, tan patético... tan lleno de un resentimiento ácido que le horada el estómago.

Con las mandíbulas apretadas, las fosas nasales dilatadas, inspira profundamente, en dos pasos para controlar mejor su respiración. Un ejercicio básico, el primero que se aprende en

el Colegio de la Tierra. Una vuelta a los fundamentos que le ayudan a recuperar el control.

No es Aurèle quien decide, ni siquiera el Gravlev o la Fisura. Como Primus, él es el único artífice de su destino.

Modifica la textura de su epidermis, fusiona la yema de sus dedos con la pared y comienza a trepar. Con cada agarre, un poco de piel se arranca, y su sangre no tarda en mezclarse con el hormigón quebradizo. Lo ideal sería hundir las manos hasta el armazón de acero, del que podría servirse como una escalera. Sin embargo, tal hechizo requeriría más prana, un riesgo que prefiere no correr. No de momento. No en la Fisura, donde la magia es tan imprevisible. Especialmente porque el dolor es un combustible valioso, lo disuade de arrastrarse demasiado. Para motivarse aún más, levanta la cabeza, su mirada sobrepasa a los niños ya dos toesas por encima de él, y se fija en Solis, a quien quiere alcanzar a toda costa.

La sorpresa casi le hace soltarse.

Pavoneándose delante de los niños, Aurèle asume todos los riesgos. Salta de una delgada cornisa para deslizar sus dedos por una falla, transforma su mano en un puño para hacer un anclaje sólido, juega con la pelvis para oscilar sobre la punta de su brazo, aprovecha el impulso para levantar su pierna por encima de la cabeza y se apoya con el pie en el alféizar de una ventana. Allí, con el cuerpo en diagonal y las rodillas por encima de los hombros, se gira para tender su mano libre a Solis.

Bajo los ojos horrorizados de Hannibal, Solis libera su mano derecha para intentar agarrar la de Aurèle, sus dedos se buscan agitándose como gusanos al final de un anzuelo – gusanos que el coloso tiene la impresión de haber tragado, y de sentirlos retorciéndose de miedo en su vientre.

Se le resbala un pie y cae.

Aurèle se descuelga un poco y le agarra la muñeca. Su gesto es vivaz, sus apoyos sólidos, podría haber realizado este movimiento hace mucho tiempo en lugar de jugar con la Malkah. Esto enfurece a Hannibal, un furor que dura mucho más que el grito asustado de Solis, quien tarda en darse cuenta de que no va a caer quince toesas más abajo. Tendrá que esperar a que su protegida encuentre apoyos sólidos para respirar de nuevo. La bilis que quema su garganta no se evacúa tan rápido.

Retoma su ascenso, cruelmente consciente del contraste entre sus esfuerzos laboriosos y la gracilidad natural de Aurèle. Hannibal no puede sofocar una pizca de fascinación por la gestualidad casi danzada de su discípulo, la tibia belleza de sus movimientos, la precisión de sus balanceos. Baila un vals con la Muerte...

¡Ser tan inconsciente roza la idiotez pura!

Ese tipo es un peligro para los demás, ¿por qué Hannibal es el único que se da cuenta? Cegados por la brillantez del mayor, los niños se lanzan a su vez a hacer acrobacias, rozando la catástrofe en cada intento, provocando los ánimos o los gritos del resto de la tropa. Indiferente al fervor que ha levantado, Aurèle guía a Solis a través de una ventana y, juntos, desaparecen de su vista.

Hannibal deja de mirar hacia las alturas, no quiere seguir observando a la banda de jóvenes temerarios mostrar su chulería. Es criminal por parte de Aurèle dar semejante espectáculo, sabiendo que esos niños van a intentar imitarlo a toda costa. Tal vez domine una extraña forma de magia, pero nunca tendrá madera de Primus. Pues, al fin y al cabo, Aurèle se muestra como lo que es: igual que la Fisura, un tipo inestable. Nunca será capaz de guiar a todo un arkhano mágico, tiene tanto discernimiento y empatía como un arma mantresa de destrucción masiva. Está dispuesto a llevarse

todo a su paso. Todo, incluida Solis.

Hannibal trepa hasta arrancarse las palmas de las manos, solventando rápidamente su retraso. Ha cubierto la mitad de la distancia que lo separa de la ventana donde Solis ha desaparecido, cuando de repente un niño cae. Lo adivina incluso antes de verlo, solo con las risas que se convierten en gritos.

Hannibal gira la cabeza, percibe una bola de tela de la que emerge un tallo rubio agitado por el viento. El desgraciado se dirige hacia el suelo en un trazo de color difuso que le pasa cerca, justo al lado. De puro reflejo, quiere tender la mano... pero no lo hace. Falta de equilibrio, de seguridad. Se prohíbe ponerse en peligro a sí mismo, la prioridad es la Malkah. El muchacho se lo ha buscado, una pena para él. Una cadena odiosa de pensamientos, una cobardía que justifica su inacción. Vergüenza. ¿Es Primus, y ni siquiera puede salvar a un pobre niño?

¡Aurèle! ¡El muy inconsciente ni siquiera está aquí para agarrar al niño que él mismo empujó al vacío!

Gritos. El suyo, furioso. El del pobre muchacho, de pánico. Otros, lanzados por sus camaradas sorprendidos, colgando algunas toesas más arriba. Una corriente ascendente de gravedad hace subir al desgraciado, rebotado por la gravedad caprichosa.

Esta vez, Hannibal se niega a dejar pasar su oportunidad. Suelta uno de sus agarres y estira el brazo izquierdo. Aurèle había sido elegante al agarrar a Solis, él es brutal al alcanzar al niño. El gladiador dominaba su gesto y actuaba para la galería. El discípulo está familiarizado con las rarezas del Gravlev, él está separado de su Tierra inmutable.

Con un desgarró de la carne, Hannibal pierde la punta de sus dedos y gran parte de su palma derecha. Intenta forzar sus dedos de los pies para mantener el equilibrio. En vano.

Se despegaba de la pared y cae también.

Aprieta al niño aterrorizado entre sus brazos, de espaldas al suelo para amortiguar su caída, con los ojos dirigidos hacia las alturas. Hacia la ventana donde ha desaparecido Solis.

14.2

Vuelve la sensación de miedo crudo a las entrañas de Aurèle. Es un viejo compañero, un pariente incómodo con el que aprendió a vivir. Pero desde que se enfrentó a Sarash y a Hannibal, nota inmediatamente su presencia, la identifica por lo que es. A partir de ahora, la siente vibrar todo el tiempo, como un acúfeno que nunca se oía y que ahora silba permanentemente en los oídos.

Lejos de inquietarse, Aurèle se alegra: conoce bien su miedo, es mejor dominarlo y poderlo insuflar más fácilmente en los demás. Maestro de una nueva magia, amo de su miedo, Aurèle se vuelve implacable. Todopoderoso. Predestinado. Impulsado.

Puede precipitar a Solis en una anomalía gravitacional en cualquier momento. Si es necesario, puede abrir una herida en su tierna piel de princesa que no ha conocido nada peor que una uña rota, separar las heridas con una torsión viciosa de la hoja, verter las semillas de rosas caninas que son su marca, la de la Fisura con una belleza destructiva. ¡Lo puede todo!

Sin embargo, viendo a Solis avanzar con determinación por el pasillo del Gravlev que ella ha insistido en explorar, no puede sino apreciar su voluntad de hierro, su coraje que fuerza el respeto. Se nota que no está en su terreno, ella es consciente de avanzar sobre un campo de minas como los de la frontera de Mantris, pero no le asusta. Sabe a dónde va y lo que quiere, nadie la detendrá. Ni siquiera Aurèle.

Posa su mano contra la cadera de la Malkah para, con una presión discreta, evitar que rozara la pared del recorrido —el polvo suspendido vuela en dos direcciones opuestas, lo que indica una gravedad cizalladora que la habría abierto en dos.

«¿Es allí?», pregunta Solis a su guía.

En el momento de responderle, el Aurèle conspirador vuelve con fuerza, le sube a la garganta esa apetencia de violencia repentina. Una vez más, se siente sacudido por una resaca

regular, un deseo repentino de matarla que va mucho más allá de la misión. Te mato, no te mato. ¿Te mato o no te mato?

Solis capta el ritmo ambiguo de Aurèle, su corazón que late con una frecuencia creciente e incesantemente cambiante, una especie de tempo tecnomágico indescifrable. Decididamente, nada tiene sentido aquí, la gravedad no más que sus intuiciones vibratorias. Se siente perdida, gris también –ese peligro omnipresente, ese edificio tan extraño, esos sentimientos sulfurosos hacia Aurèle, todo eso la aturde deliciosamente, una feliz escapada de la cotidianidad de la vida palaciega.

Sin embargo, ella no se engaña: Aurèle no es de confianza, no del todo, pero ella está a su merced. En general, ha sabido desenvolverse durante la escalada –lo que, en sí mismo, es tan sorprendente como la levedez–, pero se expone. Es el precio a pagar para encontrar las respuestas en la cima del Gravlev, ella ha tomado su decisión. Sin embargo, nada la obliga a hacerse la blanca paloma, permanece en guardia. Escuchando, vigilante. Este desvío a las entrañas del edificio maldito es ante todo un pretexto para darle tiempo a Hannibal de unirse a ellos.

Con las mandíbulas atornilladas, Aurèle opina con autoridad: sí, es por allí. Ante él, Solis avanza lentamente por el pasillo decrepito, deslizando un pie prudente entre los escombros, bajando la cabeza para evitar cables y espumas -naturales y artificiales- que cuelgan del techo roto. Nerviosa, hace girar entre sus dedos el disco de cristal del que busca otros ejemplares en el interior del edificio.

Aurèle está justo detrás de ella, concentrado en las anomalías gravitacionales que los separan de la habitación que la Malkah quiere visitar. No deberían haber entrado en el edificio, el interior del Gravlev es significativamente más turbio e incierto que su fachada –ojalá bastase con cruzar los pisos y tomar las escaleras para llegar a la cima, otros lo habrían logrado mucho antes que él. Piensa en su hazaña de hace siete años: en aquella época, estaba convencido de que moriría escalando el Gravlev; ahora que la

Gravedad le ha sido revelada, el ejercicio se reduce a un banal recorrido de obstáculos.

«Segunda puerta a la derecha –murmura Aurèle.

—Nos quedaremos aquí hasta que Hannibal nos alcance, y luego seguiremos.»

Aurèle sonríe al oír a Solis ordenárselo en ese tono, allí donde su autoridad no tiene ninguna legitimidad, ninguna influencia sobre él. Este exceso de orgullo lo hace reír por dentro. A través de sus vibraciones, ella se da cuenta de ello.

«¿Qué pasa?

—Nada, princesa, sois vos quien manda.»

Aurèle hubiera preferido claramente aumentar su ventaja, acabar. No importa. Solo están en el primer tercio del ascenso, lo más difícil está aún por hacer –las anomalías son cada vez más frecuentes e importantes a medida que se acercan a la cima. Se regocija ante la idea de que Hannibal va a morir, víctima de su obstinación de taumaturgo terco. Matar sin tener que levantar un dedo, ¿no es la definición misma de la omnipotencia?

Al llegar a la puerta, Solis mira hacia adentro y se detiene en el umbral, con la cara bañada de luz y la respiración congelada después de una breve inspiración silbante –parecería que acabase de tener una revelación.

Aurèle llega a donde está y descubre también la estancia. Larga y estrecha, sus paredes desaparecen tras armarios con paredes de vidrio, llenos de discos idénticos al que Solis tiene en la mano. La mitad de las puertas de vidrio están rotas, el suelo está cubierto de vidrio triturado. Con sus discos de cristal del tamaño de un libro, almacenados con la regularidad de un azulejo decorativo, el lugar parece una biblioteca, o posiblemente un museo, debido al opresivo olor a polvo viejo. Una grieta en la pared ilumina la habitación, que de lo contrario sería ciega. Un despacho en ruinas con todo lo que tiene de banal...

Él no entiende la reacción de Solis. Ciertamente, la abertura se asemeja a un óculo del que cae un pilar de luz irregular, lo que da

un aspecto solemne al lugar, pero nada que pueda provocar el éxtasis.

Solis se dirige hacia el armario más cercano con un crujido de cristales pisoteados. Aurèle la redirige con una presión sobre el hombro hacia el estante siguiente para evitar que se encuentre en el eje del óculo. Ella no se ha dado cuenta de los fragmentos aún suspendidos alrededor de la abertura, como si el momento en que se perforó la pared estuviera congelado en el tiempo. ¿Quién sabe si un simple paso no sería suficiente para relanzar la gravedad caprichosa?

Solis acaricia con la punta de los dedos la alineación de los discos:

«Un centro de datos mantrés...

—Exacto. Y yo que creía que fuera de la arquitectura de los palacios, no sabíais nada.»

Ella se vuelve, brillante, con una amplia sonrisa, y luego envía un guiño tan cómplice como sorprendente a un Aurèle atónito.

«¿Desde cuándo una Malkah envía guiños a la escoria de la Fisura?

—Parece que sí después de ti.

—¿Ahora me tuteas?

—Eso parece...

—¡Guau, un combo de guiño y tuteo, cuidado con la combustión espontánea, princesa!

—¡Ah-ah, parezco Sarash! ¿Sabes? También puedo comer con las manos y hablar como un carretero.

—¿No? Si me hubieras dicho que podías volar con los draks me habría sorprendido menos, ¡pero ahora estoy deseando oír eso!

—Si te portas bien, tendrás tu demostración.

—Bueno, aún no está ganado entonces...»

Con aire travieso, ella no dice nada más, y él tampoco mientras sus certezas dan la vuelta una vez más.

Solis señala una consola de lectura que parece intacta, colocada

torcida en las estanterías superiores de un armario.

«Con eso, deberíamos poder leer los datos.»

Antes de esbozar un gesto, Aurèle ha puesto la mano debajo de un estante y ha colocado su pie izquierdo sobre el travesaño del mueble. Contraintuitivos, los agarres se adaptan a la gravedad local. Con su mano libre, agarra el dispositivo para ella, evitándole una fractura abierta.

«Me sorprendería que aún funcionase», matiza mientras coloca el lector sobre la parte trasera de un armario acostado.

Solis desliza dentro un disco elegido al azar.

«Lo sabremos enseguida.»

Manipula el aparato con una facilidad que sorprende al gladiador. Vestida con un atuendo propio de la Fisura prestado para la escalada, aureolada por el polvo dorado que se agita a la luz del óculo, parece una saqueadora de artefactos. Aurèle siente como si su corazón se anudase, duele y da tirones. Ha de admitirlo, la Fisura le sienta bien a Solis.

Pronto se eleva un crujido atroz, un quejido mecánico extrañamente humano, que se modula, se despoja de sus acentos estridentes, se adorna con una sinfonía de violines y oboes. Las notas musicales flotan en el aire, unidas enseguida por las voces cautivadoras de un dúo de divas. La ópera llena la sala, una presencia etérea que se eleva escapando a todas las rarezas de la atracción terrestre.

A Aurèle lo atraviesa un estremecimiento encantador, una emoción viva hasta el punto de ser dolorosa: la devastación ha privado a los fisurianos de tantas maravillas, de tantas esperanzas. Se deja llevar por la fabulosa música recién salida de otro tiempo, de otro mundo, tanto más sublime por ser totalmente inesperada. Él, que domina su miedo y la Gravedad, ahí está atrapado por la belleza del momento, con los brazos caídos y la mirada perdida en algún lugar del pasado robado por la Guerra de los Héroe. Las lágrimas le suben hasta los ojos mientras cantan esos dos ángeles surgidos de la nada. Dos ángeles... como Isalys y Solis.

Todo se detiene en un crujido atroz. El final es brutal, violento, definitivo; es la euforia de la caída libre que termina en un accidente mortal. En la nuca y en los brazos, el vello se le eriza. Necesita parpadear varias veces para darse cuenta de que esta reacción no tiene nada que ver con el final de la ópera.

En un relajamiento de la tensión que vibra como una cuerda rota, siente fuera del Gravlev a un niño soltarse de la pared y arrastrar a Hannibal en su caída. A la delicia de esa sensación sigue inmediatamente el temor de que Solis se dé cuenta de una manera u otra de lo que acaba de suceder.

«Tenemos que irnos.»

La agarra del brazo sin más decoro y la arrastra hacia la salida.

«Debemos esperar a Hannibal.

—Se unirá a nosotros en la cima.

—¿Cómo hará para...?

—Escucha, todo esto es muy bonito, la música, la canción, pero si quieres que nos quedemos aquí, se va a transformar en un réquiem. El Gravlev va a causar víctimas, y me gustaría no estar aquí cuando eso suceda.»

Por una vez, Aurèle no le miente descaradamente. No obstante, ha subestimado la autoridad de Solis.

«Haremos lo que hemos dicho, esperaremos a Hannibal.»

Solis se zafa con un gesto firme y, después de un largo intercambio de miradas, vuelve sobre sus pasos. A sus espaldas, Aurèle se quedó inmóvil, con una vaga sonrisa en los labios. Ha olvidado cuán determinada puede llegar a manifestarse, cuán inflexible, a pesar de la benevolencia que suele mostrar. Esta mujer es un contraste rotundo, una luz del crepúsculo sobre las dunas de la Fisura. La famosa mano de hierro enfundada en un guante de terciopelo. A veces, desearía que esa mano le agarrase del cuello, lo estampase contra la pared, acercase sus labios y...

Ten cuidado, Solis. Basta mi silencio para que la levidez te triture.

PRIMERO VS PRIMUS

Hannibal está destrozado. El dolor lo paraliza, se siente como si tuviera los huesos hechos migajas, su aliento está bloqueado entre sus costillas rotas. Su espíritu está nublado, confundido, como si para él todavía estuviera cayendo. Es incapaz de levantarse, es como si una roca de cuatro o cinco quintales le aplastase el torso —una roca... o una lápida.

A pesar de todo, sigue vivo.

Todo el mundo estaría feliz de haber sobrevivido a semejante caída, pero él ya querría estar en pie, listo para reanudar el ascenso. Sólo piensa en eso: llegar hasta Solis. Sin embargo, su cuerpo ha decidido otra cosa.

Justo antes de chocar contra el suelo, ha endurecido su piel, ha convertido sus músculos en piedra. Nunca lo reconocerá, pero también se ha beneficiado de un último capricho de la gravedad que giró un poco antes del impacto, moderando su velocidad de colisión.

Extendido sobre su espalda en el lugar de su caída, se obliga a enderezarse. Con una sensación terrible de que la cabeza le da vueltas, siente que el cerebro va a salpicar alrededor. Al moverse, se da cuenta de que su brazo derecho tiene dos articulaciones adicionales.

“Quédate acostado”, le aconseja Syläë, que se ha acercado a él.

Él extiende la mano benévola que ella pone sobre su hombro y se pone en pie —si no lo hace de inmediato, nunca lo hará. Gruñe, pega tan pronto como puede su brazo roto contra su torso. En su pecho, sus costillas rotas se transforman en teclas de piano que golpean sus pulmones y le roban la poca respiración que le queda.

«Hannibal —insiste Syläë—, estás grav...

—¿Y el niño?», la interrumpe él.

La Primus de la Naturaleza aprieta los labios y se contenta con sacudir la cabeza, desolada.

«Yo te he visto —le consuela ella. Has hecho todo lo que has podido, no es tu culpa.»

Sí. No debería haber fortalecido su cuerpo, lo que le ha impedido amortiguar la caída del niño.

«Hannibal, ¿qué estás haciendo?»

Sin siquiera haberlo decidido conscientemente, el coloso se dirige hacia el Gravlev. Mira a la Primus por encima del hombro, ella también parece salir de una terrible caída, ya que parece agotada, lívida.

«No sobrevivirás a un nuevo hechizo de curación, no después del de Aurèle.»

Aurèle. Las cuentas empiezan a ser pesadas.

Estoico, agarra su muñeca derecha con toda la mano y vuelve a colocar su brazo en su lugar con una torsión vivaz. Un crujido espantoso de las escamas de hueso que se rozan entre sí, un sufrimiento que late por olas en la carne de sus músculos y sube con gula hasta el corazón que se acelera, el cráneo que tamborilea con locura... todo en él protesta frente a tantos traumatismos. En el exterior, Hannibal sigue siendo de mármol, obstinadamente viril.

Al llegar al pie del edificio, lo recorre lentamente, con la

nariz en alto, en busca de un camino más fácil. Entonces se da cuenta de que por el lado que eligió Aurèle, el Gravlev está inclinado, como víctima de un suelo demasiado blando que se lo traga poco a poco; la pared opuesta será, por lo tanto, más fácil de escalar.

A medida que avanza, los guijarros y la grava se levantan del suelo para aglomerarse alrededor de su brazo roto, improvisando una escayola de roca. Al bordear el edificio, descubre la fachada perforada por...

¿Por un tubo gigante, del tamaño de un barco?

Estupefacto hasta el punto de olvidar por un tiempo su herida del brazo, Hannibal lucha por reconocer un tren de maglev que se ha incrustado en el antiguo edificio mantrés, atravesándolo de lado a lado en un ángulo de unos 45°. A través de su ojo de piedra, observa el vagón que, en los últimos pisos, ha perforado en la estructura un agujero que desemboca en el techo. Parece una aguja monstruosa clavada en la carne de hormigón armado. El Gravlev -entiende finalmente el nombre del inmueble- permanece siempre hermético a su visión vibratoria, borroso más allá de su capacidad sensorial, pero la cartografía interna del maglev le parece bastante nítida. El espacio hueco ofrece muchos agarres –barras de metal, asas, asientos– que prometen un ascenso mucho más fácil.

Por ahí es por donde decide pasar.

En el momento en que Hannibal pone el pie sobre la fachada inclinada, su escayola está terminada. El torniquete de piedra le aprieta el brazo desde el codo hasta el hombro, manteniendo un mínimo de flexibilidad en ambas articulaciones y solidificando todo lo demás. Contra el dolor, nada que hacer, él se encargará de ello. Esta vez, el Primus ya no duda: transforma mágicamente el hormigón de la fachada en arena y hunde su brazo sano y sus pies hasta el almacén

de hierro, que utiliza como escalera. Su reserva de prana se agotará, se expone en todo momento a que su hechizo se debilite -o peor, se refuerce- por el caos de la Fisura, pero está dispuesto a correr todos los riesgos.

Antes de llegar al cuarto de los treinta pisos, la realidad se le impone: así no va a llegar. No sin entender al menos un poco la levidez.

No está a la altura, Aurèle lo supera.

Se concede una pausa, con la frente apoyada contra la pared, los pies calzados en una grieta y la mano izquierda apretando un barrote de acero casi triturándolo. A pesar de todo, se deja abrumar por el dolor que le devora el aliento y el peligro que le embadurna el estómago. Tiene miedo. No de caer, sino de perderla.

No puede vivir sin Solis, es así de simple.

Ya no necesita un protector, eso está claro. En posición de debilidad, en el flanco del Gravlev, severamente disminuido, se da cuenta de hasta qué punto ese papel ya no es el suyo, y comprende hasta qué punto ella tiene razón. En realidad, es él quien necesita su protección, y no al revés. Necesidad de su presencia, de sus consejos, de su aura benevolente, de sus risas, de su sutil dosis de despreocupación tan preciosa a la hora de afrontar las pruebas de la vida. De su amor. No importa si se trata de un hermano mayor, un héroe o un amigo, pero necesita... no, quiere ser amado por Solis. Ahora bien, todo lo que ha hecho recientemente es exigir ese amor en lugar de merecerlo. Se ha comportado como un idiota: Aurèle no tiene ninguna importancia, solo Solis cuenta. Necesita decirle todo eso, con la esperanza de encontrar las palabras correctas.

Lo único que importa es que Aurèle le dé la oportunidad. Que no la mate antes, por imprudencia o a propósito.

Y para ello, está dispuesto a hacer lo que haga falta.

Calma la respiración y empieza a hechizar en voz baja. Au creux de son oreille, marteau, enclume et étrier se calcifient, gagnant en densité et en rigidité. A medida que los pequeños huesecillos se vuelven duros como la piedra, el oído de Hannibal se va hacia los graves, se ensordece más que durante una inmersión en aguas profundas. Su tímpano está martirizado, peor que un accidente de descompresión. Es como un estilete clavado en su conducto auditivo que horada hasta lo más profundo de sus oídos. Hannibal prosigue, su determinación es más fuerte que el dolor que fuerza a náusea. Ajusta su nivel de percepción como un afinador haría con un instrumento. No sabe cómo lo hace Aurèle, pero lo ha combatido en la grieta, ha observado su ritmo, sus pulsaciones, su forma de desplazarse... Debería poder acomodarse en las mismas vibraciones que él.

Hannibal gime, un sonido que no oye, que ya no oye. Se vuelve sordo de su propio sufrimiento. Para expresarlo, martillea la pared de su puño hasta sentir chirriar su húmero roto en tres trozos.

Poco a poco, su ojo modificado le abre un nuevo campo de percepción, le ofrece un sexto sentido. La mezcla vibratoria del Gravlev se aclara, se aglomera en grumos poco apetecibles pero más fáciles de agarrar para tragarlos. Para afinar su mutación forzada, Hannibal cierra su ojo sano y, con la oreja pegada a la pared, detalla los alrededores con su globo ocular de piedra.

Por último, percibe la levedez que Aurèle distingue con claridad. Es como... como explosiones a cámara lenta, una erupción volcánica de melaza espesa con lenguas de fuego que dibujan arcos perezosos. La imagen le recuerda una conversación con Sarash, cuando le explicaba que Galana experimentaba periodos de erupciones solares debido a un exceso de energía. Se habían reído comparando las resacas de

su juventud con esas erupciones. Si hubiera estado allí, Sarash habría hecho la comparación: la levedez es la gravedad que se desgarras, y si Aurèle está tan dotado es porque no es más que un vulgar borrachuzo. Se habrían burlado del gladiador, de mil formas. Lo que daría porque ella hubiera podido estar allí...

Hannibal lo sabe bien, no puede crear la levedez ni dominarla, pero ahora es capaz de percibir sus anomalías. Con dificultad, es cierto, como el paisaje al final del crepúsculo, entre perro y lobo, mientras que a los ojos de Aurèle debe verse tan claro como a plena luz del día, una hermosa tarde de verano... pero es visible.

Y si puede verlas, puede evitarlas.

Son numerosas en esta fachada, lo que explica por qué Aurèle prefirió escalar la pared inclinada –además, no hay ningún niño jugando en esta ladera. Ahora que puede detectar el peligro, su dominio de la Tierra le permitirá escalar el Gravlev tan fácil como las montañas de Acongua.

Por fin, puede dejar de torturarse los tímpanos, ha logrado su objetivo.

Al final, completamente desorientado, Hannibal vomita brutalmente. Escupe bilis a borbotones sin captar el menor sonido, nada más que un temblor en el pecho y la sensación de líquido caliente y ácido en la garganta. Aturdido por la sordera que lo sumerge en un océano de silencio, electrizado por la euforia de una toma de riesgos loca que se ve coronada por el éxito, entusiasmado por la sensación de que finalmente podrá hacer lo mismo, Hannibal lanza un grito de victoria, un grito que no escucha.

En una repentina epifanía, el Primus se da cuenta de que se ha comportado como un mantrés: después de perder un ojo, acaba de sacrificar sus orejas para modificar sus capacidades naturales, al igual que los humanos alterados por la

tecnología. Se ha vuelto transhumano, ha pagado el precio. Por Solis. Ha merecido la pena. Mil veces.

Con un nuevo grito de alegría que se pierde en el limbo de su sordera, reanuda su ascenso.

El clamor corre a toda velocidad hacia las alturas, sube veinte pisos y encuentra a Aurèle y a Solis, que están a sólo cinco pisos de la cima. Solis está demasiado concentrada en sus movimientos para percibirlo, pero la atención del gladiador es inmediatamente atraída. Al darse cuenta de que Hannibal se ha encaramado a la fachada opuesta, sonríe, convencido de que el Primus va a ser víctima de la levedez, omnipresente en esta vertiente.

Salvo porque no. Inexplicablemente, Hannibal trepa a toda velocidad, devorando un piso tras otro. Avanza incluso más rápido que ellos. ¡A este ritmo, los alcanzará antes de la cumbre!

¿Ha despertado la Gravedad de repente? ¿Está siendo ayudado, guiado desde abajo para evitar los obstáculos? ¿Ha desarrollado una nueva magia, ha lanzado un hechizo que la Fisura ha vuelto superpoderoso?

Aurèle desecha esas preguntas, molesto. Él no es de cavilar en el vacío. Herido en lo más hondo, toma la decisión en un instante: llegar a la cima lo más rápido posible, sin importar los riesgos.

«¡Solis!» Con dos saltos y tres apoyos, alcanza a la Malkah que había tomado algunos codos de ventaja. «Cambio de planes, pasamos directamente por el maglev.

—Pensaba que era peligroso, que sólo se debía entrar más arriba?»

Aurèle ya había luchado mucho para convencer a Solis de reanudar el ascenso sin esperar a Hannibal, especialmente después de enterarse de que había caído para salvar a uno de los aprendices de escalador —habría hecho falta que los

Primeros la tranquilizaran sobre el estado de salud de Hannibal para que aceptase continuar. Pero esta vez, ella desconfía, hará falta mostrarse convincente. Mejor aún: no dejarle otra opción.

«¡Es ahora cuando todo está en juego Solis! Demuéstrame que puedes soportarlo, demuéstame que te mereces la Fisura.

—No tengo nada que demostrarte, Aurèle.

—¡Pero a quién le importa! La levidez no nos pregunta nuestra opinión, no le importa quién manda de los dos. ¡Es ella quien decide, no nosotros! Así que ahora escúchame, obedéceme y sígueme si no quieres morir cortada en dos. ¿Entendido?»

Intercambian una larga mirada evaluadora. Incómoda con sus apoyos, atorada en el atuendo que tomó prestado para lanzarse al asalto del Gravlev, Solis lucha por manifestar autoridad. Duda todavía algunos interminables segundos, víctima de un orgullo que se descubre como se topa uno con una rata muerta en el lavadero, y luego, con la boca pequeña, le responde:

«Muy bien.»

Sin más dilación, el gladiador se dirige hacia el tren. Si Hannibal es realmente capaz de detectar las zonas de levidez, nunca se atreverá a seguirlos. Aurèle sabrá manejar el torbellino gravitacional que se desencadena en la vieja carcasa metálica, no así ese otro bruto. Al menos así lo espera.

Llega al antiguo vagón por su mitad, y no muy cerca de la cima como en su primer ascenso. Al pasar la cabeza a través de una de las antiguas puertas, Aurèle asiste a un verdadero desencadenamiento de la levidez: en el túnel de acero, la gravedad se invierte, se enrolla, se suspende, se acelera... Imposible anticipar las fuerzas de atracción, tanto como querer predecir con precisión los remolinos del agua en la

popa de un barco que avanza a velas llenas. Penetrar en el maglev es arrojarse en una picadora automática, con las barras de apoyo y los viejos asientos haciendo las veces de rebanadoras. Es peor de lo que recordaba, un verdadero suicidio. No pasa nada, pasarán por la fachada exterior, como se había previsto inicialmente.

Por una vez, Aurèle prefiere ser razonable.

Hasta que Hannibal aparece en el extremo del tren, tres pisos más abajo.

El maglev cruza el Gravlev inclinado, en los últimos seis pisos. Aurèle y Solis están en el centro del tren, a tres pisos de la cima; Hannibal, por su parte, está todavía en la apertura inferior.

Los dos hombres se desafían a distancia con a mirada, inmóviles, la suma de todos los peligros se resume en el rostro del otro.

Para Hannibal, ya no hay vuelta atrás.

Para Aurèle, tampoco.

15.2

El gladiador se vuelve hacia Solis, todavía fuera del tren. No ha podido ver a Hannibal, y ya está demasiado agotada para siquiera percibir su presencia. Si el Primus hubiera gritado, las cosas serían muy diferentes, pero no, se ha quedado de mármol.

Sin previo aviso, Aurèle pega su rostro muy cerca del de la Malkah, agarra firmemente el cuello de su chaqueta para anclar ese momento en el presente, en la urgencia vital, y le pregunta tan franca como abruptamente:

«¿Confías en mí, Solis?»

Hubiera querido que ella respondiera espontáneamente: «Sí, sí Aurèle, confío en ti, sí, te seguiría hasta el Invermundo, sí, a la vida, a la muerte, sí, sí, sí!» Tres síes que valen mil.

Pero Solis se toma su tiempo para reflexionar -sólo un latido de corazón, un batir de pestañas, una ínfima vacilación que desorienta las certezas del gladiador. Ella, finalmente, asiente con la cabeza, un gesto tan razonable como carente de pasión.

«Va a ser una sacudida fuerte.

—Muy bien, estoy lista.

—No, creo que no.»

Solis de repente se da cuenta de la dimensión de la vibración grave de Aurèle, que cae sobre su cabeza como un cubo de agua helada. En sus ojos engarzados a los suyos, lee la amplitud de lo que les espera, el imperativo no negociable de confiarle su vida. Un auténtico salto de fe.

Podría haber decidido terminar sola la escalada de los tres últimos pisos, jugársela siendo más temeraria que el Primero, demostrarle de lo que ella es capaz. Siente una magia en su interior que crece como un pequeño sol, una forma de intuición cegadora, algo que podría haberle servido de arnés para terminar la escalada. Podría haberlo hecho, pero lo cierto es que se muere por saber quién se esconde bajo la piel del gladiador. ¿Más bien

madera de marioneta con los hilos tendidos hacia el titiritero, o más bien carne tierna, sincera, un muchacho desgarrado que necesita volver a coserse? Mira fijamente su bello rostro al borde casi del llanto, como si pudiera mondarlo con la mirada para ver lo que subyace.

«Sólo hay una forma de salir adelante.» Aurèle busca las palabras correctas, las que van a cortar toda discusión, porque ya no hay tiempo que perder. «Ser uno, unirse para no sucumbir.

—¿Y eso qué quiere decir?»

Fracaso.

«Has de fundirte con cada uno de mis gestos, con el más mínimo movimiento. Tal como haré yo con los tuyos. Olvida tu intelecto, sigue mi instinto. Sólo por ósmosis lo lograremos. Un movimiento en falso, una sutil desarmonía, y acabaremos desmembrados. ¿Lo entiendes?»

Solis se limita a bajar ostensiblemente sus párpados antes de tenderle la mano.

¿Quién eres, Solis? ¿Quién es esta mujer que se esconde detrás de esta corona? ¿Una montaña de coraje? ¿Un valle de lo absurdo? ¿Un desierto de sabiduría? ¿O simplemente un bosque de confianza para protegerme de los rayos del sol?

Él agarra su muñeca, ella agarra la suya para un mejor agarre y, juntos, se lanzan a la conquista del maglev.

Inmediatamente, son atrapados por el maelstrom, tan violento y repentino que le arranca un largo grito de pánico a Solis, que Aurèle imita por correlación. Se arremolinan rápidamente sobre sí mismos, juntos, como si el túnel de metal se hubiera convertido en un sumidero en plena evacuación. La fuerza centrífuga los separa el uno del otro, Aurèle debe apretar la muñeca de Solis para no soltarla. Imitando sus gestos a la perfección, Solis aprieta la muñeca de Aurèle para no soltarlo.

Sacudidos en todos los sentidos -por el vórtice, por el nerviosismo, por el pánico-, abren los ojos, recorren las órbitas en busca de un punto fijo que no hace más que escaparse,

parecen estar en pleno ataque epiléptico. A medida que la rotación se hace más vívida, su cabello largo se eriza en ángulo recto con respecto a su espalda, lo que refuerza la imagen de alienados. Con una determinación insospechada, Solis cierra los ojos, aprieta la muñeca de Aurèle con ambas manos y tira de sus brazos para acercarlos el uno al otro. Como en efecto espejo, Aurèle hace exactamente lo mismo.

Hasta entonces, el gladiador podía controlar un mínimo su trayectoria, empujando o aumentando la gravedad al instinto para evitar que chocaran contra las paredes. El movimiento de acercamiento trastorna el precario equilibrio de su dúo, que queda a la deriva. La pierna de Aurèle se aferra a una de las barras de sujeción del vagón —siente un dolor electrizante en su rodilla recién curada. Solis golpea la pared con la espalda con un sonido de gong. Con la respiración cortada, aprovecha para acercarse definitivamente a Aurèle y lo abraza.

Pausa. Un sonido sordo. Asociación de los abrazos. Soplos de los alientos. Mezcla de los olores. Es entonces cuando Aurèle pierde el control por completo.

Ese contacto es tembloroso y tierno, y contrastando por completo, como una paradoja: pánico confiado, una declaración platónica, una sabia tentación, una furiosa tranquilidad, la vergüenza del deseo, ósmosis fuera de lugar. Aurèle se deja atrapar por este torbellino de otro tipo, le suelta la brida a su imaginación, a su sensibilidad. Vuelve a sus oídos la ópera de dos ángeles que Solis hizo nacer.

Allí, en el corazón de lo peor, en el ojo de la tormenta, en el epicentro de la levedez, bailan. Vagan, despreocupadamente. Cogidos de las manos. Al unísono en la partitura del infierno, metrónomos para no hundirse. Para no morir.

Nunca ha bailado con Isalys. La armonía nunca ha sido la piedra angular hasta esos puntos, la clave de sol de su historia. Jamás. La confianza no era un contrapeso en la balanza de su relación. Sensualidad, deseo, emoción, eran reprimidos en lo más

hondo, después de todo lo demás, lo fáctico, la buena imagen, las obligaciones, la misión.

La erección gloriosa que late al ritmo de sus pulsaciones lo arrastra a otro terreno. Se avergüenza ante la idea de ser descubierto. Se avergüenza de su reacción, luego se avergüenza de avergonzarse —¿desde cuándo es un problema para él empalmarse por una mujer deseable? En un destello de lucidez, comprende el instinto protector de Hannibal, también siente el deseo de defender a Solis a toda costa. No porque sea frágil, sino porque es preciosa.

Aurèle ha perdido su concentración, se desequilibran, son golpeados violentamente derecha, izquierda, arriba, abajo. Afortunadamente, Solis contrarresta la deriva. Inmersa en su fusión hasta la raíz del cabello, recupera al vuelo la armonía y recobran la ósmosis indispensable para la supervivencia.

Respiración rápida. Sincronización.

El ámbar de Aurèle se calienta contra su piel, se convierte en una marca de hierro al rojo para recordar su vínculo, su juramento a Isalys. ¡Es a ella a quien ama, desde que sabe amar!

Acurrucada en sus brazos, Solis lucha contra el terrible malestar que la impulsa. Aurèle ha crecido en la Fisura, está acostumbrado a este tiovivo, a estos altibajos frenéticos. Para ella, se reduce a las náuseas y sólo espera una cosa: que todo se detenga por fin. Mientras tanto, acurruca contra el fisuriano, se le adhiere como una ventosa para evitar que se separen. Entre sus brazos, no experimenta la misma sensación de estar a salvo que con Hannibal. Si estuviera bajo una fría lluvia de invierno, el gladiador actuaría como una gruesa capa de cochero, mientras que el coloso sería una cueva custodiada por un buen fuego.

Sin embargo, no tiene más remedio que confiar en Aurèle. La tormenta que los empuja hasta el vértigo no debe hacerle dudar de su instinto: el gladiador la pondrá en el camino que conduce a su hermana y a la renovación del prana.

Como para tranquilizarla, siente a través de la camisa de Aurèle

su collar de ámbar palpitando de calor. También percibe otra cosa, una vibración que depende de los latidos de su corazón, pero no sólo eso. Una ternura, una emoción, un abandono que no se le parecen. Una sensación refrescante en medio de todo ese tumulto, de esa sensación permanente de que el suelo se esconde bajo sus pasos.

A su alrededor, la levedez se enrolla como una manta que, a fuerza de giros vigorosos, acaba por ahogarlos. Las fuerzas contrarias se hacen cada vez más fuertes, Aurèle siente que se va a ir a pique, pero lo deja correr.

Se deja llevar, ella le deja hacer.

Entre tirones en todas direcciones, como nunca ha sentido, incapaz de resistir más tiempo a las perturbaciones, Solis lucha para no perder el conocimiento. Uno tras otro, sus sentidos la abandonan, a su pesar.

Caleidoscópico, el lugar es un tubo de reflejos, un túnel tapizado de hielo, centellea y ciega entre las pestañas, pierde el horizonte, cierra los ojos para no vomitar bajo la presión.

El ámbar caliente contra el pecho arde, un incendio memorial contra su piel, olor a óxido del maglev que rasca sus frías fosas nasales como la húmeda favela de sus pesadillas con interminables pasillos. Refugia su nariz en el cuello de Aurèle.

Oye las palancas del vagón que chocan furiosamente contra la cabina, a menos que se trate de las puertas de ONI que todavía chasquean, chirrían, como un terror nocturno que te hace rechinar los dientes. Prefiere no escuchar para no recordar el espejo roto. La sonrisa de hielo en el espejo roto.

La sensación de Solis, el último hilo que la anuda a la realidad, es el cuerpo caliente de Aurèle contra ella, sus contornos, el relieve de sus músculos bajo sus dedos, estoico, recto, sin vacilar. Si hubiera querido matarla, o peor aún, volverla loca a fuerza de malos sueños, lo habría hecho hace mucho tiempo. Ha tenido deseos, deseos furtivos, ella los ha sentido, eso sí. Pero la sonrisa de hielo que se rompe en el espejo roto, no es él. Ella lo sabe, lo

siente por ese frágil cordón de seda que la une todavía al imperio de los sentidos, no es él.

En lo más hondo de su vientre, el pequeño sol calma su respiración, la calma, la tranquiliza: puede desmayarse, huir por un instante, abandonarse confiada. Todo va a salir bien...

En el otro extremo del extraño túnel de acero, Hannibal no aparta la vista de la pareja. Sólo está en cola del vagón, mientras que Aurèle y Solis están en medio. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos porque, para unirse a ellos, tendrá que atravesar el peor campo de levidez que haya podido detectar hasta ahora. En sus oídos de piedra, las distorsiones del campo de gravedad son ensordecedoras, una nube de arpías hambrientas con voces más devastadoras que un terremoto vivido en el corazón de la roca. A juzgar por sus movimientos erráticos, incluso Aurèle tiene dificultades para moverse dentro de tal caos. Hannibal no tiene ninguna posibilidad de conseguirlo, sobre todo con un brazo escayolado. La levidez se lo impedirá.

Así que decide domesticarla.

Indiferente a los riesgos que conlleva, el Primus pulveriza una parte entera de la fachada del Gravlev. El hormigón convertido en mortero, convertido a su vez en tormenta de arena, invade el interior del maglev. De repente, las volutas tumultuosas de la levidez se hacen visibles en la niebla de polvo, como ferritas que se alinean con el campo magnético terrestre. Ayudado en gran medida por su ojo de piedra, Hannibal detecta las líneas de falla, las zonas que la Fisura hace vibrar, los saltos de gravedad local.

Y petrifica todo con un hechizo lanzado con un canto gutural.

¡WHOOOSH!

La descompresión perfora los tímpanos de Hannibal, los únicos que son sensibles a las frecuencias gravitacionales. El dolor le apuñala las orejas, que vomitan un hilillo de sangre. Su cabeza se llena de acúfenos terribles que le confunden hasta los pensamientos. Pero lo ha conseguido: un puente de piedra atraviesa ahora la mitad del túnel, una obra de arte mucho menos

impresionante que la Cima-Tierra de Acongua, pero no menos compleja en su realización.

Se encarama por él a grandes zancadas antes de que sus dolores de cabeza le hagan perder toda lucidez.

Aurèle ve a Hannibal cernirse sobre ellos, corriendo sobre un improbable viaducto surgido de la nada. Su estructura ya está resquebrajada, deformada por la levedez que se rebela por estar aprisionada de esa manera, no durará más que unos instantes. Pero la hazaña sigue siendo excepcional.

No hay opción: Aurèle se lanza hacia el maelstrom que atormenta la parte superior del vagón, donde el puente no ha encontrado ningún asiento. Siente cómo Solis, en los márgenes de la conciencia y pegada a él, tiene un espasmo. El gladiador atribuye esto a la gravedad demasiado fuerte, ignora que, además, un teatro de luz tiene lugar en el espíritu de la Malkah. De todos modos, le conviene: Solis no puede ver a Hannibal a punto de alcanzarles. Pone una mano protectora en la parte posterior de su cráneo. A su alrededor, el tren se aplasta entre crujidos como una lata de refresco, las barras de sujeción se doblan bajo la presión antes de saltar fuera de su sitio con la vivacidad de un resorte. O de una jabalina.

El espacio cerrado se vuelve peligroso enseguida. Mortalmente peligroso.

Aunque sordo, con el brazo y las costillas rotos y la cabeza magullada, Hannibal se da cuenta de la magnitud de su error. Anula su hechizo y el puente se desintegra al instante, devorado por la voraz levedez. Antes de que el último mampuesto se evapore, se apoya y salta hacia Solis.

Aurèle se deja llevar, se contenta con pequeños toques para guiarse hacia el otro extremo del maglev, que desemboca en la cima del edificio. La operación es crítica, demasiado ímpetu y será eyectado más allá del techo del edificio, demasiado poco y acabará hecho pedazos. La levedez se comporta como un torrente: es mejor seguir la corriente que luchar contra ella. ¡Una

posición difícil de sostener cuando un leviatán muestra sus colmillos justo detrás de ti!

Con sangre fría, el gladiador trata de desviar la carrera de Hannibal que, arrastrado por su impulso, prepara un formidable puñetazo que podría arrancarle la cabeza. Atrevido y afortunado, envía al Primus hacia la pared de acero, donde se abre el flanco entre el borde dentado de una grieta amplia. El coloso rebota suavemente, con las piernas por encima de la cabeza, dejando un espeso surco de sangre detrás de él.

A Aurèle no le da tiempo de saborear ese éxito porque el impulso proyecta a Hannibal en su dirección. Peor aún, el rebote de su ataque lo envía a la periferia del torbellino. Gira demasiado rápido, demasiado fuerte, se estrellará contra la pared o será expulsado por los aires, lejos de la azotea del Gravlev. Desesperado, con la boca llena de ese sabor que ahora sabe que es el miedo, extiende un brazo para corregir su trayectoria.

Las turbulencias locas llevan a Solis a la superficie durante lo que dura un grito, una angustia.

«¡No! ¡No me sueltes!»

Ya vuelve a hundirse, con el cuerpo revuelto y los pensamientos en una espiral de vértigo. Aurelio siente un pellizco en el corazón: ese grito instintivo, esa confianza quebrantada, nunca los habría tenido con Hannibal.

El Primus ya no es capaz de escuchar esa llamada de socorro, no con sus tímpanos de piedra perforados. Sin embargo, percibe la entonación, la vibrante urgencia. Antes de sacrificar su oído, Hannibal se había dado cuenta de que Solis era infinitamente más importante que Aurèle. Mientras su cuerpo lo abandona, el túnel se derrumba y sus antiguas certezas se vienen abajo, cuando todo colapsa a su alrededor, ya no se contenta con comprenderlo: lo aprehende, lo siente en lo más profundo de él.

Aurèle y Hannibal se cruzan, Solis se desliza entre ellos.

Te la confío, dicen los ojos del coloso.

No te pertenece, responden los de Aurèle.

No, somos nosotros los que le pertenecemos.

¡Yo no soy de nadie!

Ya sabes que sí. Ella te ha elegido a ti, y yo lo acepto. Pero si le fallas, volveré. No a por ella. A por ti.

Hannibal es arrollado por el torbellino que corona el túnel de acero en una formidable erupción de levidez. Zarandeado, sacudido por la tormenta, lanza un último hechizo. Bajo sus órdenes, su escayola estalla en fragmentos puntiagudos como el sílex, que se precipitan hacia Aurèle.

El gladiador ve los proyectiles cernirse sobre él a una velocidad absurda, desviada sin cesar por las tribulaciones de la levidez. Sería como disparar una bandada de flechas en medio de una tormenta.

Cuando la primera piedra desgarrar la manga de su camisa, cree que es un golpe de suerte. Cuando otras dos le golpean la rodilla derecha y el hombro izquierdo, comienza a preocuparse. Es cuando se ve obligado a lanzar su cabeza hacia un lado, retorciéndose el cuello para evitar otra salva, que entiende por fin la situación. Se resume en un tríptico.

Panel izquierdo: todos los golpes de Hannibal alcanzan su objetivo con una precisión imposible. Más que mágico, es divino.

Panel central: el dominio de la Tierra del Primus sobrepasa su propio conocimiento de la Gravedad, y va mucho más allá. La cuestión de saber, entre ellos, quién es el maestro y quién el discípulo ha encontrado su respuesta.

Panel derecho: cada impacto lo orienta sutilmente para sustraerlo de los desgarros de la levidez. El objetivo del coloso es salvar a Solis, no matarlo a él. De lo contrario, ya estaría muerto.

Bajo la metralla orquestada por Hannibal, Aurèle controla la Gravedad para, gracias a sus dos talentos combinados, salir del oleaje de la levidez. Solis y él ponen un pie en la azotea del Gravlev con la suavidad de un tablón flotante que la marea deposita en la playa.

Hannibal, por su parte, es catapultado por los aires como una

bala de cañón. Desaparece en el cielo que se prepara para el crepúsculo, su sombra la engulle el comienzo de la oscuridad por el oeste.

AMBRASARSE

Allí está ella. En la cima del Gravlev. Enorme. Ofrecida. Absurdamente intimidante. La grieta. La rasgadura. Lo que los fisurianos llaman «una falla de ámbar» cuando deberían llamarla «una sima de muerte».

Al abrir los ojos, todavía adormecida por sus visiones, con la náusea gravitacional al borde de los labios, es lo primero que Solis ve. Larga y fina, muy alta, latiendo con una luz negra, desgarrando volutas de niebla que se disipan enseguida, es una cicatriz humeante. Una cortina entreabierta a otro espacio, un ojo vertical con una pupila movediza que mira... a otra parte.

Una grieta en la matriz, la del origen del mundo.

Con los miembros doloridos y el espíritu nublado por su reciente ausencia, Solis se acerca un paso, retrocede dos, se desplaza de lado, avanza de nuevo. La prudencia se enfrenta con la curiosidad, los sentimientos contradictorios con el equilibrio precario. Tiene que navegar por una cresta —la angustia de una caída mortal, un vértigo premonitorio. Hannibal le había enseñado a hacerlo —una certeza más sólida que las murallas del fuerte de Izull.

Apenas le viene a la memoria el nombre del Primus, se ve

abatida por el dolor. Lo ha perdido, está muerto. Rabia y desesperación. Sí. No, ha sobrevivido a su caída, lo han dicho los niños de la fachada; su pena retrocede brutalmente, así como el mar antes de que una pérfida ola se abata sobre la playa.

Carmín rabioso, naranja conmocionado, negro trauma, verde pálido... es todo un arco iris el que atraviesa la tierra de sus emociones, con sus colores mezclados y su brillo modificado por los caprichos de la Fisura. Una levedez de estados de ánimo. Le da la vuelta a los ojos y al corazón, la emborracha y la embriaga, tiende la mano para encontrar un apoyo que huye de ella. Se siente mal, mucho más que en la peor parte del vórtice que la escupió aquí como una mala flema.

Solis inspira, controla su respiración como Hannibal le ha enseñado. Cerrando los ojos, se obliga a recrear mentalmente el lugar: un gran techo-terraza cuadrado, perfectamente banal si no fuera porque está anormalmente inclinado, con cajas metálicas atornilladas al suelo e invadidas por cactus. Se centra en estos equipamientos del tamaño de un baúl de viaje, se obliga a ver bloques de aire acondicionado en lugar de pequeñas tumbas alineadas en un cementerio. Tumbas de niños.

Deja que sus sentidos retomen gradualmente el control sobre sus impresiones. El viento de altitud que sopla del oeste en ráfagas cantantes trae un olor a humus seco, el del bosque de Orcunion que la desolación de la Fisura ha deshidratado. Sus manos tendidas hacia la falla captan una vibración ondulante, el equivalente al calor que emitiría una chimenea, aunque la percepción sea a otro nivel. Retrasa el momento de abrir los párpados, es demasiado pronto todavía. En lugar de ver, quiere sentir.

Unos pasos detrás de ella, Aurèle se ha agachado para

recuperarse del granizo de piedras que ha sufrido. Desentierra el ámbar de entre la arena acumulada por los años, recoge los tres fragmentos más grandes y los hace saltar en su mano como si estuviera jugando a las tabas. Los hay por todas partes, caídos donde la falla los ha escupido, una verdadera fortuna sabiendo el precio que pagan los Areg u otras bandas. Nadie se atreve a explotar esta mina a cielo abierto. Al menos, no todavía...

Aurelio concibe una profunda amargura. Pronto, escalar el Gravlev se volverá común, un maldito destino turístico, terminaremos por olvidar que antes la ascensión era imposible, mortal, el acto más insensato de todo esa maldita Fisura, aunque bloqueado, sin embargo. Y ya empieza, por otra parte, con todos esos falsos Primeros que se pavonean en la fachada. ¡Todo el mundo sabe que el Primero es él! Los demás no son más que seguidores sin luz propia, perseguidores de huellas ya hechas. Sólo él tiene derecho a pegarse aquí, con el torso abombado, las manos ensangrentadas, el ojo afilado, sin aliento, seco, vacío pero lleno de vida, ante nada y ante nadie, ni siquiera ante Isalys.

De repente, la presencia de Solis le resulta insoportable. Todo en ella le horripila. Su voz, sus expresiones mezquinas, esa ridícula certeza de estar por encima del resto, el anillo baboso de su labio, su trenza de niña sabionda, su costado pellizcado, su contemplación manipulada del mundo y de los demás, sus cortesías cuando hay que rugir, y ahí, en ese momento, esa abrumadora manera de acercarse con los ojos cerrados a la falla, a ciegas. Va al encuentro de la muerte con el dedo meñique en el aire, no tiene la menor idea de lo que hace. Patética. Es patética. Pues adelante, princesa, hazte tragar por la grieta, y desaparece de mi vista, al fin.

Aurèle deja de jugar con sus tabas de ámbar. Empujó a Sarash a través de la grieta a punta de lanza, ¿por qué querría

ahora impedir que Solis cayera en ella? ¿Para respetar el plan de esta maldita conspiración que se eterniza? ¿Eso es lo que lo retiene? ¿Qué? ¿Se ha convertido en un simpático perrito al que pasean con correa? ¿Él, el Primero? ¡Hay que joderse!

Arroja los fragmentos de ámbar a lo lejos, se sacude las manos y se levanta lentamente. Se toma su tiempo y se asegura de hacer lo correcto. Nada lo detiene, ni duda ni escrúpulo, solo un pequeño hormigueo de nada en el estómago —excitación, no aprensión. Se encuentra con los brazos extendidos delante de él, con las palmas abiertas a un pulgar de la espalda de Solis.

«¡Aurèle! ¿Me oyes?»

Solis se vuelve con viveza, con los ojos llenos de fuegos artificiales que bombardean sus pupilas de alegría pura, de exuberancia infantil, sin moderación. Se burla locamente de la imagen no protocolaria que ofrece.

«¡Es Sarash! ¡Oigo a Sarash, está en la falla! ¡Aurèle, está viva!»

Agarra la mano que Aurèle tiende hacia ella, la prensa entre sus dedos sobreexcitados. La mira, con el corazón entre dos aguas, con las emociones entre la crecida y la sequía. Esa voz vibrante de vida pura, esa alegría desnuda que expresa su sonrisa, el anillo del labio brillante como sus ojos amatista, la noble trenza que la hace tan altiva, su lado fresco y espontáneo, la manera que tiene de querer el bien para todo el mundo, la pureza de su mirada que chisporrotea, su cabeza alta frente al peligro, esa ausencia de cólera cuando él es todo lo que conoce...

«¿Qué estás diciendo?»

— ¡Escucha!» Se da la vuelta. «¿Sarash? Sarash, ¿eres tú?», grita ella a través de la falla. Vuelve a girarse hacia el gladiador. «¡Escucha, es ella, te aseguro que es ella!»

Aurèle agudiza el oído sin captar el menor sonido, ni

siquiera un susurro. Sin embargo, Solis parece tan segura de sí misma...

Él, que nunca duda, se encuentra petrificado. ¿Habría sobrevivido la Primus del Fuego? ¿Saldrá de la grieta como un muerto viviente que sale de su tumba para reclamar venganza? Un sudor le empapa la espalda, los sonidos circundantes se hacen de repente ensordecedores. Al momento siguiente, está convencido de que no le va a pasar nada. No se sorprende de este cambio de humor, ni de un sobresalto de la levedez, está acostumbrado a ello, sabe que el caos de la gravedad actúa también sobre las emociones. Se encargará de ello, se ha deshecho de dos Primus, puede hacerlo de nuevo.

«¿Ahí, lo oyes?» Solis abre los ojos, alucinada. «No lo entiendo, Sarash. ¿Dónde estás?

—...

—¡Guíate por mi voz, Sarash!»

La ansiedad sucede a la alegría, un cambio brutal que deja aturdida a Solis. La falla juega una vez más con sus sensaciones, pero no fallará. Extiende el oído, filtra todos los sonidos parásitos —la respiración demasiado rápida de Aurèle, el chirrido en el límite de lo audible del mundo de ultrafalla... Allí, una voz. De niño. No la de Sarash. ¿De quién?

Si-ón-fue-go-u-ra-uir

ár-pa-dos-u-a

o-a-ón

o-a-ón

La cancioncilla se vuelve rápidamente obsesiva, más que la cuestión de averiguar quién la canta. Solis se concentra como si su vida dependiera de ello —¡así es para Sarash! Improvisa un metrónomo con los dedos, que chasquea al ritmo del

estribillo.

El corazón de Aurèle se aferra a los latidos de Solis, febril más que desenfrenado. Hace un momento estaba atravesado por la exasperación de la presencia de Solis, y ahora quiere ayudarla a comprender, ayudarla a salvar a Sarash. Mierda, pero, ¿cómo lo hace? ¿Con qué magia?

«¡Lo he entendido!», exclama Solis, triunfante.

16.2

Se da la vuelta para tener a Aurèle como testigo.

«Sifón de fuego, locura, ha de huir. Párpados se juntan, oiga el son con razón.»

Está magníficamente feliz, radiante, resplandeciente, un tercer sol que ilumina Artellium.

Solis está loca, o es genial. Aurèle ya no lo sabe. Siente que esa felicidad que experimenta, no para sí mismo, sino para los demás, ¡es bellísima! Si es una locura, entonces quiere estar loco.

Las cejas de la Malkah se fruncen, como un eclipse que atraviesa su alegría solar. Puede que su amiga no esté muerta, pero se arriesga a morir a cada segundo, ¡hay que actuar! Grita a través de la grieta, con la urgencia de salvar a su amiga como una bomba en el vientre.

«¡Sarash, escúchame! ¡No te fíes de tus ojos, sólo de tus oídos! Sarash, ¿me oyes?»

No hay respuesta. Solís obedece a la cancioncilla, cierra los ojos y agudiza el oído a través de la falla. Está convencida de haber desentrañado el misterio de las sonoridades, sin embargo, necesita con ansia una confirmación. Nada. Nada más que la cantinela repetida en bucle.

*Sifón de fuego, locura, ha de huir.
párpados se juntan
oiga el son
con razón*

Concentrada en la pronunciación, cada escucha refuerza su convicción: la rima incita a fiarse del oído, no de la vista. Si Solis entendiera lo que son los «sifones de fuego», podría serle de más ayuda a Sarash. Ella ya ha escuchado ese término, pero no recuerda en qué circunstancias.

Llena de esperanzas repletas de miedo, se deja invadir por el

canto, transforma su mente en auditorio para acoger mejor sus ecos. Se convierte en diapasón, salvo porque no busca dar el tono, prefiere dejarse vibrar al unísono con el intérprete. Es una voz de niño... no, no solamente, otra tesitura se deja oír en el registro más grave, más maduro. Una voz tan rara como una tesitura coloratura, que sabe transmitir un mensaje en pocas palabras, tan tenue y nítido como el filo de una esp...

¡Shado! ¡Es la voz de Shado!

¿Es el Primus de la Sombra también prisionero de la falla? A menos que...

Las piezas del rompecabezas encajan entre sí con la precisión de un bisturí. Un Primus de la Sombra no puede permanecer prisionero de su propio reino. Ese negro purulento es la misma magia que maneja Shado, ella ya lo ha visto hacer. Solís está segura de ello, esas fallas de ámbar se abren sobre el Invermundo.

El Invermundo... está roto.

La hipótesis corta el misterio como un cuchillo, y Solis se entrega a la hoja de alegría que le abre brutalmente las vísceras. Por fin, finalmente, avanza en su búsqueda. Ella, que tenía las manos llenas de cabos sin atar, sin pies ni cabeza, teje el primer nudo. Para hacer un segundo nudo, debe encontrar a Shado –y a Sarash, guiada por el invocador y su canto.

Solis cede sin resistirse al imperativo de marcar ese momento con una piedra blanca – ¡dorada incluso! Se agacha, recoge un trozo de ámbar, redondo en la palma, y se lo mete en el bolsillo. Con una sonrisa grave pintada en sus labios rojos, agarra los brazos de Aurèle que siguen extendidos en su dirección, lo atrae hacia ella, lo arrastra en algunos pasos de danza incongruentes en la cima del Gravlev atravesado por las olas de levidez, flanqueado por la falla de ámbar. Llevada por sus cabriolas, su rostro baila demasiado cerca del bello Aurèle y sus labios se cruzan en un soplo. Un contacto eléctrico –alta intensidad y corta duración. Alta tensión, muy insatisfactoria. Solis deja de reír, deja de bailar. El azar no tiene cartas en el asunto, todo se desarrolla según su

voluntad afirmada. Avanza en su búsqueda porque su intuición era la correcta. Aurèle, impetuoso y, sin embargo, tan frágil en su tormento imposible, Aurèle el cuasi traidor, tan grácil como loco, es él, sin saberlo, quien la ha llevado por el camino correcto. Ella encontrará a su hermana. Encontrará la forma de salvar el prana.

Pasa la mano por detrás de la cabeza de Aurèle, desliza sus dedos en su largo cabello y coloca su boca contra la suya. Con la lengua, cruza la barrera de sus labios y mezcla sus salivas con deleite en un enrollamiento sin fin.

Aurèle se siente sujeto con alfileres por ese beso, sensual y feroz. Se deja llevar, la ha huido, querido, huido de nuevo, y ahí está entre la espada y la pared, licuado, lava aullante. Una combustión espontánea desde la pelvis hasta las mejillas. El anillo que Solis lleva en su labio inferior lo excita, se abandona a jugar con él, salvaje, lánguido, atento para mantener a su compañera en el delgado hilo que separa el placer y el dolor, donde más que en ningún otro lugar uno se siente vivo, esa delicada violencia. El ardor le llena el paladar con un doloroso deseo de intensidad, una incandescencia a la que sucumbe de corazón y a gritos. Temblando, abraza a Solis, presiona su pelvis contra la suya. Sus cuerpos se fusionan, se amalgaman hasta dejarse la marca con un hierro rojo, sus cuerpos húmedos, una colada de lava sobre la incandescencia de un presente que no termina.

Bien visto Aurèle, esta vez estás allí y hasta el cuello, con los dos pies dentro, los puños atados y la lengua esposada. ¡Mierda, mierda y mierda!

No sabe lo que Isalys va a hacer, y no le importa. Ella está llena de cosas que Solis no es, la Malkah a menudo actúa como su hermana despojada nunca lo haría, pero ese beso... Ese beso... Isalys nunca le había ofrecido nada igual.

Por primera vez, Aurèle maldice la Fisura y sus interminables distorsiones. Su mente está confundida, enferma, perdida en un laberinto de espejos. Ya no sabe a quién ayudar, a quién eliminar, a quién amar. Quién ser. Sus deseos ya no controlan sus acciones, sus malditas emociones se han apoderado de todo lo

demás, y eso lo parte, lo destroza menudo en una multitud de pedazos de sí mismo.

Solis ha elegido por él, es ella quien ha provocado este beso. Ella que es su torturadora. Como víctima voluntaria, se rinde, entero. La Fisura es el reino de la incertidumbre, el engaño, la evolución incontrolada, pero junto a Solis, el páramo vibrante pierde su poder y se convierte de nuevo en un territorio como cualquier otro, con leyes constantes y universales. Una tierra en la que poder pisar, que seguirá estando allí mañana y en los años venideros.

Entre ellos, enquistada entre los dos pechos presionados uno contra el otro, el ámbar calienta, quema, cuece.

Se ven obligados a separarse. Aurèle intenta extender el abrazo absorbiendo el anillo de Solis, pero sus bustos finalmente retroceden. Su fogosidad es derrotada, una bestia salvaje espantada por las llamas de un hogar. Con la boca entreabierta, Aurèle está al borde del lenguaje...

Ella le tapa los labios con un dedo. No puede evitar lamer la quemadura de esa piel que toca la suya.

«Aurèle...»

El violeta de sus ojos guía la mirada del gladiador hacia el suelo. Ambos flotan a un codo de altura, dos marionetas inalámbricas en manos de un saltimbanqui burlón. A su alrededor, los fragmentos de ámbar flotan en el aire como tantas estrellas, una bóveda celeste de la que serían el planeta central.

Solis es definitivamente ingrávida: el cuerpo suspendido sobre la terraza, los sentimientos suspendidos en el futuro de ese amor en ciernes. Se rompe el cuello para ofrecer su rostro a la nieve dorada y estática que la rodea. Entra en armonía con los destellos de ámbar, con su calidez, su vibración. No quiere nada más que grabar su canto, como esos dispositivos mantreses capaces de reproducir el concierto de una orquesta sinfónica a través de una simple membrana vibratoria.

En lugar de un sonido, es una imagen lo que le llega,

completamente fuera de sintonía con la advertencia de la cancioncilla, pero ¿no es el Invermundo el negativo de este mundo? Los rayos de Rainar, astro ahora muy cercano a su ascenso, atrapan los fragmentos de ámbar en suspensión y los refractan hasta el infinito. Entonces se forma un arco iris que solo Solis puede ver, una descomposición de las propiedades mágicas de esta sustancia vomitada por la falla, hecha visible para aquellos que saben ver.

Primer tono: el ámbar es la fuerza mágica de Artellium, impalpable por naturaleza, hecha sólida... puro prana.

Segundo tono: puro prana que hace posible la magia desconocida de Aurèle, es el secreto de su maldito collar.

Tercer tono: el Invermundo está bien dividido, su hipótesis es correcta, el Invermundo está dividido y rezuma prana solidificado.

Cuarto tono: conclusión lógica, obvia, el Invermundo está involucrado en la degeneración del prana.

Solis observa este suntuoso arco iris, donde la necesidad urgente de encontrar a Shado está escrita en letras de luz. Aurèle ha tenido su papel, la ha acompañado hacia la solución. Ahora le toca al Primus de la Sombra guiarla hacia la curación del prana. Y al rescate de su amiga Sarash.

Todavía flota en el aire, pero siente el peso de su tarea cargado sobre sus hombros, denso. Ella sabe que para cuando toque el suelo, el momento ya no será para esta dulce y simple alegría de haber entendido la magnitud de su búsqueda, pasará a la abrumadora búsqueda de una resolución. Por ahora, se permite revolotear un poco más, solo un momento, una pausa antes de que la inocencia termine.

Su alivio es tan intenso que las lágrimas le llegan a los ojos. Aún más que antes, puede satisfacer sus nuevos sentimientos por Aurèle, permitirse el lujo de explorarlos para averiguar si le convienen y decidir conscientemente si quiere consagrarse a ellos. Se autoriza con más facilidad conforme siente, con una fuerza

que no deja lugar a dudas, que Hannibal le concede su pleno consentimiento.

Ríe, divertida por la mirada perdida de Aurèle que ya no sabe a qué santo profesar, estallidos de risa que se extienden mucho más allá de la terraza del Gravlev para alegrarse alrededor, sin ser tocados por la levedez.

A lo lejos, donde el vórtice gravitacional lo ha catapultado, Hannibal yace en el suelo, con la espalda apoyada contra una roca y la cara girada hacia la cima del Gravlev. El impacto ha sido tan violento que la capa de detritus y polvo viciado que recubre a Fisura ha sido expulsada fuera del cráter, por lo que se encuentra acostado en tierra sana, pura, original, la del territorio de Solon antes de la explosión. Se siente bien allí, a pesar de tener los huesos hechos trizas y sus órganos papilla. Su sufrimiento es tan intenso que supera lo que un humano puede experimentar, tanto que lo deja en paz. Sereno, tranquilo, liberado. Dispuesto a entregarse a la Muerte que lo acaricia y que muy pronto se lo llevará. Pero no tan rápido...

Las huellas en el suelo dan testimonio de que se ha arrastrado hasta esa roca, quería colocarse ahí para darse la oportunidad de ver a Solis por última vez. Para ello, ha consumido hasta la última onza del polvo de colmillo de sus escarificaciones. Así, podrá morir lavado de ese pecado original, esa mentira por omisión que le sirvió a su maestro Tumul, incapaz de confesar que el gusano de las rocas ya estaba muerto cuando se apoderó de los tres colmillos.

El esfuerzo lo ha dejado aturdido, ya no se podrá mover más. Su cuerpo está como calcificado, como la efigie funeraria que marca una tumba, sólo sus ojos permanecen móviles. No necesita más para mirar fijamente el lejano Gravlev.

A pesar de la distancia, ve los tonos luminosos que irisan el techo, oye la música de su alegre ballet, saborea el escalofrío de orgullo que juega a las tabas con su esqueleto roto, siente el viento de esperanza que arrastra un último escalofrío por su piel

petrificada y cosquillea su nariz inerte. Todo eso, esa magia brillante, fuerte e inspiradora, tiene un solo origen posible.

Una última vez, se deja deslumbrar por Solis.

Su ojo de piedra se solidifica mirando esa luz mágica, ahora ya no es más que una estatua sin vida. Silenciosa e inmutable, la Tierra acoge a Hannibal, su Primus, finalmente de vuelta en su seno.

ROCKSTARS

«Sí, todavía va poco a poco... No lo sabemos, le he preparado un pequeño bióxtasis casero, ¡ya me conoces!... Sí, nosotros también vemos el debate... Muy amable, en serio, pero mejor no... ¡La próxima vez, lo prometo!...»

KatK solo oye la mitad de la conversación de su padre con los vecinos —los tipos han venido a llamar a la puerta, como si los hologramas no existieran... ¡menudos bioomers! Y puesto que sólo escucha con un oído, no es gran cosa lo que oye. Sin embargo, es suficiente para saber que su amiga Meera no va a venir a casa. Una vez más, iba a marearla con su «SIT de último grito, supermodular, superhype, supersúper, te lo juro, ¡espera, te lo enseño!».

KatKs en miniatura se agitan victoriosas en su piel-pantalla.

«Gracias —le dice Atale a Fabro cuando este cierra la puerta.

—Nada. De todos modos, no hay suficiente de tu salsa especial de chiles para compartir con siete, así que...

—Aun así, habrá que buscar otra excusa. Estoy en un intercontrato, no es nada contagioso.

—Ah, pero al decir que "vas poco a poco", no me refiero a que estás enferma, sino que "vas poco al trabajo".

—Pfff, ¡no me lo puedo creer!»

KatK sigue la escena con el rabillo del ojo, aterrorizada de ver que su padre se cree gracioso. Su madre con sus risitas, su padre que hace el payaso para hacerla sonreír aún más, el beso intercambiado por encima de la encimera que provoca que una cuchara se caiga en la salsa y salpique por todas partes, su padre que hace una mueca de excusa muy poco creíble antes de pedir otro beso, su madre que recupera la salsa condimentada deslizando los dedos para embadurnarle los labios, nuevas travesuras, nuevas risas cómplices... ¡En serio, no sería creíble ni para un e-romance de dos pilas!

Las KatK en miniatura comienzan a vomitar oleadas de malvaviscos rosa pastel.

Pero bueno, su madre mantiene su promesa por el momento: hace esfuerzos con Fabro, y ambas han dejado de discutir todo el día. No las tenía todas consigo, sabiendo que la habían echado de su trabajo. Sabiendo lo mucho que Atale se preocupa por su proyecto de robots autónomos, podría haberse convertido rápidamente en un drama, pero no, en su lugar, ha aprovechado para rehacerse un lugar en esa casa que había abandonado hace mucho tiempo. Más abrazos a Onyx, más complicidad con Fabro, más tiempo para ella misma. Sólo con KatK ha tenido menos: menos sermones, menos presión, menos consejos... Al final, todo el mundo ha salido ganando.

Las KatK en miniatura desaparecen, sustituidas por emojis multicolores y sonrientes –uno o dos se ríen como los villanos en las pelis malas.

Pero eso no es todo, el debate está a punto de comenzar. Por lo general, a él no le importan las justas de los politicastros, pero hay que admitirlo: Arhax vs el Ordenador, ¡es tan prometedor como una final en el Appologium!

Conectada a la red, navega por el torrente de comentarios que suscita el acontecimiento: un torrente tempestuoso, a

veces tóxico, pero en el que elle navega con facilidad, sin dejarse sumergir. Todo el mundo en ÅpØlØw está listo para alguna acción, este debate tendrá mucho peso a la hora de decidir qué forma tendrá. Muchos esperan que Arhax gane puntos durante el programa: ese tipo es tan extravagante que a todo el mundo le parecerá normal que la juventud se rebele contra él. KatK también odia al Robótico, es ese tipo de bufones los que han hecho a su madre asquearse con su trabajo.

No solo ÅpØlØw está interesado en el duelo holovisado. Los corredores de apuestas dan al Ordenador como vencedor por cinco a uno, pero las apuestas más locas son sobre SeeLung, la superestrella tecnológica, que amenizará el intermedio con un concierto inédito. ¿Revelará finalmente a qué tecnoestilo pertenece? Las cantidades invertidas son extravagantes, especialmente entre los cibernéticos, entre los que SeeLung es muy popular. KatK vacila, se detiene y luego cede: una pequeña apuesta no hace daño a nadie, y si por casualidad gana, Onyx estará encantadísima —a Oni le encaaaaanta SeeLung. Aun así, elle borra su historial, se arriesga pero no del todo...

«Nada de secretimos», dice Onyx sentada en el suelo en medio del apartamento, como de costumbre.

KatK se paraliza, si acabara de ser detectado por un antivirus de la Noria, reaccionaría exactamente igual. ¿Cómo ha hecho Oni para descubrirla?

«Papá, mamá, hemos dicho que nada de secretos —insiste la niña— ¡lo dijiste tú!»

KatK retiene un suspiro aliviado, se divierte al descubrir que su hermana le asusta más que un agente de la Opax. Tendrá que aprender a gestionar mejor sus reacciones si quiere implicarse más en las operaciones de ÅpØlØw.

«¿Por qué crees que están haciendo secretismos, cariño?»

-pregunta Atale.

—Las mamás saben cuando alguien miente, tú me lo has dicho, y yo también soy mamá.»

Onyx arrulla a sus dos bobots con una tierna mirada antes de volverse hacia sus padres, con una mirada bien seria. El efecto se arruina un poco cuando empieza a rascarse la excrecencia que sobresale de su mentón, después de haber sido arrancada durante su reciente agresión.

«Oni, ¿me cuentas tu secreto? —implora Fabro. Yo también quiero comprender los misterios de las mamás.

—Es fácil —cede Onyx con una picardía definitivamente infantil. En cuanto no hablas, papá, es que estás hablando en secreto por la red.

—¿Qué? ¡Espera, yo no hablo cuando hago eso!

—No, no siempre hablas —interviene KatK en una risita nasal. A veces conversas un poco. Otras veces charlas, también.

—Cuando no, te gusta comunicarte —replica Atale, con los labios fruncidos para contener una gran risa.

—Pero... pero...

—Discurrir, perorar, platicar, departir...

—Chatear, dialogar —añade KatK después su madre.

—¡Papá tiene logorrea! —exclama Onyx, muy orgullosa de recordar la pronunciación correcta.

—¡Esto es un complot! —se subleva Fabro. Exijo un Norianálisis», dice mientras finge abrir la aplicación de la Noria en su SIT. Cambia la entonación de su voz mirando con ternura a cada uno de los miembros de su familia. «Ciudadano-accionista Fabro Lag'Chuo, análisis del tiempo de palabra. Estimación en un día: 69%.» Retoma su voz natural. «¡Lo veis, no es tanto!» Frunce el ceño para marcar el cambio de tono. «Cálculo realizado durante el conjunto del día, incluido el tiempo de sueño. Esto equivale al 100% del

tiempo de habla durante las horas de vigilia, e incluso habla durante la noche.

—¿También cuenta cuando roncas? —se pregunta Atale.

—¡Vale, me callo!

—Ven, que te ayudo.»

Atale le planta un beso no muy silencioso en la boca a su marido.

«¡Ew! —se queja KatK. ¿Tenéis una habitación, cuántas veces tengo que repetirlo?»

Onyx se ríe a carcajadas, le encanta esa versión amorosa de sus padres —Kat finge lo contrario, pero también lo prefiere, Oni está dispuesta a jurarlo. Su risa desaparece rápidamente, tiene una decisión difícil de tomar, como cuando los adultos tienen que elegir entre la peste y el colesterol.

¿Kubu o Sphax?

Como signo de su cruel indecisión, hace girar sin fin su light-stick en la mano. La lampantorcha, herramienta indispensable para los verdaderos fans de SeeLung, está compuesta por un mango de complast nacarado y rematado por un prisma grueso como el diamante de un anillo de compromiso de un cuento de hadas. En el interior está incrustada una flor de corazón dorado rodeada de cinco pétalos blancos. Con el pulgar distraído, Onyx acciona el interruptor, también en forma de flor —sin que pase nada, por la falta de una pila cargada. Normalmente, bastaría con tomar una del distribuidor, pero ella prefiere abstenerse. Ella no quiere que mamá diga que no, ni que papá haga una broma para hacer pasar la píldora —porque él tampoco estará de acuerdo. Tendrá que usar las baterías de sus bobots.

Así que, ¿Sphax o Kubu?

«¿Papá? —pregunta ella por el canal especial que solo Fabro puede recibir.

—¿Sí, mi pequeña vengadora de secretos?

—Si tuvieras que elegir entre Kat y yo, ¿a quién elegirías?

—Pero, renacuajo... ¡Yo os quiero a los dos igual!

—Lo sé, pero imagínatelo, ¿si tuvieras que elegir de verdad, de verdad, muy fuerte?

—Ah. Déjame pensar... ¡Ya sé!»

Fabro hace durar el suspenso, Onyx siente que va a marcarse una broma nula. A ella le suele gustar, pero eso le molesta, ¿es algo demasiado serio como para reírse!

«Me llevaría muchos pedazos de cada una: la cabeza de mi unicornio favorito, la piel-pantalla de Kat, cosas así.

—Pero papá, eso no es posible, ¿cómo haces para que no muramos las dos?

—Ah, eso, ¡pues no lo sé! A la espera de encontrar una manera, os guardo a las dos.

—Mmm... Papá, ¿crees que Kubu y Sphax pueden funcionar con la mitad de sus pilas?

—Apuesto a que tu mamá puede arreglarlo. Y estoy seguro de que le encantará que tú se lo pidas.»

Onyx tiene un escalofrío, como cuando las criarunas le hacen cosquillas en el cuello. Se gira hacia su padre, vagamente consciente de que era un impulso de amor. Cuando él le dirige un guiño nada discreto en absoluto, ella se muere de risa tapándose con la mano antes de enviarle otro. Cierra los ojos tan fuerte que una de las excrecencias de su frente le pincha el párpado. No pasa nada, ha valido la pena.

«Mamá, ¿puedes ayudarme?»

La sesión de bricolaje que sucede a continuación va mucho más allá del horario, y el debate discurre entre una casi indiferencia. Atale reconfigura a Sphax —que pierde su capacidad de volar, pero conserva sus cámaras— y a Kubu —que gira en círculos sobre una sola oruga y pierde todos sus sensores. Para reabastecer a las tropas, Fabro transforma una de sus esculturas en un distribuidor de cacahuetes,

equipándola con un brazo resorte para propulsar el maní directamente a la boca de los golosos, y la mayoría de las veces a sus costados. Onyx envuelve a Kubu con una guirnalda con leds bioluminiscentes, mientras que KatK cuelga a Sphax en el techo. Siguiendo un tutorial que se mostraba en el interior de sus antebrazos, él se reengancha al debate: según su timeline, el Ordenador se ha bajado los pantalones a lo grande.

Intrigada, KatK mira el holograma que discurre como una tarea en segundo plano en el apartamento, con el sonido bajado hasta el mínimo perceptible. Con los brazos en alto, él asiste a una derrota total del Ordenador —el efecto es aún más sorprendente dado que no lo oye. Atemorizado, sin respuesta, parece tan forzado como un neocibernético que se embarca en su primer implante en solitario. Podría ser divertido, pero es sobre todo incómodo, como si SeeLung de repente olvidara la letra de su mayor éxito en pleno concierto. Por otro lado, Arhax parece afilado e impactante, atrae la atención y toda la luz, un agujero negro irresistible, cautivador. Preocupante también, potencialmente destructivo, pero radiante.

En la piel-pantalla de KatK, desfilan las hipótesis: el Ordenador estaría enfermo o drogado —«¡quiero de su droga!», publica gReek en un comentario, el hacker estrella de la red. Una neuropsicóloga analiza en directo la actuación del portavoz de la Noria, con gráficos que la avalan, y ve en ello la marca de un potente choque psicológico. ¿Cuál? Ni idea...

Salen a la luz los pocos trapos sucios que el político arrastra, en particular esa historia de caída tan breve como espectacular en el ranking Ecociudad, pero no hay manera de encontrar nada jugoso de actualidad sobre el tema, aparte de algunos pasajes breves en *Take news* de Liv, la cronista de investigación.

«¡Ese imbécil me va a hacer perder todas mis ganancias!», se subleva @ssasumaru mientras que la cuota del Ordenador se desploma.

KatK deja lo que está haciendo, Sphax tendrá que conformarse con colgar de un solo par de alas. Desciende de su escabel, que es tragado por el suelo con memoria de forma, para ir a sentarse con las piernas cruzadas delante del holograma. Mantiene el sonido apagado –no importa cuántas tonterías kilométricas suelten, lo que cuenta es el juego de posturas. Elle inicia un software casero de análisis de imágenes que conecta con los diferentes planos de las cámaras para recomponer la totalidad del estudio donde tiene lugar el debate. El programa determina las líneas de fuerza y los puntos de fuga de la reconstitución, luego aparecen formas geométricas sobreimpresas, actualizadas en directo. Horizonte y oblicuos convergen gradualmente hacia un individuo en el fondo, con un pie entre bastidores y otro en el plató.

Katk se concentra en él. Una sonrisa de comunicador que inspira confianza o antipatía -según-, un IA asistente en forma de piercing azul eléctrico sobre el labio inferior, un turbante color vino tinto que le cubre la cabeza y refuerza su lado intrigante.

El software hace un mapeo de su cara y activa una búsqueda. Una holotarjeta de visita aparece espontáneamente, el tipo no tiene ningún problema en revelar su identidad. Alcred, metaconsejero de la agencia T-Rose, especialista en capital de riesgo de imagen pública. Lema: «Más allá de sus ambiciones, la solución».

«Ey –teclea KatK con cuatro dedos en su antebrazo. ¿No será él el ilusionista de este espectáculo?»

Elle adjunta al mensaje el análisis de su programa y algunos cortes de vídeo. Su comentario recibe rápidas respuestas, da

lugar a un hashtag y se convierte en tema principal. Enriquecida con investigaciones complementarias, su hipótesis se convierte en tendencia, luego mayoritaria en ÅpØlØw.

KatK se siente subir a medida que su post alcanza las cumbres, burbujas le chisporrotean en el vientre. Lo que dice, lo que escribe, altera la percepción de miles de seguidores. Elle hace algo útil, elle es útil. ¡Qué loco, mola mil!

«La fuerza de nuestra democracia directa», le dice el Ordenador a la presentadora que lo interroga.

Al igual que con Onyx un poco antes, KatK tiene la extraña sensación de que el portavoz de la Noria reacciona a lo que acaba de hacer, lo que la engancha más al debate que se está desarrollando.

«Y según usted, Arhax —pregunta la periodista que dirige la conversación, que es un avatar, para dejar a los adversarios políticos toda la presencia personal del programa-, ¿qué es lo que hace de Mantris la mayor potencia?

—Los dalecs. Es más rápido que los caballos arkhantes, y deja menos mierda a su paso.»

Estallan risas en la audiencia, tan naturales como en un espectáculo cómico grabado en público. KatK ignora la sonrisa medio congelada de Arhax, elle solo tiene ojos para Alcred, cuyos labios están salpicados por el neón azul de su IAsistente que está emitiendo. ¡Seguro que es él quien pilota este Arhax 2.0!

«¿Ningún otro argumento? —insiste el avatar. Tenemos una audiencia acumulada del 82,8%, ¿no merecen sus oyentes una respuesta más personal?

—Sí, por supuesto. Los dalecs, y el campeonato que traen de la mano.

—El piloto Julian era uno de sus seres queridos, su muerte marcó a toda Mantris. Sin embargo, por respuesta personal

yo entendía...

—Pare. Pare de reducir la muerte de Julian a un hecho cualquiera. ¡Su muerte es una advertencia! Los veo, veo a los que quieren ahogar ese grito de alarma. Aquellos que quieren ocultar la verdad. ¿Quiere saber lo que les respondo? Mantris no es la mayor potencia.»

Las risas se ahogan, el ambiente en el plató pierde una treintena de grados, en el apartamento todo el mundo se congela y levanta la cabeza, solo Kubu sigue dando vueltas en círculos. KatK está estupefacta, ¿cómo un rostro medio hundido en cerametal puede ser tan intimidante? La cólera repentina de Arhax asusta, hasta el punto de que el avatar de la presentadora sufre un glitch.

Arhax se vuelve hacia el Ordenador, que lucha por ocultar su sorpresa.

«Esta es mi respuesta —el Robótico remarca su contestación.

—No es la primera sorpresa que me da, Arhax —le responde el Ordenador—, pero acaba de dejarme pasmado. ¿A quién acusa de ocultar la verdad? Hay tintes de conspiración en sus palabras. Soy el representante de la Noria y no permitiré que ensucie nuestras instituciones. Olvida que somos una democracia directa y que son también nuestros ciudadanos-accionistas a los que ensucia.»

Arhax sonríe hacia el techo, niega con la cabeza, mira al Ordenador como apiadándose, y luego vuelve a retomar su expresión:

«¿Una democracia directa, en serio? Las veinte consultas más populares del año se han centrado en solo tres temas diferentes: la fiesta de las Luces, el precio de las skins en el metaverso y el clima de la cúpula. Y cuando surge un asunto de verdad, a saber, la terrible crisis energética que amenaza a cada hogar mantrés, se le confía a la FE, una comisión opaca

que sustituye a los ciudacs para decidir que las pilas sean de pago sin la más mínima consulta. ¿A eso le llama usted democracia, señor Ordenador? ¡Yo no! ¡No ante una cámara, mirando a los ojos del 82,8% de audiencia acumulada!»

El Robótico ha empezado a salirse de sus casillas, a desatar el gato magnético de sus emociones. Al traste los llamamientos a la templanza de Alcred, él ha venido a debatir proyecto contra proyecto, no a entretener a nadie. Y de repente le viene a la cabeza la última sugerencia del metaconsejero, lanzada justo antes de que entrara en el plató: «cada vez que tomes la palabra, pregúntate qué habría pensado Julian».

Ese consejo quiere escucharlo bien...

«A diferencia de usted... —retoma Arhax, más calmado. Sin embargo, el Ordenador se le adelanta.

—¿A diferencia de mí? Me tranquiliza, Arhax, creí por un momento que ni siquiera se daba cuenta de que todo, absolutamente todo, nos opone.

—No sé si todo nos opone. Sé que usted ya no se opone a nada. Desde luego no a nuestros enemigos. Ha cambiado, Ordenador. Usted se vela la cara, lo aseptiza todo. Me recuerda a esos tanatopractores que maquillan los cadáveres para ocultar sus estigmas. Porque ver la muerte cara a cara da miedo.

«Yo la he visto. El hombre que amaba fue degollado por un mago de la Sombra, por orden directa de la Malkah. Daría cualquier cosa por... »

Un nuevo giro en los sentimientos que muestra Arhax. Adquiere una expresión triste, con la mirada perdida en el vacío, de color alma en pena, poderosamente conmovedora en el Robótico. Tras un batir de pestañas húmedas, continúa:

“No quiero que mi duelo se oscurezca, no quiero que se maquille. No quiero que me lo ahorren. Es el precio que hay

que pagar para enfrentarse a la verdad. Y para hacer frente al terror.»

Sobriamente, el Ordenador asiente con la cabeza, conoce los filones de la comedia política como la palma de su mano, pero... ¿cómo ha logrado ese bribón de Arhax llegar a tocarlos, aunque sea durante medio segundo? Intenta un contraataque.

«Yo también perdí a un ser querido en un momento de mi vida. Sé lo duro que es. Pero si hubiera hecho del gobierno de Mantris un asunto personal, habría traicionado los deberes de mi puesto. ¡Dirigir no tiene nada que ver con la venganza, Arhax! Como ve, todo nos opone.

—Es verdad, para usted nada es realmente personal. Nada le conmueve. ¿No le importa el declive Mantris? Mantris ya no es la potencia que fue. ¿Pero eso qué importa? ¡No es personal!

«Antaño, habríamos sometido este mundo a nuestra voluntad. Hemos sobrevolado las lunas de Artellium, vencido a enfermedades incurables. Sí, antaño tuteamos a la eternidad... Antaño. En aquella época, no se empujaba a la gente al compromiso, se les incitaba a superarse. No se veneraban las precauciones, se glorificaba la iniciativa. No se contaban temblando las últimas reservas de triselenio, se llenaban. No teníamos miedo de competir, íbamos tranquilos. Tal vez porque, en ese momento, era algo personal. El destino de Mantris era personal. Para todo el mundo. De arriba hasta abajo, para toda la sociedad, era algo personal. ¿Qué ha pasado? Hoy en día, el miedo está en todas partes, tenemos miedo de gastar demasiado. Tenemos miedo de hacer enfadar a la pequeña reina Arkhante. Tenemos miedo del día de mañana.

«¿Y sabéis por qué? ¿Por qué tenemos tanto miedo a Arkhante?»

Habitado por su propio discurso, Arhax mira fijamente a un Ordenador sobrepasado.

«Para temer tanto a la magia, hay que haber perdido la fe en la ciencia. ¡Sin embargo, Mantris es la ciencia! La ciencia que ofrece a los ciudadanos una larga vida. La ciencia que nos protege de la miseria y la enfermedad. La ciencia que libra a los ciudacs de los trabajos penosos. La ciencia que ofrece a nuestros hijos una educación y un futuro. La ciencia que nos nutre y alimenta. La ciencia que, día a día, construye una civilización. Y es verdad, sí. Es verdad... hay un coste. Todos esos beneficios requieren energía.

«Dice que la ciencia se ha vuelto demasiado cara. Le gustan tanto los Arkhantes que quiere que vivamos como ellos. A dos velas y a la luz de las velas.

—¡Vamos, es ridículo! No quiero que nos convirtamos en Arkhantes, sino simplemente que mantengamos la paz con ese gran reino, cueste lo que cueste.

—¿Y ellos? ¿Quieren la paz cueste lo que cueste? No, no lo creo. Su territorio es diez veces el nuestro. ¿Qué hacen con él? Nada. Desprecian el triselenio, no gastan ni un gramo para mejorar la suerte de su gente. Ni allí, ni aquí. ¡Los aristócratas arkhantes se burlan de los pueblos, tanto del suyo como del nuestro!

«Y preguntan: ¿con qué derecho vamos a explotar minas en sus tierras? Yo respondo: ¡El derecho de la civilización! ¿La Malkah se niega y tenemos que permanecer callados? ¡Por qué no aplaudirle y darle un premio! Tengo una pregunta para usted, Ordenador: ¿qué es lo que le ha hecho perder la fe en la ciencia?»

El Ordenador sabe componerse varias máscaras para ocultar instantáneamente sus emociones, pero todo su entrenamiento parece ser insuficiente en este caso. De repente comienza a temer a este nuevo Arhax, todavía un

peligroso psicópata, pero ahora capaz de tener el control, una contención frágil pero real. Sorprendido por este adversario inesperado, amordazado por sus amenazas, el portavoz de la Noria asiste, impotente, a su derrota con aires de siniestro naufragio.

«Ah, mire hacia otro lado –reprocha Arhax. ¡Es usted! Sí, soy exactamente tu opuesto. No le tengo miedo a la verdad. Creo en la ciencia. Creo que ella es el futuro de Mantris, su felicidad, su suerte. Creo que se merece que luchemos por ella. No soy un político de profesión, pero soy el que se alza para cambiar las cosas. Iré a buscar el triselenio donde esté, con mis tripas, con los dientes. Soy el que paga. No permitiré que nadie se interponga en mi camino. La ciencia tiene un coste, pero no tiene precio. ¡El Ordenador ha olvidado quiénes son los mantreses! ¡Somos un pueblo de constructores, de innovadores, de gente sencilla que trabaja duro, caminan juntos y se unen codo a codo! Lo hacemos por nuestros hijos, por nuestras familias, por nuestros vecinos. Somos una civilización. Mantris es una joya con la que no se negocia.»

Trascendido, Arhax se vuelve hacia la periodista.

«Esa es mi respuesta. Esa es la oferta que le hago a nuestro pueblo.»

El avatar sufre un nuevo bug sin saber cómo reaccionar. Pillada por sorpresa, producción da paso al concierto del entreacto con urgencia.

«¡Ya empieza!», exclama Onyx en cuanto en el plató las luces se atenúan y luego se apagan.

Con el vientre lleno de mariposas, pega apresuradamente la guirnalda de Kubu y activa los ojos facetados de Sphax. Luego agarra su light-stick con ambas manos y lo aprieta fuerte contra su esternón, mientras se pone bien centrada frente a la pantalla —unos pequeños pasos a la izquierda, las suelas rechinan en el suelo, no, un poco más a la derecha, sí, ahí eso es perfecto.

Por fin en el lugar correcto, agacha la cabeza hasta que mira desde arriba el gran diamante. Encendida con un dedo tembloroso, la lámpara arroja su haz de luz que la flor de los cinco pétalos transforma en fuente de rayos. El rostro de Onyx está salpicado de gotitas de colores, sus excrecencias se jaspean con reflejos sedosos... el light-stick la transforma en una princesa iridiscente. Todo está listo. Desde hace días repite las coreografías, ha negociado duramente el permiso de acostarse tarde, ha esperado sabiamente a que los señores terminaran de hablar, ahora es su momento.

Está lista. Tiene que empezar ya, ¡está tan nerviosa que tiene ganas de hacer pipí!

¡Os quiero, mis FF! ¡Mis Fantásticos Fans!

—¡SEEEUUUNG!»

El cantante entra de un salto en el escenario, bajo los gritos de cientos de miles de fans sincronizados a través de su light-stick. Comienza la música, ácida como un caramelo de polvo chisporroteante, y SeeLung inaugura el espectáculo bajo una cascada de focos frenéticos. A lo largo y ancho de Mantris, niños y adolescentes comienzan a bailar con su ídolo, imitando sus gestos con tanta torpeza como pasión, gritando, cantando, saltando por todas partes, a veces desmayándose, a menudo llorando su exceso de emoción.

Como un espejo perfecto de SeeLung, Onyx lanza su light-

stick al aire, gira sobre sí misma, se detiene de repente, recupera el light-stick con una sola mano, desliza un paso hacia un lado y luego hacia el otro, despliega sus brazos con la gracia de un pájaro que vuela, gira levantando progresivamente el brazo para crear un torbellino de luz remanente, golpea el suelo con sus pies a un ritmo perfectamente sincrónico, se detiene a tres cuartos cara a la pantalla en el tempo exacto, levanta el hombro y pega su mejilla contra él, hace una pausa con remilgos... y vuelve a empezar un ciclo con más vueltas todavía.

La niña se metamorfosea. Literalmente. Su rostro poco agraciado está transfigurado por una alegría sin límites, su cuerpo aún redondeado por la infancia deja entrever una adolescencia naciente, las excrescencias estigmatizantes se convierten en los accesorios indispensables de un atuendo escénico original y único. La actuación de Onyx no es solo un homenaje a su estrella favorita, compartida con miles de fanáticos en trance, no. Lo que encarna es la prueba de un carácter que sabrá plantar cara, la demostración de que una enfermedad incurable no será lo que le impida florecer, una fe inquebrantable en los futuros que cantan.

El concierto de SeeLung puede dejar indiferentes a muchos mantreses, pero ninguno permanecería indiferente ante el coraje y la esperanza que emanan de la actuación de Onyx.

No KatK, por lo menos. Elle admira a su hermanita, su fuerza interior, sus certezas de bellos mañanas. Su papel de hermana mayor la fuerza a un mayor realismo: el mañana no será mejor, no, el mañana será sórdido, pero ante el espectáculo de infinita ternura de Onyx y su light-stick danzante, KatK sabe que tiene un futuro por el que luchar. Tiene suerte de contar con ella, Oni le da el impulso necesario para continuar la lucha con ÅpØlØw.

Conmovida, divertida, un poco consternada también, se

vuelve hacia sus padres para reírse amablemente del espectáculo —el del apartamento, infinitamente superior al que se está emitiendo en la pantalla. Se desencanta al instante: de pie delante del plan de trabajo, a sus espaldas, Fabro y Atale están inmóviles, con un aspecto ausente y un poco triste. Un desajuste total con los sentimientos que la atraviesan y que quería compartir.

KatK teclea silenciosamente en su muñeca derecha y se conecta al metaverso privado de sus padres —no tenían más que no usar la misma contraseña en todas partes, todo el tiempo. Se infiltra como un fantasma en el espacio virtual para espiar su conversación, no más discernible que una luciérnaga en el cielo nocturno.

«... no se puede trabajar para un tipo así —dice su madre a la persona vestida con ropa cómoda e informal que nunca se atrevería a usar en otro lugar que no fuera en su propio metaverso. Lo has oído igual que yo, Arhax es un demagogo de la peor especie.

—Al menos no se anda con rodeos.»

El avatar de su padre es muy parecido al original, salvo, puede, por las ojeras. Un poco menos de barriga y algo más de pelo, detecta KatK mientras los observa. Pero sobre todo, en su metaverso, Fabro no lleva su máscara de papá-grande-osito-de-peluche-simpático-con-todo-el-mundo. Muestra su verdadera cara, su verdadero miedo plagado de dudas. Al escuchar a Arhax, KatK sospechaba que el político aún estaba guardándose energías para convencer, a golpe de granos de miedo arrojados en el pesebre de las clases medias del ránking Creso. A él le hubiera gustado que su padre no fuera el primero en engullirlos, pero ¿cómo culparlo? Elle también tiene miedo.

«¡Aun así no comprarás su discurso! —le reprocha Atale.

—Sí. Compro su discurso como una inversión para el

tratamiento de Oni.

—Las cosas no son tan simples. Entre los discursos y...

—Oh, sí, podría ser muy sencillo. Si aceptaras el puesto en ROMA, por ejemplo...»

KatK detecta antes que Fabro la pata de gallo que se estremece de cólera en las comisuras de los labios de Atale. Elle conoce muy bien el rostro de su madre justo antes de explotar —a fuerza de ser la pólvora de la familia, se desarrollan reflejos. Sin embargo, KatK no puede contener el calambre que se apodera de su barriga, casi ha creído en su nueva luna de miel. Fake. Peor que una simulación de gama baja para adolescentes con las hormonas revolucionadas. Puaj.

«No voy a trabajar para un peligro público. Te pido que abras los ojos y lo entiendas.

—Todo lo que entiendo es que por culpa de esta maldita escasez, ya no podemos curar a nuestra hija. Y para cuando Kat encuentra un tratamiento alternativo, no tenemos los medios para pagarlo.

—¡Lo encontré en el dark-SIT! ¡No sabemos lo que vale!

—Elle...

—¿Qué?

—"Elle" ha encontrado, en lugar de "ella"...

—Fabro... sabes que estoy haciendo un esfuerzo.»

KatK se avergüenza de haberse encontrado con esta conversación. Elle es consciente de que su madre tiene problemas con el pronombre que ha elegido, tiene demasiada alma de Robótica para entenderlo. El concepto cibernético de identidad fluida es demasiado para ella, pero al menos cara a cara, Atale está haciendo el esfuerzo. KatK lo toma como un gesto de amor y no se enfada si se le escapa en la intimidad.

Fabro le aprieta la mano a Atale —en el mundo real

también, no solo en el metaverso.

«Lo siento, no quería...» Suspiro largo, agotado. «Lo que quería decir es que todo se va a pique y que es Kat la que está encontrando soluciones, cuando es mi trabajo. ¡Mi maldito trabajo, no el suyo! No es normal, nada de esto es normal... No estoy a la altura, y me está devorando.»

El rojo vergüenza se convierte en rojo ira en las mejillas de KatK. ¡No, hombre, no! ¿Quién se cree Fabro para querer llevarlo todo sobre sus hombros? ¿Qué son esos viejos delirios en los que sólo los papás pueden proteger a sus familias? ¿Qué va a hacer él cuando no haya más pilas, con su barriga flácida y su adicción a los bióxtasis?

Atale aprieta los dedos alrededor de los de Fabro.

«Cariño, eres un buen padre. Puedes dudar de mí, de nuestra pareja, de todo lo que quieras... pero no de eso.

—Sabes, Atale, Arhax tiene razón en una cosa: tengo miedo. Tengo miedo todo el tiempo. Y estoy harta...»

KatK se retira del metaverso de puntillas, no debería haber asistido a esa conversación. No tiene nada que ver con la culpabilidad, es más bien que a él no le apetece ver a su padre mostrarse tan cobarde. Le molesta, hasta el punto de que su piel-pantalla está totalmente distorsionada. Es él el que se resigna, el que decide ser bueno. Buen papá, buen vecino, buen ciudad. No ve más allá de su comodidad inmediata, en el fondo, no quiere que eso cambie.

Lo peor es que Atale tiene razón: a Fabro no se le da tan mal hacer de padre. Si él baja los brazos, ¿quién se encargará entonces? ¿Quién va a impedir que todo se convierta en zumo de estireno? ¡Está claro que no será el Ordenador, y qué decir de Arhax! ¿Entonces quién va a tener que arremangarse? Todas y todos aquellos que no participan de la situación actual, sino que la sufrirán hasta las últimas consecuencias. Los jóvenes. Los únicos que se juegan su

futuro en esta crisis que Fabro reduce a un problema específico. Su padre ve a Arhax como un bióxtasis para pasar el letargo de después de comer, pero KatK sabe que es un maldito cáncer que infecta a Mantris. Un cáncer al que habrá que vencer, célula a célula. Y si fallan, estarán en primera línea para sufrir las consecuencias. ¡La quintaesencia suprema de la injusticia!

KatK tiene miedo –un poco– y una gran motivación, pero de todos modos, él habría apreciado un mínimo de apoyo. Luchar es una maratón, está bien tener un lugar, un hombro donde apoyarse y reponer fuerzas. Él pensaba encontrarlo en su padre... descubrirlo paralizado por el miedo vuelve brutal la salida de la infancia. Se avecina una maratón sin paradas...

La cólera fría que le tensa los hombros y el cuello, la decepción con sabor a bilis que le irrita la glotis, todo ello es arrastrado por el grito extático de Onyx.

En un nuevo paso de baile aéreo, SeeLung de repente se ha multiplicado en la pantalla. Ahora está rodeado por cinco clones, todos caricaturescos de los cinco tecnoestilos. La versión Genética, por ejemplo, tiene la piel lisa y los rasgos perfectos, y el Mantrix muestra una cara completamente compuesta por líneas de códigos que se deslizan.

«¡Son súper booo! –se enfurece Onyx. ¡Kat, mira, miraaa!»

La Cibernética es ridícula, con implantes estilizados y rutilantes, un insulto a los cibernéticos –él prefiere no decir nada para no romper el delirio de Oni.

«¡Todos somos iguales, mis FF, fans de todos los tecnoestilos a la vez! –exclama SeeLung con un entusiasmo desbordante. ¡Conmigo!»

Enarbola bien alto su light-stick, mientras a su alrededor aparece un mapa interactivo de Mantris. Cada fan conectado aparece en un punto luminoso, dibujando alrededor del

cantante una galaxia de la que sería el centro.

«¡Haced como yo, todos al mismo ritmo!»

Fijados sobre la coreografía, los light-sticks se ponen a parpadear con una frecuencia precisa, con un color fijo. La galaxia de soles sincronizados se vuelve multicolor, recorrida por olas ondulantes que se vuelven hipnóticas. Alrededor de Onyx, el apartamento se convierte en un sol verde manzana oscuro.

«Mientras haya pilas, siempre estaremos juntos –se extasían las seis versiones de SeeLung. Cuento con vosotros, FF de mi corazón, ¡que nada nos separe nunca!

—¡No nos importan las pilas! -asegura Onyx, sin aliento pero todavía implicada en su coreografía. Voy a llevar la magia a todos los sitios.» Con los brazos extendidos, hace ondulaciones coordinadas de hombros y caderas. «¡A todas partes, como en Arkhante!» Da un salto en el que junta los dos pies, que golpetean el suelo como en una carrera inmóvil. «Incluso en Kubu y Sphax, voy a poner magia.» Pose final, con las piernas bien plantadas, la espalda arqueada, un brazo a lo largo del torso y el otro levantando el light-stick iluminado hacia el cielo. «¡Magia por todas partes, como Nyvenn dijo!»

«Lo he atomizado.»

Con la mirada alucinada, el rostro inundado de sudor y de éxtasis, el cabello mojado sobre la frente, Arhax da vueltas en su camerino.

«El Ordenador estaba frito. Tan frito como un donut. Lo he hecho polvo, a ese bastardo.»

Su mirada es incapaz de quedarse fija en un punto, las manos ya no saben qué hacer —recolocarse el traje, apoyarse con los puños apretados en las caderas, deslizarse entre su cabello, presionar un bióxtasis hasta el fondo de las fosas nasales.

«Le he dado en toda la cara. ¡Cómo lo he puesto!»

A su alrededor, en todas las paredes de la estancia, sondeos, curvas de opinión, los mejores momentos difundidos en los inmedios. Dos diseñadores gráficos, con las miradas tapadas por un casco de realidad virtual, ReViven un holograma de campaña utilizando las cámaras de los drones que han filmado toda la noche.

«¿Alcred? ¿Dónde está?... ¡Alcred!

—Estoy aquí, señor.»

Arhax encuentra por fin dónde posar las manos —sobre los hombros del metaconsejero— y la mirada —clavada en los ojos del agente, unos implantes cuya pupila azul cobalto se extiende hasta los párpados.

«Alcred, organízame otros debates. ¡Quiero diez, cincuenta! Lo he destrozado entero, puedo hacerlo de nuevo.

—¿Con quién quiere debatir, señor?

—No lo sé, no me importa, con tu madre o con quien quieras. Para eso te pago, para encontrarlo. ¡Así que encuéntralo!»

Con una orden a su IAAsistente, Arhax transfiere una generosa suma a Alcred. El Robótico es tan popular que su

clasificación Creso ni se mueve, permanece en el top 5. ¡Es brillante! Pero no tanto como ese momento jubiloso en que se coló antes del debate en el camerino del Ordenador. Le dejó una pequeña palabra caligrafiada a mano en papel de verdad, algo imposible de rastrear, delicioso, casi bonito. «¿Cómo está Sathyne?», tenía escrito. ¡Ojalá el dron insecto que allí quedó no hubiera sucumbido al pesticida antivirus del servicio de seguridad! Daría cien puestos Creso solo por ver la cara que se le quedó al muy inútil cuando leyó el mensaje. ¡Mil, si hace falta!

«La información estaba hecha de carboacero, Alcred, gran trabajo.»

Arhax le deposita una bien merecida prima. Se enfada cuando su asistente de IA le pide que confirme: suciedad de IA, demasiado lenta para seguir el ritmo supersónico de sus pensamientos.

«Hay que ahondar en esa llaga, ahí, en el tema de Sathyne. Viendo cómo ha reaccionado el Ordenador, es algo serio. Quiero algo nuevo para el próximo debate, ¿me oyes, Alcred? Lo he dejado tocado, la próxima vez lo dejaré KO. Directo.»

Las manos se han separado de los hombros de Alcred para reanudar su carrera sin rumbo. Entonces, de repente, lanza algunas patadas nerviosas al vacío.

«¡Directo a las pelotas, a ese cabrón del Ordenador!»

Tiene ganas de acariciarse el bajo vientre, sus partes le hacen cosquillas. Se hincha lentamente. De hecho, tiene ganas de follar, un deseo inmediato y furioso de disfrutar con violencia. Ahí. Ahora.

Acción-reacción: se dirige a su picadero.

Antes de abandonar el camerino saturado, se toma tres cápsulas de medisex, rompe el cuello y hace estallar los saquitos en su gran boca, abierta de par en par, la de un pajarillo que pía esperando la papilla. Sabe que hay que diluir

los líquidos, y así lo hace: tres bióxtasis diluidos en una tercera parte, respetando la posología. Los medisex le pringan los dedos antes de hundirse en su garganta. Siente que la erección explota, es como si los bióxtasis cayeran directamente en su polla. Esta vez, sin duda, va a follar como un dios, será tan bueno como con Julian. ¡Lo recuerda! Se acuerda de todo, absolutamente de todo... Julian...

«Buenos días, Arhax.»

¿Eh? ¿Qué?

«Es el Archivista, señor», explica Alcred guiando con delicadeza a Arhax ante el holograma del mayordomo de la Noria, que ha encontrado un hueco en las paredes sobrecargadas.

El metaconsejero permanece impasible, pero lamenta esa temporización particularmente desafortunada. En cuestión de segundos, podría haber pospuesto la entrevista hasta que Arhax estuviera sobrio. Demasiado tarde. Acostumbrado a gestionar a las estrellas de rock, Alcred procura acelerar la conversación, antes de que los bióxtasis hagan efecto.

«Quería enviar una solicitud a la Noria, señor», le recuerda Alcred.

Arhax recupera la compostura. El triselenio de la Fisura, el ejército de robots... Ha de concentrarse en ello, no en el magnífico cuerpo de metal que se ha compuesto el Archivista, con músculos de cables nudosos y una pátina plateada que invita a la caricia, al sexo puro y duro... superduro, incluso.

¡Mierda, concéntrate!

«Sí, en efecto. Quería hacer una propuesta para que se estudie. La guerra contra Arkhante.

—Muy bien. ¿Cuáles son los datos?

—Alcred se los transmitirá, pero es lo siguiente, a grandes rasgos. La crisis energética plantea enormes riesgos para los

ciudadanos-accionistas: disminución del rendimiento de las granjas acuícolas, dificultades de acceso a los cuidados básicos, restricciones de las relaciones sociales...

«La solución es simple: explotar los yacimientos de la Fisura. El riesgo es, evidentemente, que Arkhante encuentre un pretexto para iniciar las hostilidades. Sin embargo, el reciente ataque contra la Muralla de osamentas ha demostrado que las defensas de la magocracia son porosas, la Malkah se lo pensará dos veces antes de mandar a sus tropas. Pero en la hipótesis en la que ese sea el caso, y suponiendo que la vía diplomática fracase, propongo enviar preventivamente robots de combate, además del personal de explotación minera. ROMA ya ha dado su consentimiento para la entrega de material, y las otras corporaciones Robóticas seguirán sus pasos.

«Esta medida tendrá ciertamente un coste energético, pero las proyecciones de necesidad de capital de explotación son categóricas: incluso en el peor de los casos, la balanza del triselenio seguirá suponiendo excedentes. Y como no habrá ni un solo ciudadano en el campo de batalla en caso de que estalle la guerra, sólo máquinas, la Primera Ley de la Synthia sería plenamente respetada.»

Arhax ha soltado su perorata a una velocidad creciente, su exposición lo deja jadeante —su deseo también es creciente, metastatiza más rápido que un tumor.

«Me corresponde a mí evaluar si se respetan o no las leyes de la Synthia —le recuerda el Archivista.

—Lo sé, lo corta Arhax. Alcred le enviará la información, le dejo.»

El metaconsejero observa a Arhax marcharse —«huir» sería un término más apropiado. ¡Al final todo salió bien!

Sonriendo, Alcred organiza la larga transferencia segura de datos. El mayordomo de la Noria asimila la estimación de las

pérdidas y la evaluación de los riesgos con una flema imperturbable que no deja de sorprender al metaconsejero. A pesar de su inmenso poder sobre las infraestructuras de Mantris, el Archivista sigue siendo un superordenador que no hace distinciones entre una vida y una hoja de cálculo.

Alcred aprovecha la transferencia para invertir sus dos primas en el capital de fábricas robóticas —principalmente las de ROMA, ya que está. Paralelamente, retoma el contacto con Atale Lag'Chuo, un perfil particularmente interesante en la relación que construye con Arhax. Si consigue reclutarla, y si Atale logra desarrollar una versión autónoma de los robots a imagen de Julian, entonces les habrá tocado la robotería, obtendrá de Arhax todo lo que quiere, el único límite será su imaginación.

Como negociador aguerrido, Alcred dirige la conversación con un tono torpe, haciendo que parezca improvisado cuando en realidad va planteando un argumento tras otro, con la paciencia de esos maestros que dibujan figuras haciendo caer fichas de dominó.

«¿Le he hablado también del seguro de salud para los directivos de ROMA?», deja caer en el momento oportuno, como si nada.

En el otro extremo del SIT, el silencio aspirado de Atale firma su victoria. Es muy fácil tener éxito en una negociación cuando se conocen de antemano las expectativas de la parte contraria.

Un detalle sabroso, fue investigando al Ordenador que se enteró de que la hija de Atale estaba gravemente enferma. El político intervino para que Onyx fuera atendida por la Zoonia. Tirando del hilo, Alcred acabó descubriendo la existencia de Sathyne. Es lo que se llama matar dos tratos de un tiro.

Atale promete pensárselo, Alcred dice que él lo entiende,

que ella tiene razón, pero ya sabe que ella acabará aceptando. Estira la conversación para forzar una triple convergencia como tanto le encanta: la llamada llega a su fin al mismo tiempo que termina la transferencia de datos y se encuentra frente al picadero de Arhax. Cada uno se divierte a su manera; Alcred, por su parte, es un obseso de la planificación optimizada.

Dejando de lado a Arhax y su inagotable capacidad para crear el caos.

«Gracias, señora Lag'Chuo –concluye abruptamente-, le dejo que se ponga en contacto conmigo cuando esté lista.»

Rápido, ha de cortar la comunicación antes de que se escuchen las vociferaciones del Robótico.

«¡Me cago! ¡En! ¡La puta! ¿Qué era eso? ¿Eh? ¿Qué era eso?»

A través de la puerta abierta del piso, Alcred ve a Arhax machacar a un JulIAN a golpes hasta reventarse los puños, una oleada de odio que paralizaría al más duro. La escena es mucho más violenta en tanto en cuanto Arhax está completamente desnudo, con la verga en guardia, el cuerpo goteando sudor y fluidos mecánicos, mientras que el pobre robot encaja el correctivo con una pasividad amorfa que hace saltar el corazón.

«¿Por quién me tomas?»

¡Bam! La mandíbula se desencaja. ¡Bam! La piel sintética se agrieta sobre el pómulo, vertiendo un nuevo borbotón de fluidos. ¡Bam! Un ojo se sale de su órbita para colgar del extremo de su cable óptico y agitarse con cada nuevo golpe.

«¡Él valía cien veces más que tú, pedazo de mierda!»

Otros cuatro JulIAN esperan, impasibles, estirados en la cama o de pie a su lado, todos desnudos. Arhax arroja salvajemente el cadáver desgarrado de su mártir hacia el robot más cercano, que no intenta esquivar el despojo ni

cogerlo.

«¡Yo me acuerdo, tú no!»

De repente, a Alcred le asalta una duda. Su imaginación sería el único límite a lo que él podría exigir, pero ¿cuál es el límite de la locura de Arhax?

«Ah, Alcred.» Con un vial de bióxtasis euforizante, el Robótico evacúa su rabia como un carril de bioost euforizante, el Robótico evacua su rabia como quien tira de la cadena. «He tenido una idea para acabar de convencer al Archivista. Hacemos asesinar a SeeLung y hacemos que su muerte recaiga sobre Shado. Después de eso, todos sus “Fantásticos Fans”... » Sus dedos imitan comillas burlonas. «... nos ayudarán fantásticamente a declarar la guerra.»

Es por eso que a Alcred le encanta apostar todo por las estrellas del rock —¡y Arhax es definitivamente una! Sólo ellos pueden tener esos destellos de genialidad.

ME LLAMO EZIO

\ Ordenador \wedge Archiviste \cap 0 privado O \\
 {Archivista ∞ Mantrix \subset Noria}

<Validar la operación Desminado: O/N. >

La invitación se cierne ante el Ordenador, tan tentadora como esos holoanuncios sexuales sobre los que se hace clic sabiendo perfectamente que son basura. Por no mencionar que, si él responde, acto seguido su IAsistente será saturado con propuestas similares.

Intenta ignorarlo aprovechando la vista que ofrece la azotea del Cónclave, donde el Archivista le ha dado cita. El edificio que alberga la Noria es tan alto que un simple salto parece suficiente para alcanzar la cúpula que envuelve a Mantris. Dondequiera que mire, la ciudad-continente extiende su osamenta de edificios y las venas de su circulación.

Hay un árbol imponente plantado en medio de la terraza. Miles de raíces -fibras ópticas que conducen una luz dorada como si fuera savia- convergen hacia el centro de la explanada, donde se entremezclan para formar un tronco grueso, y luego ramas que salen hacia el cielo antes de doblarse bajo su propio peso. El follaje está compuesto por el extremo de los cables cuyas hebras se abren en una corola de

luz pulsante.

Este sucedáneo de planta es el árbol del conocimiento y cada uno de sus frutos representa un alma humana convertida en Mantrix.

Al convocarlo aquí, en la azotea de Mantris, en ese jardín del cual él es el vigilante guardián, el Archivista hace el lamentable alarde de su falta de sutileza. Es una afrenta, incluso: el mayordomo de la Noria llega tarde, aún no está con él. El mensaje es claro: tiene una pregunta, y el Ordenador tendrá que responderla.

<Validar la operación Desminado: O/N. >

Otro día, en otras circunstancias, el Ordenador podría haber dado su consentimiento. Ha firmado cientos, miles de planes orquestados por el Archivista, es su trabajo: asegurarse de que la Noria permanezca al servicio de los ciudadcs, que no se deje cegar por cifras, que se respeten la letra y el espíritu de las consultas ciudadanas. Es el factor humano del proceso, el técnico que en teoría puede desconectar el enchufe del servidor, aunque en la práctica no es seguro que quede un enchufe al pie del árbol de Mantrix.

Sí, otro día podría haber firmado sin hacer demasiadas preguntas, por la inercia de la rutina, sin detenerse en las implicaciones de su gesto. Pero no hoy, no después de la paliza que ha recibido en directo y en mantrivisión contra un Arhax triunfador. Ha subestimado el riesgo y la importancia del debate, confiando en su humor y en su capacidad de improvisación. Ha llegado demasiado seguro de sí mismo, mal preparado, como un aficionado. Ha recibido un doble gancho incluso antes de que empezara la primera ronda, en forma de una simple palabra anónima encontrada en su camerino que amenazaba a Sathyne y su secreto. Lo que vino a continuación se redujo a una lluvia de golpes que no logró esquivar en ningún momento, como si hubiera perdido de

antemano. Vanidad, negligencia e imprevisión, un novato arrogante no lo habría hecho peor. No es cuestión de repetir el mismo error dos veces en un día.

<Validar la operación Desminado: O/N. >

Operación Desminado: la invasión de la Fisura con un ejército de robots para extraer el triselenio. Imposible no ver la mano de Arhax en todo esto, el nombre de la operación lleva su marca –una evocación poco sutil de la operación Minado que él mismo había previsto lanzar después del Appologium, y que se transformó en un asalto contra la Muralla de osamentas. Solo el Robótico podría divertirse con tal referencia que, de paso, suena claramente como la confesión de su participación en el ataque.

Sus peores temores se confirman: esta basura va a desencadenar la guerra.

\ Ordenador \wedge Archivista \cap 0 privado O //

{Archivista ∞ Mantrix \subset Noria}

<Mi respuesta es no, Archivista. >

< Registrado. Indique los motivos de su negativa para incluirlos en los archivos. >

<¿Está seguro? ¿De verdad quiere dejar constancia del error crítico que la Noria estaba a punto de cometer? >

«¿Puede ser más explícito, Ordenador?»

La voz del Archivista hace vibrar el aire más que su implante neuronal. Sorprendido, el Ordenador se vuelve hacia la escalera que se hunde en el suelo, el único medio para subir a la azotea. Descubre que el acceso, libre cuando él había subido, ahora está protegido por un campo de fuerza.

La cortina de electricidad estática es atravesada por una crisálida de fibra óptica que se despliega para revelar al Archivista. Los haces de cables de su silueta imitan la de una mujer cuando se acerca, con los brazos pegados al cuerpo y las caderas anchas. El paso es impostado, igual que el de los

modelos durante un desfile. No es irreal, pero tampoco natural. El Ordenador constata una vez más que a las máquinas les cuesta menos imitar la inteligencia de los humanos que su cuerpo. Sería una lección que aprender, una ventaja que aprovechar...

«¿Por qué razones se niega a validar la operación Desminado, Ordenador, insiste el Archivista deteniéndose exactamente a dos pasos de él?

—¿Cómo puede ese tejido de código resistir tres segundos a las exigencias de la Primera Ley? Basta con tirar de una línea para desgarrar toda la trama.

—Las proyecciones de la operación Desminado son categóricas: la seguridad y la esperanza de vida cuantificada de los ciudadanos-accionistas se ven optimizadas a largo plazo. La Primera Ley es respetada, como lo impone la Synthia. ¿Desea que le explique los parámetros de la ecuación?

—Un parámetro depende del codificador que lo utiliza, usted lo sabe bien. El que elige la variable elige el resultado. Usted sigue siendo una máquina de calcular cuando un ábaco aquí sería más efectivo. Y más elegante.

—No entiendo la alusión, un ábaco es una máquina inoperante en comparación con una calculadora cuántica. Los 524.288 parámetros considerados confirman que en caso de estallido de las hostilidades, los golpes quirúrgicos limitarán los daños colaterales, reduciendo las cantidades perdidas de vida humana a una tasa aceptable.

—Máquinas o humanos, ¿es que eso no va a cambiar nunca? Cuando se desata una guerra, se habla mucho más de victorias que de muertes. Cuando acaba una guerra, ocurre lo contrario. Cuando los muertos se desborden por los canales en Mantris, una máquina de mantenimiento de clase IV será suficiente para limpiar los conductos, pero tendrá más

dificultades para borrar la visión de los cadáveres de la cabeza de los niños. ¿Qué les dirá a los nuevos huérfanos: que deben inscribirse urgentemente para presentar una solicitud de atención? ¿Y que vamos a resolver con un clic milagroso sus traumas? ¿O intercambiar a sus padres por personas seleccionadas tras una consulta ciudadana?

—Los resultados de la experiencia de la Guerra de los Héroes muestran un decrecimiento logarítmico de límite bajo de los trastornos de estrés postraumático entre los ciudadanos-accionistas directamente expuestos al conflicto.

—¡Chorradas! ¡Mi límite bajo postraumático sigue flotando dentro de su tanque!

—¿A qué se refiere, Ordenador?»

Al Ordenador se le seca la boca, prohibiéndole pronunciar una palabra más —su cuerpo impide que su mente lo traicione más. ¿Qué es lo que le pasa, por el Santo Código? ¡Arhax, y ahora el Archivista! ¿Ante quién tiene menos ganas de exponerse? Tiene que recuperarse a toda costa.

Es tanto más indispensable en cuanto a que tiene razón, lo sabe. La certeza vibra en el fondo de sus entrañas: tener agua caliente y desplazarse en dalec no justifican entrar en guerra. Perder comodidad no tiene nada que ver con las bombas incendiarias y los cadáveres carbonizados. No hay comparación posible.

Los ciudacs lo han olvidado después de dos décadas de abundancia y facilidades, pero la Guerra de los Héroes fue una indignidad sin nombre. El racionamiento debido a las granjas de peces invadidas por hongos tóxicos, las noches pasadas en los túneles del maglev para escapar de las tormentas mágicas, los mutantes que regresan del frente que ningún laboratorio meditécnico logró curar nunca...

Recuerda su visita a una escuela, fue durante la campaña para su segunda o tercera reelección. Feroz partidario de un

recalentamiento de las relaciones diplomáticas con Arkhante, se las arregló para hacer difundir en clase un reportaje sobre la guerra, una revista que utilizaba numerosas imágenes de archivos y que había tenido todas las dificultades del mundo para que fueran validadas por los neuropsicólogos infantiles. La idea era sorprender a los alumnos para ofrecerle la oportunidad de dar un vibrante alegato por la paz —la secuencia debía salir en todos los inmedios. La transmisión terminó, silencio estupefacto en la sala. Hasta que un niño gritó:

«¡Qué efectos especiales tan excelentes, parecen imágenes reales!»

La propaganda había transformado la Guerra de los Héroes en una mala ficción, ya no contaban los metaversos donde se encarna a un soldado mantrés que parte a destroz al mago arkhante. A día de hoy aún le eriza el vello de la nuca saber que tuvo su parte de responsabilidad en esa pérdida de referencias...

Sí, está convencido de ello: ¡nunca más a la guerra! Hará todo lo posible para evitar que ese alumno, ahora adulto, se dé cuenta de que no, ese vídeo no era solo una película de acción genial.

¿Aunque le cueste la vida a Sathyne?

Eso es, ahí está. El pensamiento parásito, la duda existencial, el suplicio íntimo. Otra versión del holoanuncio sexual que queremos aceptar a pesar de todas las señales de alarma. Avalar la operación Desminado para salvar a su hermana, y al cuerno con los daños colaterales... Las ganas le rascan, lo arañan, se encuentra en la piel de un amputado que quiere aliviar una picazón fantasma. La elección es imposible, desprovista de sentido, y lo parte por la mitad, como si un médico debiera extraer un órgano y preguntar a su paciente cuál preferiría donar, entre el corazón, el hígado, el bazo o el

cerebro. ¿Lo quiere todo? ¿Cuántos cortes? ¿Se lo envuelvo? ¿Es para regalo?

¿Cómo salir con vida? Salvo que mate al médico...

¿Puede negarse? ¿Renunciar a sus prerrogativas de Ordenador, bloquear el proceso al no pronunciarse? Podría, pero no es la solución. No es de los que se contradicen con el pretexto de que ninguna solución es plenamente conveniente. Elegir es renunciar, no acumular las ventajas de cada alternativa y rechazar el resto. Y, sin embargo, ahí está él que vacila sin fin, no porque no le guste ninguna opción, sino porque es demasiado consciente del precio a pagar en uno y otro caso.

Ya que él no puede cortar, que lo hagan los ciudadcs. Después de todo, es su representante ante la Noria.

∩ IAsistente, rutina prioritaria. ∩

∩ Resumen de los comentarios postdebate.

En su implante desfilan los fragmentos elegidos, al ritmo de tres o cuatro mensajes por segundo –su velocidad habitual en lectura rápida. Es una verdadera metralla, un diluvio estroboscópico que, de alguna manera, materializa el hecho de que se encuentra bajo el fuego de las críticas.

Lo esencial cabe en un puñado de palabras: demasiado blando, demasiado conciliador con Arkhante y la Malkah, ya ha cumplido su tiempo, agotado por el poder, no está a la altura de la crisis. Arhax tiene un puño de hierro, de carboacero reforzado, sabrá sacar a Mantris de esta mala situación.

¿Realmente los ciudadcs quieren a un Arhax vengativo como líder? ¿Saben lo inestable que es ese hijo de puta? ¿Ese tipo es una semilla de dictador, y quieren plantarla en el terreno fértil de la crisis energética?

Nuevo vértigo. Su posición política está amenazada, ya no tiene las ideas claras... Todo se derrumba a su alrededor. Su

debacle frente a Arhax no era más que un síntoma, la enfermedad se revela frente al Archivista. Y avanza rápido, terriblemente rápido.

∩ IAsistente, información sobre contactos guardados. ∩

∩ La Opax anuncia la detención de Nyvenn, exSITada sin autorización, detenida en el establecimiento *Ni fútiles ni vanas*.

∩ ¡Qué! ¡En su tienda! ¿Han encontrado a Sathyne?

∩ Sin datos disponibles.

∩ ¡Investigación y monitoreo de alta prioridad!

∩ Recibido.

Un vértigo se apodera de él, le produce un hormigueo en los dedos. Siente que va a perder el equilibrio, que los sonidos se apagan, que todo se pone a girar a su alrededor. Los ojos ruedan por sus órbitas, por lo que los cierra e inspira una gran bocanada de aire. Se aferra a los bordes resbaladizos del tobogán que se desliza hacia sus angustias profundas.

Ahogado bajo las olas desatadas de los peligros que se acumulan, perdido en plena tempestad, el Ordenador se aferra a su última boya: ¿qué habría hecho Sathyne en su lugar?

El recuerdo palpita en su memoria con la misma alerta repentina que su IAsistente. Sathyne. Sathyne y él. Ambos estaban subidos a un árbol, no uno artificial como el del Cónclave, uno real, importado de Orcunion, y plantado en la propiedad familiar por sus bisabuelos. Eran niños, y él sólo tenía siete u ocho años. El árbol -un caño, si no recuerda mal- estaba en plena floración, con las flores rebosantes de un néctar que ningún insecto vendría a libar jamás, pues no hay ninguno volando libremente en Mantris. Subían para arrancar los brotes y chupar el líquido azucarado, y luego se deslizaban a lo largo de la rama hacia la siguiente flor. La hierba estaba blanqueada por los pétalos, un verdadero osario

de frutos mortinatos. Jugaban a ver quién tragaba más, aunque se le cayera por la barbilla, por el cuello, poco importaba si no estaba tan bueno y el vientre empezaba a hincharse. Estaba decidido a quedar primero, incluso a riesgo de hacerse estallar la barriga, pero como siempre, su hermana mayor le había sacado mucha ventaja. Se había expuesto a todos los riesgos, y lo que tenía que pasar pasó: se había caído: se cayó.

«¡En pie —le ordenaba su hermana posada sobre su rama—, levántate y vuelve a subir!

—Me duele mucho, Sy. Además, no sirve de nada, te has adelantado demasiado.

—Al contrario, estás en la posición ideal: puedes subir por el lado del árbol por donde aún no hemos pasado. Cuando te estás ahogando, es mejor tocar el fondo para tomar un impulso y subir más rápido.»

Tocar fondo para subir más rápido...

\ Ordenador \wedge Archivista \cap 0 privado O \\\

{Archivista ∞ Mantrix \subset Noria}

< Archivista, finalmente me niego a pronunciarme. >

Además, se niega a continuar esa conversación de viva voz, lo que sigue debe ser grabado y accesible para cualquier ciudadac que se haga preguntas. Ha olvidado que las IA son campeonas de la imitación. A fuerza de manipular al Archivista, éste ha aprendido a maniobrar a su vez; tendrá que mostrarse más prudente en el futuro.

Por el momento, se embarca en el formalismo de una conversación archivada.

< Por favor, añada a los archivos que invoco la Segunda Ley de la Synthia. >

< Válido. Consignación de la Segunda Ley de la Synthia: "La Noria integra en sus cálculos la opinión mayoritaria de los ciudadanos-accionistas, expresada por voto directo,

a condición de que esta opinión no contradiga la Primera Ley. El Ordenador, representante electo de los ciudadanos-accionistas, es el garante de la aplicación de la Segunda Ley." ¿Cuál es su solicitud? >

< Impugno la decisión de entrar en guerra. >

< Inválido. Se ha calculado que una guerra controlada obedece a la Primera Ley. La Segunda Ley no puede contradecirla. >

< Impugno sus cálculos. >

< Inválido. Nuestros cálculos están basados en modelos probabilísticos convergentes hasta el límite infinito. Los Mantrix realizan una retroalimentación de microsegundos que reduce el error computacional a una tasa cercana a cero en nueve unidades. >

< He sido impreciso, Archivista, y sé cuán extraña le resulta la imprecisión. Actualización de mi solicitud: impugno el resultado de sus cálculos. >

< Inválido. El resultado no puede separarse del cálculo en una función reversible. Por homología, tanto uno como el otro son justos. >

< Pero se olvida del punto de partida. Los datos iniciales pueden ser falsos. Sus cálculos pueden ser correctos y producir resultados falsos. >

< Solicitud incompleta. Los hechos implicados ocurrirán en el futuro. No puede demostrar que los datos sobre estos hechos no son correctos. >

< Por ello convoco un comité ciudadano para establecer la pertinencia del análisis de la Noria, así como una auditoría sobre los datos proporcionados. >

< Válido. ¿Es esa toda su solicitud? >

< Sí. >

< Su solicitud ha sido registrada. >

El Ordenador se siente un poco más ligero, puede que no

haya perdido la mano, después de todo. El Archivista parece de la misma opinión, ya que cambia la conversación al modo no registrado.

«Tal decisión nos autoriza a iniciar una elección anticipada para el puesto de Ordenador.

—No me descubre nada, fui yo quien definió el puesto. Lo he ocupado desde su creación y desde hace veinte años soy reelegido regularmente. Recuérdele mis peores resultados.

—Según los archivos, 69.176%.

—Pensé que era más que eso. Adelante, inicie la votación. Arhax aún no está listo, es demasiado controvertido, se pegará un batacazo y me facilitará la tarea.

aun así—Los archivos tienen contenido muy detallado sobre sus extravagancias, Ordenador.

—Lo sé. Salvo que usted está obligado a proporcionar hechos, mientras que yo puedo inventarme lo que me plazca. ¿Realmente quiere medir sus algoritmos a mi imaginación? ¿Qué dirían los ciudadcs si supieran que la Noria quiere precipitar una guerra con Arkhante por miedo a que sus servidores se averíen?

—Los Mantrix garantizan el funcionamiento constante y óptimo de las infraestructuras de la ciudad, los sistemas automatizados y los circuitos de bucle retroactivo. La indisponibilidad de la Noria viola directamente la Primera Ley.

—¿En serio cree que los ciudadcs van a pensar en alimentar a la Noria antes que a sus hijos?»

El Archivista se paraliza como sólo un ser artificial puede hacerlo. Los leds de su cuerpo todavía parpadean, palpitaciones ficticias de un corazón frío ajustadas al ritmo exacto de las fibras ópticas del árbol del conocimiento. Una pulsación monofrecuencial, sincronizada al nanosegundo, artificial.

No hay que olvidar que las IA son, ante todo, máquinas de aprender... y que aprenden de manera diferente a los humanos.

El Ordenador echa un vistazo al campo de fuerza que le impide abandonar el lugar. Y pensar que creyó que estaba atrapado aquí... más que cualquier otro error de juicio, este ilustra lo conturbado que está. Arhax lo habría retenido en contra de su voluntad, incluso lo habría hecho asar si fuera necesario, pero el Archivista nunca usará la violencia física contra él. Cuando quiera irse, le bastará con avanzar hacia la salida y el campo se levantará.

Los hombros se le aflojan, el cuello menos rígido le permite levantar el mentón. Ha ganado una primera partida contra la Noria, pero su duelo no ha hecho más que empezar. No importa, al menos ha conseguido un poco de tiempo, el necesario para cambiar las reglas. Si logra encontrar una solución para Sathyne, sacarla temporalmente de la ecuación, podrá hacer lo que sea necesario.

Sea lo que sea, la solución pasa por Nyvenn. Quien está en manos de la Opax –decididamente, no le ahorrarán nada. Es hora de poner en juego su red, lo que de paso le permitirá ver lo que vale todavía.

Papá tiene razón.

¡No, por supuesto que está equivocado!

Pero aún así tiene razón. Un poco...

KatK suspira, con la barbilla mohína apoyada en el talón de la mano mientras ve desfilar las calles de Mantris a través del campo protector del dalec. Elle no se mostraría así en público, jamás en la vida, pero elle está sola con el securibot que la escolta hasta la casa de Nyvenn. Sus padres saben a dónde va —era el trato tras la escapada de Onyx—, pero no por qué, de lo contrario nunca habrían aceptado dejarla ir.

Sin embargo, lo que va a encontrar en *Ni fútiles ni vanas* no es lo que le preocupa. Se siente muy elevada, francamente embriagada, con un gran deseo de seguir adelante, de no perder el tiempo con semejantes tonterías. Esa sensación la invadió después del debate y desde entonces no ha podido deshacerse de ella. Por lo general, se la trae al paio fuertemente saber quién gana un facha y un socialtraidor, así que le ha llevado un tiempo establecer la conexión. Sin embargo, todo empezó con Arhax, que destruyó al Ordenador en directo.

En ÅpØlØw, todo el mundo se pregunta qué le ha pasado. La hipótesis más de moda entre las notificaciones: la anomalía en el ranking de Ecociudacs esconde algo enorme, suficiente para chantajearlo. Hackers hurgan en la red en busca de información, sin éxito por el momento: el Ordenador tiene a la Noria en el bolsillo, ¡no es que sea una lucha en igualdad de condiciones que digamos!

Pero en el fondo, eso no es lo que le pica a KatK, peor que las ganas repentinas de rascarse bajo los omóplatos, el lugar de la espalda que nunca se llega a alcanzar. El problema no es el debate, sino la certeza de que la crisis energética va a tener consecuencias muy concretas en la vida cotidiana.

Empezando por el fin de los cuidados de Onyx.

De golpe, él comprende que su padre apoye a Arhax. Le duele admitirlo, la enfurece, le parece inadmisibles y repugnante... pero lo entiende.

Elle puede decidir privarse de un SIT y asumir las consecuencias, pero Oni no puede prescindir de su tratamiento. A diferencia de él, Fabro lo ha entendido durante mucho tiempo, por lo que se aferra a un cable ardiendo y apoya al otro Robótico chalado. Da mucha rabia. Su padre no es el único, según las últimas encuestas. Un 32% de opiniones favorables para Arhax, y se dispara como una flecha con cada nueva consulta.

A través del campo protector del dalec, KatK mira a los transeúntes por la calle. Un anciano que juega con cartas animadas mientras camina. Una chica friki con un holograma en forma de corazón flotando sobre su cabeza donde se muestra la cara de SeeLung. Una Genética con tatuajes ultravioleta que solo son visibles al pasar por debajo de las farolas de neón –tú votas a Arhax. Y vuelve a empezar, imagina a uno de cada tres ciudadcs como seguidor del Robótico. Tú no, tú no... tú. Rápidamente, se da cuenta: quería darse cuenta de lo que significan los números en concreto, pero su truco funciona un poco demasiado bien.

$\backslash \text{Securibot} \wedge \text{KatK} \cap 0 \text{ privado } \emptyset \backslash \backslash$

< Llegada a destino en 00:02:04. >

La notificación que aparece en su piel-pantalla se encuentra rodeada de minibombas saltando, con la mecha encendida y una sonrisa rojo sangre. Se supone que la animación es divertida, pero precipita brutalmente a KatK a la urgencia del momento. Su campo de visión se encoge, un repentino soplo de calor distorsiona la pantalla en sus muslos, su estómago juega al yo-yo.

Sufre un ataque de pánico.

El programa «soy + fuerte que na'!» se activa automáticamente. Sus filtros pulmonares la obligan a controlar su respiración, sus implantes auditivos difunden su playlist «chill4muerte», su piel-pantalla se cubre de imágenes de guirnalda luminosas para recordarle la decoración de su habitación, que está repleta... Empieza a mejorar lentamente.

Elle se encargará.

Todavía un poco febril, KatK hace desaparecer las minibombas y las guirnalda para releer el mensaje anónimo que ha recibido hace treinta minutos a través de ÅpØlØw:

«Nyvenn ha sido arrestada, reúnete conmigo en su casa.»

Es imposible saber quién se lo ha enviado –el molesto cifrado de la red tiene las desventajas de sus ventajas. Todo incita a no responder a la invitación, pero Nyvenn es una amiga, y potencialmente la última oportunidad para Oni de curarse. Así que, a pesar de su miedo crudo, se ha puesto en marcha, aunque parezca mega peligroso. Un poco como Fabro cuando apoya a Arhax... Elle sonríe.

Ahora, habrá que asumirlo. Elle que quería involucrarse en acciones concretas y serias, este es el momento... ¡Incluso si una acción menos arriesgada y menos solitaria podría haber servido!

Elle hace detenerse el dalec una manzana antes de llegar a ver la tienda de Nyvenn –no es cuestión tampoco de desembarcar sin un mínimo de precauciones. Configura el securibot para dar la alerta si pasan cinco minutos sin que elle dé noticias, luego abandona el vehículo para ir a pie.

Cuando KatK comienza a caminar, de repente se da cuenta de que sus piernas están flagelando un poco, que su corazón late un poco más rápido de lo normal, y que tiene extraños sofocos que le humedecen el interior de las manos. Forzando su coraje, sopla una gran bocanada, se limpia las manos en los pantalones, se arremanga y reanuda su marcha tratando

de darle la espalda a su cansancio repentino.

Toma la avenida principal –no hay razón para esconderse, por no hablar de que la agresión de Onyx la curó de espanto sobre las callejuelas. Es por la tarde, la cúpula está abierta para disfrutar del clima soleado... el corto paseo es agradable. Todo sería perfecto si tuviera menos escrúpulos con respecto a sus padres: es consciente de estar jugando con los límites de su acuerdo, eso debería dejarla indiferente, pero al contrario, la mortifica.

No lo suficiente para hacerla renunciar.

Una mala sorpresa le espera cuando llega: la tienda de Nyvenn está sellada. Un grupo de drones-baliza está suspendido en el aire, creando un perímetro de seguridad alrededor del edificio. Una telaraña luminosa se teje cada vez más cerca entre los drones, dibujando cintas amarillas y negras donde se desplaza el texto: «Operación de la Opax en curso – Consulte el metaverso ZZ1-07XA23/1606 para cualquier información».

Extraño, es demasiado, o no lo suficiente –demasiado importante para el arresto de una exSITada como Nyvenn, o no lo suficientemente discreto como para tender una trampa.

KatK toma su decisión sin pensárselo.

gReek, ¿bien o bien?—teclea elle en su almohadilla asegurada.
¡Wø, wake up, tío!

Una retahíla de emojis con el pelo despeinado y la boca llena de dientes afilados invade la pantalla de su almohadilla de grandes píxeles –cuanto más baja es la gama de la tecnología, más difícil es tenerla vigilada.

Sí, yo también te adoro—teclea Kat sonriendo. *Mët estØ :*
ZZ1-07XA23/1606.

¿Me despiertas para esa mierda codificada con los pies? La tipografía de gReek utiliza caracteres goteantes de moco. *Un momento, es raro.* Las letras se convierten en signos de

interrogación a medida que se borran. *Seguridad bastante baja para ser algo de la Opax.*

Sep. Okas, voy a entrar, tipo... con un avatar falso.

Espera, esto no cuadra. ¡Operación Opax, Kat bajo el radar de sus padres, no es la combinación correcta, joder!

Oye, yo me encargo de mis viejos, ¡déjame en paz! Avatar, mueve el culo.

Venga. Pero porfa no metas la pata, Kat, ¿okee?

¿Es la tipografía sabia de repente, o el "porfa" que elle nunca ha visto usar –tan vintage–, pero gReek parece estar realmente preocupado? ¿Tiene razón? Tal vez. Pero nadie dijo que luchar contra el sistema fuera una misión fácil, y KatK está cansada de esperar al momento adecuado. Si ayudar a Nyvenn no lo es, entonces no llegará nunca.

Completamente motivada, KatK carga el falso avatar de gReek en su implante neuronal y entra en el metaverso. Se encuentra en un ambiente con una porquería de resolución y colores francamente horribles –¡todo da pie a quejarse! Imitando a la perfección a una ciudad un poco curiosa, lanza un protocolo de comunicación cliente-metaverso que oculta un subprograma de evaluación de los cortafuegos... todos los cuales están apagados. Los datos de los drones-baliza no hacen más que dar el pego, no registran ni transmiten ningún dato. La brecha de seguridad es mucho mayor de lo esperado: el lugar parece estar sellado, cuando en realidad es accesible para el primero que llegue, sin ningún tipo de vigilancia.

Parece que, sí, ¡alguien ya ha hackeado el sistema! El misterioso remitente del mensaje, por supuesto. Alguien de peso, teniendo en cuenta que ha hackeado las defensas de la Opax. ¡La Opax! Le espera en el lugar, va a encontrarse con una leyenda de ÅpØlØw. ¡Y elle puede convertirse en una leyenda también! Al fin, entra en el gran juego. Al fin, cambiará el...

Se le echa encima violentamente, mucho más fuerte, como un subwoofer de un concierto de meditécnicos bajo los efectos de los tecnicamentos. Se había dicho que la determinación bastaría, pero ahora que está al pie del cañón, se da cuenta verdaderamente del riesgo que asume, y es muchísimo más grande que sus pequeños hombros. Sobre todo, no ha de darle vueltas a la cabeza, ha de recordar por qué lo hace, patearle el culo al estrés.

Tú puedes. Tienes que hacerlo. Un esfuerzo más. ¡Vamos!

\ Securibot \wedge KatK \cap 0 privado \emptyset \ \

< Tiempo transcurrido: 00:04:57. Por favor, transmita la contraseña. >

< Pichonas. >

El recuerdo del securibot la trae de vuelta a la realidad y la ofende al mismo tiempo, se eriza como un gatito pasado por agua. Suspira. Tanto al comprobar los vídeos grabados en el interior de la tienda como al estar allí.

Las imágenes barren perezosamente el lugar, muestran el almacén con la puerta trasera abierta de par en par. ¡Oh, no! ¡Han descubierto el escondite de Sathyne!

Se le eriza el vello, vuelve el nerviosismo, menos poderoso que el anterior, domesticado por el deseo de saber, de actuar. La cámara avanza hasta captar en su objetivo una silueta solitaria, de pie delante del tanque, bañada por su halo. La retransmisión es realmente horrible, en 2D y en blanco y negro, digna de una película prehistórica. A pesar de ello, KatK siente claramente que Sathyne no corre ningún riesgo: lo desconocido emana... algo, una ósmosis, una comunión con la ocupante del tanque que excluye cualquier peligro.

¿Quién es? La imagen está tan pixelada que puede ser cualquier persona, un robot, un cibernético, una mujer... ¿Y si fuera Pollen, la tía más elegante de las exSITadas, la reina de la infiltración y sus llaves en forma de uñas postizas? ¡Eso

sería le-gen-da-rio!

Bueno, ya basta: menos vacilaciones, más acción. Elle se pone manos a la obra.

KatK rodea el edificio, localiza a tientas la escalera escondida por Nyvenn para casos de emergencia, libera su camuflaje óptico, sube al techo y pasa por el tragaluz que nunca está cerrado, todo bajo la mirada pasiva de los drones-baliza.

Acurrucada en el armazón, avanza de viga en viga entre las tejas y el falso techo, feliz por una vez de que Nyvenn se instalara en una vieja cabaña con estándares de aislamiento térmico apenas dignos de un castillo arkhante.

«... la cuestión no es... demasiado tarde...»

La voz proviene del almacén, por fragmentos. No es una conversación, sino alguien que murmura solo. Como quien perfecciona un discurso repitiéndolo hasta encontrar los elementos correctos del lenguaje, acaba por comprender elle. KatK decide escuchar para averiguar más sobre el desconocido. Un hombre, por el tono de la voz. Por lo tanto, no es Pollen. Decepción...

«... la cuestión no es en qué medida nuestro modo de vida es negociable, es demasiado tarde para eso. Todos tendremos que hacer esfuerzos, de forma colectiva, cambiar nuestros hábitos. Adaptarnos. Y rápido. Los que intentan convenceros de lo contrario os mienten. Yo no os mentiré.

1«No, la cuestión no es saber si nuestro modo de vida es negociable. La cuestión es más bien saber con quién negociarlo. Y no será con los Arkhantes que debemos hacerlo, sino con nuestros amigos, nuestros vecinos, nuestros seres queridos.

«Tenemos una gran tradición del debate público y del compromiso construido en sociedad. Esa es la fuerza de nuestra democracia participativa.

«Pero aquellos con quienes debemos negociar en primer lugar, aquellos que deben tener la última palabra, son nuestros hijos. Sí, nuestros hijos, porque no tendrán otra opción que vivir en la situación que les dejaremos. Nuestros hijos no heredan nuestro mundo, nos lo prestan.

«Por eso, para estar a la altura de este debate que se anuncia excepcional, propongo un modo de escrutinio que también lo es. En lugar de un voto por ciudadano-accionista, propongo integrar una ponderación en función de la edad. Así, el voto de un joven pesará más que el de un anciano, por el motivo de que tendrá que asumir más tiempo las decisiones que vamos a tomar.

«Y bla-bla. Un algoritmo elaborado por la Noria, planificación, acreditación de lobbistas, etc. Nada supertécnico, de lo contrario perderé a todo el mundo.»

Se ha perdido el encanto, KatK tiene la sensación de atrancarse tanto que el tono de la voz ha cambiado.

«¿Tú qué piensas, Sy?»

El corazón de KatK recupera el yo-yo más intenso. La ansiedad se divierte haciendo nudos con sus cuerdas vocales. La ternura de esa voz... El apodo suena en la boca del tipo como el de Oni en la suya. ¡Qué demonios está haciendo aquí! ¡En lugar de ocuparse de su hermana! KatK se agarra la cabeza entre las manos, con los puños apretados entre el pelo, tira un poco hasta que duele, siente su cuerpo allí, en la frontera del dolor, siente su cuerpo y vuelve a ponerse de pie. Por Oni. Luchar por ella, para que sus mañanas sean monas como Sphax y sólidas como Kubu.

«Por favor, KatK, ven, te estaba esperando».

Con una mano deslizada bajo una placa del falso techo, la adolescente vacila por un momento. Está más molesta que asustada por haber sido descubierta. Como si fuera una principiante. Si esta persona pesa en el juego, de ÅpØlØw o

no, es grave la vergüenza. Al mismo tiempo, ¿quién se cree que es este, silbándome como si fuera un animal de compañía? Está dispuesta a decirle que su discurso no es especialmente malo, mucho menos estúpido que los que ha escuchado últimamente... pero tampoco debería creérselo demasiado.

Se toma el tiempo de bajar con cuidado, no hay necesidad de apresurarse ahora que la ha visto —¿cómo lo ha hecho? ¡Además, él está de espaldas! Mientras llega hasta él, el desconocido activa varios controles, mecanismos arcaicos de presión hidráulica. El tanque tiembla, las algas rítmicas ondulan en el interior, al igual que el largo cabello flotante de Sathyne. Finalmente, el tanque se hunde lentamente en el suelo, como la cápsula de rescate de una estación en peligro.

«¿Y usted quién es? -pregunta KatK después de haberse detenido lo bastante lejos como para esconder su nerviosismo.

—¿No me reconoces? Se da la vuelta, con la cara oculta bajo una máscara dinámica en la que los ojos y la boca se reducen a manchas figurativas en blanco y negro. «Soy un amigo de Nyvenn, ya nos hemos encontrado aquí.

—Sigue si decirme quién es.

—¿Qué has pensado de mi discurso? Todavía está en fase de borrador, pero me gustaría saber tu opinión.

—Los discursos nunca superarán el valor de los actos.

—Eso es lo que propongo, con mi nuevo modo de escrutinio. ¿No?

—Primero quítese la máscara, después tal vez charlemos.

—Nunca adivinarás lo que me dio la idea de esta ponderación basada en la edad. Las circunstancias me obligaron a movilizar a todos mis contactos, una red pacientemente tejida tras dos décadas en política. ¿Y sabes qué descubrí al hacerlo?

—¿Que su red está tan mal equipada como un metaverso de voto?

El Ordenador se ríe de buen grado. De hecho, sus contactos lo han abandonado uno tras otro, algunos sin siquiera fingir estar afectados por su traición. Incluso hizo nuevos enemigos, como el subdirector de la Opax, a quien chantajeó para cortar los drones-baliza mientras evacuaba a Sathyne. No es que le sorprenda, pero aun así, el descenso a los infiernos es duro. Una inmersión sin cuerda de rapel.

Al final, Sir Vine es el único que se ha mantenido fiel a él — el colmo, teniendo en cuenta todo lo que le ha exigido al esquemántico.

Evacuar a Sathyne, ¿no es esa otra forma de abandono? ¿La está protegiendo o se está deshaciendo de ella? ¡No, por supuesto que no! No la abandona, no se habría puesto en contacto con KatK para liberar a Nyvenn si no le importara su hermana.

Un inicio de dolor de cabeza anida entre su ojo izquierdo y el arco ciliar, ocupando su lugar con un estremecimiento doloroso. Probablemente sea culpa, o vergüenza. Sus propios argumentos le resultan insoportables: reclutar a una adolescente y rescatar a Nyvenn por puro interés, ¿es eso a lo que él llama «proteger a Sathyne»? Francamente, glorioso no es. Lleva demasiado tiempo metido en la marisma política, se ha vuelto tan fangoso y frío como un cocodrilo.

Y mientras tanto, el tanque de Sathyne se deja tragar lentamente por el túnel de evacuación de emergencia que la llevará a las alcantarillas de Mantris.

«Sí, si se quiere ver así —confirma—, toda la diversión se ha esfumado. Pero sobre todo, me di cuenta de que todos mis contactos, sin excepción, tenían al menos tres veces tu edad. Es hora de que eso cambie.

—Nada cambiará mientras lleves esa máscara.

—Necesito tu ayuda, KatK.»

Elle está harta de que no se le escuche, así que le da la espalda y se va. Esta persona no es Pollen ni nadie de su talla en ÅpØlØw, elle se sabe de memoria los signos distintivos de todos los grandes. No es que sea fan, en absoluto, es solo que quiere estar lista en caso de que se cruce con alguien bien badass... Causar una buena impresión. Que no se la tome por una newbie. En fin, ese, en cualquier caso, no es de ÅpØlØw, está claro y nítido como la piel-pantalla.

«Yo sé dónde está detenida Nyvenn —comenta el Ordenador para retenerla— pero necesito tu ayuda para liberarla.»

KatK se da la vuelta apuntando con un dedo lleno de ira a aquel que la ha traído aquí.

«No soy tu...»

Da un salto hacia atrás, como si hubiera visto una horrible araña peluda posada sobre su almohada. El hombre se ha quitado la máscara, elle lo reconoce enseguida.

¡Maldita sea, y vaya si lo conoce!

El mejor cliente de Nyvenn, el amante de los muebles de madera real, el que le regaló un nuevo casco a Onyx... ¡Era el Ordenador! ¡Todo este tiempo ha sido el Ordenador!

Ese hijo de puta las puso bajo vigilancia, seguro. Puso el casco de Oni bajo escucha, etiquetó sus actividades en la red, rompió la codificación de sus notificaciones, espió a papá y a mamá... ¡Joder, fue él quien les envió a Salomé, seguro que la agresión no era más que un montaje! Por culpa de elle, ÅpØlØw va a ser desmantelado, despedazado célula a célula, gReek y los demás miembros arrojados a metaversos carcelarios. Elle soñaba con ser una heroína de la resistencia, ¡será acusada de traición y tratada como colaboracionista! ¡Cómo ha podido ser tan imbécil, una verdadera entidad cósmica de la estupidez!

Las revelaciones en cascada le atraviesan la cabeza como un disparo de rifle de plasma: algo tan rápido como la luz, una onda corta y enfocada que destruye y cauteriza todo a su paso, que deja el cuerpo intacto pero aniquila la personalidad, que te transforma en zombie.

El Ordenador debería triunfar, es su día de gloria. Y, sin embargo, no. Se lee en su cara, está carcomido por la duda, peor que un ácido. Es presa de una fragilidad y un sufrimiento que no se pueden imitar. Nadie se atrevería a desnudarse de esa manera, ni siquiera un actor, y mucho menos una persona pública.

Extiende una mano amistosa que KatK no se atreve a agarrar, convencida de que si lo hace la Guardia Matricial y los agentes de la Opax harán estallar el techo del almacén para saltar de una aeronave furtiva gritando «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

El Ordenador mantiene pacientemente la mano extendida mientras inclina suavemente la cabeza hacia un lado.

«Hola, me llamo Ezio.»

REDESCENDER

Agotada por todo lo que acaba de atravesar, Solis baja lentamente las escaleras del Gravlev, con una sonrisa en los labios –una mueca de cansancio más que otra cosa. En su mente, un vaivén de sentimientos paradójicos se cruzan como viajeros apresurados que terminan chocando. Se deja atravesar por esa milhoja de emociones que la cubre, la endulza.

Y la corta.

Hace una breve pausa, el tiempo necesario para dejar que el vértigo que la asalta tome una corriente de levedez para llegar lejos, a través del desierto de la Fisura. Revolotean imágenes que la hacen viajar y le provocan náuseas, revelaciones que la alivian tanto como la trastornan.

Ahora, habrá que digerir ese pesado plato de resistencia.

Entonces, de repente, como si la absurda aventura que acaba de vivir no fuera suficiente, fragmentos del sueño que tuvo en el oasis resurgen brutalmente, sin previo aviso, un caleidoscopio de visiones regresa para atormentarla como un crimen del pasado.

En primer lugar, el edificio marcado con las letras «ONI». Después, el interminable pasillo y todos sus malditos

rincones oscuros. Las puertas de pesadilla que golpean, ruidosas, intrusivas, violentas, y que sellan todos los demás caminos posibles. El árbol y sus flores de sangre. Y finalmente el reflejo, el suyo, su propio brillo en el espejo que la traiciona, que la engaña, y que acaba por romperse, por romperla en mil pedazos de sí misma...

Esa noche, cuando acababa de atravesar la Muralla de osamentas para entrar en la Fisura, el sueño tenía todas las características de una pesadilla. Ahora, Solis ha crecido, ya no se asusta: si las puertas se cierran, solo tiene que volver a abrirlas para dejar que entre el aire, y volver accesibles de nuevo todos los futuros, todas las alternativas.

Ella ha cambiado. Arriba, en la cima de ese edificio con aspecto de infierno al revés, algo la ha cambiado en profundidad. Está tan convencida de ello que se palpa discretamente el vientre, las caderas, la cara, el cuello. Su mente puede estar jugándole una mala pasada, pero su físico ya no es el mismo, indeciblemente, como por arte de magia.

«La puerta de la derecha», le indica Aurèle, que baja las escaleras detrás de ella.

Solis sigue el consejo, a pesar de su profunda convicción de escapar de cualquier anomalía gravitacional que pueda encontrar. Paradójicamente, para todo lo que la hunde y le pesa, se siente tan ligera que seguramente la levedez ya no tiene ningún control sobre ella.

Entra la primera en un antiguo apartamento mantrés, de dimensiones dignas de las salas de ceremonias de su palacio en Neftys. Si el polvo coloreado de la Fisura ha dejado su marca en todas partes, la habitación se habría salvado de la explosión. Una chimenea encerrada detrás de una mampara de vidrio seguro, glifos transformados en motivos estéticos hasta privarlos de toda magia, esculturas mecanizadas que evocan una pareja de draks encadenados... La decoración

revela el interés de los ciudadanos-accionistas por la cultura arkhante, una atracción arriesgada que, hay que reconocerlo, se atreve a darse en el territorio de Solon, el más amistoso con Mantris, pero bloquea la realidad detrás de protecciones similares a los cortafuegos de los metaversos.

Solis ya no quiere aislarse detrás de ninguna barrera ni ponerle filtros a su mirada. Nunca más. Esta parece ser su nueva doctrina, ratificada en la cumbre del Gravlev. Abandonar el palacio para enfrentarse a la dureza de la FIsura es una de las mejores decisiones de su joven reinado. Salir de su zona de confort le ha permitido observar la realidad sin maquillar, mirar a los hechos directamente a los ojos sin pestañear. Sin esquivarlos.

Pero sobre todo, sobre todo, ella se repite que si no hubiera asumido esos riesgos, habría permanecido indecisa, vacilante, desencarnada de su papel, timorata y preciosa, simplemente una princesa. Nunca habría sido capaz de revivir el ciclo del prana desde su palacio dorado.

Fueron muchas las revelaciones en la cima del Gravlev a ese respecto. Empezando por lo más inesperado: el ámbar es prana sólido.

Ella aprieta en su puño el brillo dorado que ha recogido en el tejado. El ámbar titila bajo sus dedos, irradia la magia pura contenida en su estructura. Un mago debería poder liberar esa energía con su canto, como si fuera un joyero cuyo cincel talla un diamante de una piedra en bruto. Al menos, Aurèle lo consigue. Solis no sabe cómo controlar la gravedad —una forma de magia que no está asociada con ningún arkhano! —, pero es evidente que es su collar el que alimenta sus poderes.

Y al parecer, esta no es la única razón por la que Aurèle lleva un trozo de ámbar al cuello: Solis siente en sus adentros que Isalys lo usa como canal para comunicarse con ella. *Hola, Solis. ¿Me oyes? Soy yo. Tu hermana.*

Los destellos, los sueños, la familiaridad evidente que rezuma, todo esto explica el poderoso atractivo que siente cada vez más fuerte por Aurèle, como en malvadas oleadas. Esa llamada visceral de los abrazos, la apetencia de sus manos sobre su cuerpo estremecido, la envidia corrosiva que la carcome en cada intercambio de miradas, todo eso no es más que deseo, cortado, como un vino con malas aguas.

Solis ha sentido esa conexión vibratoria desde su primer encuentro, en la enfermería, una verdad cruda, una sensación temblorosa, tan fuerte, que le gritaba que lo siguiera a él, el gladiador, a la Fisura. Una conexión que se parece tanto a... Sí, eso es... Esa chispa...

La magia de la Luz.

Le viene a la memoria su conversación con Syläë, en el jardín que habían creado juntas. «Te sentaría muy bien ser una maga de la Luz», le había dicho la Primus de la Naturaleza. Sentar bien... la Luz... Como un vestido de noche que se vería desde el cielo.

¿Tendrá Isalys también dones de augurio? ¿Es acaso un don familiar, una especie de atavismo fosforescente?

Solis se detiene con ese pensamiento, deja de caminar, con su mirada amatista en llamas, sumida en sus pensamientos, inflamando el vacío hasta el horizonte polvoriento.

Una hermana...

Ella, que se creía sin familia alguna, resulta que tiene una hermana. Un pariente. Mira hacia el techo, cierra los ojos, se echa a reír y exhala una larga ráfaga de alivio. La idea es deliciosa, desconcertante, cierto, pero tan agradable... Una barandilla sobre la que apoyarse con firmeza. La Malkah ya no está sola. La sangre de reina corre por las venas de otra.

Está ansiosa por saber quién es y, sobre todo, qué apariencia tiene.

Una hermana...

¿Cuáles serán sus primeras palabras? ¡Encantada! Estoy tan... ¿tan qué? ¿Contenta? ¿Sorprendida? ¿Decepcionada? ¿Qué palabras serán capaces de franquear el abismo excavado por veinte años de separación, de silencios ensordecedores? ¿Se cogerán de la mano? ¿La cabeza? ¿Se mirarán la una a la otra como si hubieran ganado una medalla? ¿Los silencios serán incómodos, o la unión cálida?

Solis suspira de nuevo. He ahí que vuelve a racionalizar, en lugar de padecer. De sentir. De apreciar. De simplemente vivir plenamente el placer de la emoción. Tritura su trenza, desgrana los anillos, se aferra a ellos para dejarse llevar.

Una hermana...

Su mirada se pierde a través de los grandes ventanales que iluminan el salón empolvado. Están curiosamente intactos... De hecho, no, el vidrio está fragmentado, destrozado por la explosión y el desgaste del tiempo, pero mantenido en su lugar por una anomalía gravitacional muy localizada. Los fragmentos se mueven bajo el efecto del viento de altitud, con la lentitud de las placas tectónicas, frotan entre un chirrido como de insectos, en el límite de lo audible. Un ruido que tarda un tiempo en percibirse y que, de repente, se vuelve obsesivo. Como una horrible verdad enmascarada largo tiempo tras la cortina de la mentira.

Solis recolecta con la punta del dedo y con delicadeza una gota salada que acaba de nacerle del borde del ojo, la observa, fascinada, escrutándola como se mira a través de una lupa, luego, sin premeditación, se la lleva a la boca como se ingiere una poción de los recuerdos de otro. Prepara entonces una falsa ceremonia de la magia del Agua consigo misma, un hechizo que legitimaría la evaporación de su propio pensamiento, para que pueda metamorfosearse sin culpa en otra, y vivir plenamente todo por lo que Isalys ha pasado desde que salió de Neftys cuando era bebé, con una empatía

libre e ilimitada, convirtiéndose así totalmente en su hermana.

El artificio mágico funciona bien, y de repente Solis comienza a vibrar como Isalys, luego, a compartir sus recuerdos imaginados.

Empezando por la magnitud de la conmoción de cuando descubrió la terrible verdad sobre sus orígenes. La desposesión cataclísmica de sus certezas, de quién creía ser — o no ser. El desgarró de la sangre. La tragedia del abandono de sus padres en un mundo devastado por la guerra, la violencia constante, el caos, el hambre como un jarro de agua fría, pero no solo eso, también el peligro de todo, todo el tiempo. La privación, el desgarró, el desmembramiento de la vida fácil de la que se ha beneficiado su hermana, la pequeña, la princesa Solis, la preciosa, sin compartir la más mínima migaja del pastel con nadie.

Isolis tiembla, con la boca seca, a no ser que sea Salys. Se siente sucia por haber vivido en el lujo, se asquea, tiene la sensación de ponerse un manto sucio, o de haberse lavado con el agua estancada de un pantano.

Isalys tiene que padecer mucho más. Y de lejos. Isalys siente asco, debe estar furiosa, loca de cólera, loca de rabia, Isalys tiene sed de venganza, Isalys quiere su cabeza, y debe recuperar lo que le pertenece. ¡E Isalys tiene toda la razón!

¿Qué habría hecho ella en su lugar? ¿Qué furia volcánica se habría despertado tras semejante traición?

De pequeña, Isalys había convertido los vertederos en lugares de juego, con una vitalidad que había podido superar la mayoría de las infecciones y mutaciones de la Fisura. Al no haber conocido nunca nada más, todo le parecía normal, evidente, empezando por la armonía con su verdadera familia de la Fisura. Nunca trepó a árboles rectos, pero se divertía con la gravedad caprichosa con una normalidad que habría hecho palidecer a cualquier niño de Arkhante. No comió los platos más refinados de Artellium, es cierto, pero rara vez se moría de hambre. Ella ha ingerido, sobre todo, pacientemente, el sentido de la familia, un plato típicamente fisuriano, sólido, especiado, nutritivo, que forja el estómago.

Un plato que se come de pie junto a un fuego de humo espeso, con guiños en cascada y risas francas, con toneladas de amor y toneladas de rudeza, pero con la rudeza del amor, poderoso y verdadero.

Hasta el día en que el secreto se filtró como una explosión de grisú esperando nada más que a la chispa. No importa su origen. El descubrimiento cayó sobre ella como una lluvia de piedras, destruyendo todas las verdades a su paso, trastornando su maldito destino: debería haber nacido con una cuchara de plata en la boca, el dedo meñique en el aire, y vivir en un palacio de Arkhante.

Así debía ser. Eso es lo que debería haber sido escrito.

Y la inmundicia de volverse insoportable, la comida infecta, los padres amados como secuestradores traviesos.

Los gritos de rabia martirizan su garganta más que la peor sed, la injusticia le endurece el corazón como un callo más grueso que los de sus manos trabajadoras. Rápidamente, la ira, la amargura, la agrura, la furia, la diferencia, todo ello la arranca de su entorno con la eficacia con la que el Malek aisló a Solis, pero a ella no le importa, ella quiere su venganza.

Ahora bien, Isalys es inteligente, evalúa rápidamente las implicaciones y, como bastarda despojada, como rama vergonzosa que el Malek no se ha atrevido a aserrar, Isalys comprende que un peligro se cierne sobre su cabeza, que su supervivencia no depende más que de un capricho, de una negligencia. Sin embargo, no es más que una niña de la Fisura, sin familia ni aliados. Está sola —esa hermana que descubrió por casualidad obviamente no cuenta. Tal impotencia no ha hecho más que reforzar su resentimiento frente a la injusticia de su suerte.

¿Es su rabia desde niña la que sirvió de desencadenante para sus poderes de la Luz? Es posible. O no. Poco importa. Sea como fuere, a fuerza de estar permanentemente en

guardia, Isalys empieza a leer con clarividencia los pensamientos de su entorno: las pequeñas mentiras de la vida cotidiana, los secretos del clan, la vergüenza de sus verdaderos padres frente a su desconfianza palpable, o el miedo de sus compañeros de juego que, tan pronto como les da la espalda, la tratan de tramposa, demoníaca, traidora, y tantos otros nombres de criaturas vibrantes...

Maligna, Isalys esconde sus capacidades, recurre a la Luz desde las sombras, se aprovecha de ella en cuanto tiene la oportunidad –las trampas frustradas, las buenas respuestas que se esperan de ella, un sentido de la anticipación que roza la presciencia. Y durante todo ese tiempo, ella se ha estado preparando.

¿Para qué? ¿Vengarse de su hermana cómodamente inconsciente de todo lo que le ha robado?

La hipótesis muerde salvajemente la nuca de Solis e infunde su veneno a lo largo de su columna vertebral. Un escalofrío de fiebre helada la sacude, una náusea chapotea en el fondo de su estómago, y un miedo irracional le corta el aliento, la paraliza.

Solis no ha querido nada de toda esa situación dramática para Isalys, al contrario, le hubiera encantado tener una hermana mayor por mil y una razones obvias.

Pero, ¿eso qué cambia? Hay pocas posibilidades de que Isalys le perdone por haber sido la hermana legítima, la hermana reinante. Ella misma no está segura de poder perdonarse a sí misma.

Desesperadamente, en busca de apoyo y consuelo, recurre a Aurèle. Conoce a Isalys, él podrá decirle cómo es exactamente la situación, ella debería habérselo preguntado hace mucho tiempo. Tiene una necesidad imperiosa y repentina de saber.

Sus preguntas mueren en la garganta cuando se da la vuelta

y descubre la expresión cerrada de Aurèle, con rostro medio disimulado detrás de la mano que tiende hacia ella, con la palma hacia adelante. Se encuentra al otro lado de la puerta por la que entró al apartamento mantrés. Al verlo así, inmóvil y silencioso, parecería como si merodease un depredador feroz, al acecho del menor sonido que traicione a su presa.

«No te muevas», le ordena él.

El gladiador se agacha lentamente para recoger un puñado de arena que las tormentas habían barrido hasta aquí, dentro del edificio. Sopla sobre el pequeño montón que reposa sobre el hueco de su mano, con la que hace un barrido por el espacio que tiene delante. Las volutas de polvo se esparcen en remolinos perezosos, como adormecidos. Cuando llegan al nivel de la puerta, se tuercen bruscamente en todas direcciones, como una cortina que varias manos querrían abrir tirando en direcciones opuestas.

Todavía en cuclillas, Aurèle observa atentamente el marco.

«No hay nada que hacer —dice finalmente. Habrá que esperar a que se abra el pasadizo.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo llevará?

—No se sabe. Voy a buscar otra salida.

—¡No, quédate!

—¿Por qué?

—Lo necesito.

—¿Tú? ¿Necesidad? ¿De mí?

— Háblame de ella.

— ¿Ella?

— Isalys. Háblame de Isalys.»

Aurèle se lleva la mano al cuello. Finge aliviar la picazón, pero Solis se da cuenta de que está tocando el ámbar.

«Es fuerte, afilada. Es una espada.

—Es mucho más agresiva que yo, ¿verdad?»

Al otro lado del velo invisible de la levedez, Aurèle la mira

un momento. Luego:

«Se parece más a ti de lo que imaginas.»

No podía esperar una respuesta mejor, ¡quería creerlo tanto! ¿Es verdad lo que dice Aurèle? ¿Hay alguna posibilidad de que realmente se parezcan? ¿Hay alguna esperanza de que algún día se conviertan en hermanas que un destino cruel no habría nublado?

Atrapada por emociones irreconciliables, Solis ya no sabe lo que siente, atormentada o aliviada, desgarrada o apaciguada, hecha cenizas o lágrimas. Todo colisiona en su interior. Lentamente, con valentía, se fuerza a traer algo de claridad en ella, a diseccionar sus sentimientos hasta extraer de ellos el corazón, la pulsación palpitante, la vibración profunda, la gota esencial. Y lo que saca de ello, a fuerza de presión, es el miedo. Un miedo puro que martillea sus ritmos, que golpea su pensamiento, una rueda de golpes tanto más viciosa en cuanto a que Solis se siente culpable. El miedo a que Isalys la odie para siempre. Miedo a estar más sola que antes de conocer su existencia.

Y no hay nada más duro que sentirse sola siendo dos.

Solis inspira profundamente. Ese miedo terrible aún no ha ganado la guerra. Lo que le rodea en ese instante se lo muestra: si una anomalía gravitacional es capaz de mantener las ventanas rotas en su lugar, entonces existe en este mundo una fuerza capaz de reparar el destino roto de las dos hermanas. Solis está convencida de ello, Isalys y ella pueden superar con éxito la brecha que otros han abierto entre ellas.

Tal vez no sea más que un escalofrío de esperanza, pero Solis siente que resuena con una verdad profunda y que puede hinchar bien las velas. Quiere sentirse mejor, encontrar el antídoto contra el veneno de la duda, conjurar y enterrar sus miedos. No solo ha venido a la Fisura en busca de respuestas, sino que encontrará la versión del futuro que

satisfaga sus deseos más profundos. Y si ese futuro no existe, entonces ella lo construirá. Lo construirán juntas, con Isalys.

Esperando el regreso de Aurèle, contempla el entorno del Gravlev que le ofrece otra visión del mundo, más improbable e incierta, y, sin embargo, más permeable y abierta. La visión en pantalla grande de un futuro más libre.

A través de los ventanales, la Fisura muestra su caos salvaje, tan inquietante como atractivo. La altura del Gravlev le permite ver el vasto cañón excavado en la meseta rocosa que se extiende hacia el norte. Fue allí, en uno de los meandros de un antiguo río evaporado, donde Sarash desapareció, tragada por una falla de ámbar.

Una sonrisa estira sus labios, porque ella lo sabe: su amiga no está muerta, solo prisionera del Invermundo. A los ojos de la mayoría, no supone una gran diferencia, pero Sarash es de todo menos la mayoría de la gente. Si los magos de la Sombra pueden entrar y salir del Invermundo, entonces Sarash encontrará su propia manera de hacerlo. Seguro. Seguramente no será convencional, es cierto, seguramente chamusque muchos rincones de sombra, pero la encontrará. Sí, está segura. Sarash conseguirá escapar.

Como el telón de un escenario, su sonrisa se abre aún más cuando Solis ve un piano en la habitación de al lado que parece caído del cielo. Un Lov, la más prestigiosa casa de instrumentos arkhante, dirigida por una familia de magos de la Naturaleza que cría a sus instrumentos como a sus hijos, al amparo de su madre, con la textura exacta de voz. Ese instrumento es una promesa por sí solo.

Con cuidado, levanta un poco de polvo con un raspado de suela, buscando la más mínima perturbación de la gravedad. Nada la alerta y, a fuerza de pasos prudentes, termina por sentarse en el taburete colocado delante del instrumento, cuyas teclas y pedales pone a prueba. El sonido producido es

atroz, desacorde, ronco por el desgaste y la arena. Su sonrisa se torna aún más amplia, hasta descubrirle los dientes. En el fondo, no importa si las cuerdas están desgastadas o rotas, siempre y cuando las teclas permanezcan móviles: al igual que con el piano-arpa, Solis se siente segura tocando un instrumento que mezcla cuerdas y percusiones, lista para inventar su propia sinfonía con la vibración de sus recuerdos.

Bajo sus dedos se teje como una partitura el torbellino de sus pensamientos...

Solis no sabe qué la altera más: estar tranquila sobre su amiga Sarash, conocer pronto a su hermana mayor, sentir sus labios aún deliciosamente quemados por un beso, o haber comprendido que el Invermundo está hendido. Las fallas de ámbar son heridas que sangran prana sólido, una hemorragia tan severa que su ciclo se ve gravemente perturbado. Si logra cerrar esas grietas, curar las heridas del Invermundo, entonces la magia de Arkhante será restaurada y todo volverá a la normalidad.

La Malkah salva su reino, la huérfana encuentra una familia, la mujer recupera a su amiga y descubre una pasión amorosa. Cuando se está en plena tormenta, una pizca de euforia puede hacer fluir el peor de los escenarios. Solis se ríe de ese acceso de entusiasmo, pero se desliza y se deja llevar.

En los límites de su conciencia, las puertas continúan cerrándose con fuerza, crujendo como las ramas del árbol de las posibilidades bajo los vientos de cambio.

Y durante todo ese tiempo, no deja de tocar el instrumento que afina de acuerdo a su humor.

En el recodo del rellano, a solo algunas toesas de allí, Aurèle escucha la melodía, cautivado. Después de la improbable pareja de divas escuchadas en el antiguo servidor de datos mantrés, ahí está ella sacando notas de un viejo instrumento oxidado. No debería ser posible, y, sin embargo,

escucha claramente la música, una curiosa mezcla de determinación y melancolía que le recuerda a algunas noches que ha pasado bajo las estrellas. En él se ancla definitivamente la imagen de una Solis música, directora de orquesta de sus emociones más apaciguadas.

Le gustaría escucharla más tiempo, pero el ámbar de su cuello se calienta hasta abrasarle la piel. Se quita el collar, feliz de que su correa sea de cuero y no de metal, de lo contrario se quemaría la palma.

Isalys se impacienta, toca a la puerta de su conexión mental. Ya no puede fingir que no oye, así que abre la puerta.

«La futura Malkah espera tu informe, Aurèle. ¿Debo decirle que has fracasado?»

La voz en su cabeza es tranquila, controlada, lo que no impide que el gladiador perciba una fría cólera. Isalys ha superado claramente la etapa de la simple impaciencia.

«¿Disculpa? ¿Debo entender que la futura Malkah duda de su guerrero? -responde él con un tono arrogante.

—Desconfío más bien de la otra, y de lo que es capaz de hacerte hacer.»

¿Isalys oye la música? ¿Se siente hechizada, como él, o es el único que percibe la melodía a través de las notas incongruentes?

«Me he deshecho de Hannibal.

—Lo sé.

—¿Esa es toda tu reacción?

—Un detalle.

—¿Un qué? ¿Un detalle? ¿Te burlas de mí?

—Un objetivo secundario, a lo sumo.

—¡Venga ya...! ¡Estoy flipando! Dos Primus destrozados, yo solito, ¿y lo llamas objetivo secundario?

—Mientras no hayas cumplido tu misión, sí, por supuesto.

—¡Joder! ¡Siempre lo mismo, nunca estás satisfecha con

nada!

—Te equivocas, ya he sido satisfecha, incluso feliz, de lo contrario no nos habríamos unido. De lo contrario, no habría esperado de ti que ganaras el Appologium y eliminaras a dos Primus.

—Mmm.

—Mañana, Aurèle. La quiero mañana delante de mí, a mis pies. No más tarde, no otro día. Mañana. ¿Me oyes? ¿Te acuerdas Aurèle?

—Sí... y sí, lo recuerdo.

—Bien. Me lo has prometido, y una promesa vale oro. El resto no es nada, un viento demasiado ligero incluso para la levidez. Los dos estamos muy por encima de todo esto.

—Sí. Tú también me has hecho una promesa, Isalys, si lo recuerdas bien.

—Sí. Mañana.»

El vínculo se corta, lo que deja a Aurèle con la boca llena de palabras inexpresadas, tan duras de masticar como la grava. Por el contrario, sus oídos están llenos de una miel musical imaginaria.

+++

Ella podría salvarlo. Intentarlo, por lo menos. Pero ya no tiene fuerzas. Ni el coraje.

Así que Syläë se contenta con preparar a Hannibal para su último viaje.

Ella le había dicho que no volviera a intentar la escalada del Gravlev, pero el muy cabezota no la escuchó. No hay una cabeza de pico que no explote contra el basalto. Que un Primus de la Tierra experimente el dicho por sí mismo, es irónico, pero no muy sorprendente.

La resistencia de Hannibal no deja de ser extraordinaria: caer desde una altura superior a la del dosel forestal de Orcunion no fue suficiente para matarlo. No podía decidir si dejarlo agonizar en el cráter de su caída, el Primus de la Tierra merece consideración. Con la ayuda de Ronan y algunos otros guardias, lo llevó a la tienda real, el único lugar del campamento protegido del sol y las miradas.

Ahora ha echado a todo el mundo, Syläë lava el cuerpo del coloso, azulado por los hematomas, el pecho deformado a causa de sus costillas rotas –se diría una colina toda excavada de galerías de minas derrumbadas. Las escarificaciones, las cicatrices, la piel moteada por antiguas quemaduras... tantos símbolos trazados en el mapa de sus sufrimientos pasados. Hannibal es una espada de acero de Damasco, calentada al rojo vivo, extendida a martillazos, doblada para ser martilleada de nuevo, hasta obtener una hoja impecable, tan resistente como afilada. Hannibal es un arma de guerra en sí mismo y, sin embargo, ha caído.

Conforme el paño húmedo limpia la sangre y el polvo, los estigmas de la lucha y el sufrimiento se hacen cada vez más evidentes, que nada ni nadie puede borrar. Syläë aprieta los labios para amordazar sus sentimientos: la ira de una vida desperdiciada por terquedad, la tristeza de perder a un

compañero fiel.

La vergüenza de no hacer más, sobre todo.

Para salvar a Aurèle, un casi desconocido cuya única cualidad es estar ligado a Isalys, no dudó en sacrificar la semilla destinada al Claro de las familias para hacer crecer a sus propios hijos. Ahora que uno de sus pares agoniza, un pilar de los siete arkhanos, un hombre que conoce desde hace años, con el que se ha reído y combatido, cuyo antiguo amo admiraba, ¿se contenta con un baño apresurado? ¿Cómo ha podido llegar hasta ahí?

La pregunta transmite sus implicaciones por todo su cuerpo, como un cancro que pasa por debajo de la corteza. La duda se insinúa en ella, tóxica como un hongo parásito, tan imposible de erradicar como una mala hierba.

La fidelidad, esa es la imagen que da Hannibal. Pertinaz, rígido, obtuso, orgulloso, pesimista, testarudo... era todo eso para Solis, pero se mantuvo fiel a él hasta la muerte.

Por el contrario, Syläë, la perfecta Primus de la Naturaleza, es terriblemente, intolerablemente indecisa. ¿Tiene razón al apoyar a Isalys, no está cometiendo un terrible error? ¿Sigue apoyándola por convicción, o porque es demasiado tarde para dar marcha atrás? Sus aliados son políticos, aprovechadores del caos, oportunistas que sienten soplar el viento y hacia dónde gira –con Vélive a la cabeza. Los de Solis –Sarash, Hannibal, Tumul antes que él– son de los que se pueden llamar sin mentir verdaderos «héroes». Hannibal no lo habría dudado. Inquebrantable, no habría vacilado.

Bajo la Naturaleza cíclica, la Tierra siempre ha sido inmutable. Lo que Syläë suele entender como una debilidad le parece de repente envidiable.

Convencida hace un instante, la Primus cambia inmediatamente de opinión. Sarash la impetuosa, ¿una heroína? Tumul el conservador, ¿un modelo a seguir? ¡Por

supuesto que no! Son un freno para los cambios necesarios, un obstáculo para la evolución. Los idealiza ahora que ya no están. ¡Qué clase y qué valor el de morir por tus ideas, pero eso no significa que sean buenas!

Sylaë puede dudar de sus alianzas, pero debe ser pragmática, y se niega a postergar un tema tan grave como la perturbación del prana. Imposible dar marcha atrás, no tendría mucho más sentido que darle la vuelta al ciclo de las estaciones, o esperar que una hoja se encoja hasta entrar de nuevo en su brote. No, hay que avanzar. Isalys debe subir al Trono Esculpido para imponer los cambios necesarios para la revitalización de Arkhante. Punto. La juventud que ha pasado en la Fisura será una guía perfecta para las medidas de austeridad, y su voluntad inflexible le permitirá mantener las riendas del reino cuando este se resista a adaptarse.

Tendrá éxito donde Solis ha fallado.

De todas las madres, la Naturaleza es la que mejor ha comprendido que algunos de sus hijos deben morir para que otros innumerables tantos puedan nacer. La vida florece inexorablemente sobre el compost, los purines y la muerte, es la más antigua de las magias. Cuando las lágrimas de duelo se secan, los primeros brotes se enorgullecen de renacer bajo los soles. Solis ha de desaparecer para dejar que Isalys florezca, así es.

Por no mencionar que Sylaë no tiene tiempo para dudar, ahora que su invierno amenaza. Lo siente, su piel se marchita y se seca, su cabello cambia del óxido al gris, sus cuernos se vuelven tan frágiles como la madera seca. Duda de si conocerá una nueva primavera, este ciclo se anuncia como el último.

Ha de tener éxito a toda costa.

Mientras tanto, se encuentra envolviendo a Hannibal en largas tiras de lino, preparando el cuerpo para su último viaje.

Mantris transforma sus mentes más brillantes en datos informáticos, mientras que Arkhante momifica los restos de sus más grandes héroes. Sin embargo, no es solo un hombre famoso a quien entierra, sino ante todo un compañero, un amigo. De eso, puede entristecerse sin dudarlo.

«Está...»

Sylaë levanta la mirada hacia la entrada de la tienda. Solis mantiene la solapa abierta, inmóvil, mientras el viento agita la tela del refugio. Digna, lleva su pena con una nobleza que Sylaë encuentra admirable.

«No —le responde la Primus de la Naturaleza, mientras la Malkah se acerca a ella. Todavía deambula por la linda del gran bosque oscuro, a veces sale y desaparece de nuevo. Tal vez te oiga si lo llamas. Tendrá ganas de escucharte, estoy segura. Querrá quedarse.

—Pero sufre —teme Solis, con la voz tan temblorosa como la mano que se extiende para cogerle a Sylaë la tira de lino.

—No, está aguantando.»

Sylaë confía los vendajes a la Malkah, que no aparta la mirada de Hannibal.

«El lino es un ritual de simbiosis —explica la Primus—, sus fibras están tejidas a partir de cada uno de los siete reinos de la vida.» Sylaë hace una pausa, lo que dura un soplo. Luego continúa: «Si alguien puede activar este ritual, eres tú: lo que os une podría mantenerlo entre nosotros. Si lo logras, entonces Hannibal podría tener un nuevo ciclo.»

Nada está realmente sucio en la Naturaleza: las heces, los charcos, las cenizas, la putrefacción forman parte del cuadro, del delicado engranaje de los vivos. A pesar de esta verdad, Sylaë se siente repentinamente odiosa, sucia por hacer que Solis soporte tal carga. La esperanza es real, pero escasa... y tan cruel... No satisfecha con preservar egoístamente las escasas fuerzas que le quedan, la Primus lleva el peso de sus

responsabilidades para con el niño que ha visto crecer, que ha criado y amado. Es abyecto por su parte, tan feo como una escara, más espantoso que las dolinas que engullen bosques enteros. Otra característica de la naturaleza es que nunca actúa por crueldad, solo por necesidad. Sin embargo, es una Syläë nada orgullosa la que abandona la tienda, con el cuerpo inclinado hacia adelante como un árbol medio desarraigado por la tormenta.

Solis ni siquiera nota la ausencia de su antigua niñera. Su espíritu está en otra parte, al borde de ese gran bosque oscuro en el que Hannibal se extravía.

Entre sus dedos las tiras vibran, tiemblan, asustadas por la tarea que tienen encomendada. Su fragilidad contrasta con la solidez muscular del coloso, su blancura contrasta con la piel sombría hinchada por los hematomas y las escarificaciones.

«Perdóname, Hannibal. Te lo ruego, perdóname Estoy tan arrepentida de haberte...»

¿Abandonado? No, es mucho más que eso, mucho peor también. Lo apartó, lo rechazó incluso. A la muerte del Malek, quiso saciar su sed de libertad, sobre todo de cambio. En ese nuevo horizonte que se abría ante ella, Hannibal representaba la continuidad, una especie de frontera que delimitaba el espacio que podía explorar. No supo ver que actuaba como baluarte de un campamento móvil, capaz de desplazarse a donde quisiera y dispuesto a defenderla frente a los peligros naturales de un territorio desconocido.

Solis había imaginado a Hannibal como una fortaleza prisión, cuando él era el caparazón en el que podía refugiarse a la menor amenaza.

«No me... no me dejes sola.»

Sola. Sola frente a los apetitos que avivan el poder de sus detractores, sola con las dudas que socavan la confianza que debe mostrar públicamente, sola para resistir el complot que

la amenaza.

Podrá hacerles frente, sorprenderá a sus adversarios con su determinación llena de recursos. De esto, Solis no tiene ninguna duda. Pero habiéndose ido Hannibal, ¿quién sabrá confrontarla con la verdad? ¿Quién sabrá decirle «no estoy orgulloso de ti» sin que ella se sienta ofendida, que, al contrario, se sienta siempre amada, lo que la llevará a enmendarse y a hacerlo mejor?

Al unísono con la indecisión que la envuelve, el lienzo de la tienda se agita alrededor de ella, alrededor de ellos. Ella, todo lo contrario, estira un poco más la tira de lino, estira la trama para apretar mejor el vendaje. Se aplica, se toma su tiempo, totalmente dedicada a su tarea. Nada hay más importante que lo que está haciendo. Lágrimas refulgen con los rayos del sol que se inmiscuyen por la apertura de la tienda.

Solis llora por la suerte de Hannibal, derramando los sollozos que le negó a su padre.

«Si hubiera podido elegir, habrías sido tú.»

Realmente, ella lo ha elegido. Hannibal es la familia que se ha dado, el amigo de corazón que cuenta como un hermano de sangre. Una bocanada de ira le hace maldecir la vida, esa perra que se permite imponerle un padre que no quería mientras le arrebatara a Hannibal, a quien había decidido adoptar.

Alimenta esa rabia, se anestesia el alma como quien se embriaga para olvidar los malos días. Sarash engullida por el Invermundo, Hannibal aplastado por la levedez... ¿Qué más se atreverá a hacerle la Fisura? ¿Esta maldita tierra no sabe lo terrible que puede ser su ira? ¡Puede que haya sobrevivido a la explosión, pero nunca se recuperará de la furia de una Malkah ultrajada!

En su cabeza, oye de nuevo las puertas que se cierran. Esta vez, el sonido es inquietante, el de tumbas que se cierran

sobre el cadáver de sus amigos, de sus pilares. Entonces la furia se transforma en miedo, como un lobo que gruñe se transforma en ratón cobarde.

Solis no siente que sus dedos toquen los vendajes como lo hizo con el legendario instrumento, durante su concierto en Neftys. No ve sus lágrimas mojando el lino con runas efímeras de su mensaje secreto. No oye la respiración de Hannibal, tan imperceptible como la acumulación de las mudas de los gusanos de roca que, sin embargo, han formado la cadena del Acongua. No, no siente nada de eso. Demasiado pesada, su pena es el lastre que la hace hundirse inexorablemente en el océano helado de su duelo.

No sabe exactamente cuándo ha terminado su obra. Ahí está Hannibal envuelto, eso es todo. Su rostro forma una mancha oscura sobre la blancura del lino, una nube amenazante perlada de diamantes húmedos. Solis se pregunta si ha llorado, cree más bien haberlo inundado con su dolor. Le limpia tiernamente las mejillas, remontando hasta los párpados. Finalmente, sí, el Primus de la Tierra derrama una lágrima, enorme, inesperada. Su ojo de piedra se desliza de la órbita, como si renunciara a su título para prepararse mejor para su tránsito.

Con un gesto vivo, precipitado, Solis coge la piedra sagrada, la aprieta tiernamente en el hueco de su palma. En la otra pulsa el ámbar recogido en la cima del Gravlev. Sus manos se mueven como los platos de una balanza, donde se sopesan las dos gemas que representan, una, a su hermano de corazón, y la otra, a su hermana de sangre.

El equilibrio perfecto de fuerzas entre Hannibal, que se aleja de ella, e Isalys, que la invita a unirse a ella. Equilibrio perfecto... pero inestable.

«Esto ha de hacerse -dice Solis con una voz decidida, a falta de ser firme. Hay que acabar con esto, ya he esperado

demasiado.»

Se inclina con delicadeza, besa la mejilla de Hannibal, caliente como una piedra de lava. Se demora al contacto con su piel, y luego, con una determinación renovada, se levanta. Toda digna, parece adornada con su pena como con un aura de rocío, frágil pero de un resplandor centelleante. Se desempolva las rodillas, pasa su trenza por encima del hombro sin que se desprendan los anillos. Es la hora.

Solis abandona la tienda sin mirar atrás. Bajo los vendajes de Hannibal con lino encantado, el ámbar se ha deslizado. El ojo de piedra está unido al cinturón de Solis, pegado al hueco de su ombligo, en el punto exacto de equilibrio de su cuerpo.

ABANDONADA

«¿Seguro que está aquí, estás seguro?», pregunta Solis, mirando de reojo con las cejas levantadas.

Aurèle asiente con la cabeza chasqueando nerviosamente la lengua sobre los dientes. Esta actitud, inusual en él, incita a Solis a mirar una vez más el edificio delante del cual ambos se encuentran.

«¿Vamos al cadalso? —ironiza ella.

—Basta... No me gusta este sitio. Demasiados recuerdos.»

Solis lo mira unos instantes interminables, el tiempo suficiente para darle una oportunidad de explicarse. Pero fiel a sí mismo, Aurèle permanece mudo. Está muy nervioso. ¿Él, el ganador del Appologium? Seguramente porque sabe lo que encierra ese edificio.

En cuanto a Solis, no es que no tenga miedo, por supuesto que el miedo le mastica la barriga, pero lo controla. Siente aprensión, sí, una impaciencia nerviosa, evidentemente, pero no está abrumada por la ansiedad hasta el punto de quedarse paralizada. Mantiene la cabeza fría, se niega a imaginar lo peor, se prepara para cualquier eventualidad. No hay vuelta atrás.

Se centra en lo que va a enfrentar a continuación.

ONI. Las letras escritas en el edificio son tan características de su extraño sueño, el de la noche que pasó en el oasis, que son como una alarma, una luz de emergencia giratoria maltesa a la que se acopla su ritmo cardíaco.

La casamata es baja y robusta, con sus colores desfigurados por los soles y su silueta envejecida por el desierto. Las letras, que se supone que evocan a los demonios del tiempo, no son más que vestigios de un letrero original en el que estaba escrito «ZOONA» –sea lo que sea que signifique este término.

No hay nada espeluznante en ello.

Mira fijamente la gran puerta roja. Cierra los ojos para leer las vibraciones que pudieran desprenderse de ella, pero no, realmente no le llega nada, todo está alterado por la maldita Fisura. Está tan concentrada que no oye a Aurèle decirle que irá bien. Vacía la mente para vivir plenamente el momento presente, el de los reencuentros. Separada de toda influencia externa, se prepara para sumergirse en lo desconocido. Al fin, comprende qué es lo que experimenta: el miedo al salto al vacío, de la mano de la euforia de la caída libre. Los dos sentimientos se oponen, se compensan, y le otorgan una falsa tranquilidad, un equilibrio inestable y peligroso.

¿Tendrá que renunciar? ¿Rechazar la invitación de su hermana? No. Imposible. Inimaginable.

Sin embargo, Isalys no hizo más que enviarle una imagen aquella noche, el sueño era una nube de angustias y peligros, impregnada de un sentimiento de ineluctabilidad que perdura aún en el fondo de su garganta anudada, como una tos seca de la que uno nunca se deshace del todo. Esas puertas en fila, esos pasos furtivos que parecen deslizarse, las sombras sobrenaturales surgidas de otro mundo y que todavía la devoran, todo aquello iba mucho más allá de un simple mal sueño. Más bien fragmentos de memoria pura, en bruto,

traumas en vivo, heridas cerradas por un tejido cicatricial abotargado, malsano.

Eso, en cambio, es aterrador.

«Sobre todo... sigue siendo tú misma», le aconseja Aurèle mientras la peina con un gesto de la mano falsamente suelta.

Sorprendida por esa familiaridad tierna, Solis lo ve alejarse, con aires un poco renqueantes. Se hace preguntas de nuevo, para posponer el instante siguiente, más aún, sus dudas, de un plumazo.

Sin más dilación, se adentra en el edificio.

El interior, oscuro y lleno de ecos, se parece más a su pesadilla, algo que casi la tranquiliza. Se vuelve prudente, progresa con mesura, se toma el tiempo de observar el lugar, escruta cada detalle con atención. Una tensión comienza a anudársele a los hombros, no como una manta, sino como una cuerda mojada. La arquitectura, comprimida, utilitaria y cruda, refuerza la atmósfera opresiva. Paradójicamente, la sensación de seguridad que inspira el lugar refuerza la gravedad de la amenaza.

A medida que avanza, la mezcla de serenidad y malestar se fortalece en Solis. Un deseo de terminar y el miedo de ir demasiado rápido. Un más y un menos que se persiguen en círculos. Una sed terrible cuando solo se tiene cicuta para beber.

Solis mueve los hombros para aliviar la tensión, aguanta las ganas de enrollarse la trenza alrededor del dedo índice, se frota la nuca en su lugar. Su palma se torna húmeda, se estremece bajo las palpitaciones de las venas de su cuello. Y se agarra el pelo, que se levanta de repente.

Un grito. Un quejido. Profundo, interminable, abominablemente lamentable, terriblemente humano.

El terror congela a Solis, sin poder impedir que su cabeza gire lentamente hacia la puerta de donde ha surgido el

sonido. La mano de su cuello cruje, añadiendo un rascar de insecto al ruido que se desliza a través de la abertura entreabierta. De repente, Solis se encuentra inmersa en los cimientos del Crisol, donde está encerrado el astranatogante. ¿Qué es esa magia? Es imposible. No puede ser, no puede estar aquí.

El astranatogante... Solis recuerda la violencia del presagio...

Nacerán hermanas, en dos partidas

Una prima y una termina

Una tendrá que vivir y como Malkah reinará

La otra asesinará

Entonces el prana volverá a la vida

De lo contrario perecerá

Pasada la estupefacción, Solis se dirige hacia la puerta a grandes zancadas, decidida a entrar entre bastidores para desentrañar la mistificación. Ni su padre ni los dinastas han dictado cómo entiende que ha de comportarse como Malkah, no serán las divagaciones de un prisionero las que lo hagan, por muy inmortal que sea.

Empuja con viveza la puerta, que cruje como con una artritis anciana. En el interior, una luz escasa intenta huir, para luego volver a sumir la habitación en las tinieblas. El quejido sube una octava, luego dos, temeroso de no haber dado suficiente miedo. Todo lo macabro de la puesta en escena se derrumba ante la determinación de Solis, dejando tras de sí un decorado de teatro polvoriento. El de un antiguo laboratorio mantrés con tecnologías obsoletas desde hace veinte años.

La habitación es austera, al igual que los científicos que trabajaron allí antes de la explosión: solo quedan batas, grises

de polvo, colgadas de la pared como fantasmas flotando a un pie del suelo. Una sucesión de cubas verticales imita los toneles de la fábrica de cerveza de una abadía. Tres están agrietadas, cada una contiene un cuerpo momificado, caído de cualquier manera, como un títere abandonado, con la silueta deformada por la podredumbre o las mutaciones —es imposible saberlo. Las otras cubas están llenas todavía de un fluido verdoso donde flotan restos inciertos cuyo origen Solis adivina con un escalofrío de repugnancia.

A través de la pared destruida —prueba de que la explosión fue más poderosa que la peor explosión imaginada por los arquitectos de la casamata— un rayo de luz se desvía lentamente hacia el este, alejándose de una antigua pila de cuarzo que ha recargado brevemente. El aumento de energía ha permitido la proyección de una grabación hecha por un científico, un poco como la ópera que hizo renacer durante la subida del Gravlev.

En su sueño, este lugar estaba en manos de demonios capaces de controlar el tiempo. En realidad, se trata de un viejo laboratorio austero y puramente funcional donde se han producido horribles experimentos. Nada sobrenatural en todo esto, una vez desvelado el misterio.

La ceguera de los investigadores sin escrúpulos remite a Solis a sus propios errores, menos crueles, pero que salpicaron a otros: su actuación con el piano arpa, tras la victoria de Arkhante en el Appologium.

Recuerda cómo su propia oscuridad tiznada había sembrado la duda cuando interpretó la vibración de la Sombra, la noche, la contraonda. La ira, la rabia, la violencia, el rencor del Malek, la soledad del trono, otros tantos demonios ingenuamente subestimados, reprimidos, ignorados. Pero ella ha crecido desde entonces, ha hecho introspección varias veces, con coraje. A día de hoy, ella sabe

más, empezando por el hecho de que sus mayores defectos pueden resultar sus mejores aliados en pruebas como esta, cualidades que la protegen y la preparan para lo peor.

Yergue la cabeza, con el porte altivo, y empieza a recorrer el pasillo, pagada de sí misma, combativa, sólida, entregándose a su destino de reina-guerrera.

Y luego recuerda ese árbol de lirios rojos, nacido de un tanque perforado y cuyas ramas se habían escapado. En su sueño blanco y negro, el único toque de color, la prueba de que la vida puede renacer en el paisaje devastado de la Fisura.

Un árbol, un islote aislado de lirios... Isalys.

Lo simbólico adquiere un nuevo sentido, una forma de esperanza que prevalece en el torbellino de sus promesas. Febrilidad, impaciencia, excitación, todo la hace temblar. Una piel de gallina que no le debe nada al miedo le cubre los antebrazos. Solis levanta la parte delantera de su vestido y acelera el paso, convencida de que encontraría el árbol exactamente donde soñó que estaría. Indiferente a los horrores que acechan detrás de las puertas que desfilan a su lado, no se detiene hasta llegar a la que buscaba.

Hasta que lo logre. Reconocible entre miles. El lugar emite un sutil resplandor carmín. Se detiene ante la puerta que la escruta, ella la mira fijamente, digna, soberbia también ella, y, sin dudarlo, cruza el umbral.

Solis entra.

La Malkah penetra en la habitación.

El tenue resplandor la ciega. Se protege los ojos con el antebrazo mientras se acostumbran. Respira fuerte. Su pecho se hincha, sus fosas nasales tiemblan, sus labios se entreabren. Abre dolorosamente los ojos, herida por un mundo que apenas puede observar. Es como un nacimiento. Un renacimiento. Un sufrimiento y una liberación a la vez.

Puede ver, al fin.

Todo es tal como lo recordaba: el árbol híbrido con flores sangrientas, la cuba de vidrio rota, los cables enrollados entre las ramas como lianas, el suelo metálico levantado por las raíces... Lo abarca todo con una sola mirada, lo que dura una inspiración temblorosa. Con un acceso de angustia en el vientre, busca con la mirada el espejo roto para cogerlo. No hay nada, ninguna superficie reflectante, ni siquiera las paredes del tanque devuelven ninguna imagen.

Y, sin embargo...

Su reflejo está allí. En medio de la habitación, sin sujetar nada, nada de nada, sin marco que la rodee, para contenerla, para tranquilizarla. Ella. Con las manos delante de su regazo. Ella. Con la trenza cayendo sobre el hombro izquierdo. Ella. Con las sienes afeitadas. Ella. Con el vestido immaculado. Ella. Con aspecto demente. Ella. Con los ojos de amatista más brillantes que sus joyas...

Ella. Exactamente ella.

De repente, Solis se da cuenta.

Tengo una hermana. Una gemela.

Las palabras son incapaces de escapar de mis labios, con todas sus sílabas confusas. Hablan mis ojos en lugar de mi boca. Charlatanes a voluntad. Tartamudean y no cesan de repetirme las mismas palabras hasta hacer de ellas una verdad, una evidencia.

Isalys, soy yo. Somos lo mismo. Soy Isalys. Una gemela. Soy, somos, es una gemela.

Mi doble.

Siento que mi sangre late en mis sienes hasta hacerlas sonrojarse. Cambio la posición de la cabeza, me enderezo un poco. No puedo hacer más que aceptarlo, así que acepto que Isalys sea mi yo exacto.

Una gemela.

Mi sangre mezclada con la suya en el vientre materno. El mismo saco. La trenza de nuestros cordones. Confinadas durante meses. Los abrazos. Imbricadas como dos piezas de carpintería. Compartirlo todo.

Mi hermana.

Mi otra.

No una bastarda, en absoluto. Una igual, una tal cual, una cómplice, una confidente. Un oído que entenderá todo sin tener que sumirse en un baño de elocuencia —¿por qué debería hacerlo, somos de la misma agua, la del líquido amniótico? Solo somos una. Es maravilloso. El metrónomo de nuestros corazones que latén al unísono. La vibración común, doble y, sin embargo, idéntica, amplificada, magnificada. Una en dos. Dos por una. Hermanas divididas en dos.

Emoción in vitro.

Es dulce, deliciosamente cálido, y tan aterrador. Tengo miedo porque ya no estoy sola. Estoy aterrorizada. Me trago mis lágrimas ciclónicas. Hago una larga inspiración. Atracción instintiva. Retengo el impulso y las ganas de caer

en sus brazos.

Mi corazón se oprime, Hannibal, mi viejo hermano. Estarías tan feliz por mí. Refunfuñón, por supuesto, pero empezarías a golpe de mentón a suspirar fuerte con ambas fosas nasales para hacerme entender tu alegría. Feliz. Simplemente feliz de conocer la noticia.

¡Somos gemelas!

Yo la miro, ella me mira.

Pero...

Existe esa cosa compacta y helada entre nosotras.

Esa molestia masiva y asfixiante que impone el silencio, esa distancia que impide el tacto... Un dolor punzante que me impide avanzar, una extraña alarma en el ojo que me embadurna de desconfianza.

Por fin.

Ahí está. En carne y hueso. Más inexpresiva que natural. Insoportable en lo que desprende. Desagradable, dramática, repugnante. Me da asco. Tengo ganas de vomitar. Me veo obligada a apartar la mirada para evitar saltarle a la cara, aunque le quedaría bien una bonita y profunda cicatriz de una mejilla a la otra. Esa elegancia le daría otra pátina, le daría espesor. Eres tan suave, Solis.

Destilas simpleza. La ingenuidad se te escurre por la nariz. Te cagas de miedo y de ingenuidad. Me das náuseas.

Patética.

Coqueteas con los párpados, estás encantada. ¿Cómo puedes maravillarte de lo que te espera? Eres triste hasta la carcajada.

No te pareces en nada a mí. En absoluto.

Disfruta, cariño. Disfruta del tan esperado momento. Disfruta de tu pérdida. Relájate antes del suplicio. Relaja la raja, deja de apretar el culo. Disfruta de la calma antes de la tormenta. Aprovecha. Porque las vas a pasar negras.

Aprécialo, Isalys, el Trono es tuyo. Aprecia su sufrimiento. Su malestar. Su miedo de niñata rica. Está aterrorizada. Atufa a pavor, a desconfianza. Disfruta, querida, tatúate este momento en la piel.

Es coqueta, pero no demasiado. Digno, pero no demasiado. Malkah, pero no demasiado. Nada es demasiado ni suficiente, para ella. Rezuma sentimientos encontrados, el compromiso, la duda vacilante, la blandura frágil, la indecisión que juega a ser determinada.

Disfrútalo y respira, Isalys. Aguanta, no le rompas la mandíbula tan rápido. Espera un poco, déjala babear su discurso lleno de amor para que germine con su vocecilla melíflua, pronto te suplicará con una voz aguda, mucho más agradable. Obviamente, te parecerá totalmente insoportable al principio, pero resiste las ganas de rebanar su pequeña carótida con los dientes. No le fractures los pómulos respingones a patadas, no le arranques el pelo a puñados como si fueran matas de hierba. Aún no, todavía no. Respira, respira, querida. Deja que la rabia contrariada descienda a tu vientre y te haga gozar. Tu venganza es un orgasmo sin fin.

Las dos gemelas se enfrentan, ebrias de alegría y de odio, descubriendo en ello su propio reflejo. Tomando conciencia de la otra por primera vez.

Solís tiende la mano hacia Isalys, con cuidado, sin gestos bruscos, como ante un animal salvaje herido, con la pata atrapada en una trampa, mientras uno se acercaría para liberarlo. ¿Pero quién es la que está herida? ¿Quién está atrapada?

Isalys no se sorprende de que ella esté dando el primer paso. Fiel a lo que esperaba, su hermana actúa con espontaneidad, sin sopesar sus gestos. La deja hacer.

«Bueno... ¿Qué se siente al tocar la original?»

Solis retira vívidamente la mano —el animal salvaje muestra

los colmillos.

«Yo soy...

—¿Tú qué?

—Yo... yo...

—¡Ah, pero tartamudeas, por todos los demonios! Me habían ocultado ese jugoso detalle: ¡La Malkah tartamudea!

—¡En absoluto! Yo... yo...

—¡Yo-yo-yo no-no-no tar-tar-tar-mu-mu-deo!

—¡No, yo no tartamudeo!

—Pues suéltalo de una vez, di tu frase.

—No lo entiendo.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué no entiendes, princesita?

—Em, bueno...

—¡Venga! ¡Haz tu pregunta, joder!

—¿Por qué me habían ocultado vuestra existencia?

—¡Me vosea! ¡Es increíble!»

Isalys pone muecas irónicas antes proceder de repente a fingir de forma aristocrática con exageración.

¿Tendría a bien Vuestra merced desligar su esfínter en mi presencia?

—Pero...

—¿Pero qué? Somos gemelas, por si no te habías dado cuenta, nos tuteamos.» Pone los ojos en blanco. «Por todos los cielos, eres peor de lo que pensaba»

Atónita por el tono empleado, sorprendida repentinamente por la violencia de las palabras, Solis se sonroja. De vergüenza, de rabia, de estupor, de decepción. Pero a pesar de su joven reinado, la Malkah ha desarrollado una habilidad para sobreponerse rápidamente a su sorpresa. Actúa como si no hubiera sido interrumpida.

«Así que me has traído hasta aquí por venganza.

—Por fin, sí, has conseguido entenderlo. No muy rápido, todo hay que decirlo.

—En realidad, Isalys, somos dos extrañas. Así lo decidieron los que nos separaron, tú y yo no podemos hacer nada al respecto. Pero has de ser muy infeliz para hablarme con ese tono.

—Al contrario, hermanita, nunca he estado tan encantada de conocer a alguien. Eres tan fiel a tu reputación que resulta regocijante.

—¿Qué reputación?»

Isalys retrocede tres pasos sin darse la vuelta. Una inmensa sonrisa hiende su rostro, el de un pintor contemplativo ante su obra, consciente de haber tocado la fibra, con destellos de genialidad, y saboreando el instante hasta que desaparezca la sed.

«Yo nunca quise eso —asegura Solis—, y tú tampoco, me imagi...

—¡Oh, cállate, por piedad! Y no te lo imagines. ¡Estás fuera, tan fuera! No sabes nada. Eres tan ridícula, tan... predecible, ¡es asombroso!

—Te aseguro que...

—Claro que lo sabías. Incluso sabes muy bien lo que ha pasado, sabes perfectamente la vida que he llevado, tienes el don de la clarividencia, así que no te hagas la estirada, por favor, o acabarás enfadándome de verdad.»

Esta vez, es Solis quien retrocede un paso. Después del tono hiriente y las palabras violentas, la verdadera puñalada viene de una certeza repentina, que fustiga las tripas de Solis como un puñetazo traicionero, arrancándole las vísceras junto con el aliento.

Isalys tenía razón: ella lo sabía.

Solis ya no retrocede, se tambalea. Como aquel día, cuando solo tenía ocho años. En plena sesión de lectura, se había puesto de repente la mano sobre la rodilla, con un gesto tan vivaz que había desgarrado el código que sostenía. Su

preceptor la había machacado a golpes de varita sobre los dedos, sin que el dolor rivalizara con el que irradiaba de su rodilla, parecía como si un ebanista buscara el ángulo correcto para deslizar un cincel bajo su rótula. El recuerdo es tan vivo, tan humillante, que mueve la rodilla, como para comprobar que no ha estado bloqueada durante los últimos doce años.

Isalys capta el movimiento de Solis bajo su vestido, un gesto que despierta su propia rodilla gravemente herida durante una redada de contrabandistas sígilos, que vienen a saquear los silos llenos del clan de las Cuchillas.

Solis percibe a su vez el movimiento —un viaje de vuelta a los recuerdos que equilibra a las gemelas. Comprende que ese dolor no era el suyo, sino el de su hermana. Sintió lo que su gemela sentía, a pesar de la distancia, a pesar de ignorar incluso el hecho mismo de tener una hermana. Parece imposible, nada explica la existencia de tal vínculo, y, sin embargo, Solis cree en ello con más convicción que en la magia.

Solis recuerda haberse explicado entre lágrimas, con las palabras de una niña traumatizada: «me duele la rodilla, por qué me duele tanto, ¡ay, me duele!» Su preceptor la había llamado fabuladora, los curanderos le habían asegurado que no tenía nada, los criados habían esperado con paciencia a que se le pasase el capricho, su institutriz había sermoneado a una niña que poco sabía. Durante días nadie la había escuchado, incluso Syläë se había contentado con un ungüento esperando que todo volviera a la normalidad. Más que sufrimiento, Solis recuerda su angustia por que nadie le hubiese creído. Su miedo, también, de que vuelva a ocurrir de nuevo.

Este recuerdo es la primera roca que se desprende de la pared y provoca una ruidosa avalancha. De niña, sus

desmayos intempestivos, un sucedáneo de insolaciones y privaciones debidas a la Fisura. De adolescente, sus dolores de vientre que tomaba por menstruaciones caprichosas, cuando eran las de su hermana. De joven adulta, su labio inferior y sus orejas provocándole dolores cuando Isalys empezó a llevar los mismos pendientes que ella...

«Tienes razón, lo sabía –confiesa Solis. Siempre lo he sabido.» Clava su mirada en la de Isalys como si su vida dependiera de ello. «Nadie me ha creído...»

Isalys la corta con sequedad con un tono más ingenuo que nunca, una imitación ofensiva:

«Nadie me ha creído, te pido que me creas. Papá no era amable conmigo, me decía que era una niña fea.»

Continúa con un tono ácido:

«¿Cómo te atreves?»

Isalys coge un fragmento de vidrio del tanque perforado por el árbol, arranca el pedazo con un chorro de sangre sordo que nace de sus dedos furiosos, y lanza el fragmento contra una pared donde se rompe provocando un estruendo terrible. Solis se sobresalta ante semejante cólera rojo sangre, esa furia que destroza por haber sido destrozada. El miedo comienza a apoderarse de ella, aglomerado bajo la ira y el odio de su hermana, que empieza a sentir, hasta en sus carnes.

Y entonces Isalys vuelve a la carga:

«¡Tornhil se comportó como un completo gilipollas, fiel a lo que siempre ha sido! ¿Y ha hecho de ti su digna heredera? ¡Al menos habrá conseguido hacer eso! Pero no por mucho tiempo... No estás a la altura, Solis, no lo estás. ¡De ahora en adelante, el Trono es mío!»

Isalys se muerde el labio, un reflejo que la electrifica hasta el mentón. ¡Maldito anillo, vaya idea, perforarse la boca así! Si Solis hubiera pasado un solo día en la Fisura, sabría que las

alhajas se infectan y se arrancan con demasiada facilidad. Loca de rabia, escupe en el suelo ese regusto amargo que tiene en la boca. Solis, ante el desagradable gesto, se tapa la boca con la mano.

«Vaya, princesa, ¿alguien está ofendida?»

La mirada de Solis se endurece. Ahí está, se alegra Isalys, por fin comprende que todo se le escapa, que su hermana tiene su suerte entre las manos, como una fruta demasiado madura a punto de explotar bajo la presión.

Por su parte, Solis no es más que una amarga decepción. Ha asumido riesgos para conocer a su hermana, se ha maravillado al saber que son gemelas, se ha alegrado por esa nueva oportunidad de construir una familia, después de los trágicos fracasos que ha conocido. ¿Y ahí está Isalys discutiendo por un trono que ella nunca ha querido? La decepción está a la altura de sus esperanzas: vertiginosa.

Esta vez, Solis no se deja arrollar por la sensación de vacío, permanece lúcida y fáctica. No cede a sus emociones, se atrinchera detrás de la lógica y el pragmatismo. Renunciar, dando media vuelta sabiamente, en lugar de forzar un amor que no parece recíproco. Ella ya ha recorrido ese camino con su padre, se niega a repetir el mismo error.

Las gemelas se miran la una a la otra, entrecerrando ligeramente los ojos como suelen hacerlo cuando están frustradas, adoptando una actitud de espejo sin darse cuenta. Y, sin embargo, cada una se equivoca sobre los sentimientos de la otra...

Solis es la primera en romper el silencio –magnanimidad hacia la desfavorecida, según ella; síntoma de debilidad de carácter, según Isalys.

«El Malek te despojó de tu infancia, es cierto, pero yo no te he despojado del Trono esculpido. Los Primus me lo han confiado, no me corresponde ofrecértelo.»

Isalys se estremece, un temblor que la sacude casi hasta el dolor. Ha ganado, ha llevado a Solis justo a donde la quería, directa a su trampa. La sensación es embriagadora, placentera, Aurèle debió de experimentar lo mismo al ganar el Appologium.

«Definitivamente, no tienes ni idea de lo que te está pasando –se lamenta falsamente Isalys. Hagamos un balance de tus apoyos, si te parece.»

La casulla verde de Lantane y la azul de Bayan aparecen súbitamente en la estancia, a espaldas de Isalys. Los dos arkhontes han presenciado la escena desde el principio, ocultos por un hechizo de transparencia.

«El arkhano de la Luz apoya a Isalys», declara Lantane, ceremoniosa.

Isalys saborea la deferencia en la voz de su preceptora, la que la inició en los misterios de la Luz. Desde hace ya mucho tiempo, la relación entre tutora y alumna se ha invertido. El hecho de que Lantane obedezca dócilmente, sin que Isalys haya tenido siquiera que esbozar un gesto, es la brillante demostración de ello.

«¿Debo entender que hablas en nombre de los cinco arkhontes? -pregunta ingenuamente Solis. No veo a Cantor a vuestro lado. No me sorprende: durante la investigación de la desaparición de Sarash, parecía más impregnado por su sentido del deber hacia el Trono de lo que vos estábais, Bayan.»

Sin esperar la respuesta, Solis se dirige a Isalys, con la voz firme a pesar de su ira y sus temores.

«Mis disculpas, querida hermana, pero dos arkhontes no hacen un Primus.

—El arkhano del Fuego apoya a Isalys.»

Solis se vuelve hacia Ethell que realiza su entrada por la puerta principal. El discípulo tiene porte, con el cabello resplandeciente y su atuendo de dandi, desprende confianza en sí mismo.

Pero no es más que una apariencia: Ethell sabe que se está jugando mucho, solo la asamblea del Gran Hogar tiene autoridad para pronunciarse en nombre de todos los hechiceros y brujas. Pronto será juzgado, pero ¿cómo perderse una oportunidad así? La fortuna favorece a los valientes, e Isalys le aseguró su apoyo para el título de

Primus.

Sarash lo hará asar pieza a pieza si alguna vez reaparece, pero no supone una gran diferencia: ya corre ese riesgo. Desde el día en que, por un desengaño amoroso, provocó un ataque violento de fuego que mató a Cyrine. No había previsto realmente que Sarash asumiera la responsabilidad de su muerte, pero como Cyrine la amaba a ella y no a él, la situación tenía algo de justicia inmanente. Sí, Ethell tiene todas las razones para apoyar a Isalys. Por naturaleza, le gusta jugar con fuego.

«Ethell...» Solis suspira. «La ira de Sarash es volcánica, deberíais saberlo tan bien como yo. Me temo que no podréis huir lo suficiente como para escapar de sus consecuencias.»

Con una sonrisa en los labios para enmascarar el pánico que arde en el fondo de sus ojos, Ethell avanza hacia el centro de la habitación. En el momento en que va a tomar la palabra, Solis se dirige a Isalys.

«Dos arkhontes y un discípulo... Isalys, no tenemos la misma definición de lo que es un Primus.

—Así como no tenemos la misma definición de una Malkah.»

Todo el mundo mira hacia arriba para ver a Vélive descender lentamente a través de la grieta en el techo que sirve como claraboya. Todo el mundo, excepto Isalys, que lo ha orquestado todo.

En la columna de luz que ilumina el árbol de lirios, la cabellera de Vélive brilla, rivalizando en blancura con su tez de alabastro. La Primus está orgullosa de su puesta en escena, le otorga un aire de ángel bajado del cielo para dictar la palabra divina: ahí reside la fuerza del Verbo y el virtuosismo de los magos del Aire. Solis es demasiado pura para utilizar tales artificios, lo que la hace difícil de manipular. Isalys, en cambio, está tan ávida de probar su valor que prestará oído a

sus consejos. Ella será la nueva Malkah, y Vélive ejercerá el verdadero poder, el que se esconde detrás del trono.

«El Aire apoya a Isalys y quiere derrocar a Solis.»

Esta vez, Solis acusa el golpe. Retrocede, logra disfrazar el movimiento de un simple cambio de postura, pero su seguridad comienza a resquebrajarse. Vélive siempre ha sido oportunista e inconstante, su cambio de lealtades la decepciona y le molesta, pero no le sorprende. ¿Qué hace la Primus del Aire en la Fisura? ¿No debía acompañar a Calyps a Neftys, donde el clima le es más favorable? Esa mentira le sorprende y la inquieta más que lo otro.

«Vamos, Calyps, no te hagas de rogar —exhorta Vélive. Dinos a quién apoyas realmente.»

El fluido verdoso de la única cuba que queda llena, de repente, se mueve, como al paso del pincel de un impresionista para quien un trazo basta para dar vida al lienzo. El Primus del Agua parece emerger del tanque, cuando se ha limitado a esconderse detrás. Sus rasgos son difusos, borrosos, como si acabara de llorar. Solis quiere verlo como una señal de esperanza.

«¿Calyps? —le reprocha Solis con dulzura. ¿No ha bastado el Lago Salado para convencerlos de los peligros del desierto fisuriano? ¿Acaso no os he animado a velar por vos? Parece que mi hermana no ha mostrado el mismo respeto.»

Una ola atraviesa el rostro del Primus, un maremoto alimentado de escrúpulos y de indecisión que, en la superficie, se reduce a una simple marejada. Siempre se ha mostrado vacilante, no como una veleta, más bien como la marea. Marea alta, confianza en la Solis que descubrió en las termas de Plenition, curiosa, inteligente, inspirada, tan brillante como reflejos de los soles en el mar abierto. Marea baja, lealtad a Isalys, que no teme exponer los arrecifes que amenazan para evitarlos mejor. Ahora que se encuentra en su

presencia conjunta, sus olas íntimas ya no saben si hay que subir o bajar, tiradas por las fuerzas conjugadas de estas dos lunas con una atracción exactamente contraria.

«El arkhano del agua se declara neutral en la materia —declara Calyps, finalmente.

—Te has convertido en una balsa, amigo mío —se divierte Vélive—, en lugar de tirarte a la piscina.»

Isalys lo adivina con la mirada, Solis se apoya en ese desistimiento. La pobre se comporta como un pez tembloroso a orillas del río, con el anzuelo todavía en la boca, persuadida de que a fuerza de sobresaltos todavía puede volver al agua. Se asusta, el terror la hace olvidar que agoniza, no ve la suela del pescador que se acerca para aplastarla contra el suelo. Isalys no se rebaja a tales menesteres, deja que otro se encargue de ello.

«¡Sylaë!»

Solis ha gritado. Una última confesión de debilidad, la súplica del condenado hacia el verdugo que levanta su hacha.

No, ella no, no su niñera.

La Primus de la Naturaleza entra en ese momento, con aspecto serio como corresponde a una ejecución.

«Isalys tiene razón —confiesa Sylaë, como si ella estuviera en el cadalso en lugar de Solis—, ella nació la primera. El Trono le pertenece.»

Solis está devastada, una tormenta salvaje y brutal ha tumbado el bosque íntimo de sus certezas y de sus puntos de referencia, dejando tras de sí solo las virutas de las ramas arrancadas y una llanura de madera muerta. Su alma está al desnudo, a merced de la próxima tormenta que la transformará en barro, en un deslizamiento de tierra.

¡Nada hacía sospechar una traición tan odiosa, nada!

Le viene a la memoria uno de los regalos que le hizo Sylaë en su juventud, su favorito: unos dominós grabados con

decenas de plantas y animales, volteados boca abajo y cuyos pares había que reconstruir. De niño, Solis compartió con Syläë partidas endiabladas, llenas de carcajadas. Ambas se disputan la última mano, salvo porque, al darle la vuelta al dominó, Solis descubre imágenes cambiadas, distorsionadas. Horribles. Syläë ha hecho trampa para ganar, ambas lo saben...

Syläë está hablando con ella, justificándose, pero Solis se niega a escucharla. Todo lo que la Primus pueda decir no será más que mentira y duplicidad, como queda de manifiesto que ha sido durante años. Desde siempre. Ella habría construido el más alto de los templos sobre el amor materno de Syläë, pero el suelo resultó ser una sórdida ciénaga.

Cuando un niño crece, la imagen idealizada que tiene de sus padres siempre acaba disipándose. El shock es a veces violento, potencialmente destructivo, pero la mayoría de las veces es el precio que hay que pagar para comprender que ser adulto no te pone a salvo de los errores, y que el amor no protege de los desaciertos.

Solis no tuvo que convertirse en adulto para darse cuenta de lo malo que era su padre, un corazón duro, una tierra muerta tan estéril como el suelo de la Fisura. Pero Syläë... Su nodriza era como una madre para ella, tan cierto como que Hannibal era un hermano mayor. Una familia de corazón a la que se decide amar, a la que ofrecerse. Un jardín que se ha plantado uno mismo, en una parcela que se ha preocupado de desbrozar.

Y ahora todo está quemado y cubierto de sal.

En realidad, Syläë solo se interesaba por Isalys. Su gemela. Prefería la otra versión de ella, mejor en su opinión, más perfecta. Sin defectos.

Solis aprieta el dorso de la mano contra la boca para contener las náuseas. Logrará contener las lágrimas —la

decencia le concede esta gracia—, pero quizá no el torrente de bilis que le inunda la garganta. Se tambalea, incapaz de disfrazar su fracaso de gesto natural. Acaba de espaldas al árbol de los lirios, rodeada por los Primus renegados y sus discípulos. La tradición quiere que la Malkah reparta justicia bajo un disfraz; encontrarse acorralada contra el árbol híbrido por una asamblea de traidores invierte totalmente la imagen, y materializa crudamente la conspiración de la que es víctima.

Su brazo cae, sin fuerza, temblando, creyendo que está herida y que está perdiendo sangre. Tiene todos los miembros entumecidos, las piernas están a punto de dejarla caer en cualquier momento. Deslizarse por el tronco híbrido, echarse en el suelo sin gracia... la humillación sería atroz, pero tal es su necesidad de sentarse.

Se mantiene firme. Endeble pero erguida, aturdida pero no vencida. Es ese el momento que elige Aurèle para hacer su aparición.

«Sigue siendo tú misma», le había dicho antes de que ella entrara en la casamata. Ahora entiende por qué.

Él está ahí por ella.

El pensamiento se impone en la mente de Solis con la simpleza de algo evidente. Ella le había impresionado por su facilidad durante la escalada, por sus deducciones frente a las fallas de ámbar. Y, sobre todo, se besaron en la cima del Gravlev, algo ha nacido entre ellos.

Todavía en un equilibrio inestable, Solis se vuelve hacia Isalys con una mirada desafiante. Aurèle fue su campeón, ganó el Appologium para ofrecerle el favor diplomático, puede volver a serlo aquí y ahora. La partida no está perdida.

Isalys mira a su hermana, sonríe al verla recobrar la compostura. Ella le dirige un guiño cómplice antes de acercarse a Aurèle. Le desliza la mano entre el cabello,

embadurnándole la mejilla de sangre con los dedos cortados, hace girar a su pareja como en un vals a media ejecución, aprieta el puño con un gesto posesivo y lo besa en la boca con pasión. Isalys mira fijamente a Solis unos instantes antes de concentrarse en el juego de lengua. Mucho más que un beso, es un gesto erótico, cargado de una tensión sexual que solo puede relajarse una vez acostados sobre una almohada. Más que una prueba de amor, más bien un acto de pasión, de posesión.

Se separan, con los labios húmedos, mirándose a los ojos. Isalys lee en la mirada de Aurèle que su amante no ha olvidado nada de su promesa. Adivina otra cosa también, un reflejo sobre el agua, un rayo tardío que se arrastra. Como cada vez, lee a Aurèle como un libro abierto, salvo que descubre, estupefacta, que algunas páginas están tachadas.

Ya se ocupará de ello más tarde, nada debe empañar su triunfo...

Solis se ha comportado como una idiota, Aurèle nunca ha sido su campeón y nunca lo será, casi le agradece a Isalys que se lo haya recordado. Sin embargo, hay, desde luego y sin duda, alguien en quien puede confiar. Una ventaja maestra.

«Shado.» Solis se yergue. «Shado sigue estando de mi lado.» Él es el asesino real, el hacedor de reinas. Y él me apoyará.

—Ah, el famoso Shado.» Isalys inclina ligeramente la cabeza hacia un lado, un signo de compasión que enmascara su exasperación al ver a su hermana restituirse. «He oído hablar de él. Me dijeron que era digno de tener en cuenta, sí.»

Isalys se vuelve hacia Syläë, que muestra un ademán inquieto. Ella y los otros Primus la han advertido: por sí solo, el maestro de la Sombra puede hacer fracasar la conspiración. ¿No han entendido que su empresa es legítima? El Trono le pertenece por derecho, y Shado no está en posición de ponerlo en tela de juicio más que otro.

«Sea —hace un gesto de conceder, magnánima. Shado será el juez de paz, si así lo deseas. Hubiera preferido evitarte esa vana esperanza, pero si te empeñas.»

Solis endereza el mentón, orgullosa de haber conseguido esa victoria. Ve a su hermana dirigirse hacia una gran sábana cuya presencia no había notado. Isalys tira hacia arriba y provoca una pequeña nube de polvo, la cual acaba revelando un espejo roto. El de su sueño.

«Ven, adelante», le ordena Isalys.

Solis teme no poder caminar, por lo que gana tiempo mirando fijamente a cada uno de los conspiradores. Los arkhontes la esquivan mirando de reojo a Isalys, Ethell se hace el fanfarrón para disimular mejor sus dudas, Vélive percibe su maniobra con facilidad mientras admira la naturalidad de su ejecución, Calyps le devuelve una mirada vacilante. Los labios de Syläë tiemblan de tristeza, los de Aurèle se crispan. A ellos dos, Solis no les concede más que un breve instante; descubrirán muy pronto que ella ofrece su confianza fácilmente —«ingenuamente», dirían algunos—, pero no se la traiciona más que una sola vez.

Con las piernas lo suficientemente fuertes, Solis va hasta donde está Isalys, delante del espejo. Ella le pasa un brazo alrededor de los hombros, como dos hermanas felices de encontrarse. En la psique, su gemelidad explota, un doble reflejo improbable donde las vestimentas son más distintas que los seres.

Antes de que Solis pueda reaccionar, Isalys le cierra en mitad del brazo un grueso brazalete de oro labrado.

La imagen de Solis desaparece del espejo, dejando a Isalys sola.

«Un pequeño hechizo de invisibilidad —se divierte Isalys. Los Primus saben que solo hay una Malkah, como has podido constatar. Hasta que todo Arkhante se dé cuenta,

prefiero tomar algunas precauciones. Por tu propio bien.»

Isalys se vuelve hacia su gemela. Le cuesta amordazar la exultación que le inflama el vientre y le acelera el corazón. Ahora es ella la directora de orquesta, los tambores del poder suenan a su ritmo, con su tempo.

«Y por si te entrase el deseo de huir, que sepas que tengo en mi poder a tu querido Hannibal.»

Una gran calma invade a Solis, una quietud que existe más allá de los estremecimientos que la hacen temblar desde que la conjura salió a la luz. Tal vez la desesperación mata el miedo, o un exceso de emociones amortigua el impacto de las sorpresas desagradables. Tal vez así es como actúa la noche de la Sombra. Ella es plenamente consciente de haber cruzado el espejo, de haber sido borrada por Isalys, de ser ahora el fantasma del sueño. Sin embargo, se siente sorprendentemente serena. Se calmará, incluso, siempre y cuando obtenga la respuesta que espera.

«Sylaë —dice sin apartar la mirada de Isalys. Me has mentido todos los días desde que nací...

—Solis, tienes que creerme...», intenta la Primus.

Se queda callada, muda ante la total indiferencia de Solis, que prosigue, como si no hubiera sido interrumpida.

«... pero exijo que, por una vez, una sola, me digas la verdad. ¿Realmente has curado a Hannibal?

—Sí.»

Para Solis, es un alivio, un pedazo de cielo azul en el corazón de una galerna mientras navega en una canoa no más sólida que una cáscara de nuez. Hannibal no se ha salvado, pero al menos se ha hecho todo lo posible para darle una oportunidad. Es más de lo que ella podía esperar, en esa situación.

«Querida hermana, te has equivocado al traer a Hannibal con nosotros —advierte Solis. Cualesquiera que sean tus

maquinaciones, él me será fiel para siempre. Y Sarash también.

—Sarash cayó en una grieta de ámbar, ya no va a volver.

—Te equivocas, de nuevo. Sarash conseguirá escapar. La prueba es que conozco a alguien más que ha vivido en un infierno y lo ha transformado en un formidable deseo de venganza. Tú.»

CONDUCTA FORZADA

«Yo puedo ir —propone Onyx.

—¿Qué? —se atraganta Katk. ¡No!

—¿Pero por qué?

—¡Porque eres demasiado pequeña!

—Pues justo por eso...»

Furiosa, KatK se vuelve hacia la tipa que osa entrometerse en la conversación. ¡Nadie se interpone entre su hermanita y elle, nadie!

Salvo que la ira se le queda atascada en la garganta, como una bolita de comida rápida que se le va por el otro lado. La tipa en cuestión no es otra que Pollen, la emperatriz del parkour, aquella a la que ninguna cerradura se resiste. Una leyenda de ÅPØLØW a quien elle siempre quiso parecerse. ¿Y la heroína de su juventud quiere arrojar a su hermanita al fuego de una operación clandestina?

Nunca hay que conocer a los ídolos.

Con una mano con las uñas en forma de llaves, Polen señala la trampilla abierta, demasiado estrecha para ambas. Pero no para Onyx. KatK mira a su hermana, cuya sonrisa confiada y cómplice parece decir: «¡Vamos, no empieces como mamá! » Luego mira la trampilla, echa un vistazo a Sphax que revolotea alrededor de su pequeña tropa, y se vuelve de nuevo hacia Pollen con las cejas arqueadas, con una impaciencia irritada. Una verdadera veleta, peor que un ventilador de un viejo disco duro retro. En su cabeza es aún peor, sus ideas se arremolinan, se enredan los pinceles y los pensamientos.

«K –insiste Pollen–, dijiste que te harías cargo. Adelante, hazlo.»

La tensión en la voz de Pollen resuena con los gritos que provienen del final del callejón sin salida. Aglomerados delante de la entrada principal, frente al callejón donde se esconden las tres, los manifestantes encadenan las proclamas.

«¡Aunque el Ordenador no quiera, estamos todos aquí fuera! »

«¡SIT, ciudad, ya es suficiente! ¡ExSITados presentes! »

Se caldea el ambiente, la distracción funciona con éxito, todo está dispuesto para que los manifestantes invadan el centro donde Nyvenn está encarcelada. Ya solo queda deslizarse a través de esa maldita trampilla para abrir las puertas desde el interior del edificio.

Una maldita trampilla demasiado pequeña.

Sin embargo, elle se había encargado de todo. Hackear el plano de los conductos de mantenimiento – hecho. Descargarlo en la memoria de Sphax – hecho. Copiar la firma de cada uno de los robots de mantenimiento clase IV que circulan por el centro – hecho. Convencer a ÅPØLØW de lo increíble que es su plan – hecho. Decirle a sus padres que elle lleva a Onyx al Repet, el musical de los bobots, y luego volver a codificar el securibot para que vigile a Oni durante la sesión mientras elle huye discretamente – hecho. Crear una distracción para acceder a la trampilla gracias a los talentos acrobáticos de Pollen – hecho. ¿Y todo ese trabajo al traste por una bolita del tamaño de una trampilla demasiado pequeña? Es horrible. Simplemente no es posible...

Elle paga su karma de sucia colaboradora, acabará en el infierno, como un metaverso en 2D con conexión de baja velocidad. Eso es lo que pasa cuando trabajas con el perro de la

Noria.

Porque la realidad es esa: ella trabaja con el Ordenador –no « para» el Ordenador, que quede claro, solo « con». La ha ayudado a trazar el plan –un poco–, ha movilizado toneladas de medios para poner en marcha la acción, ¡incluso ha utilizado su SIT para falsear la seguridad del centro y abrir las puertas a los manifestantes! Si bien KatK se ha dejado la piel organizando todo esto, su ayuda es de todo menos insignificante. Ha tenido que permanecer en la sombra, obviamente –ÅPØLØW jamás habría aceptado trabajar con él–, él es la única que conoce el alcance de su ayuda. Obligado. Sin embargo, el secreto pesa mucho sobre su conciencia.

Para redimirse, ha intentado convencerse, varias veces en los últimos días, de que el Ordenador le ha lavado el cerebro. Manipular a la gente, joderles la cabeza solo con su labia, es su superpoder, un prerrequisito a la hora de ejercer el cargo de portavoz de los Mantrix. A pesar de todos sus esfuerzos, no ha conseguido nada al respecto –todo lo contrario.

Ahora, cuando piensa en el Ordenador, ya no le vienen a la memoria sus sucias manipulaciones política o sus hologramas sexistas y paternalistas. Lo primero que recuerda es el momento en que se quitó la máscara mimética para pedirle ayuda. Su rostro, en ese momento, desprendía una autenticidad rara, y una fragilidad completamente inesperada... Estaba trastornado, como de verdad. De repente, fue como si el Ordenador revelara su identidad secreta, la de un tipo con un maldito corazón debajo de su maldita máscara. Roza lo repugnante lo de un corazón en lugar de una cara, pero así es como él lo vio. Y ya no podrá verlo de otra manera.

Ya no sabe dónde se encuentra. Ahí está, se siente a la vez

molesta y emocionada, conmovida y furiosa al pensar que el viejo simpático que le regaló un casco antisonidos de última generación a Onyx resultase ser su peor enemigo. El Ordenador, Ezio. Ezio, el Ordenador... ¿Cómo se puede ser uno y el otro?

Mierda, realmente le ha jodido la cabeza...

«Yo puedo ir —repite Onyx.

—¡Hay que darse prisa! », apremia Pollen.

KatK mira a Onyx, incrédula e insegura. Se supone que tenía que estar riéndose y bailando en una holosala, y en lugar de eso la ha seguido hasta aquí. ¿Y cuándo ha ocurrido ese salto temporal que ha convertido a su hermana pequeña enferma en una miniheroína lista para infiltrarse en un edificio de alta seguridad?

Fabro y Atale la matarán si deja que Onyx vaya. Y no sería ella la que les quitase la razón. En un doloroso destello de simpatía, KatK se encuentra en la piel de sus padres. Como si sus mentes se hubieran fusionado en una licuadora mental, elle comienza a sentir lo mismo que ellos. Miedo ante

una Oni que se cree capaz y autónoma, cuando elle sabe bien que no. La falta de tiempo y, sobre todo, de palabras para explicarle que la vida es un virus pasado de rosca y sin remordimientos, que hay locuras que haces después de las cuales no puedes volver atrás. La impotencia frente a esa niña que crece demasiado rápido, apresurada a malvender su inocencia para precipitarse de lleno en los peligros de la existencia. Le recuerda demasiado a sí misma como para no sentirse culpable por ello. Oni sigue sus pasos, y le da hasta una arcada ser responsable de ello al 1000%. Al mismo tiempo, también la enorgullece, frente a tanta audacia, un coraje que casi todos los adultos abandonan para terminar abatidos en su sofá, con la cabezametida en estúpidos metaversos.

Ayer mismo, le habría reprochado a sus padres que fueran tan

ciegamente protectores. Ahora, sin embargo, puede palpar ese miedo en el vientre de ver su hija volar del nido.

Todo ello le corta la respiración a KatK, convierte sus pulmones en hielo, que chirría y cruje cuando quiere respirar. Se obliga a volver a ser ella misma, la versión llena de valor y convicciones, no la padres.exe que se queda con el culo en su sillón con cojines antiescaras mientras todo se infecta a su alrededor. Siempre ha odiado cuando sus padres decidían en su lugar lo que podía o no podía hacer, no piensa de ninguna manera hacer lo mismo con su hermana pequeña.

No obstante, sigue acojonada, le gustaría que fuera más fácil. Un viejo dicho le viene a la cabeza: «el tonto mira el bug sin ver a la persona que lo ha codificado».

No obstante, es justo el momento de recodificar esta sociedad que se «marSITa».

«Si te sientes capaz, adelante, Oni...»

21.2

«La audiencia preparatoria de Arhax Imperator en el marco de su candidatura para el puesto de Ordenador está abierta. La entrevista está cargada en los archivos, sellada hasta la celebración de las elecciones, de acuerdo con la carta ciudadana vigente.»

Arhax se hunde en su asiento, con el brazo en el reposabrazos y el puño pegado a su mejilla de carne. Mira fijamente a la comisión formada por cinco Mantrix - uno por tecnoestilo— seleccionados por un cálculo probabilístico cuyo secreto guarda la Noria para sí. Se muestran a su alrededor, en gradas semicirculares, en la blancura de una decoración minimalista digna de una clínica. El brillo sutil de los hologramas podría pasar por la excitación mórbida de estudiantes meditécnicos reunidos para una autopsia en directo. El único miembro de la Noria presente físicamente, el Archivista, espera pacientemente en un rincón, con discreción.

Alcred parpadea para tomar una instantánea de la escena. Por la forma descuidada en que está echado, Arhax debería parecer pequeño e impertinente frente a esos ciudadacs eméritos, muertos e inmortalizados desde hace mucho tiempo. Sin embargo, lleva la relajación hasta tal punto que acaba por ridiculizar a esas antiguas glorias, cuyos atuendos —los usados el día de su Elevación— muestran varios siglos de historia de la moda.

El meta-asesor ha trabajado con ahínco para que esta entrevista tenga lugar, ha movilizado una gran parte de su red, ha previsto todo hasta el más mínimo detalle. Sin embargo, sabe de antemano que Arhax lo sorprenderá, que su plan milimétrico acabará

convertido en compresa hemostática o en tela deconstructivista, porque para Arhax sorprender es un principio, la contraria es su marca personal. No importa, vale la pena solo por el escalofrío que le cosquillea el estómago, exactamente el tipo de sensación que no ha sentido desde hace años.

«Ciudadano-accionista Arhax –comienza el Mantrix robótico–, observo en el orden del día que usted desea hacer una declaración preliminar. Muy bien, la Comisión le escucha.

—No es una declaración. Exijo encarecidamente la presencia de la Ingeniera en jefe del Cónclave.

—¿Anís? —se sorprende la Mantrix cibernética.

—Sí, así es.» Arhax pasa un dedo por delante de sus ojos, moviéndolo varias veces de un lado a otro. «La de la banda neuronal.

—Esta comisión está reservada a los Mantrix —recuerda la representante meditécnica—, aquí no tiene cabida una ciudadana-accionista.

—Bueno.»

Arhax golpea con las palmas en los reposabrazos y se levanta. El cosquilleo de Alcred se convierte en un calambre estomacal.

«La entrevista queda aplazada, entonces —continúa el Robótico. Más vale ahorrarle tiempo a todo el mundo, empezando por mí mismo, porque claramente tengo más cosas que hacer que esperar.

—Anís no tiene autoridad para evaluar a los candidatos al puesto de Ordenador —subraya la Mantrix genética.

—¿Sí? —finge sorprenderse Arhax. Sin embargo, fue ella quien decidió que Julian no podía Elevarse, ¿no es así? »

Desconcertada por el tono irónico que ha utilizado Arhax, la Mantrix abra os ojos de par en par. Luego, añade:

«Su decisión fue estrictamente técnica, la memoria del candidato estaba demasiado dañada.

—Un pequeño consejo: es mejor callarse cuando uno no sabe lo que hay que decir.

—Sin embargo...

—¿Acaso alguien ha tenido la agudeza de cuestionar su juicio?

—Anís tiene cuatro doctorados en física cuántica, está más que cualificada para llevar a cabo un peritaje.

—¡A nadie le importa una mierda! »

Arhax se pasa cada vez más la mano por la cara, y cada vez más rápido también. Continúa antes de calmarse del todo, habría llevado demasiado tiempo.

«¿Saben lo que me ha enseñado mi carrera? Cuando el jefe de una corporación toma una decisión, todos se apresuran a criticarlo, especialmente aquellos que no conocen estrictamente nada del mundo de los negocios. En cambio, en cuanto un oscuro científico se burla de un concepto incomprensible a base de baba de tacosaurio adulterada, nadie se atreve a contradecirlo por miedo a pasar por idiota... ¡Pues yo no! ¿Por qué? Porque no soy un idiota. Lo sé. Ustedes lo saben. Así que vuelvo a donde estábamos y ustedes van a cambiar de respuesta.»

Vuelve a pasarse la mano por la cara.

«Anís cometió un error a pesar de su fajo de diplomas. Un error intolerable y que no perdono, ni a ella ni al primero que se plantee defenderla. ¿Está claro para sus algoritmos o tengo que llamar a un esquemántico para que les haga un croquis? »

Arhax gesticula. Siente cómo se agranda el miniagujero negro en el fondo de su estómago, una expansión que le devora un metro de intestino hasta su miembro. Duele, terriblemente. Quiere hacerle sentir a esa zorra de Anís lo mucho que duele.

Quiere ver el terror en sus ojos cuando ella entienda que él será el próximo Ordenador, porque es inevitable, oh, sí, está escrito en las estrellas y en cada maldita línea de código de la Noria. Esta gorda estúpida pronto comprenderá el error de proporciones cósmicas que ha cometido. Si alguna vez logra convertir a Julian en un Mantrix, y si le suplica de rodillas, entonces tal vez en ese momento la perdonará, pero ahora mismo, francamente, lo duda. Solo tiene una obsesión: cogerla del cuello a manos llenas, y apretar, apretar, hasta ver sus ojos hincharse y explotar bajo la asfixia. Una idea bastante excitante, dicho sea de paso.

«No estamos aquí para auditar a la Ingeniera en jefe —retoma la Mantrix robótica. Er libre de irse, pero en ese caso debe saber que la entrevista habrá terminado, no se aplazará.»

Arhax dibuja una sonrisa de payaso asesino.

De hecho, le da igual estar ahí. Los Mantrix no son más que pequeños lacayos patéticos a las órdenes de la Synthia, ¿y se creen con potestad para elegir al rey? ¡Pero qué gilipollez más deliciosa! Es bueno lo que le sube, esa venganza eréctil que le susurra que es su destino manifiesto ser el próximo Ordenador. Oh, sí, los ciudacs lo elegirán y la puta Noria tendrá que doblar el espinazo y poner el culo en pompa delante de él. ¿Por qué siempre tiene que explicarse, convencer, negociar? ¡Ningún experto científico está obligado a todo este circo y esos idiotas querrían imponerle eso, a él, a Arhax! Estúpidos. Si su Julian no tuviera una necesidad vital dependiente de la Noria para renacer, ya estaría incendiando esa comisión y a todo el Cónclave con ella. Sería un maldito espectáculo de fuegos artificiales, un espectáculo perfecto para celebrar su nombramiento como nuevo Ordenador.

Si la transferencia hubiera funcionado, él no estaría ahí. Con una distensión del corazón, recuerda el día de la Elevación, en esa

sala privada a dos pasos de la cima del Cónclave, cuando la estela se volvió gris en lugar del brillo habi...

«¿Le ha explicado Anís por qué aumenta el número de estelas defectuosas?»

Arhax ha hablado de un amaño, sin inspirar previamente. Rápido, debía pronunciar las palabras antes de que su brillante idea se escapase. Ahora que lo ha soltado, puede permitirse respirar antes de continuar.

«La Elevación de Julian no fracasó porque su memoria estuviera dañada, sino porque la estela que debía acogerlo estaba corrompida, infectada. No pudisteis haberla pifiado, ¿no? ¿Entonces la interrogasteis al respecto?»

El silencio inquieto de los Mantrix es tan dulce para sus oídos como la ardiente balada que ambos escucharon, justo antes... antes de que...

«¿No? Lo sabía. Entonces, vais a convocarla de inmediato. Se acabó el bla bla técnico, ha de rendir cuentas. ¿Todavía creen que hay estelas que se descargan solas, así como así, sin ninguna razón? ¡Tonterías! Sabemos perfectamente de dónde vienen estos desarreglos, ustedes, yo, y el resto de Artellium, incluso los imbéciles de los Arkhantes lo dudan: ¡es esta puta crisis energética! Una estela se perturba sin una pila propia. Es un hecho, no hay nada que discutir. Nos falta triselenio. Hasta a vosotros, los Mantrix, esa luz que os envuelve empieza a titilar. Falta triselenio y todo el mundo mira para otro lado. ¡Tanta cobardía, me repugna! Ha hecho falta que asesinasen a Julian para que abriera los ojos. Mantris debe renacer, regenerarse, ser más fuerte y más bella de lo que nunca ha sido. Y también... mi Julian.

—Interrogaremos a la Ingeniera en jefe, promete el Mantrix genético. No obstante, eso no está en el orden del día. ¿Desea

continuar con la audiencia?

—¿Y perder el tiempo? Le he transmitido toda la información sobre la operación Desminado al Archivista, ya tienen todo lo que necesitan para entenderlo. Solo hay una cosita más que quiero que aclaremos, ustedes y yo...

—Nos hemos reunido para escucharle, reconoce el Mantrix que representa a la Noria.

—Mantris me elegirá a mí. Pueden tragarse sus cálculos de probabilidad, porque es una certeza. Mantris me elegirá porque soy necesario para Mantris. Pronto re-Ordenaré nuestra ciudad. Voy a bajar sobre el terreno, a la arena. Y daré un golpe tras otro. Se acabó lo del Ordenador que lloriquea, escondido tras sus palabras. Adiós al patético flautista de Hamelin. Arhax es diferente. Arhax son actos. Malditos actos.

—¿A qué actos se refiere, exactamente? », pregunta el Mantrix meditécnico.

Alcred se concede un segundo, uno solo, para saborear la forma en que Arhax ha invertido la correlación de fuerzas. Al segundo siguiente, solicita a su IAsistente que analice enseguida la actualidad de Mantris. Los eventos destacados aparecen en el implante ocular del meta-asesor, clasificados según los parámetros que estableció desde que se ocupa de Arhax.

Aprovecha de inmediato la oportunidad soñada.

\ ALCRED \wedge ARHAX \cap 17 privado O \ \

{ ARHAX | Jefe de Operaciones \subset © ROMA }

<Señor, se ha notificado una concentración de exSITados delante del centro de expatriación para reclamar la liberación de uno de los suyos. >

<Maravilloso. ¡Me encanta! Vamos a deshacernos de esos idiotas, seguro que sabrán apreciar el lenguaje del plasma. >

<¿Podríamos proporcionar a los agentes del centro los nuevos exoesqueletos de ROMA? >

< Es casi una buena idea, Alcred. Ahora, quiero hacerlo mejor. >

Arhax inspira una bocanada ostensiblemente teatral.

«¿Me preguntan qué actos? -continúa en voz alta dirigiéndose a los Mantrix. Os aconsejo que os conectéis a los inmedios.» Tras una última mirada a los hologramas parpadeantes, se dirige hacia la salida. «Pronto tendrán algo de qué hablar, que es lo que mejor hacen. Yo me encargo del primer acto.»

21.3

«¡Jiii! »

Onyx se tapa la boca con la mano para ahogar su su pequeño grito agudo. Volando un metro por delante de ella, con un silencio de libélula, Sphax ilumina la oscuridad del túnel con los rayos que proyectan sus ojos miméticos. Se detiene de repente entre reproches.

«Sí, bueno, ¡venga! », masculla Onyx. Onyx.

Se muerde el labio para obligarse a callarse. Sphax tiene razón, es horrible como resuena el estrecho conducto de mantenimiento. Sobre todo, ha de evitar que KatK la oiga, de lo contrario ya no estará de acuerdo con su misión de agente secreto.

Sin embargo, le ha sentado bien soltar ese pequeño grito. «A veces es mejor fuera que dentro», como diría su papá. Está realmente sucio ahí dentro, y demasiado oscuro para saber qué asquerosidades toca con la mano. Para su bobot es facil, ¡él vuela!...

En el exterior del edificio, frente a la entrada principal del centro de expatriación, KatK se mezcla con los manifestantes. Ha sopesado durante un tiempo quedarse frente a la trampilla esperando como un pasmarote, pero ¿para qué? Elle ya no puede ayudar a Onyx, su hermana pequeña está a su suerte.

Con el puño en alto y el corazón rebelde, grita las consignas a coro con los demás, gritando para cubrir la pequeña voz de su cabeza que le recuerda viciosamente hasta qué punto su hermana pequeña está en peligro.

«¡Nos han quitado las pilas, van a perder la cara! »

Más fuerte, debe gritar más fuerte.

«¡Las leyes no son nada para la FE, ciudadac, sublévate! »

«¡Anticontrol, pierdes la sangre fría! »

«¡No estamos cansados, todos somos exSITados! »

No hay nada que hacer, el miedo sigue ahí. Entonces KatK recuerda el plan, que le repitió diez veces a Onyx mientras su hermana se deslizaba por la trampilla.

«Escúchame bien, Oni —le dijo. Sphax conoce el camino, lo he programado en su memoria.

—¿Has trasteado con mi bobot sin pedirme permiso? —se había indignado Onyx.

—Vale, no debería haberlo hecho, lo siento, pero por favor, escucha lo que te digo. Tienes que seguir a Sphax, ya verás, saldrá bien...»

Onyx ya no puede más, le cuesta respirar en ese aire cerrado que huele extraño y que la hace toser. Tiene que apartar todo el tiempo su cabello erizado por la electricidad estática, como cuando juega demasiado cerca de los pilares de la cúpula, cuando la cima está encendida. Ahora que sus greñas están empapadas de sudor, producen chispas, emitiendo destellos verdes que duelen —¡e incluso dan miedo!

Saldrá bien.

Cierra los ojos y piensa en KatK, se imagina cuando su hermana mayor la abraza con fuerza y le diga: «¡lo has clavado, Oni! » Así que avanza. Se retuerce detrás de Sphax.

Saldrá bien.

Además, las paredes metálicas son resbaladizas, vibran constantemente como si se estremecieran del estruendo. Como si estuvieran experimentando lo mismo que ella.

Saldrá bien.

Onyx se traga un sollozo y sonríe sola en la oscuridad. Ese es su ritual cuando los médicos anuncian que el nuevo tratamiento no funciona, evita llorar y sonríe para tranquilizar a su papá que siempre va con ella. A menudo, además, se encoge de hombros, que significa «no pasa nada, a la próxima», pero el conducto de mantenimiento es demasiado estrecho, por lo que se limita a sonreír, con los labios temblorosos.

Además, no habrá próxima vez. Es ahora o nunca, Kat ha sido muy clara al respecto.

La niña reanuda sus movimientos reptantes, llena de valentía, detrás de Sphax, a pesar de que sus rodillas y codos se golpean y raspan en todas partes, a pesar del claquetear de las garras de los roedores que huyen de la mirada brillante del bobot, a pesar del crepitar quitinesco de las raras especies de insectos que sobrevivieron a la aseptización completa de Mantris, encapsulada en su cúpula. Pero lo que trata de olvidar, sobre todo, es todo ese horrible polvo que le hace cosquillas en la nariz, y que está compuesto, la mitad, de piel humana –lo dijo su dermatólogo– y que tiene que respirar...

A KatK le duele la garganta a fuerza de desgañitarse hasta perder el aliento, no es así como logrará sofocar su temor por Onyx. Además, no sirve de nada, nadie escucha a los manifestantes, a nadie le importa.

Sea como sea, no es del todo cierto.

Los curiosos observan la manifestación como si fuera un accidente, con una compasión teñida de curiosidad poco saludable. Hay que decir que entre la muchedumbre moderada

que deambula por las calles limpias, la asamblea de los exSITados parece una mancha. Muchos jóvenes, cibernéticos, marginados. Juntos, estas personas forman un desfile caótico, un desfile que exulta de alegría, vaciándose de la ira que ha estado incubando durante meses, una alegría alimentada por la esperanza de que las cosas finalmente empiecen a funcionar. Semejante reunión sorprende, llama la atención, y a veces hace que sea más ligero, casi rozando lo feliz.

La reacción de los transeúntes dice mucho sobre quiénes son, en el fondo. La mayoría se sorprenden, una emoción que se declina en infinitas variaciones que van desde la diversión hasta el desprecio. Pero algunos se detienen, observan y, a veces, se unen a ellos. Una anciana y su robot de compañía, cuyos servomotores se gripan a causa de una pila prácticamente vacía –parecen tan artríticos uno como la otra. Una madre que lleva a su hijo pequeño en brazos en lugar de llevarlo en un cochecito autónomo. Un deportista dominguero cuyo implante de control del rendimiento acaba de quedarse sin batería; los escucha mientras le da golpes al implante, con la esperanza de que el famoso «golpecito técnico» lo reactive. Ciudadacs vagamente afectados, no personas que tengan que buscarse la vida día a día. Lo que no quita que, cuando pase la manifestación y sigan su camino, no puedan llevarse con ellos un poco de toda esa energía rebelde a casa, un pequeño bug capaz de recodificar su matriz.

«Una semilla lista para germinar –diría Nyvenn–, siempre y cuando se riegue con regularidad.» Una comparación parecida, en todo caso, algo tan obsoleto y poético como la magia de Arkhante. A Onyx le encanta cuando Nyvenn dice

cosas así.

El corazón inquieto de KatK se desacompa en un latido cuando piensa en Oni. «Nunca pierdas de vista a Sphax», le había dicho y repetido...

Onyx lo ha entendido bien, sigue el plan a pies juntillas. Por suerte, es fácil seguir al bobot, ya que es la única fuente de luz en la oscuridad. Al menos lo era, hasta el momento en que de repente se estropea y ya no ilumina nada.

«¡Aaah! »

El grito de Onyx se ahoga cuando vuelve la luz, antes de reanudarse como una fanfarria cuando los ojos de Sphax se apagan de nuevo. Encendido-apagado, encendido-apagado..., el bobot se ha convertido en una linterna que parpadea antes de que su batería se agote por completo.

La oscuridad acaba apoderándose definitivamente del conducto, envuelve a Onyx con su capa fría y húmeda. La niña se tensa, sin aliento, con la angustia galopando en su vientre, apretando su vejiga. Aplasta los auriculares de sus cascos contra sus orejas, si se aísla lo suficiente, tal vez el monstruo del miedo ya no oirá latir su corazón a toda velocidad, tal vez se vuelva hacia otra presa. Con los párpados cerrados con tanta fuerza que la sangre late en sus sienes, con las manos pegadas a sus auriculares, espera.

Ha cambiado las pilas de Sphax, está segura de que ha cambiado las pilas, de verdad de la buena, entonces ¿por qué?

¿Por qué?, se pregunta KatK al mismo tiempo, pero en otro lugar. ¿Por qué los curiosos, de repente, se vuelven más numerosos?

Observa a la multitud que se ha detenido, congelada como

si hubieran pausado un vídeo. Siguiendo las miradas hacia las alturas, se encuentran los muros de los rascacielos circundantes salpicados por un holograma efímero. En la fachada de una corporación Robótica, aparece la animación en 2D de un enorme revólver, uno antiguo de seis balas con un tambor negro y reluciente. Un dedo estilizado presiona el gatillo y provoca una detonación con una columna de humo silenciosa. La superficie acristalada del edificio vecino la recorre una imagen de un proyectil de trayectoria lenta, como si se moviera por agua o melaza; así, todo el mundo puede ver que no se trata de una bala, sino de una pila de perfil fusiforme.

En la piel-pantalla de KatK, la red enloquece.

«¡Problemas, ya están aquí!

—Publicidad gratuita para la revolución, ¡qué pesadez!

—¡Ay, ay, el delirio! »

A pesar de ser adicta a la red, KatK solo le dedica un breve instante a los mensajes, ella prefiere controlarse antes que publicar.

El fresco luminoso continúa en el edificio más alto de la plaza, un centro comercial con paredes atestadas de carteles publicitarios. Conforme pasa la bala-pila, la pantalla empieza a desdibujarse como guache diluido. Los colores se recombinan para formar un dibujo infantil que representa con figuras de palos a una familia cogida de la mano, feliz con sus compras del día.

El proyectil atraviesa una de las bolsas mientras aparece un letrero de dibujos animados: «¡CRAAAC! ». Las compras caen sobre a pies de un niño cuyo rostro sonriente se ve

reemplazado por un rostro triangular, con el pelo de punta y la boca deformada por un aullido silencioso.

La bala-pila continúa su trayectoria con un «¡BAAAM! » estilizada, rompe el implante neuronal de la mayor de las siluetas, cuyo cráneo desaparece entre un garabateo de rojo escarlata.

Una ambulancia cúbica, con una enorme cruz roja mal dibujada, se acerca a trompicones para socorrerlo. Un «¡BOOOM!» brutal parte en dos el vehículo cuando se cruza con la munición que se ha vuelto tan grande como un misil.

El holograffiti no tiene sonido, deja que la fuerza de las imágenes sirva como detonación. El ruido no se escucha de verdad hasta que la obra no se borra de las fachadas.

Ese ruido es la multitud que empieza a retumbar...

En el conducto de mantenimiento también, un estruendo empieza a crecer. Onyx, con sus cascos en la cabeza, lo oye menos de lo que lo siente: las paredes ya no se limitan a estremecerse, vibran hasta el punto de hacerla temblar por completo.

Onyx cierra los ojos y desplaza las muescas de sus cascos al máximo para aislarse de todos los sonidos, creyendo que así pasaría desapercibida para el monstruo. Sin embargo, no puede retener el reflejo de mirar qué le hace cosquillas en la nariz de esa manera.

«¿Sphax? ¿Qué pas... ¡III! »

Asustado, el bobot volador choca repetidamente contra su cara mientras trata de escapar de una horrible criatura que avanza hacia ellos, ¡una bestia de pesadilla, llena de antenas que andan a tientas en la oscuridad produciendo chispas

hambrientas!

Onyx grita a pleno pulmón, hasta agotar la más mínima pizca de aliento. Retoma la respiración sorbiéndose los mocos, con la garganta llena de sollozos, a punto de vomitar de angustia. Sphax la salva hundiéndole el ojo antes de golpearla con una protuberancia en la frente.

«¡Ay! »

El monstruo la ha paralizado, el dolor la ha hecho huir. Onyx retrocede a ciegas, desollándose las rodillas con la precipitación. Su mono se aprieta de las piernas y se le mete en el trasero, pero le da igual, nada la detiene, lo único que quiere es salir de ahí lo antes posible. Lo conseguirá, saldrá de ahí. No hay otra opción, ¡Kat y sus amigos y ÅPØLØW y el mundo entero cuenta con ella!

El monstruo sigue avanzando entre chasquidos de mandíbulas voraces...

Saldrá bien...

«¿Lo conseguirá, tu hermanita? »

KatK se estremece, antes de responder con osadía.

«¡Ella es más fuerte que tú y que yo juntas!

—Sí, seguro. Más le vale, tiene que darse prisa.»

Pollen señala el campo de fuerza que sigue bloqueando la entrada al centro de expatriación. De un azul autoritario, regio, forma un caparazón protector que se adapta a la fachada y a la acera para aislar completamente la escalinata. Un puñado de guardias de seguridad permanecen detrás de su halo parpadeante, vigilantes, pero claramente abrumados por la situación.

La parte superior del campo de fuerza se cierra tras un dron

de reparto con un serigrafiado de «ROMA» que se aleja ante la indiferencia general. Con una rodilla apoyada en el suelo, el jefe de los guardias distribuye una especie de guantes reforzados que saca del cajón recién entregado. Sus compañeros se ponen los guantes y aprietan el puño dos veces para activar un exoesqueleto que se despliega pieza por pieza, como la armadura de placas de un caballero arkhante.

Lo más preocupante para KatK no es que la seguridad se esté fortaleciendo. Es más bien que los guardias se sienten de repente invulnerables, dispuestos a enfrentarse a esa multitud cada vez más descontenta, autorizados a hacer uso de la violencia; ello lee todo eso en su rostro, además de un toque de alivio, signo de que tienen miedo. Las armas casi han desaparecido en Mantris —¿para qué iban a existir en una ciudad donde los crímenes más habituales se reducen a incivildades? Y sin embargo, algunos hombres siguen fascinados por ellas, les basta una pistola en las manos para sentirse fuertes, viriles, en su derecho... un atavismo que dos décadas de paz no han sabido erradicar.

«Qué asco —gruñe KatK entre dientes.

—Sip» —confirma Polen.

Al echar un vistazo a la multitud para evaluar la reacción de los manifestantes, KatK constata que un número creciente de ciudadcs se está uniendo a los exSITados. La coparticipación funciona, lo cual no es tan sorprendente: con la crisis energética, todo el mundo está a bordo del mismo dalec. Es una buena noticia... ¡y una mala! El objetivo sigue siendo penetrar con fuerza en el centro, semejante afluencia puede plantear problemas.

KatK se encuentra finalmente con un grupo de una docena de personas que buscan unirse a la multitud. Tienen todo a su favor para conseguirlo –holodiscos que muestran proclamas, ropa de segunda mano, sin SIT visible–, pero tienen rostros fruncidos, agresivos, disonantes con el ambiente más bien amigable.

Elle le señala el grupo a la hacker con un gesto del mentón.

«¿Los conoces?

—Nop. Empieza a haber demasiada gente, se está volviendo tenso.

—No te preocupes, mi hermanita lo conseguirá.»

KatK se repite una vez más el plan, necesita desesperadamente convencerse de que Oni recuerda con claridad las cosas: seguir a Sphax hasta la sala de mantenimiento, salir del conducto mientras apoya sobre el lector el SIT de Ezio —«el bug simpático que te regaló los cascos», se limitó a explicar ante Pollen—, «y después de eso, vuelves rápidamente al conducto porque va a estar lleno de gente que querrá destrozarlo todo» —elle no lo dijo realmente en estos términos, pero eso es lo que quería decir.

«Ya verás —concluyó dirigiéndose a su hermanita—, saldrá bien, basta con ir en línea recta...»

Salvo porque Onyx ya no puede ir en línea recta, debido al monstruo de las antenas que centellean.

Retrocede precipitadamente, sin pensar en otra cosa que en una forma de huir. A pesar del pánico, siente un vacío en la punta de su zapato derecho. Un pasadizo lateral, sí, recuerda haberse cruzado con uno mientras avanzaba. Querría darse la vuelta para comprobarlo, pero es imposible, está demasiado

agobiada y, de todas formas, está demasiado oscuro.

Sin pensarlo, Onyx se centra en retroceder por el otro conducto, por el lateral, es la única forma de escapar de la criatura asesina.

Se contorsiona, dobla las rodillas en el sentido equivocado, empuja y tira, no logra nada salvo hacerse daño, entra en pánico y gime, se da la vuelta para intentarlo en el otro sentido, pasa por fin la pelvis, respira y se anima, hunde los hombros en el estrecho pasaje, sorbe los mocos y solloza, gira la cabeza cuando una excrecencia se engancha en el ángulo, contiene la respiración...

Lo conseguirá, sí, saldrá bien, ¡ya está!

Tan centrada en sus esfuerzos, Onyx no siente el vacío, bajo sus dos zapatos esta vez. Así es como, para evitar un inofensivo droide de clase IV que se habría detenido ante el menor obstáculo, Onyx acaba descendiendo rápidamente por un conducto de tres pisos, con los pies por delante.